

*Selecta*



MARION S. LEE

*Solo con  
un beso*

Solo con un beso  
Biología Entonces tú 2

*Marion S. Lee*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

*Para Javier, Alex y Javi, mis tres hombres,  
que me alientan y me dan alas para seguir creando mis historias.  
Sin vuestro apoyo esto no sería posible. Os quiero.*

La sala de espera estaba repleta. A pesar de no haber ni un solo asiento libre, el ruido era escaso, solo roto en ocasiones por un ligero cuchicheo. Las nuevas pacientes que iban llegando tenían que aguardar su turno de pie hasta poder acomodarse en los asientos que iban quedando paulatinamente vacíos. Tammy, su mejor amiga de la universidad, le había dado el nombre de la doctora Verant y le había asegurado que era una buena profesional y muy atenta con sus pacientes, algo que ella sabía que iba a agradecer.

Winnie Bradley miró hacia la gran ventana que dominaba la sala y que daba a un espacioso jardín. La luz de media tarde entraba a raudales y lo bañaba todo con un suave y apacible tono dorado. Miró de reojo hacia la puerta y vio entrar a una mujer. Se movía con torpeza y lentitud, echada un poco hacia atrás, como si buscara un nuevo centro de gravedad. Sin poder evitarlo, su mirada se dirigió de inmediato hacia su abultado abdomen de embarazada, en donde descansaba con ternura ambas manos, como si así estuviese guardando y protegiendo al bebé que llevaba dentro. Un hombre que esperaba en la sala se levantó, solícito, y le cedió el asiento, algo que la recién llegada agradeció con una radiante sonrisa.

Con desgana los ojos de Winnie regresaron a quien estaba sentado a su lado y lo observó con cierta severidad. Freddy leía absorto una revista que había tomado de una de las mesas que había en el centro de la amplia sala. Al

contrario que él, Winnie se sentía incapaz de concentrarse en nada. Tenía en el bolso su lector digital, pero no podía seguirle el hilo a la novela que estaba leyendo. Cada vez que lo intentaba, sus pensamientos terminaban desviándose hacia otra parte y, cuando se daba cuenta, había pasado la página sin enterarse de qué estaba ocurriendo en la trama. Eso era algo que en las últimas semanas le sucedía a menudo, y no solo con la lectura: se quedaba enfrascada en un simple punto, con la mente vacía y sin pensar. O sin querer pensar.

Un resoplido por parte de Freddy la trajo a la realidad. Winnie lo miró por encima de su hombro.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó con voz queda.

El joven se inclinó a medias hacia ella, pero sin retirar la mirada de la revista que tenía delante.

—Este artículo dice que el gasto medio del primer año de un bebé ronda los diez mil dólares. Además del parto, quiero decir —le susurró muy cerca del oído.

Winnie lo miró de soslayo y torció el gesto.

—¿Sí? Pues qué bien —le respondió sin ganas.

Freddy cerró la revista con un enérgico gesto.

—¿De dónde vamos a sacar el dinero?

Sabiendo lo que vendría a continuación, Winnie se giró un poco hacia él para quedar casi de frente y que nadie más pudiera escuchar su conversación.

—Ya nos las apañaremos. Nuestros padres nos ayudarán, estoy segura.

—Y por eso tú aún no les has contado nada a los tuyos.

La frase, dicha entre dientes, hizo que clavara su mirada en él con algo de resentimiento. Winnie sintió que su mandíbula se tensaba.

—Lo haré. Pronto. Aún no sé cómo decírselo a mi padre, pero sé que de mi madre no tengo que preocuparme. Ella lo comprenderá.

Freddy se pasó una mano por el rostro.

—Winona, sé que hemos tenido antes esta conversación, pero... aún estamos a tiempo de...

—No.

La seca respuesta paralizó momentáneamente al chico. Aun así, este continuó hablando:

—Un solo día en que no tomamos precauciones y mira qué ha ocurrido.

—Los accidentes ocurren —le respondió ella, tajante—. Y, cuando ocurren, hay que apechugar con ellos —espetó con rabia contenida.

Él bajó la cabeza y negó una y otra vez con movimientos cortos.

—No estamos preparados para esto.

Cada frase que salía de los labios de Freddy le dolía un poco más que la anterior. Se irguió de hombros y levantó la barbilla en un gesto casi altanero.

—Ya lo hemos hablado. No pienso abortar y voy a tener a este niño. Pero tú aún estás a tiempo de decidir si sigues a mi lado. No quiero junto a mí a alguien que no me apoye, Freddy. Si te quedas conmigo...

—No voy a dejarte —la interrumpió él. Su mirada se suavizó un poco, incluso afloró una sonrisa en sus ojos oscuros—. Te quiero. También es mi responsabilidad, así que sí, estaré contigo, Winona.

Ella se agarró con fuerza a los reposabrazos.

—¿Por qué insistes en llamarme Winona, Freddy?

—Porque te llamas así.

—Sé que me llamo así, genio. Lo que te pregunto es ¿por qué lo haces cuando sabes que prefiero que me llamen por mi apodo?

—Ya no eres una niña —le respondió él.

—No tiene nada que ver con que sea o no sea una niña. Winnie es como siempre me has llamado. No entiendo esa manía tuya de llamarme por mi nombre de pila.

Freddy regresó la mirada hacia la revista que aún mantenía entre sus manos.

—Bueno, Winnie es un nombre demasiado... infantil para quien eres ahora.  
Sintiendo que su enojo crecía por momentos, Winnie apretó los labios.

—¿Y quién se supone que soy *ahora*?

El joven dejó escapar el aire de sus pulmones.

—Dentro de un mes empezarás las prácticas. Seguro que será en una asesoría con fama, como muchas de las que hay en Boston. Si va bien...

Ella se giró como si la hubiesen pinchado como una aguja.

—Vaya bien o no tendré que dejarlo en unos meses, ¿no te has dado cuenta de ello? —inquirió ella con frustración.

Mirándola de soslayo, Freddy resbaló en su asiento y resopló.

—Estás insoportable con los cambios hormonales —masculló.

Enfadada, Winnie prefirió no continuar con la conversación y cruzó los brazos ante su pecho, pero no pudo evitar seguir mirándolo por el rabillo del ojo. Freddy tomó una nueva revista y la abrió por una página cualquiera con demasiado brío. Desanimada, Winnie se preguntó cuánto habría de verdad en aquel argumento sobre las hormonas y cuánto sería por otras razones que ella había comenzado a considerar hacía apenas unos meses.

Freddy era su pareja desde el verano en que terminaron en el instituto, hacía ya cuatro años. Se le había declarado en la fiesta de su decimoctavo cumpleaños, y ella había sido la mujer más feliz del mundo cuando él le había dicho que la quería y que deseaba que fuera su novia. Fred, o Freddy —como todos lo llamaban por aquel entonces, algo que ella había continuado haciendo—, había sido un estudiante ejemplar. Alto, aunque un poco escuálido, pues en esa época aún le faltaba músculo para rellenar las camisetas, cosa que había ido ocurriendo progresivamente con el paso de los años. Tenía que admitir que era uno de los chicos más guapos de la clase, con un tupido pelo negro y unos impactantes ojos oscuros enmarcados por unas espesas pestañas por las que más de una chica habría matado. Era un chico divertido, sociable y

con ganas de ir a fiestas, como todos los demás de su edad, y ella se había sentido muy orgullosa de que él hubiese decidido ser su novio. A partir de aquel verano nada los había separado.

Cuando llegó el momento, se marcharon juntos a la universidad, se matricularon en la facultad de Económicas y tomaron las mismas asignaturas. Comenzaron a vivir en un pequeño apartamento cerca del campus, porque les resultaba más barato y porque, de esa manera, podían estar más tiempo juntos. Todo había marchado a las mil maravillas... hasta hacía poco menos de seis meses, cuando comenzaron el nuevo curso. Tan solo les quedaba un año más, aparte de aquel que acababan de iniciar, para finalizar la carrera, y durante ese semestre podrían comenzar a tomar contacto con el mundo real realizando prácticas en algunas empresas que se prestaban a ello. Freddy, por sus excelentes calificaciones, fue uno de los primeros en poder elegir.

«Y ahí comenzaron los cambios», pensó Winnie con tristeza.

El muchacho simple y divertido se había ido convirtiendo en alguien a quien ella no conocía en absoluto. Ya no le gustaban las cosas que siempre le habían gustado; ya no disfrutaba con ir a tomar una hamburguesa en el local de la esquina, ni a la bolera los sábados por la tarde. Comenzó a hablar sin parar de sus compañeros de la empresa, sus «colegas», como él los llamaba, aunque él fuera allí poco más que el chico de los recados. Y conforme había ido cambiando él, lo había hecho ella. Se consideraba una mujer alegre, espontánea, que siempre sonreía... o que solía hacerlo. Ya no les gastaba bromas a sus amigos, ni se reía de cualquier cosa, como hacía antes. No sabía en quién se había convertido y eso era algo que no le gustaba en absoluto.

El sonido de un carraspeo la hizo salir de sus pensamientos. Vio a Freddy dejar sobre la mesa la revista que había estado hojeando hasta ese momento y escurrirse un poco en su asiento mientras dejaba escapar un pequeño bufido entre sus labios. Winnie tenía más que claro que Freddy no quería estar allí.

Le había contado que ese mismo día había una importante ponencia en un hotel del centro y todos los de la asesoría en la que hacía las prácticas iban a asistir. A él también lo habían invitado, y Winnie sabía que se moría de ganas por estar allí en lugar de con ella. Así que pensó que, tal vez, aquella discusión sobre el futuro de su embarazo tenía como origen la imposibilidad de estar donde le apetecía.

«¡Qué demonios!».

Se giró hacia él y llamó su atención con un suave toque en la pierna.

—Ve, anda.

Freddy se retrepó en el asiento.

—¿Cómo dices?

—A esa ponencia. Sé que te mueres por ir.

Una radiante expresión apareció de repente en el mustio rostro de su novio.

—¿De verdad que no te importa que me vaya?

«Claro que me importa».

—No. Venga, sé lo que significa para ti —le respondió en cambio mientras trataba de que una sonrisa acudiera a sus labios.

Sin esperar más, Freddy se puso en pie con energía.

—Después me enseñas la primera foto de nuestro niño. O nuestra niña.

Winnie asintió con desgana.

—De acuerdo.

Tratando de dominar su creciente nerviosismo, Freddy se inclinó hacia ella.

—Entonces me marcho ya. No quiero llegar cuando ya estén todos dentro y pierda la oportunidad de codearme con el gran jefe. Adiós, Winona. Nos vemos esta noche.

Winnie pensó que la besaría. En cambio, Freddy se escabulló de aquella atestada sala y la dejó sola y con la vista clavada en la puerta por donde él había salido. El asiento fue ocupado de inmediato por una mujer que le sonrió

al sentarse a su lado.

Con el ánimo por el suelo, Winnie gimió y se cruzó de brazos.

«Genial. Estupendo».

Fijando la mirada en el suelo, Winnie trató de esclarecer en su cabeza en qué momento su vida se le había ido de las manos. Había tenido muy claro lo que había querido hacer con ella: graduarse en la facultad de Económicas, ejercer la profesión en una empresa que la tratase como a una persona y, tras un tiempo, casarse y tener hijos. O no casarse, que tampoco era algo que le resultara imprescindible. No eran unas metas muy ambiciosas. Su verdadera, su auténtica ambición era ser feliz como lo había sido hasta entonces y hacer feliz a la gente que la rodeaba. En cambio, iba a ser madre con apenas veintitrés años, sin acabar la carrera y sin tener experiencia profesional. «La has cagado a lo grande, cariño».

Por primera vez desde que se enterara de que estaba embarazada sintió remordimientos. Tal vez en parte porque había sucedido sin quererlo ellos, y tal vez porque todavía no le había contado nada a su madre. Colette Bradley era una mujer noble, alegre, tolerante y muy abierta de mente. Esos mismos valores se los había inculcado y transmitido desde que tenía uso de razón. No alcanzaba a saber por qué no le había dicho nada aún de su estado. Podía ser que estuviera esperando a hacerse a la idea del súbito cambio que iba a dar su vida. Pero estaba absolutamente segura de que lo entendería. No temía que pudiera decirle su madre, pues sabía que ella –y también su padre, aunque gruñera un poco al principio– la ayudaría y la apoyaría en todo lo que pudiera. «Puede que Freddy tenga razón con eso de las hormonas», pensó. Se sintió triste al acordarse de sus padres. Hacía ya bastantes meses que no iba por Clarendon, su pueblo, y los echaba muchísimo de menos. A ellos, y también a su hermano y a su cuñada, pero sobre todo al pequeño Tucker y a la pequeña Natasha, los hijos de ambos, que la colmaban de besos pringosos y abrazos

desmedidos en cuanto la veían. Por unos momentos deseó estar allí, en su casa, y no tener que enfrentarse sola a aquella primera cita con la obstetra. Pero eso era, en efecto, lo que iba a ocurrir.

Cuarenta minutos más tarde, una solícita enfermera la llamó por su nombre y la acompañó a una sala.

—Por favor, pasa al baño y desnúdate. Dentro hay una bata; pónstela abierta por delante. —Y se marchó sin que ella pudiese preguntarle nada.

Vacilante, y sintiendo el pulso acelerado, hizo lo que la enfermera le había ordenado. Salió del baño y se sentó sobre una camilla a esperar mientras escudriñaba todo a su alrededor. Se encontraba bien; las náuseas parecían estar comenzando a remitir y ya no se sentía tan cansada como las primeras semanas. Salvo una ligera molestia en el abdomen, que ella achacaba a los cambios que se estaban produciendo en su cuerpo, era como si no estuviera embarazada.

Unos minutos después, una puerta en la que ella no había reparado se abrió y dio paso a una mujer alta y delgada, con el pelo recogido en un estirado moño. Rondaría la edad de su madre, pero carecía de la amabilidad en los ojos que aquella poseía. Aun así, la mujer le sonrió cuando llegó hasta ella.

—Hola. Soy la doctora Verant —dijo a modo de presentación mientras le tendía una mano que Winnie aceptó—. Supongo que tú eres Winona Bradley.

—Sí.

Tomando una silla, la doctora se sentó frente a ella con una carpeta entre sus manos.

—Muy bien, antes de comenzar la exploración, debo saber algunas cosas, ¿de acuerdo? Para tu historia médica.

Winnie asintió nerviosa. Trató de humedecer su garganta antes de empezar a contestar una a una a las preguntas que le fue formulando. La doctora apenas

levantaba la vista del cuestionario que tenía delante y asentía casi por inercia a cada respuesta. Esa actitud la estaba poniendo nerviosa. O tal vez ya se sentía así y necesitaba culpar a alguien, no lo sabía. El hecho era que odiaba estar allí. Sola.

Al fin, la doctora clavó sus ojos en ella. Winnie había esperado continuar viendo esa seriedad con la que la mujer se había conducido; en cambio, le sonrió casi con cariño.

—Muy bien, Winona, tengo que hacerte esta pregunta, pero no quiero que pienses que te estoy juzgando, ¿de acuerdo? —le dijo con cierta afabilidad que hasta entonces no había demostrado.

Winnie asintió con recelo.

—De acuerdo.

—Eres joven. Tienes veintidós años. Tu embarazo... ¿Tienes una pareja estable? ¿O tal vez haya sido...?

—No, no —se apresuró a decir Winnie meneando la cabeza de un lado a otro—. Tengo pareja estable. Se llama Freddy.

—Pero no te acompaña hoy.

Torciendo el gesto, Winnie agachó la cabeza.

—No ha podido. Estaba... estaba ocupado —contestó con un hilo de voz.

—Y dime, ¿ha sido algo que ambos habéis deseado?

Una vez más, Winnie rehuyó la mirada escrutadora de la mujer.

—No ha sido nada buscado, eso lo tengo que admitir. Nos falló el método anticonceptivo —le mintió.

Muy despacio, la doctora asintió y anotó algo en su historia.

—Todos los métodos tienen un porcentaje de error —le dijo sin levantar la mirada del papel.

—Pues ya ve; yo soy ese porcentaje de error —masculló Winnie con desánimo.

Dejando sobre un mueble cercano su historial médico, la mujer la miró de frente, pero no vio en sus ojos ningún reproche ni nada que la hiciese sentirse herida o en guardia.

—Te lo pregunto porque tienes opciones. No muchas, pero sí que las puedes considerar si no quieres... quedarte con el bebé —le dijo con cierto tono de dulzura que Winnie agradeció.

Tomando aire, echó la cabeza hacia atrás y lo dejó escapar poco a poco, hasta que sintió sus pulmones casi vacíos.

—Lo sé. Pero hemos decidido tenerlo, sí —le respondió con voz muy baja a la vez que volvía a clavar su vista en ella.

La sonrisa que surcó el rostro de la doctora le pareció genuina y, en cierto modo, de alivio.

—Muy bien. Me alegra saber que estáis de acuerdo en ello. —Levantándose le palmeó una rodilla—. Venga, tumbate y veamos cómo estás.

Nerviosa, como no se había sentido antes, Winnie se tumbó en la camilla. Sus dedos aferraban con fuerza el dobladizo de la bata contra su pecho. La doctora arrastró hasta donde estaba ella un aparato con una pantalla y lo encendió.

—Descúbrete, por favor. Voy a hacerte una ecografía.

En silencio, Winnie hizo lo que le había pedido. Sentía el corazón martillearle con fuerza en el pecho y tembló ligeramente al notar el gel frío y viscoso que la doctora esparció por su vientre. Un instante después, colocó sobre ella un pequeño aparato y la pantalla cobró vida.

La mujer estaba absorta en su trabajo, introduciendo datos y regulando parámetros con la mano que le quedaba libre mientras movía el ecógrafo sobre su abdomen. Winnie forzó la postura de su cuello para permitirse mirar hacia lo que mostraba la pantalla. Solo distinguía distintas manchas negras y grises que iban y venían, hasta que la imagen se fijó y lo vio por primera vez. Allí, en el centro del monitor, rodeado de una pequeña bolsa había una diminuta figura.

La mujer tecleó algo en la consola y le sonrió.

—Bien. Ahí lo tienes.

Winnie se sentía incapaz de retirar la mirada. Era muy pequeña y algo deforme, pero podía apreciar que estaba completamente formado. Veía las dos piernas y los dos bracitos, y una cabeza desproporcionada con el tamaño.

—¿Eso es...? —preguntó titubeante.

—Es tu hijo, sí. O tu hija. Aún no puedo decírtelo.

Incapaz de creer lo que mostraba la pantalla, Winnie desvió hacia la mujer sus ojos abiertos como platos. Esta le sonrió una vez más.

—Impresiona, ¿verdad? Siempre lo hace la primera vez que una madre ve a su hijo. Las hay que me miran como tú, sin dar crédito a lo que ven. Otras, en cambio, se echan a llorar.

—¿Está bien? —preguntó Winnie.

La doctora regresó su atención a la pantalla y movió un pequeño cursor.

—Tiene las medidas adecuadas al tiempo de gestación. Sí, parece estar bien.

¿Quiere oír el latido del corazón?

De nuevo, Winnie se sorprendió.

—¿Se puede?

—Por supuesto.

Unos segundos después, un golpeteo rítmico, grave y muy rápido llenó la habitación.

—Ahí lo tienes.

Los ojos de Winnie fueron de la mujer a la pantalla para recalar finalmente en la doctora.

—¿Eso es su corazón? ¿No va muy deprisa?

—Es así como ha de ir —le aseguró con convencimiento.

Winnie se recreó en el seguro y firme latido. Era increíble que aquella cosita tan pequeña dentro de ella pudiese producir un sonido tan fuerte y vigoroso

como aquel que estaba escuchando. Por primera vez en todo el día, sonrió. La doctora retiró el ecógrafo y el sonido dejó de oírse. La pantalla se apagó y el ruido de una impresora sustituyó a los latidos. Unos segundos después la doctora le entregaba una imagen impresa del tamaño de una fotografía.

—Toma, la primera foto. Ya puedes levantarte y vestirte.

Sin cuestionarla y sin poder dejar de mirar lo que le había entregado, Winnie se dirigió hacia el baño para cambiarse de ropa. Unos minutos después abandonaba la consulta con la fotografía bien guardada dentro de su bolso.

Le bastaba con la suave luz de la lámpara que había sobre su mesilla de noche para iluminarse. Sentada en la cama y apoyada contra el respaldo, Winnie dejó a un lado el teléfono móvil. Había llamado varias veces a Freddy, pero en todas y cada una de las llamadas el resultado había sido siempre el mismo. Después lo intentó con los mensajes de texto. Ninguno de ellos fue recibido. Cansada, resopló con fuerza y dejó caer la cabeza hacia adelante, hasta que su barbilla casi rozó su pecho. No iba a esperarlo más. Al día siguiente tenía clase muy temprano y quería estar descansada. Sin pretenderlo, sus ojos se desviaron hacia la pequeña fotografía que había dejado sobre la mesilla de noche, hacia la impresión de su futuro hijo que le había dado la ginecóloga. Sonriente, se deslizó entre las sábanas.

La despertó una fuerte punzada en el abdomen. La segunda hizo que se sentara en la cama como si la hubiesen accionado con un resorte. Fue entonces cuando notó la humedad entre sus piernas. Un tercer acceso de dolor le hizo apretar los dientes y cerrar con fuerza los ojos.

—No, no. Por favor —masculló entre dientes al ver la gran mancha oscura en las sábanas.

Se levantó de un salto y corrió hasta el baño. Antes de entrar se sostuvo en el marco de la puerta para no caer al suelo cuando un nuevo pinchazo le

sobrevino y la hizo doblarse. En cuanto recuperó el aliento, se cambió de ropa lo más rápido que pudo, y con toda su documentación metida en el bolso, llamó a un taxi para que la llevara hacia el hospital.

Sentada en el asiento de atrás, y ligeramente inclinada hacia adelante, soportando los espasmos que cada vez eran más recurrentes, Winnie miró hacia el frente. Se encontró con la mirada preocupada del taxista.

—¿Te encuentras bien?

Ella negó con la cabeza.

—Por favor, dese prisa —casi le suplicó tratando de mantener a raya las lágrimas que estaban comenzando a formarse en sus ojos.

El hombre no le respondió; tan solo le hizo caso y aceleró.

Un enfermero salió a su encuentro en el *hall* del centro hospitalario.

—Hola...

Ella no lo dejó acabar. Se abrazó a sí misma con fuerza para tratar de dejar de tiritar, aunque no sabía si era de frío o de lo asustada que se sentía.

—Creo... creo que estoy sufriendo un aborto.

Con rapidez, el hombre corrió a por una silla de ruedas y Winnie se dejó caer en el asiento en cuanto llegó. Apretando los labios soportó una nueva punzada que la hizo inclinarse hacia adelante y sofocar un pequeño gruñido de dolor.

—Te llevaré inmediatamente para la sala de observación. Después podrás dar tus datos, ¿de acuerdo?

Winnie solo tuvo fuerzas para asentir.

Mientras el enfermero empujaba con empeño y rapidez la silla, se inclinó hacia ella.

—¿Hay alguien a quien quiera que llamemos?

Incapaz de contener más las lágrimas, Winnie asintió una y otra vez.

—Sí. Por favor, llame a mi madre.

Winnie fue despertándose poco a poco. Su conciencia todavía iba y venía y, aun con los ojos cerrados, se sintió algo mareada. Trató de mover los dedos de su mano derecha, pero algo se lo impidió. Volvió a intentarlo hasta que se dio cuenta de que una cálida palma cubría la suya y le acariciaba el dorso con suavidad. Sintiendo la cabeza algo abotargada, se giró hacia donde se suponía que estaba esa otra persona. Con dificultad entreabrió un párpado, y luego el otro para encontrarse frente a ella el rostro siempre amable de su madre, que la miraba con ternura.

—¿Cómo estás, cariño? —le preguntó Colette con un tono de voz muy bajo, solo para que ella lo escuchara. Al verla, y sin quererlo, las lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—Mamá.

—Estoy aquí, mi vida —le contestó mientras acunaba su cara y la besaba en la frente.

Se sentía incapaz de contener el torrente que manaba de sus ojos. Apretó los labios y trató de dominarlo tragándose el nudo que se le había formado en la garganta.

—Lo siento mucho, mamá. Debería habértelo dicho. Quería...

—No ocurre nada, cálmate —la detuvo antes de continuar acariciándole la frente—. Ya me lo contarás todo cuando te sientas mejor.

En la mirada de su madre solo pudo encontrar entendimiento, comprensión y,

sobre todo, mucho amor. El mismo que Winnie sentía por ella. Le dolía en el alma haberla decepcionado. Casi sin fuerzas, Winnie asintió y se fijó en sus ojos. Colette era una versión más adulta de ella misma. Sus facciones eran idénticas y también tenían el mismo color de pelo, salvo que el de la mujer mayor ya estaba adornado por bastantes hebras plateadas. Llevaba puestas sus características gafas redondas de cristales amarillos y podía atisbar que vestía una de esas largas faldas de múltiples colores que tanto le gustaban. Sus amigos solían decirle que su madre les recordaba a una antigua cantante *hippie* de finales de los años sesenta porque, además de sus atuendos, compartía incluso la manera de ver la vida de aquella época. Como fuera, ella estaba encantada con cómo era, y pensó que no la cambiaría por ninguna otra más convencional. Una nueva lágrima se escapó de los ojos de Winnie.

—Gracias, mamá.

La mujer ondeó una mano.

—Nada de gracias. Es mi deber estar contigo —le contestó—. Por cierto, creo que llegarán unas cuantas multas de tráfico porque me han importado muy poco los límites de velocidad.

—¿Y papá?

—No le he dicho nada todavía. Salió justo ayer hacia Wisconsin con Andy Collins, que ha ido a comprar nuevas vacas. Llevaban preparando este viaje mucho tiempo y tu padre estaba muy ilusionado. «Viaje de chicos», lo habían llamado. —Se sonrió—. Sé que, si se lo digo, va a dejarlo todo y cogerá el primer vuelo para acá. A menos que quieras que lo haga.

Winnie se apresuró a negar tajante con la cabeza.

—No, no se lo digas todavía. Déjalo que disfrute. Ya se lo diremos cuando regrese —le respondió. Por supuesto que tenía muchas ganas de abrazar a su padre, pero aún no se sentía preparada para afrontar su mirada severa. Robert Bradley era un buen hombre; la quería y se preocupaba por ella, pero no era

tan abierto como su madre, y algunas veces le costaba entender que sus hijos tomaban decisiones que él no compartía. Tenía que procesar lo que le había ocurrido antes de tener a su padre frente a ella.

En los ojos color miel de Colette apareció un dejo de tristeza.

—Casi se me sale el corazón por la boca cuando me llamaron del hospital y, con los nervios, ni caí en preguntarles qué te había sucedido. Incluso creo que colgué el teléfono en cuanto me dijeron en cuál estabas.

Con desgana, y sintiéndose más triste aún, Winnie bajó la mirada para posarla en las punteras de sus pies escondidos bajo las sábanas.

—Tengo que daros muchas explicaciones, lo sé.

Colette se inclinó hacia ella y le apretó con fuerza la mano.

—No pienses ahora en ello. Cuando te encuentres bien, ¿de acuerdo?

Sin ganas, Winnie sonrió.

—¿Qué hora es? —preguntó unos instantes después.

—Las ocho menos veinte de la mañana —le respondió.

Los ojos de Winnie se abrieron como platos.

—¡Pues sí que te has dado prisa en venir!

—¿Y qué esperabas? —preguntó la mujer—. Mi hija está en un hospital, ¿y no iba a venir para estar contigo? Habría venido montada en el palo de una escoba, como Harry Potter. Eso tenlo por seguro.

Colette tenía esa virtud: siempre la hacía sonreír. Cuando era pequeña y tenía un problema, había ido a ella y en todas las ocasiones, sin excepción, Colette la había ayudado a mirar el problema desde otra perspectiva y le había hecho ver que nada era tan grave como para borrarle la sonrisa de los labios.

Winnie suspiró y se movió en la cama para colocarse bocarriba. Sintió un ligero dolor en el vientre y el recuerdo de lo que le había ocurrido la noche anterior acudió a ella y la dejó sin respiración. Triste, regresó la mirada a su madre.

—¿Te han contado qué ha pasado?

Colette asintió con renuencia.

—Has tenido un aborto espontáneo.

Aunque eso era lo que ella había temido que le hubiese pasado, escucharlo no ayudaba a que doliera menos. Nuevas lágrimas corrieron libres.

—Lo siento, mamá —volvió a decir en un susurro—. Siento no haberte contado nada.

Con ternura, Colette le secó las lágrimas de las mejillas.

—Ya me lo contarás cuando estés mejor. Ahora es importante que descanses y que te repongas lo antes posible.

En ese momento, la puerta de la habitación se abrió como una tromba y un demacrado y acelerado Freddy entró por ella. La mirada de Winnie se endureció de inmediato al verlo.

—¡Winona! ¿Qué...?

A su lado, su madre se levantó.

—Hola, Freddy.

El joven fijó la vista unos momentos en la mujer y asintió con cierto pudor.

—Señora Bradley. Yo... nosotros...

Winnie alzó una mano.

—Ya se ha enterado de lo que ha pasado. No hace falta que balbucees como si fueras un pez recién pescado —le dijo ella con dureza. Freddy tenía todo el aspecto de quien acababa de regresar de una fiesta: despeinado, con mala cara y aún vestía la misma ropa que llevaba la tarde anterior, aunque en ese momento estaba arrugada y desaliñada. Se acercó hasta ella con pasos largos y se sentó a su lado. Para confirmar sus sospechas la nariz de Winnie acusó el olor a alcohol.

—¿Qué ha ocurrido? He llegado a casa y no estabas. He visto la cama...

—He sufrido un aborto.

Los ojos del joven se empañaron de inmediato.

—Oh, Winnie. Lo siento... lo siento mucho. —Y se abrazó a ella para enterrar el rostro en el hueco de su cuello.

Lejos de abrazarlo, los brazos de Winnie se mantuvieron pegados a su cuerpo, sobre el colchón. Estaba enfadada con Freddy; la había dejado sola la tarde anterior y se había marchado a una fiesta. Pero aún con eso, él no tenía la culpa de lo que había pasado. «Él no podía saber qué iba a ocurrirme. Ni yo misma lo sabía. No seas tan dura con el chico», se recriminó. Con un gesto tímido, le acarició el brazo que cruzaba delante de su pecho.

—Sé que lo sientes, Freddy. No pasa nada. Estoy bien.

El joven se separó de ella con los ojos enrojecidos.

—Siento haberte dejado sola. ¿Cómo estás? ¿Te encuentras bien? ¿Te duele?

—Me dolía anoche. Ahora ya solo es una molestia —le respondió con acritud. Vio al rostro del joven ensombrecerse ante sus palabras. Freddy bajó la cabeza y asintió con pesadez. Un segundo después volvió a alzarla, esta vez para mirar a Colette, que aguardaba en pie al otro lado de la cama.

—Señora Bradley, yo...

—Ya charlaremos cuando Winnie haya salido del hospital, ¿te parece? —lo interrumpió con una severidad inusual en el tono de voz de su madre—. Tenéis cosas que contarme.

Aunque las palabras de Colette sonaron duras, esta tomó la mano de su hija y la apretó, transmitiéndole de esa manera su apoyo. Winnie se sintió reconfortada de inmediato por ese simple gesto y sonrió por primera vez en varios días.

Apenas un día después, los médicos le dieron el alta y Winnie dejó el hospital. Físicamente se sentía bien; le habían hecho varias pruebas y todas habían dado excelentes resultados. Incluso la completa analítica mostraba

valores normales. Y aunque todo eso era una grata noticia, no se sentía como solía hacerlo. Tenía sueño a todas horas y su cuerpo se cansaba más de lo normal. Siempre había sido una mujer vital, rebosante de energía, que sonreía en todo momento y a la que le gustaba hacer bromas, así que ese estado era nuevo y extraño para ella. Con los papeles del alta y acompañada de su madre, estaba deseosa de llegar a su apartamento y poder descansar en su sofá.

En cuanto llegó respiró aliviada. Solo hacía dos años que vivía allí y esa era su casa en ese momento, aunque su verdadero hogar estaba a poco más de tres horas de viaje, en Clarendon, un pequeño pueblo situado en Vermont, entre extensos prados y granjas de ganado. Allí había crecido y vivido hasta que había comenzado a estudiar en la facultad de Económicas.

Al parecer, aquella mañana Freddy había olvidado cerrar las ventanas al marcharse, pero ella agradeció el fresco aire de mediados de primavera que entraba por ellas. Sintióse cansada, se adentró en el pequeño salón y se sentó en el sofá. A su espalda, su madre cerró la puerta y dejó en el suelo la pequeña bolsa que portaba.

—¿Quieres que te prepare algo de comer? —le sugirió. Winnie se apresuró a negar con la cabeza.

—No tengo apetito, mamá.

Colette se cruzó de brazos y clavó sus ojos en ella.

—No puedes seguir sin comer nada, cariño. Tienes que tratar de reponerte y coger fuerzas.

Sabía que su madre tenía razón pero, de algún modo, no le apetecía. Lo había intentado, sí, pero el bolo que se le formaba en la boca no bajaba por su garganta y había terminado vomitando en todas las ocasiones. Bajó la cabeza, avergonzada.

—Lo intento, de veras, pero no puedo.

Con pasos largos, Colette estuvo a su lado en un instante, se sentó junto a ella y la tomó de la mano.

—Sé que has pasado por algo muy duro, cariño, pero negándote a comer no te ayudas.

—No me niego a comer. Simplemente, no me entra nada.

—Vamos a hacer una cosa: voy a hacerte una rica sopa de verduras y ya verás cómo poco a poco vas recuperando el apetito.

Le parecía mal decirle que se ahorrara el trabajo, así que, dibujando una sonrisa que no llegó a sus ojos, asintió.

—Está bien. Lo intentaré.

La sonrisa con la que la obsequió su madre valía más que cualquier plato que ella le cocinara.

—¡Esta es mi niña! —Sin perder el tiempo, Colette se puso en pie—. Voy a ir a comprar porque estoy segura de que no tienes nada en esa nevera tuya.

—Al final de esta avenida hay un gran supermercado. Solo está a diez minutos caminando. Lo verás desde lejos —le explicó brevemente.

Exultante, la mujer tomó su bolso y se encaminó hacia la puerta.

—Sí lo recuerdo. Es justo lo que necesito: caminar un poco y estirar las piernas. No tardo en regresar. —Sin darle tiempo a más, su madre salió y dejó el apartamento en silencio.

Winnie se recostó en el sofá y clavó la mirada en el techo. Desde el día anterior no podía impedir que las lágrimas afloraran por sus ojos en cualquier momento. Sintió la calidez de una de ellas recorrer su mejilla. Con rabia la retiró. No quería llorar, no quería sentirse como se sentía: triste, afligida y sin más ganas que las de meterse en la cama y dormir hasta que el cuerpo le dijera basta.

No supo cuánto tiempo estuvo mirando a la nada. Su madre regresó cargada con dos bolsas con víveres y tarareando una canción. La vio dejar la compra sobre la diminuta encimera de la cocina que daba al pequeño salón.

—Bien, dentro de un ratito tendré lista la sopa.

Winnie se obligó a sonreírle por sus desvelos.

—Gracias, mamá.

La mujer le arrojó un beso, se recogió con habilidad el pelo en una coleta y regresó a la cocina.

Cuando Colette le puso delante un cuenco humeante, el exquisito aroma le hizo rugir el estómago.

—La comida de la clínica era una bazofia. Ya verás cómo esto te devuelve el apetito.

Incorporándose en el asiento, Winnie subió las piernas al sofá, las cruzó delante de ella y tomó el cuenco.

—Huele delicioso.

—Y más rico sabe. Adelante —la conminó Colette con un gesto de la mano.

Era cierto. La sopa no tenía nada que ver con la comida que le habían estado dando en el hospital. Casi sin darse cuenta, se terminó el contenido del recipiente y miró a su madre. La mujer la observó con evidente orgullo.

—¿Ves? Has podido tragarla.

—Gracias. Lo necesitaba. —Winnie se sintió de repente más animada.

Sonriéndole, Colette le retiró un mechón de pelo que se había quedado pegado a su mejilla. Lo hizo con dulzura y cuidado, como solía hacerlo cuando era pequeña.

—Cariño, creo que deberíamos hablar. Me gustaría saber qué ha pasado.

Las palabras la tomaron por sorpresa. Agachó la mirada para fijarla en el cuenco vacío. Un segundo después, hizo un movimiento afirmativo con su cabeza. Como casi en todas las ocasiones, Colette tenía razón. No tenía sentido retrasar la conversación. Su madre se preocupaba por ella, y siempre habían tenido una relación muy especial, más como amigas que como madre e hija. Winnie le había contado sus cosas y, aunque ni ella misma lo supiera,

estaba deseando decirle todo lo que la afligía. Dejando el recipiente sobre la mesa de café que había delante de ambas, Winnie tomó aire antes de comenzar a hablar.

—Siempre he tenido cuidado cuando Freddy y yo manteníamos relaciones. Desde aquella vez que me diste la primera caja de preservativos y me dijiste que los usara con cabeza, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo —contestó su madre con una expresión seria.

Winnie torció el gesto.

—Bueno, pues una única vez no seguí tus consejos.

Muy despacio, la mujer movió la cabeza, comprendiendo lo que ella acababa de contarle.

—¿De cuánto estabas? ¿Lo sabes? —le preguntó Colette con dulzura.

—De casi doce semanas. Justo ayer me hice la primera ecografía y parecía ir bien. Incluso lo vi moverse y escuché su corazón, mamá. —Las lágrimas se agolparon en sus ojos de nuevo y un picor extraño le atravesó la garganta. Aún con dificultad, continuó tras tomar aire—: Pero por la noche el dolor me despertó y... bueno. Ya sabes lo que ha ocurrido.

Colette se acercó más a ella en el sofá y, al instante, ya la había rodeado con un cálido abrazo.

—¡Ay, mi amor! Lo siento mucho. Y que hayas pasado por esto sola.

Winnie escondió el rostro en el cuello de su madre. No dijo nada, tan solo se limitó a dejarse abrazar por ella. Su calor la reconfortaba y también el aroma de la colonia que siempre usaba, a hierba recién cortada y a limón, que le llegó hasta la nariz. Le recordaba a su niñez; a cuando salía del colegio y Colette la esperaba junto a los columpios y la besaba después de estar separadas toda la mañana. La abrazó por la cintura y trató de pegarse a ella tanto como pudo. La mano de la mujer le acarició su larga melena una y otra vez, y Winnie se dejó acunar por el suave movimiento.

Aunque notó su reticencia a hacerlo, su madre se separó de ella.

—Pero hay algo más, ¿a que sí?

Inconsciente, Winnie se envaró.

—¿Por qué lo dices?

Una tenue sonrisa apareció en el dulce rostro de la mujer.

—Porque te conozco, Winnie. Tus ojos me dicen cómo te sientes. Normalmente, brillan con una alegría que es contagiosa, y no la puedo ver en ellos. Por eso sé que algo te aflige, porque te veo triste. Algo pasa, ¿no es así? Sorprendida por sus palabras, Winnie apretó con fuerza los labios y escabulló la mirada por la habitación. No tenía sentido ocultarle nada. Desde hacía algún tiempo no se sentía ella misma. En realidad, no sabía qué le estaba ocurriendo. Entonces se percató de que no había nadie en el mundo que pudiera ayudarla mejor que su madre.

—Supongo que sí, mamá, que algo ocurre —le confesó sin reservas.

—¿Es con Freddy?

De nuevo, Winnie no pudo sino sorprenderse por su aguda intuición.

—En parte es con él, sí.

—Cuéntamelo.

Winnie bajó las piernas del sofá y se inclinó hacia adelante.

—No... no sé qué le ocurre. Ya nada es como antes. Insiste en llamarme Winona cuando él sabe que prefiero que me llamen Winnie.

—¿Te ha dicho por qué lo hace? —preguntó Colette interesada.

Un largo bufido salió de la garganta de la chica.

—Dice que es un nombre infantil y que ya no se corresponde con quien soy ahora.

—Y tú no estás de acuerdo con eso.

—¡Yo soy la misma de siempre, mamá! —exclamó con más ímpetu del necesario—. Solo quiero terminar mi carrera y trabajar en un lugar que me

guste, en donde pueda serle útil a la gente. No aspiro a otra cosa. Quiero ser feliz con lo que haga.

Colette bajó la mirada hasta sus propias manos.

—Y Freddy no pretende eso.

—Freddy pretende trabajar en una gran empresa y llegar a ser alguien importante —aseveró Winnie con un bufido—. Quiere tener un nombre y quiere lo mismo para mí. Yo no estoy interesada en ello, mamá. No tenemos los mismos proyectos de futuro ni tenemos los mismos planes ni la misma visión de las cosas.

Colette se movió en su asiento para poder mirar a su hija de frente.

—¿Se lo has contado? ¿Le has contado que eso que él quiere no es lo que tú quieres?

Casi con efusividad, Winnie asintió.

—Se lo he dicho, sí. Pero estas semanas atrás cualquier supuesto cambio en mi estado de ánimo se lo ha achacado al embarazo. No quiere escucharme; no quiere plantearse que no quiero seguirlo en sus planes.

—¿Has dejado de estar enamorada de él? —le preguntó su madre a bocajarro. Por unos breves instantes, Winnie no supo qué contestarle. No sabía si había dejado de quererlo. Buscó en su interior y no pudo encontrar una respuesta que darle.

—No es el mismo Freddy del que yo me enamoré en el pueblo, mamá.

Componiendo una comprensiva sonrisa, Colette le colocó tras la oreja un mechón de su larga melena.

—Debes aclararte, Winnie. Porque, en caso de que hayas dejado de quererlo, no haces ningún bien continuando con la relación. Tarde o temprano, uno de los dos, incluso ambos, saldréis heridos y eso empañará todos los buenos recuerdos que habéis compartido.

Winnie escuchó a su madre y solo pudo darle la razón. La relación con Freddy

se había enfriado desde hacía ya muchos meses. Cada uno tenía diferentes intereses, incluso sus círculos de amistades estaban cambiando. Freddy había logrado hacerse un pequeño hueco entre algunos compañeros de su nueva empresa y lo estaba aprovechando al máximo. A ella no le interesaba en absoluto codearse con aquellos estirados y remilgados hombres y mujeres que la miraban por encima del hombro y con los cuales tenía que interpretar un papel que no estaba escrito para ella. Regresó la mirada a su madre y asintió con un pesado gesto.

—Sí. Debo aclararme porque no me está haciendo ningún bien esta situación. Ahora... ahora que el embarazo no existe, tengo que plantearme qué quiero hacer.

Al contrario de lo que esperaba, Colette no le contestó, ni añadió nada, tan solo la miró con entendimiento, y Winnie no se sintió capaz de romper el silencio cómodo que se había establecido entre ambas. Su madre había sido siempre su mayor confidente, la persona a la que podía ir en busca de consejo y de apoyo. Pese a que ya no estaba en su casa como cuando era adolescente, ese vínculo que las unía permanecía intacto. Le ofreció una sonrisa que la hizo sonreír a su vez.

—Gracias por venir, mamá. Y por la sopa. —Se inclinó hacia ella y la abrazó con toda la fuerza de la que era capaz.

Notó el tierno beso que su madre le dio en la cabeza.

—Te quiero, cariño.

Winnie cerró los ojos y respiró profundamente, feliz por tenerla allí.

—Yo también te quiero, mamá.

—Venga, levántate y a la cama. Tienes que descansar —le ordenó la mujer separándose de ella.

No se le ocurrió contrariarla. Era verdad que estaba exhausta y esas dos noches había echado de menos su colchón. Con paso cansado se encaminó

hacia el baño. Cuando salió, su madre le había destapado la cama y la esperaba junto a ella. Winnie no la hizo esperar y se metió bajo las frescas sábanas.

—Duerme un poco —le dijo. Un momento después, cerraba la puerta tras ella y la dejaba sola en el dormitorio.

Cerró los ojos. Se sentía más liviana por haber podido hablar con su madre sobre lo que le sucedía. Y también porque ella no le había hecho ningún reproche sobre su embarazo. Aunque Colette era una mujer comprensiva y tolerante, Winnie habría podido entender una pequeña reprimenda por su parte. Se alegró de que no hubiese sido así.

Buscando una postura cómoda para conciliar el sueño, se giró en la cama y se colocó sobre su costado. Entonces la vio. La pequeña fotografía en blanco y negro de su hijo que le había dado la ginecóloga. Su primera y única fotografía. Muy despacio, con dedos temblorosos, Winnie la tomó y fijó su mirada en ella. No pudo evitar derramar nuevas lágrimas por lo que ya no sería. Lloró en silencio, con el corazón encogido en su pecho y tragándose su tristeza. Cuando ya no le quedaron más lágrimas que verter, guardó la fotografía en el fondo del cajón de su mesilla de noche, al igual que guardó sus ilusiones en el fondo de su alma. Cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas que el sueño no tardara en llegar y que la ayudara a olvidar pronto.

Colette dejó junto a la puerta abierta del apartamento la bolsa con las pocas pertenencias que había llevado. Se giró hacia su hija con una expresión preocupada.

—¿Estás segura de que ya estás bien? Puedo quedarme un poco más si quieres —le dijo.

—Estoy segura, mamá —le respondió Winnie con la sonrisa más amplia que pudo dibujar en sus labios—. Llevas aquí una semana y papá regresa hoy de su

viaje.

La mujer mayor torció el gesto para terminar afirmando con un gesto de la cabeza.

—Sí, tengo que estar allí. No me has dejado decirle nada y creo que merece saber qué te ha pasado. Sabes que va a querer venir a verte enseguida, ¿verdad?

Winnie tomó aire.

—Lo supongo, pero, por favor, no dejes que venga. No... no me siento preparada para hablar con papá, aún no. Solo con pensarlo se me hace un nudo en la garganta.

—Sé que le va a costar acceder, Winnie, pero lo intentaré. Y prométeme que hablarás con él en cuanto te sientas con fuerzas.

—Lo haré, te lo prometo.

Con una clara expresión de derrota, Colette se hundió de hombros.

—Aun así, no me gusta la idea de dejarte sola. Por mucho que insistas en que estás bien, yo sé que no lo estás. Lo veo en tus ojos.

Winnie tomó aire y alzó la mirada hacia el techo.

—Te lo digo una vez más, mamá: estoy bien. Me encuentro mejor y ya no me canso tanto.

—Pero todavía no has podido reanudar tus clases —le rebatió Colette con seguridad.

—Lo sé. Lo haré el próximo lunes. ¿Contenta?

Aún lejos de conformarse, Colette la miró con tristeza.

—Vente a casa conmigo. Descansa allí y ya volverás a clase el próximo trimestre. No pasa nada.

—No, mamá. No puedo hacer eso. He de volver a clase —le contestó mientras levantaba la barbilla para demostrarle una seguridad que, en realidad, no poseía.

Con un profundo suspiro, Colette movió la cabeza muy despacio, se agachó para recoger su maleta y regresó la mirada a su hija.

—Muy bien. Me marchó, pero quiero que sepas que no lo hago tranquila. Estarías mejor descansando en casa. Los niños te echan mucho de menos y están deseando volver a verte.

—¡Eso es trampa, mamá! Ya sabes cuánto quiero a esos dos diablillos —le reprochó Winnie. Quería muchísimo a sus dos pequeños sobrinos y ella también estaba deseando volver a verlos.

Una sonrisa pícara asomó por los labios de su madre.

—Si tengo que usar la artillería pesada, la usaré.

Winnie abrió un poco más la puerta.

—Anda, márchate ya. No quiero que se te haga de noche en el camino.

No había dado más que un par de pasos hacia el corredor del rellano cuando Colette se giró.

—Aún estás a tiempo de...

—¡Vete ya, mamá! —exclamó con un elocuente gesto de la mano y su mejor sonrisa.

Con su maleta a cuestas, Colette le lanzó un beso.

—Hasta pronto, cariño. Cuídate. Y llámame si me necesitas.

—Lo haré, descuida.

Winnie aguardó hasta que su madre dobló el recodo del pasillo que llevaba a su apartamento. Entonces, cerrando la puerta, regresó al salón y se arrojó pesadamente en el sofá. Apretó los párpados y resopló con fuerza. Había sido duro verla marchar. Colette aún no habría llegado a su coche y ya la echaba de menos. Le había insistido en que ya se encontraba bien, pero no era verdad. Sí que se encontraba mejor de su paso por el hospital y del percance sufrido: las molestias de los primeros días habían cesado y todo en su cuerpo parecía regresar a la normalidad, pero no así su ánimo.

Sus ojos volaron hacia la ventana abierta. Entraba una suave brisa por ella. A lo lejos podía divisar una pequeña porción del río Charles, que cruzaba la ciudad de Boston de parte a parte. También veía uno de los muchos puentes que conectaban ambas orillas. La primavera se estaba abriendo paso y eso se notaba en el ambiente. Las tardes eran más largas y la luz más brillante. Y ella seguía sin recuperarse. «¿Por qué no me siento mejor?», se preguntó. La visita de Colette la había mantenido ocupada y entretenida, y la había hecho olvidarse momentáneamente de muchas cosas. «Pero ¿qué pasará a partir de ahora?». Le había dicho a su madre que tenía que regresar a la universidad y a las clases. Ya había faltado bastante y sabía que le iba a costar ponerse al día en todas las asignaturas. Muy despacio, se tumbó en el sofá y cerró los ojos. «Eso ya lo pensaré mañana». No tardó en dejarse llevar por una suave modorra y caer en los brazos del sueño.

El lunes llegó, pero ella siguió sin ánimos de regresar a sus clases y a la rutina. Además de su desánimo, debía lidiar con la mirada reprobatoria de Freddy, que no entendía por qué no había reanudado sus estudios ni sus obligaciones en el campus.

Durante el día apenas veía a Freddy. Se marchaba muy temprano a clase, comía en la cafetería y, después, enganchaba con su trabajo de prácticas en la empresa. Cuando regresaba era de noche y ella ya estaba en la cama. Casi no habían intercambiado media docena de palabras cuando él ya se quedaba dormido. Y ella lo prefería así. No tenía ganas de hablar con nadie: ni con Freddy ni con sus amigas de la facultad, que la llamaban a menudo para interesarse por cómo se encontraba y preguntarle cuándo regresaría a clase. Y ella, en todas las ocasiones, les respondía que pronto. Solo que ese «pronto» no acaba de llegar nunca.

Winnie miró el calendario que había sobre la mesa que utilizaba para estudiar. El último día de abril. Hacía ya tres semanas que su madre se había marchado y ella seguía encontrándose desanimada. No sabía qué le pasaba, pero debía hallar alguna solución. Aquella situación se estaba alargando demasiado y temía que, cuando quisiera ir a un profesional, se hubiese agravado.

Freddy salió del baño secándose el pelo con una toalla y canturreando una canción que Winnie no identificó. Se paró detrás de ella y la besó en la mejilla.

—¿Cómo te encuentras hoy? —le preguntó muy cerca de su oído.

—Mejor —le mintió e intentó componer una sonrisa, pero fracasó con estrépito.

Sintió que él se pegaba a su espalda y la agarraba por la cintura. Una mano viajó por su brazo y la acarició con sutileza mientras que la otra se coló por debajo del ligero tejido de su camiseta.

—¿Sí? —le susurró—. Entonces, a lo mejor podríamos pasar un buen rato en la cama. ¿Qué me dices?

Winnie contuvo el aliento y un leve quejido salió de su garganta. No le apetecía en absoluto tener sexo con él en ese momento. Con suavidad se deshizo de sus caricias y se giró para mirarlo de frente.

—No... no tengo muchas ganas.

La expresión del rostro de su novio se endureció ante su mirada.

—¿Que no tienes ganas? ¿Y cuándo se supone que vas a volver a tener ganas, Winona? —le preguntó con dureza—. Hace semanas que no nos acostamos juntos. Y casi no me dejas que te toque.

—Es que no me apetece, eso es todo.

Freddy arrojó lejos la toalla.

—No te apetece, ya. Pues antes bien que te apetecía. A todas horas.

—Lo sé, pero...

—Pero nada. Estás apática. No quieres acostarte conmigo, no quieres ir a clase. No quieres salir... No quieres nada salvo descansar y dormir ¡No sé qué te ocurre!

Ella se alejó de él unos pasos caminando con energía. Se giró para enfrentarlo.  
—¿Y tú crees que estar así me gusta?! —exclamó mientras alzaba los brazos hacia el techo—. ¡No me reconozco! Yo no soy así.

Los ojos oscuros de Freddy se clavaron en ella.

— Si sigues así vas a tirar por la borda todo el esfuerzo que has hecho hasta ahora. Es importante que no lo hagas, Winona, porque perderías tus opciones para elegir una buena empresa en la que hacer las prácticas.

Las palabras de él la hicieron reaccionar y sintió que su sangre, por primera vez en semanas, hervía en sus venas.

—¿Y qué si pierdo opciones?! —prorrumpió—. No estoy interesada en una *buena empresa*, como tú dices. Esos son tus intereses, no los míos. Nunca lo han sido.

—Una buena empresa te abrirá más puertas en el futuro, Winona —le dijo él con la mandíbula en tensión.

Winnie bufó con rabia.

—Te he dicho que no me llames Winona.

Freddy se alejó un par de pasos de ella y la miró como si nunca antes la hubiese visto.

—No sé qué te ocurre.

—Me ocurre que no quiero lo mismo que tú. Por ahora, solo quiero estudiar y ya encararé el futuro más adelante. No me agobia en qué empresa haré las prácticas. No me importa codearme con altos ejecutivos ni reírles las gracias. Lo vio erguirse de hombros y levantar la barbilla con altanería.

—Eres tan estúpida como tu hermano —se mofó dejando escapar una risotada—. ¡El bueno de Frank Bradley! El que dejó un gran trabajo en la bolsa de

Nueva York para dedicarse a ejercer de casero de un edificio en una ciudad de tres al cuarto. ¡Ya hubiese querido yo ese trabajo! Desde luego que no lo hubiese dejado escapar por una... estupidez como esa.

No fue el insulto que le dedicó a ella lo que molestó a Winnie, sino que Freddy hubiese nombrado a su hermano y la decisión que este había tomado hacía ya muchos años. Eso fue la gota que colmó el vaso de su paciencia.

—No hables así de mi hermano —le espetó con dureza—. Dejé Nueva York porque no era feliz. ¡Y yo quiero exactamente lo mismo para mí!

—No te entiendo, de verdad.

—¡Ni falta que hace que me entiendas! —estalló con furia, sintiéndose más viva en ese momento que durante las últimas semanas—. Quiero ser feliz con lo que haga con mi vida. Solo eso. Lo demás no me importa. Estás intentando convertirme en una imagen tuya. No quiero eso.

La mirada dura de Freddy recaía en ella. Y sintió que no conocía a aquella persona que tenía frente a sí. Se alejó de él y, con paso decidido, se encaminó hacia el dormitorio.

—¡Winona! —la llamó—. ¡Winona! ¿Adónde vas?

Ella asomó la cabeza por el hueco de la puerta.

—Me voy a mi casa.

—¡Pero tus clases...!

—Ya las retomaré el trimestre que viene. O el siguiente. No me importa.

Freddy se acercó hacia ella con el rostro desencajado.

—Entonces, ¿aquí se acaba lo nuestro? Creí... creí que nos queríamos.

Una oleada de tristeza golpeó a Winnie en el centro del pecho. Más calmada, bajó la mirada al suelo.

—Creo que deberíamos tomarnos un tiempo. Para aclararnos un poco.

—Yo tengo las cosas claras —dijo él.

—Pero yo no —le respondió ella con seriedad y firmeza—. Necesito tiempo y

tomar distancia con todo esto.

Aunque tardó unos segundos en reaccionar, Freddy movió la cabeza una única vez de manera afirmativa con la mandíbula apretada.

—Está bien. Nos daremos tiempo.

Ella asintió, regresó al dormitorio y, tomando la maleta, metió en ella el contenido de sus cajones y de su parte del armario. Regresaría a Clarendon y trataría de averiguar en dónde se había quedado la verdadera Winnie Bradley.

Ese día de primavera prometía ser caluroso en Newburyport.

Sergei Lébedev llegó ante la entrada de la pequeña asesoría que poseía y sacó del bolsillo de su chaqueta las llaves de la puerta, pero solo al introducirlas se dio cuenta de que ya estaba abierta. Había salido a correr más temprano de lo que solía hacerlo para poder estar a esa hora en la oficina y llegar antes de lo habitual. Al parecer, su ayudante había pensado lo mismo y se le había adelantado.

Entrando, cerró con parsimonia detrás de él. El espacio que servía para que los clientes aguardaran a ser recibidos estaba desierto. De inmediato, oyó el sonido de unos tacones y, antes de terminar de cruzar la sala, Margot apareció por el pasillo que daba acceso a los despachos.

—¡Buenos días, jefe! —lo saludó con entusiasmo.

Él le correspondió el saludo con una breve sonrisa y un gesto de la cabeza.

—Buenos días, Margot. Has llegado muy temprano.

La chica alzó la barbilla, orgullosa.

—Sí. Quería adelantar un poco de trabajo. Espero que no le importe.

—No, claro que no, pero no tienes por qué hacerlo —le respondió mientras pasaba junto a ella en dirección a su oficina. La mujer lo siguió de cerca.

—No me importa, de veras —la escuchó decir a su espalda.

Sergei rodeó su escritorio y dejó el maletín que portaba sobre la mesa antes de

colgar en el perchero la liviana chaqueta que llevaba ese día. Regresó a su escritorio y posó la mirada en su asistente. Margot estaba parada bajo el vano de la puerta. La chica, que rondaría los veinticinco años, se retiró un mechón de su larguísima melena del rostro. Llevaba trabajando para él desde que terminó sus estudios de Derecho en la Universidad de Boston. Era una persona eficiente, ordenada y bastante metódica, algo que le gustaba en especial. Sergei amaba el orden y la rutina, y haber encontrado a alguien que entendiera su afán por tener los asuntos bien atados había sido primordial para él cuando, en su momento, realizó el proceso de selección para el puesto de su ayudante. Hacía poco más de tres años que había abierto esa pequeña asesoría en la zona más comercial y transitada de Newburyport, una ciudad costera del estado de Massachusetts. Lo había podido hacer gracias a la herencia que le había dejado su mentor y antiguo jefe, Iván Kozlov. Como había hecho él mismo con Margot, Iván lo había contratado cuando apenas acababa de terminar la carrera y le había ofrecido un puesto que ningún joven que pensara en su futuro habría podido rechazar. Había trabajado para él durante siete largos años y lo había servido con lealtad y eficiencia.

Sergei sacó de su maletín algunos documentos, los puso sobre la mesa y regresó su atención a la mujer que aún aguardaba en la puerta.

—Si quieres, hoy puedes marcharte antes y así compensas el tiempo.

Los ojos de Margot se iluminaron.

—¿En serio? —preguntó algo incrédula. Se enderezó tanto como pudo y agitó una mano ante ella—. Pero... pero no me importa. No he venido más temprano para salir antes, sino para adelantar trabajo.

—Lo he dicho en serio. Puedes marcharte antes si te apetece.

Radiante, Margot dio un paso hacia atrás.

—Pues estupendo. Regreso a mi trabajo, jefe. Y gracias.

Apenas dedicándole un breve asentimiento, Sergei la despidió. Del maletín

sacó el legajo de papeles en los cuales debía trabajar. No era algo muy urgente, pero él prefería tener los casos a los que se enfrentaba resueltos lo antes posible. Si ocurría alguna eventualidad, podría solventarla sin que el proceso sufriera un retraso significativo.

Para ser exactos, la asesoría de Sergei no tenía demasiados clientes. Tampoco los necesitaba. Su antiguo mentor y jefe había sido un miembro destacado de Newburyport. Había trabajado muy duro y, durante toda su vida, había amasado una considerable fortuna. El anciano, que había muerto hacía tres años a consecuencia de las secuelas de un ictus cerebral y sin tener ningún heredero legítimo, le había legado todos sus cuantiosos bienes. Así se vio con un patrimonio que tuvo que decidir cómo manejar.

Sergei había vendido gran parte de los bienes inmobiliarios, la enorme casa en donde había vivido el viejo Kozlov y otras pequeñas empresas que no le interesaban, y se había quedado solo con aquellas que no podía vender por el momento, como era el caso de una radicada en Moscú y un par de ellas allí mismo, en Newburyport. Por fortuna para él, la pareja de Aliena, su mejor amiga, había trabajado en Wall Street y, aunque estaba retirado de aquel infernal y enloquecedor trabajo, Frank Bradley había accedido a ayudarlo a invertir todo ese dinero. Las rentas que le reportaban eran más que suficientes para no tener que preocuparse por buscar un nuevo empleo, pero él no era un hombre que pudiera quedarse con los brazos cruzados. Por esa razón, abrió un pequeño bufete en una céntrica calle de la ciudad. Sus clientes eran gente sencilla, y sus problemas eran los cotidianos. A él le bastaba ese trabajo que llenaba sus días.

Sergei sonrió y recordó cuando conoció a Aliena Ruslan. Tanto Ali como él eran nietos de exiliados rusos que habían llegado a «la Tierra de las Oportunidades» a finales de los años treinta, tras la Gran Purga ocurrida en la Unión Soviética. Se habían labrado un porvenir y un hogar en ese lugar y, aun

cuando habían pasado tantos años, los descendientes de todos los que arribaron a esas tierras conformaban una comunidad bien avenida que se reunía cada seis meses para recordar la tierra que sus familiares dejaron largo tiempo atrás. En realidad, Ali había sido su amiga más cercana durante toda su infancia. Se acordaba de haberse colgado de su espalda y de tirarle de sus trenzas pelirrojas solo para chincharla. Ella tenía dos años más que él y, en aquella época, casi ejercía de hermana mayor, con todo lo que eso conllevaba: competencias por ver cuál de los dos era más brillante en los estudios, chafarle una cita con algún compañero de la escuela... Pero, conforme fueron creciendo, esa rivalidad sana y natural fue dando paso a una amistad que aún perduraba, pese a que Ali se había mudado a vivir a un pequeño pueblo en Vermont cuatro años atrás, cuando comenzó su relación con Frank.

Tenía que admitir que la echaba de menos. Durante el tiempo que trabajó para Iván Kozlov se había centrado en él. Kozlov había sido un hombre absorbente y muy exigente, que le había pedido el ciento diez por ciento de su dedicación, así que sus relaciones sociales habían ido mermando hasta casi no existir. Ali era la única amiga cercana que había permanecido en su vida y muchas veces había lamentado verla solo cada cinco o seis meses, cuando ambos asistían a los encuentros de su comunidad. Allí tenían la oportunidad de ponerse al día, de que ella le relatará cómo le iba con su clínica veterinaria y de que él le contara su aburrida vida, además de poder beberse unas cuantas cervezas mientras departían alegremente.

Sergei se obligó a regresar al presente y dejar a un lado sus recuerdos. Tenía abierto ante sí el informe del caso que llevaba entre manos. Unas capitulaciones matrimoniales; nada del otro mundo. Se acababa de acomodar en su asiento y se disponía a comenzar a trabajar cuando su teléfono móvil vibró dentro del bolsillo trasero de su pantalón.

Con dificultad sacó el aparato y miró la pantalla. El nombre que aparecía en ella le arrancó una sonrisa. Se apresuró a contestar.

—Aliena Victorovna Ruslana —respondió mientras se reclinaba en el respaldo del asiento—, ¿o ya debería llamarte señora Bradley?

Oyó una suave carcajada antes de que le contestara.

—*¿Aún seguimos con eso de los patronímicos, Sergei Antonovich Lébedev?*

—Es la fuerza de la costumbre, ya lo sabes —le contestó—. Hola, Ali. Justo ahora estaba pensando en ti.

—*Ah, ¿sí?*

—Sí. Estaba recordando cuando éramos pequeños y me gustaba chincharte

—*Que sepas que, de haber podido, te habría dejado a cargo de mis abuelos. Por pesado.*

Ambos rieron ante la respuesta de su amiga.

—*Yo también llevo varios días pensando en llamarte pero, entre los niños y el trabajo, lo tengo un poco difícil.*

—¿Cómo están esos diablillos? —le preguntó con genuino interés.

—*Tú mismo lo has dicho: hechos unos diablillos. Traen loco a Frank. Yo estoy menos tiempo en casa y él se lleva la peor parte de sus travesuras.*

—Suenan divertidos.

—*¡Suenan agotador, Sergei!*

—Tú y yo éramos un par de trastos cuando éramos pequeños, acuérdate.

—*Yo solo recuerdo a un niño muy rubio y casi sin cejas tirarme de las trenzas* —contestó Ali con un tono de voz ligero y cantarín, que, un segundo después, se hizo un poco más serio—. *Bueno, no he llamado para hablarte de los niños.*

—Entonces, ¿para qué me has llamado?

—*Pues para invitarte a mi boda.*

Sergei se incorporó, apoyó ambos brazos sobre el escritorio y sonrió

abiertamente.

—Así que yo llevaba razón y vas a pasar a ser Bradley.

La risa de Ali le llegó clara y potente desde el otro lado de la línea.

—*Ya no me quedan argumentos para darle a Frank e ir postergándolo* —le contestó—. *Y, si te digo la verdad, a mí también me apetece dar el paso y casarme. Me hace mucha ilusión que vaya a suceder finalmente.*

—Me alegro por vosotros, Aliena.

—*Lo sé, Sergei.*

—¿Cuándo será el feliz enlace? —quiso saber.

—*El 10 de julio. Aquí, en Clarendon.*

—Es estupendo.

—*Vendrás, ¿verdad?*

Las palabras de ella lo dejaron en silencio y sin saber qué decir.

—Yo... no sé, Ali. Las bodas y yo no nos llevamos demasiado bien.

—*¿Ni siquiera si es la boda de una vieja amiga? Sergei, me gustaría que me acompañaras ese día.*

Sergei frunció el ceño y bajó la mirada, arrepentido de sus palabras.

—Es cierto. Por ti haré un esfuerzo. Si es eso lo que quieres, ahí estaré.

—*Gracias, Sergei. De verdad que significa mucho para mí que vengas.*

Se dejó caer en el respaldo y se pasó la mano por la frente.

—De nada.

—*Hay algo más.*

—¿Qué significa «hay algo más»? —preguntó intrigado.

—*¿Cuándo fue la última vez que te tomaste unas vacaciones?*

No supo qué contestarle. Sergei boqueó una y otra vez hasta que logró encontrar las palabras.

—No lo recuerdo. Puede que no me las haya tomado nunca. Ya sabes cómo era Iván. Y después de que murió, ni siquiera he pensado en esa opción. Pero ¿por

qué me lo preguntas?

—*Porque me gustaría que pasaras unos días aquí, con nosotros, antes de la celebración. Así podrás ayudarnos a prepararlo. No se me ocurre nada mejor que compartir todos esos momentos con mis amigos.*

El entusiasmo que destilaban las palabras de Ali casi le hizo desear decirle de inmediato que aceptaba la propuesta, pero algo en su interior se lo impedía.

—Ali, no sé si...

Ella no lo dejó acabar la frase.

—*¿Qué no sabes? No vayas a venirme con la excusa de que no quieres ser un estorbo ni nada por el estilo.*

—Era eso precisamente lo que iba a decirte.

Oyó a Ali chasquear la lengua.

—*Pues olvídalo. Voy a reservarte una habitación en una pequeña casa de huéspedes de Clarendon. Una para ti, y otra para Sean y Jimmy. Te acuerdas de ellos, ¿verdad?*

—Sí, claro que sí —respondió al recordar a los antiguos compañeros de trabajo de Ali, aquellos con los que abrió su clínica allí, en Newburyport.

—*Pues también van a venir. ¡Ah! Y Sam y Martha. Me hubiese gustado poderos alojar en casa, pero Frank está remodelándola y el salón parece una zona de guerra.*

Sergei no pudo evitar reírse.

—No te preocupes. Aunque no estuvieras con las obras, no iba a permitir que me acogieras en tu casa. Ya tienes bastante jaleo con tus niños.

—*Entonces, ¿eso es un sí? ¿Vendrás a Clarendon y a mi boda?* —preguntó Ali con voz esperanzada.

Él no pudo evitar sonreír.

—Sí, iré. Y, si eso significa que tenga que tomarme unas vacaciones, me las tomaré.

—*Gracias, Sergei. Significa mucho para mí que estés aquí ese día. Ya verás cómo lo pasaremos genial.*

—Seguro que sí. Gracias por invitarme, Ali.

Ella no tardó en responderle.

—*De nada. Te enviaré a tu móvil la ubicación de la casa en donde te alojarás, ¿de acuerdo? Porque vendrás en tu coche, ¿no? ¿O prefieres venir con Jimmy y Sean? Puedo hablar con ellos y arreglarlo.*

Sergei giró un poco el asiento para encarar la estantería que tenía a su izquierda.

—No, no. Iré con mi coche. Lo prefiero así.

—*Como quieras* —contestó ella—. *Nos vemos pronto, Sergei. Adiós.*

—Adiós. Y dale recuerdos a Frank.

Oyó cómo Ali daba por terminada la llamada y él colgó también. Soltó el teléfono a un lado de los documentos que tenía frente a él. Le había alegrado hablar con su amiga, pero una extraña palabra volvía a su mente una y otra vez: vacaciones. Como le había dicho a Ali, no sabía qué era eso. Tal vez era el momento de dejar definitivamente atrás algunas de las costumbres que había adquirido en el tiempo que trabajó para Kozlov y mirar hacia el futuro.

Se alegraba mucho por Ali y por Frank. La vida no siempre les había sonreído y se merecían lo mejor. Sintióse de buen ánimo y dispuesto a reanudar el trabajo, se levantó de su asiento. Necesitaba echarle una ojeada a una documentación que tenía archivada en una de las estanterías antes de ponerse en firme con el caso que lo ocupaba. Paseó la vista por cada una de las baldas, muy despacio. «¿Cómo no puedo recordar dónde lo puse?», se dijo mientras repasaba de arriba abajo el mueble con la mirada. Harto de hacerlo, se agachó y abrió las puertas que había en su parte inferior. Allí tenía escondida más documentación, la que no tenía suficiente prestancia como para estar a la vista de los clientes. Entonces sus ojos recayeron en una caja. No recordaba haberla

puesto ahí ni tampoco qué había en su interior. Pensó que, tal vez, había sido Margot quien lo había hecho. Era una caja de cartón convencional, como muchas otras. Con curiosidad extendió los brazos y la tomó. Era bastante más pesada de lo que esperaba, así que la colocó sobre la mesa. Intrigado y sin aguardar un instante más, la abrió.

En cuanto tomó el primer folio supo que se trataba de la documentación que había rescatado de la casa de Iván cuando este falleció. Había sido un hombre metódico con todas sus cosas y había guardado en su despacho un sinfín de papeles que a Sergei le llevó varios días clasificar. Metió la mano en la caja y, con cuidado, sacó algunas páginas. Les echó un vistazo rápido: contratos de compraventa de inmuebles, artículos de periódicos, ya amarillentos, sobre la inmigración rusa en los años treinta... Abrió un nuevo sobre y sacó de él un legajo de papeles escritos en ruso. Estaba fechado en 1991, y creyó entender que se trataba de una petición de información sobre los familiares que los Kozlov habían dejado en el país al huir. Sergei recordaba haber oído hablar a su comunidad de lo ocurrido en aquella época. En la última década del siglo XX, el gobierno ruso había decretado la apertura de antiguos documentos que, hasta ese momento, se habían considerado secretos, como era el caso de los huidos y apresados durante la época estalinista.

Sergei se sentó para seguir hojeando la documentación. Al parecer, por lo que podía entender, Iván había estado buscando si algún familiar había sobrevivido a las atrocidades cometidas en aquel periodo de la historia. Tras la hoja de petición estaba la respuesta que le había ofrecido el gobierno ruso. Si Iván jamás le había hablado de ello y había terminado nombrándolo a él su heredero, debió ser porque no había encontrado a nadie, supuso. Sin más interés en esa documentación, Sergei la dejó en el sobre y siguió rebuscando en el interior de la caja. Unos minutos más tarde, dio por finalizada la incursión en el pasado, cerró la tapa y consideró que todos esos papeles no

deberían estar en su oficina, sino en el despacho que él tenía en su propia casa. Puso la caja a su lado para llevársela más tarde y regresó su trabajo.

Casi era mediodía cuando alguien llamó con los nudillos a la puerta.

—¿Sí?

Margot asomó la cabeza por el hueco.

—Sam está aquí.

—Dile que pase —se apresuró a contestar.

La puerta se abrió del todo y un hombre pasó junto a Margot.

—No hace falta, Margot. Ya entro yo por mi cuenta —le dijo el recién llegado con una amplia sonrisa en su rostro.

Con un gesto educado, la joven se retiró. Sam estiró un brazo sobre el escritorio y Sergei le correspondió el saludo.

—Buenos días, Sam.

El hombre alzó las cejas al mirar todos los papeles que había sobre el escritorio.

—¿Te pillo en mal momento? Puedo volver luego, si quieres.

Apresurándose a cerrar algunas de las carpetas, Sergei negó varias veces.

—No, no hace falta. Este asunto lo tengo casi liquidado.

Visiblemente más relajado, Sam tomó asiento frente a él.

—Estupendo. No me gustaría interrumpirte.

—No me has interrumpido. Además, es casi la hora del almuerzo y ya iba a parar —le dijo tratando de restarle importancia a su inesperada llegada—.

Pero dime, ¿qué te trae por aquí?

Sam se arrellanó en el asiento. Lo había conocido hacía cuatro años, cuando llegó procedente de Nueva York. Sam era amigo de Frank Bradley y había sido él quien se había hecho cargo de regentar el edificio de este cuando regresó a su pueblo natal junto con Ali. Sam era una persona simpática,

dicharachera y siempre alegre. Era, al menos, diez años mayor que él, que acaba de cumplir treinta y dos. Nadie que no conociera a Sam podría decir que ya había pasado la barrera de los cuarenta. Tenía un espeso y ensortijado pelo negro y en sus rasgos afroamericanos relucían unos ojos oscuros que miraban con interés todo lo que lo rodeaba. Se podría decir que la amistad de ambos con Frank los había hecho conocerse, pero el tiempo los había convertido en amigos. Sergei llevaba los asuntos legales del edificio de apartamentos que poseían a medias los dos hombres. Imitando a Sam, Sergei se acomodó en su sillón.

—Bueno, tú dirás qué te trae hasta aquí.

—Tengo entendido que este año tenemos que hacer la inspección técnica del edificio.

Sergei asintió sin dudar.

—En efecto. Os toca este año.

Sam torció el gesto.

—O sea que eso significa papeles y lidiar con el ayuntamiento.

—Eso me temo —respondió Sergei.

Palmeando los reposabrazos con actitud distraída, Sam fijó sus ojos en él.

—¿Hay que pedir alguna documentación o...?

—Yo me encargo de todo. Para eso me pagáis, ¿no es cierto?

Sonriéndole, Sam bajó la cabeza.

—Sí, te pagamos para eso, pero quería saber si ibas a necesitarme, además de para pagar las tasas y esas cosas.

—No te preocupes. Aún tenemos unos meses de margen. En cuanto tenga toda la documentación, te la haré llegar.

Satisfecho, Sam se levantó. Al instante, Sergei hizo lo mismo.

—Iba a parar un rato. ¿Quieres que nos tomemos una cerveza?

Sam se detuvo de camino hacia la puerta.

—Me gustaría, pero tengo que recoger a las niñas de la guardería. Lo apuntamos para otro día, ¿de acuerdo?

—Claro.

El hombre estaba a punto de salir cuando pareció recordar algo y se giró de nuevo hacia él.

—Por cierto, ¿te ha llamado Frank?

Sergei arrugó la frente.

—¿Frank? No. Hoy he estado hablando con Ali, pero no con él. ¿Por qué?

—¿Te ha contado algo?

—¿Te refieres a la boda?

En el rostro de Sam apareció una enorme sonrisa.

—Sí, a eso me refería.

—Me lo ha contado, sí —afirmó Sergei con un escueto asentimiento de cabeza.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a ir?

Sergei guardó sus manos en los bolsillos de sus pantalones y se balanceó sobre las punteras de sus zapatos.

—Ali ha insistido en que vaya.

—Es tu amiga. No se te ocurriría hacerle ese desaire, ¿verdad?

—No, no se me ocurriría. Ambos son mis amigos, así que allí estaré, aunque no sea un gran *fan* de esas celebraciones.

—Lo pasaremos bien, ya lo verás.

Sonriente, Sergei asintió.

—Estoy seguro de ello.

Con una palmada suave en el marco de la puerta, Sam dio un paso hacia el pasillo.

—Pues ya hablaremos. Me voy, que llego tarde a recoger a mis princesas. Hasta otro día. —Y se marchó sin esperar a que Sam se despidiera a su vez.

Los ojos de Sergei se desviaron hacia el calendario que tenía sobre la mesa. Aún faltaban varias semanas para que julio llegara y, con él, la boda de Frank y Ali. Tendría todo ese tiempo para buscarles un regalo apropiado. Y, aunque no le gustaban esas celebraciones ni casi ningún evento social, tenía que admitir que sí quería asistir a ese en concreto, y ver a sus amigos y compartir con ellos el que sería el día más feliz de sus vidas. De eso no tenía ninguna duda.

Winnie bajó del autobús y miró a su alrededor. Pese a que había esperado encontrarse con alguien conocido en el vehículo, no había visto a nadie cuya cara le sonara. El trayecto había llevado más de cuatro horas que ella pasó tratando de encontrar una manera de contarle a su padre lo que le había sucedido. Le había pedido a su madre que le prometiera que no lo dejaría ir hasta Boston y eso, finalmente, era lo que había sucedido. Sospechaba que él lo sabía; Colette no solía ocultarle cosas importantes a su marido, así que cuando lo tuviera frente a sí sería un trago difícil de pasar. Además, tenía que explicarles a ambos que había decidido, por ese año, dejar los estudios. Era algo que suponía que debería haber hablado con antelación con ellos, pero no había tenido ganas de hacerlo.

Se dirigió hacia el maletero del autobús y recogió su equipaje, lo llevó hasta la acera y buscó en su bolsillo su teléfono móvil. Sus ojos se quedaron fijos en la oscura pantalla sin saber a quién llamar. Era casi la hora del almuerzo y su madre estaría enfrascada en tenerlo todo listo para la hora en que su padre regresara. Además, ella podría no escuchar su llamada. Colette no era una gran entusiasta de la tecnología y no era extraño que olvidara su teléfono en el fondo de su bolso, así que optó por llamar a su casa. Se le atascó el aire en los pulmones cuando escuchó la masculina voz de Robert Bradley.

—*¿Hola?*

Winnie apretó los labios con fuerza antes de contestar.

—Hola, papá.

Un pesado silencio se hizo en la línea. Un nudo atenazó su garganta y se le nubló la visión a causa de las traidoras lágrimas.

—*Hola, cariño* —le respondió el hombre con un tono de voz contenido—. *¿Cómo estás?*

—Estoy... estoy bien.

Lo oyó tomar aire con fuerza y expulsarlo con lentitud. Temió que escucharla por primera vez desde que le había ocurrido lo del aborto estuviera siendo un duro trago también para su padre. Ella se adelantó antes de que él pudiese hablar.

—Papá.

—*Dime.*

—Estoy en el pueblo. Acabo de llegar en el autobús desde Boston. —Por unos momentos creyó haber perdido la comunicación porque no escuchó nada al otro lado de la línea. Miró la pantalla para asegurarse y volvió a colocárselo al oído—. *¿Papá? ¿Sigues ahí?*

—*Sí. Estoy aquí.*

—Yo... Voy a coger un taxi para ir a...

En esa ocasión fue él quien no la permitió acabar.

—*No te muevas de ahí. Voy a por ti.*

No la dejó replicarle y lo siguiente que oyó fue el inequívoco sonido de haberse terminado la llamada. Tomó aire y lo expulsó poco a poco mientras veía cómo sus compañeros de viaje se iban marchando. Si hacía unos momentos se había sentido nerviosa, ahora lo estaba muchísimo más.

No habían pasado ni cinco minutos cuando vio llegar una furgoneta que conocía bien. El vehículo tenía ya muchos años y ella le había dicho a su padre en más de una ocasión que estaba para el desguace, pero Robert Bradley no quería hablar de deshacerse de ella, así que el asunto se zanjaba tan rápido

como comenzaba.

Lo vio descender, mirar hacia un lado y hacia otro de la carretera antes de cruzar con aquel paso largo y enérgico que lo caracterizaba. Estaba cerca de cumplir sesenta y ocho años, pero aparentaba bastantes menos. Se mantenía en forma y ágil, y su pelo corto apenas estaba surcado por unas pocas canas. Sus ojos, de un limpio color azul, miraban como si quisiesen saber los pensamientos de quien tuviera frente a él. El nerviosismo de Winnie aumentaba a medida que su padre se acercaba a ella.

Cuando llegó hasta donde estaba se detuvo y ambos se quedaron en silencio por unos instantes. No sabía qué decirle. Y, de repente, sin que hubiese necesitado palabras, el hombre deshizo la distancia que los separaba y la envolvió en un abrazo. Hacía mucho tiempo que no recibía uno así de su parte. Winnie cerró los ojos e intentó dominar las lágrimas que se habían agolpado tras sus párpados. Su padre no era una persona muy comunicativa, ni tan siquiera era muy dado a manifestar sus sentimientos, por lo que esa muestra de cariño le hizo estar segura de que conocía lo que le había sucedido. Se dejó acunar unos segundos más. De repente, se sintió en casa y feliz; más de lo que se había sentido en las últimas semanas. Aunque no lo deseaba, Winnie se separó muy despacio y con la mirada baja le dedicó una sonrisa.

—Hola, papá.

—Hola, cariño —le respondió con voz grave, como si también él hubiese estado conteniendo el llanto. Le retiró un largo mechón del rostro, se lo colocó tras la oreja con sumo cuidado y enmarcó sus mejillas con sus grandes manos. Winnie tomó aire y buscó la mirada de su padre.

—Papá, tengo que contarte...

—No, no tienes que contarme nada. Tu madre lo hizo —le confesó—. Ella no quería, pero supuse que algo importante había pasado cuando corrió hacia Boston sin decirme nada por teléfono.

—Yo le pedí que no lo hiciera.

El hombre asintió varias veces antes de continuar.

—Lo sé. Quise ir a verte, pero ella me dijo que te diera tiempo. Que tú vendrías antes que después.

—Mamá me conoce bien.

—Sí, te conoce, pero yo estaba deseando abrazarte, cariño. Ha sido difícil para mí no poder estar contigo —respondió su padre—. Me alegra que hayas venido al fin.

Se acercó de nuevo a ella y la besó en la mejilla. Las lágrimas que Winnie había estado tratando de dominar corrieron por su rostro. Con un gesto delicado, casi impropio de aquellas manos acostumbradas al trabajo del campo, Robert las retiró.

—Gracias, papá.

—Lo importante es que ya estás aquí y que podrás descansar y reponerte.

—¿Dónde está mamá?

—Ha ido a recoger a tus sobrinos a la guardería. Frank está bastante liado con... bueno, ya lo verás cuando vayas a su casa. Yo le he dicho que está loco, pero no me ha hecho mucho caso. Es bastante testarudo.

—Tiene a quién parecerse —señaló Winnie alzando una ceja.

El hombre sonrió abiertamente por primera vez desde que llegara.

—Sí, supongo que es así —le dijo. Miró a su alrededor y se detuvo en las dos maletas que había junto a ella—. ¿Solo has traído esto?

—Sí.

—Muy bien —le dijo Robert mientras levantaba uno de los bultos—. Venga, vámonos. Tu madre no sabe que has llegado. Vas a darle una gran sorpresa.

De mejor ánimo, Winnie caminó junto a su padre en dirección a la furgoneta arrastrando una de las maletas. Las dejaron en la parte de atrás, se sentó a su lado y juntos emprendieron el camino a su hogar.

Nada había cambiado en todos los meses que hacía que no regresaba a Clarendon, como si el tiempo no hubiese pasado por aquel lugar. La primavera había extendido un manto verde por la pradera y los márgenes de los caminos estaban salpicados con los alegres colores de algunas flores que crecían en ellos.

Su padre, en lugar de dirigirse hacia su propia casa, lo hizo hacia la de su hijo, y el estómago de Winnie saltó de pura expectación. Distaban apenas un kilómetro y medio una de la otra. Su padre le había regalado a su hijo el trozo de terreno en donde estaba edificada cuando Frank se casó. Pocos años más tarde él y su esposa la abandonaron para irse a Nueva York en busca de una vida diferente a la que ofrecía ese tranquilo y pequeño lugar. Sin embargo, ni el matrimonio ni el plan de la nueva vida habían funcionado y, tras un breve tiempo viviendo en Newburyport, Frank había regresado con su nueva pareja, Aliena, cuatro años atrás y se habían instalado allí cuando ella se había convertido en la nueva veterinaria del pueblo.

Estaba deseando ver a su hermano. Pese a que había pasado parte de su adolescencia sin saber de él por rencillas que tuvo con su padre, siempre había tenido una conexión especial con él. Y, cuando regresó, ese sentimiento se había hecho extensivo también a Ali. El coche traqueteó en un pequeño boquete justo antes de que Robert lo detuviera delante del porche de la casa... o lo que solía serlo.

Con los ojos abiertos como platos, Winnie se bajó del vehículo sin retirar la mirada de la construcción que se levantaba ante ella. Tal y como ella la recordaba, la vivienda había sido una sencilla edificación, con un estrecho aunque coqueto porche. En cambio, lo que tenía delante poco hacía recordar a lo que una vez fue.

Pilas de tablones de madera se levantaban pegadas a un lateral del edificio. Junto a ellos había una máquina cortadora y otra que no sabía bien para qué servía. Un banco de madera estaba repleto de herramientas y había serrín por

toda la hierba que crecía por los alrededores. Se fijó de nuevo en el hogar de su hermano: la fachada era ahora bastante más larga, y nuevas ventanas, aún sin pintar, daban a una renovada y amplia galería.

La puerta se abrió y su madre apareció por ella. Sin perder un minuto, Winnie corrió hacia ella. Conforme lo hacía, el rostro siempre amable de Colette cambió de una expresión a otra hasta que la tuvo frente a ella y ambas se fundieron en un cálido abrazo que la reconfortó de inmediato.

—Ay, mi vida —la escuchó decir cerca de su oído mientras le acariciaba repetidamente la larga melena—. Te he echado muchísimo de menos.

Winnie se retiró un paso y buscó las manos de la mujer, que apretó con fuerza.

—Y yo a ti.

—¿Por qué no has dicho nada de que venías? Habríamos ido a buscarte al pueblo.

—Llamé a casa cuando llegué, hace un rato. Papá ha ido a buscarme.

De repente, el hermano de Winnie apareció con su hija pequeña en brazos. Tucker, su otro hijo, surgió tras él y se detuvo junto a su padre. En cuanto la vio, los ojos del niño se abrieron de manera desmesurada.

—¡Tía Winnie! —Tucker saltó los escalones con más agilidad de la habitual para un niño de su edad y, cuando llegó a ella, se arrojó en sus brazos con tanto ímpetu que la hizo trastabillar hacia atrás.

—¡Dios santo! ¡Cómo has crecido!

Escuchó la bienvenida antes de que pudiera ver quién se la daba. Desde el interior de la casa le llegó un potente ladrido justo antes de que su dueño atravesara la puerta y corriera hacia ella al igual que había hecho Tucker. Pepper, el perro que Frank había adoptado muchos años atrás, se alzó sobre dos patas y, apoyando las delanteras sobre su brazo, acercó la cabeza hacia ella para darle un lengüetazo en la mejilla.

—Caray, esto sí que es un saludo.

Su hermano fue el siguiente en llegar. Frank era la versión más joven de Robert Bradley. Cuando ella nació, él ya era un hombre hecho y derecho, que estudiaba en la universidad. Por ese motivo no había estado muy presente mientras ella crecía. A pesar de todo, cuando él había estado en Clarendon, la relación entre ellos había sido muy fraternal y cariñosa. Frank siempre la había protegido y mimado, y ella le había correspondido con el mismo cariño que él siempre le había demostrado. Hizo a un lado al vivaracho Pepper, que movía la cola incesante sin dejar de mirarla, y bajó al suelo a Tucker, que aún continuaba colgado de su cuello.

—Hola, hermano.

Sin aguardar un instante, el hombre la atrajo hacia sí con el brazo que tenía libre y la pegó a su cuerpo. Winnie cerró los ojos y apoyó la mejilla en su hombro. No sabía que lo había echado tanto de menos hasta ese preciso instante.

—Hola, cielo —la saludó él con ternura.

El grato momento fraternal duró solo un segundo, lo que tardó Natasha en reclamar la atención de su tía golpeándola en la mejilla. Winnie se separó de Frank y clavó su mirada burlona en la pequeña. La niña tenía un precioso pelo rojizo, heredado de su madre, lleno de suaves bucles que le enmarcaban su tierno rostro redondeado. Los ojos, en cambio, eran una herencia de los Bradley, de un azul claro y limpio, y que lo era más aún en una pequeña que todavía no había cumplido los dos años. Winnie le tendió los brazos y Natasha se echó hacia ella.

—¡Tú también has crecido mucho! —Natasha le estampó en la mejilla un beso húmedo y pegajoso que Winnie celebró con una amplia sonrisa.

—¿Has venido para quedarte, tía? —oyó decir a Tucker. Aguardaba a su lado, junto a Pepper, quien se había convertido en el fiel compañero de juegos del niño según había ido creciendo. Winnie clavó sus ojos en él y asintió con

seguridad.

—Sí. Al menos por un tiempo.

La noticia pareció agrandar a Tucker, pues comenzó a dar pequeños saltos y a alzar los brazos hacia el cielo. El perro se contagió de su efusividad y sus ladridos arrancaron risas a todos. La pequeña Natasha se removió en sus brazos y buscó de nuevo a su padre, que la acogió con ternura y un beso en su preciosa cabecita de rizos.

Winnie giró sobre sí misma y miró a su alrededor.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Ha estallado la casa?

Colette y Robert, que se había mantenido a una distancia discreta, se acercaron a ellos.

—Tu hermano, que parece que no le sienta nada bien ver esos programas de reformas que emiten por la tele —intervino Colette con una sonrisa que le iluminaba el rostro.

—Sabes que no es así, Colette —le contestó Frank con amabilidad—. La casa se nos ha quedado pequeña.

Los ojos de Winnie se abrieron de manera desmesurada.

—¡Por Dios, Frank! ¿Cuántos niños más quieres hacerle a Ali para que te hayas embarcado en... esto? —le dijo señalando a la construcción que tenía a sus espaldas. La coqueta casita de dos habitaciones que ella había conocido era algo del pasado y, en su lugar, un edificio mucho mayor estaba tomando forma—. Si cada ventana que veo es una habitación, la pobre Ali va a estar embarazada hasta que Tucker vaya a la universidad.

Su hermano trató de contestarle, pero todo lo que logró fue boquear como un pez al que habían sacado del agua. Winnie no pudo evitar estallar en carcajadas ante el rubor espontáneo que apareció en el rostro de Frank. Escuchó a su madre reír tras ellos y se giró para mirarla. La mujer se acercó hasta ella, le pasó una mano por el hombro y la besó en la sien.

—Ya conoces a Frank, Winnie. Jamás sabe qué responder cuando le hacemos bromas de este tipo.

—Me doy cuenta, sí —contestó ella mientras le guiñaba un ojo—. Bueno, dime, ¿dónde está mi cuñada?

—En la consulta —respondió su hermano—. Con el jaleo que tenemos, estamos comiendo en casa de papá, y Ali va allí directamente. Estábamos por marcharnos cuando has llegado.

—Pues entonces, vámonos. Tengo muchísimas ganas de darle un abrazo.

Sin aguardar un segundo, Tucker corrió a su lado y, colando una manita en la suya, la apretó con fuerza.

—Yo voy contigo —le dijo con una enorme sonrisa a la que ya le faltaba un diente. Winnie asintió.

—Claro, cariño. Tú vienes conmigo en el coche del abuelo.

Cuando llegaron a su casa, un coche que ella conocía bien ya estaba allí. Desabrochó los asientos de los niños y, en cuanto su padre abrió la puerta, ellos corrieron hacia el porche. En ese momento la figura de su cuñada apareció por el umbral con una sonrisa radiante. Los pequeños llegaron hasta ella y se arrojaron en sus brazos. La vio depositar un beso en cada una de las cabecitas de sus hijos y estos, satisfechos con las atenciones de su madre, entraron en la casa. Fue entonces cuando la mirada de Ali recayó en ella y su sonrisa se hizo más amplia si eso era posible. Con paso rápido se encaminó hacia donde se encontraba para salir a su encuentro.

—¡No sabía que ibas a venir! —exclamó Ali mientras la abrazaba con fuerza.

Conocía a la pareja de su hermano desde que él la había llevado a Clarendon por primera vez, antes de que se mudaran allí definitivamente. Ali era una mujer alegre, entusiasta y agradable, que había congeniado con toda la familia en cuanto puso un pie en el hogar de los Bradley. No había más que observar cómo la miraba su hermano para darse cuenta de lo enamorado que estaba de

ella. Y nadie tenía dudas de que el sentimiento era recíproco.

Ali era la veterinaria del pueblo, lo que en una población como aquella, llena de ganado y caballos, significaba que tenía un montón de trabajo que atender cada día. Winnie los admiraba a ambos porque Ali no había renunciado a su profesión, a la que amaba con locura, cuando tuvo a sus hijos. Fue su hermano quien se había hecho cargo de la situación en la casa y de los niños sin cuestionarlo en ningún momento.

Antes de separarse, Ali la besó en la mejilla.

—No sabes cuánto me alegra verte. Esta semana iba a llamarte porque tenemos algo que contarte.

Los ojos de Winnie se abrieron como platos. Buscó a Frank y lo encontró justo detrás de ella.

—¿Así que es verdad? ¡El arreglo es porque vuelves a estar embarazada!

—¿Qué? —Ali los miró alternativamente—. ¡No! No estoy embarazada otra vez.

—Pues os va a sobrar sitio—rezongó Winnie mientras se encogía de hombros. Colette interrumpió el momento al colocarse entre ambas mujeres.

—Vamos dentro y seguimos charlando, ¿queréis? No me gusta que los niños estén dentro solos. Ya hemos sacado a Tucker más de una vez del fregadero.

Feliz por estar de nuevo en su hogar, Winnie asintió. Le tomó la mano a su madre y juntas se dirigieron hacia el interior.

Colette tuvo la comida sobre la mesa en menos de diez minutos. Su padre se sentó en su lugar habitual, en la cabecera, y ella lo hizo a su derecha. Frank y Ali se ubicaron en el lado opuesto unos minutos después, tras haberles dado el almuerzo a sus hijos. Su madre se sentó a su lado y la miró con cariño.

—Si hubiese sabido que venías, habría preparado algo especial.

—No te preocupes, mamá. —Winnie se esmeró en ofrecerle una amplia

sonrisa—. Me da igual lo que hayas preparado. Sé que me va a saber a gloria. La mirada de la mujer recayó en ella y, por unos momentos, Winnie no tuvo que esforzarse en seguir mostrando esa sonrisa que había mantenido en su rostro desde que llegara.

—¿Cómo estás? —le preguntó acercándose a ella para que nadie más pudiera oírlas.

—Mejor. Ahora estoy mejor.

—Hablares más tarde, ¿de acuerdo?

Winnie asintió sin dudar. Tenía muchas ganas de hablar con ella, contarle cómo se sentía y preguntarle cuándo volvería a ser la misma de siempre. «Porque una madre tiene esas respuestas», reconoció absolutamente convencida.

La comida transcurrió entre carcajadas y comentarios de unos y otros. Incluso su padre, que no solía ser una persona muy habladora, participó de las charlas. Winnie los miró a todos, uno por uno, y trató de sentirse feliz por estar de regreso. Pero, aunque sabía que era así, algo le impedía manifestarlo como siempre lo había hecho: con bromas y risas. Esforzándose por dejar atrás ese lúgubre estado de ánimo, levantó la barbilla y fijó la vista en Ali.

—Bueno, ¿me vas a contar en algún momento para qué ibas a llamarme esta semana?

Ali miró de reojo a su hermano y sonrió.

—¿Se lo cuento? —le preguntó. Frank asintió con seguridad.

—Adelante.

Ali se enderezó en su asiento y la sonrisa que lucía en su rostro desde que la viera por primera vez hacía ya un rato se hizo más amplia.

—Frank y yo vamos a casarnos.

Winnie tardó unos instantes en reaccionar, y cuando lo hizo fue para levantarse e ir hasta ellos y abrazarlos a la vez.

—¡No sabéis cuánto me alegro! ¡Ya está bien de vivir en pecado!

Todos estallaron en una sonora carcajada que hizo que Pepper, tumbado a un lado de la mesa, levantara las orejas y los mirara con la cabeza ladeada.

Besó a Ali y a su hermano con efusividad. Se alegraba realmente por ellos.

—No entiendo por qué habéis tardado tanto en dar el paso, ¡si ambos lo estabais deseando! —le dijo mientras regresaba a su asiento.

—Yo tampoco lo sé —respondió Frank a la vez que buscaba la mano de Ali y entrelazaba sus dedos con los de ella—. Pero estamos dispuestos a ponerle remedio.

Vio a Ali asentir con seguridad.

—Por supuesto.

Winnie se alegraba por ellos. Quería muchísimo a su hermano y a la que en breve sería su mujer, al menos de manera oficial, puesto que hacía mucho que Ali era su cuñada y hermana en su corazón. Pensó en que debería contarles lo que le había sucedido con Freddy y con el aborto. Aún le dolía demasiado hablar de ello, pero Ali y Frank eran su familia, y ellos debían saberlo. Aunque era probable que ese no fuera el momento apropiado.

Cuando el almuerzo hubo acabado, su madre se negó a que la ayudara a recoger, así que, mientras Ali iba con Colette a la cocina para que pudiera terminar más rápido, Winnie se sentó junto con su hermano. Se dejó abrazar por él, pero escabulló cualquier pregunta que este le hizo sobre qué hacía allí en lugar de estar estudiando y sobre Freddy. Le mintió inventándose una huelga de los profesores que Frank aceptó sin pestañear. Unos minutos más tarde, Colette y Ali se unieron a ellos.

Ya mediaba la tarde cuando sus sobrinos fueron a buscar a sus padres y se quedaron dormidos en sus brazos. Frank y Ali no tuvieron más remedio que marcharse y, junto a ellos, Robert se excusó argumentando que tenía que ir a ver al señor Collins por un asunto sobre una de sus vacas. Fue entonces

cuando sintió cómo sus hombros se rendían al agotamiento de todo el día. Bostezó pese a que aún era temprano.

—Si quieres, te puedo preparar ya tu habitación para que puedas descansar —le dijo su madre.

Winnie la miró y negó con la cabeza.

—No te preocupes. Aún no estoy demasiado cansada —le mintió, pero otro bostezo echó por tierra sus palabras.

—Venga, date una ducha mientras hago tu cama —la conminó Colette mientras se levantaba.

Trató de negarse, pero entendía que era absurdo hacerlo. Colette sabía tan bien como ella misma que se moría de cansancio. Winnie terminó asintiendo y, sin protestar más, siguió a su madre hasta el piso de arriba.

Ducharse en el que siempre había sido su baño fue una auténtica delicia. Y saber que la esperaban su cama y sus sábanas hizo que se diera prisa en salir de debajo del agua.

Cuando entró en su dormitorio, la mujer estaba guardando sus ropas en el mueble de cajones que había cerca de la ventana. Colette la miró por encima del hombro.

—Espero que no te importe que haya deshecho tu maleta.

Winnie se acercó hasta ella y le dio un beso en la mejilla.

—Claro que no.

Colette guardó la prenda de ropa que tenía entre las manos y se giró para enfrentar a su hija.

—Ahora podemos charlar. Dime, ¿cómo estás?

Winnie dejó escapar el aire de los pulmones como si hubiera deshinchado un globo. Se sentó en el borde del colchón con los hombros hundidos y la cabeza gacha.

—No lo sé, mamá.

—No tienes que contarme nada si no te apetece, cariño —le dijo mientras caminaba hacia ella y se sentaba a su lado—. Podemos hablar mañana, o cuando tú quieras, ¿de acuerdo?

Sin poder remediarlo, los ojos claros de Winnie, heredados también de su padre, se llenaron de lágrimas. De repente, se vio envuelta en un cálido abrazo. Sin apenas pensarlo le contó acerca de su pelea con Freddy, el abandono de los estudios... No se guardó nada. Lo vomitó todo como si hubiese estado esperando ese preciso instante para hacerlo. Su madre no la interrumpió; aguardó a que terminara, y cuando lo hizo le tomó el rostro entre las manos y la instó a que la mirara.

—Estás en casa, cariño. Todo va a ir bien a partir de ahora. Ya lo verás.

Entre lágrimas y con el corazón encogido en su pecho, Winnie deseó que llevara razón.

Cuando Colette salió de la habitación, Winnie tumbó la cabeza sobre la almohada. Fue la primera vez desde hacía meses que el sueño llegó a ella de inmediato.

Casi sin darse cuenta, mayo dio paso rápidamente a junio.

Frank se apuraba en tener la casa lista para finales de ese mismo mes, pues ella sabía que había invitado a sus amigos de Newburyport y quería tenerlo todo a punto para cuando llegaran.

El cuidado de sus sobrinos, tarea en la que había relevado a su madre, era la que más disfrutaba. Los niños la mantenían ocupada tras recogerlos de la guardería y activa durante toda la tarde: jugaba con ellos, les preparaba la merienda, y en alguna ocasión incluso los bañaba antes de que Ali se los llevara. Llegaba a la noche arrastrándose y sin fuerzas más que para dormir. No tenía muy claro cómo se las apañaban Frank y Ali con esos dos diablillos, que no paraban ni un momento. Así se vio sumergida en una rutina diaria que

la ayudaba a no pensar, lo cual agradecía.

Pese a estar ocupada con los pequeños, a menudo su madre le pedía que se distrajera, que fuera al pueblo o que quedara con sus antiguos amigos del instituto, con aquellos que no habían dejado Clarendon para marcharse a la universidad. Ella asentía con una sonrisa en los labios, pero siempre encontraba una excusa para no salir. No tenía deseos de hablar con sus antiguos amigos, que le preguntarían con total seguridad por Freddy. No tenía ganas de contarles qué le había sucedido a su relación para que ella estuviera allí y hubiese abandonado los estudios, aunque fuese momentáneamente. No, no tenía ánimo para ver a nadie más que a su familia, y eso le preocupaba porque ella no era así. Siempre había sido una chica sociable y abierta, a quien solía gustarle salir de fiesta. Veía tan lejana aquella época que le parecía la vida de otra persona y no la suya.

Alguna que otra vez Winnie pensó que podría haberse precipitado al dejar el curso a medias y se arrepentía por unos momentos de su decisión, pero a renglón seguido solo el mero hecho de pensar lo que sería volver al campus y a las clases, con toda esa gente a su alrededor, hacía que se alegrara de estar en casa y no allí.

Junio pasó con rapidez y Frank, con la ayuda de su padre, pudo terminar la reforma en el plazo que habían programado. Cuando Winnie entró en el recién estrenado hogar, casi nada quedaba del anterior. Su hermano había agrandado el salón y la cocina, añadido tres habitaciones más a las dos existentes, y también dos baños. Incluso había construido, al fondo de la casa, un pequeño despacho, al que había anexado una habitación para que los niños jugaran mientras él trabajaba. Así, el día que dio por concluida la reforma, él y Ali los invitaron a una improvisada cena en su nuevo salón.

Ver juntos a su hermano y a su cuñada hacía que, en ocasiones, Winnie sintiera algo de envidia. Observaba en ellos esas miradas cómplices, esas sonrisas a

medias y esos roces de manos de dos personas enamoradas, que se echaban de menos y ansiaban los pocos momentos de privacidad que les brindaba el día a día. Sin darse cuenta, Winnie trataba de mirar hacia otro lado cuando eso sucedía, pero eso no le impedía sentirse de esa manera, aunque no debería hacerlo, pues en el fondo de su corazón estaba muy feliz por ellos. Tal vez envidia no era la palabra adecuada, pensó con cierto abatimiento; tal vez era añoranza por lo que una vez creyó tener y sentir, y que ya no estaba en su vida. Los días seguían corriendo y Ali y Frank andaban de un lado para otro, ajetreados con los preparativos para su enlace. El trabajo de Ali era muy exigente y sus pacientes, tuvieran las patas que tuvieran, no entendían de horarios ni fines de semana, pero eso no le impedía verla pletórica y radiante, al igual que veía a su hermano. Alguna que otra vez se había dejado llevar por el entusiasmo de ambos, y se emocionaba con todo lo que querían hacer cuando sus amigos estuvieran allí. Ella los ayudaba en todo lo que podía y les mostraba una sonrisa, pero en cuanto llegaba a su cuarto, en la casa de sus padres, y cerraba la puerta tras de sí, una oleada de tristeza salida de la nada la volvía a invadir y la hacía arrojarse sobre la cama y ahogar sus lágrimas con el rostro pegado al colchón, para que su madre no la oyese llorar. Todas las noches Winnie se dormía con el deseo de volver a ser ella misma algún día.

Ali le había enviado un mensaje con la ubicación de su casa el día anterior, pero a Sergei no llegó a hacerle falta utilizar tales indicaciones. Sam lo había llamado pocos minutos después para preguntarle si prefería que, aunque cada uno en su coche, fueran juntos hasta allí. Sergei le había agradecido el detalle y aceptó encantado.

La mañana amaneció radiante para el viaje. Solo eran tres horas de camino, así que Sergei se preparó para disfrutar del trayecto. Salir de los alrededores del marítimo paisaje de Newburyport y adentrarse en la verde campiña de Vermont sería todo un cambio de aires para él.

Conforme los kilómetros pasaban, la mente de Sergei trataba de encontrar la manera de decirle a Ali que no se quedaría los quince días que ella le había propuesto. Tan solo lo haría hasta el día de la boda, que se celebraría el sábado siguiente y, después de eso, se marcharía. Nunca había sido una persona con una activa vida social, y tampoco era algo que echara especialmente en falta. Tenía contados amigos, entre los que se incluía Ali. No se consideraba una persona antipática ni tampoco maniática, no; pero para él eran más preciados los silencios y la tranquilidad que una noche de fiesta. A pesar de su escasa sociabilidad, asistía cada semestre a la reunión de su comunidad rusa, pero allí eran todos como una familia, algo de lo que él había carecido desde muy joven. Su mente volvió de nuevo a su amiga. Sabía que su

decisión de no quedarse después de la boda no iba a gustarle. Pero aquel tipo de reuniones no iban con él.

—Eres la alegría de la fiesta. Claro que sí —dijo en voz alta con sorna, por encima de la canción que estaba sonando en la radio.

Lo había decidido: se marcharía al día siguiente del enlace.

Los kilómetros pasaron con más rapidez de la que había pensado. Hicieron un alto en el camino para que las hijas de Sam jugaran un poco y dejaran de preguntarles a sus padres una y otra vez cuándo llegarían, o eso le contó una agotada Martha en cuanto bajaron del coche y las niñas corrieron a unos columpios cercanos. Ali les había pedido que estuvieran allí al mediodía, pues ella y Frank habían preparado un almuerzo como bienvenida.

Tras la breve parada se pusieron en camino y ya no se detendrían hasta llegar al hogar de los futuros señores Bradley.

La última parte del trayecto fue por un sendero de grava prensada que tuvieron que recorrer más despacio. Al final del camino se levantaba una casa de buen tamaño y que parecía haber sido pintada hacía muy poco. Junto a ella había un gran árbol con una copa muy frondosa, que ofrecía una magnífica sombra. En un lateral de la construcción había ya un par de vehículos estacionados. Sam paró el suyo junto a ellos y Sergei hizo lo propio detrás de él. Estaban todos bajando de sus coches cuando la puerta de la casa se abrió.

Antes de que nadie saliese por ella todos pudieron escuchar el ronco y potente ladrido que precedió a una rápida bola de pelo que bajó las escaleras y corrió hacia ellos. Entusiasmado, moviendo el rabo de un lado para otro, Pepper, el perro de Frank, les dio así la bienvenida.

Sam se apresuró a rascarle tras las orejas cuando el animal se acercó a él.

—Hola, Pepper. ¿Dónde está Frank?

En la entrada aparecieron Ali y Frank. Enormes y cálidas sonrisas se

dibujaron en sus rostros nada más verlos a todos.

Sin aguardar un segundo, los dos bajaron con rapidez los escalones y Sergei los vio fundirse en un abrazo con Martha y con Sam. Sabía que en el pasado, Sam y Frank habían trabajado codo con codo en Wall Street, y esa fuerte amistad no había mermado ni con la distancia ni con el tiempo. Un segundo después, Ali estaba delante de él.

—Bienvenido, Sergei. —La mujer lo abrazó con cariño y él le correspondió el gesto con una sonrisa en los labios.

—Gracias por invitarme —le dijo. Ella se separó y lo miró con una ceja alzada.

—Nada de gracias. Me hace muy feliz que hayas dejado tu guarida y venido hasta aquí.

Frank llegó en ese momento y le tendió la mano.

—¿Qué tal el viaje? —le preguntó a modo de saludo.

—Tranquilo.

Sergei fijó la mirada en ellos. No hacía aún ni seis meses que había visto a Ali por última vez, en la reunión de la comunidad a la que ambos pertenecían. Su amiga estaba radiante. Sus mejillas ofrecían un saludable color, fruto de las muchas horas que debía pasar al aire libre debido a su trabajo. Y Frank también lucía un magnífico aspecto, pero, sobre todo, a ambos se los veía felices y entusiasmados.

Ali les hizo un gesto con el brazo para que la siguieran.

—Vamos dentro. Jimmy y Sean ya han llegado.

Todos fueron tras la mujer, incluido el perro, que se coló entre las piernas con un trote alegre sin que nadie se molestase por ello. Frank y Sam caminaban uno junto al otro, con el brazo del anfitrión sobre los hombros de su amigo mientras ambos reían con algo que solo a ellos concernía.

Los saludos continuaron cuando entraron al espacioso salón de la vivienda.

Allí se encontraban los dos amigos de Ali, Sean y Jimmy, con los que ya había coincidido alguna vez. Los dos hombres estaban sentados en el amplio sofá y jugaban con los hijos de Ali y Frank de manera distendida. En cuanto repararon en que todos habían llegado, dejaron los juegos y se levantaron para darles la bienvenida. Sean y Jimmy habían sido los compañeros de Ali en la clínica veterinaria que, muchos años atrás en Newburyport, habían abierto los tres juntos. Aun cuando Ali se había marchado de esa ciudad hacía ya tiempo, ella le había contado que continuaba teniendo un pequeño porcentaje del negocio, porque ninguno de los tres deseaba que se desvinculara del todo de algo que les había costado tanto trabajo levantar. Sean y Jimmy eran dos personas abiertas y extrovertidas. Sean tenía el aspecto de un deportista nato: alto y con suficiente músculo en el cuerpo como para aplastarle el brazo. Jimmy tenía la misma estatura que su novio, pero su físico no era tan imponente. Una sonrisa perenne solía asomar por sus expresivos ojos azules, y junto con su desparpajo hacía que todo el mundo simpatizara con él de inmediato.

Los dos hombres lo saludaron con entusiasmo y un fuerte apretón de manos y, casi al instante, el salón se llenó de risa, comentarios jocosos y muestras de cariño. Sergei se fijó en los dos pequeños hijos de Ali y Frank, a los que ya conocía por fotografías y de alguna que otra vez que sus padres los habían llevado en sus visitas a Newburyport. Los niños habían crecido mucho. Tucker se parecía mucho a su padre: tenía el mismo color de pelo rubio pajizo y su misma desenvoltura; en cambio, la pequeña Natasha era una versión en miniatura de Ali, salvo por el color azul de sus ojos, claramente heredado de Frank.

En aquel momento, los niños se evadieron de la vigilancia de los adultos, y junto con las dos hijas de Sam y Martha, Marie y Nora, corrieron a compartir juegos.

—Vamos a preparar la mesa fuera —oyó decir casi a voz en grito a Ali para hacerse oír sobre las risas de todos ellos—. ¿Alguien me ayuda?

Sergei dio un paso en su dirección.

—Antes de eso, tengo algo para ti.

—¿Para mí? —Ali lo miró con los ojos muy abiertos.

Intrigados, todos siguieron a Sergei. Cuando llegó a su coche sacó del maletero una caja de medianas dimensiones, que parecía bastante pesada. Frank se adelantó para tomarla en brazos.

—¡Joder! Esto pesa. ¿Qué se supone que hay aquí dentro? —preguntó intrigado.

—¿Qué es? —Ali se apresuró a tratar de abrir la caja que aún sostenía Frank. En cuanto lo hizo, una divertida mueca iluminó su rostro e hizo sonreír a su vez a Sergei.

—¡Baltika! —Ali sacó uno de los grandes botellines de cerveza que había en el interior.

—No sé qué tenéis los rusos con ella —rezongó Frank mientras elevaba la mirada al cielo.

Ali se giró con rapidez hacia él con la botella aún en su mano.

—Pensé que te había gustado. —Su fingida expresión de molestia cambió de repente y le guiño un ojo a Frank con picardía—. ¿Quieres que te recuerde la primera vez que la probaste?

Sergei habría podido jurar que las mejillas del hombre cambiaron súbitamente a un encendido tono carmesí. Casi al unísono, todos estallaron en risas, incluido el propio Frank.

—Venga, vamos a meterlos en la nevera —dijo Ali cuando pudo volver a articular palabra.

Sean y Jimmy estuvieron prestos a ofrecerles su ayuda. Tras ellos fueron los demás y Sergei no se quedó atrás. Entre todos adecuaron una enorme mesa de

madera maciza que había bajo el gran árbol que había junto a la entrada y de la cual no se había percatado al llegar.

Todos se sentaron sin formalidades una vez que las fuentes con la comida estuvieron dispuestas ante ellos. Las charlas se superponían unas a otras, deseosos de saber detalles de la boda que iba a celebrarse la semana siguiente. Con manifiesta ilusión en su voz, Ali los hizo partícipes de sus planes, aunque su entusiasmo no era algo exclusivo de ella: Frank, sentado junto a su futura esposa, recalca sus ideas con una enorme sonrisa en el rostro en cuanto Ali lo dejaba meter baza. Todos compartieron anécdotas de su amistad con unos o con otros. Sam se empeñó en sacarle los colores a Frank cuando contó el primer día en que este había pisado el parqué en la Bolsa de Nueva York.

Cuando todos se percataron de cuánto tiempo había pasado entre charlas, comida y risas, ya habían transcurrido tres horas desde que comenzaran con el almuerzo. Sergei miró su reloj al ver a los demás hacerlo. A pesar de ello, las risas continuaban y se dio cuenta de que se había sentido realmente cómodo.

Jimmy y Sean fueron los primeros en levantarse.

—Nosotros vamos a marcharnos un ratito —dijo Jimmy—. Aún tenemos las maletas en el coche y no hemos pasado por el alojamiento.

—Esta noche os esperamos para cenar —apostilló Ali casi de inmediato.

—Entonces tendremos que descansar un poco y hacer la digestión de todo esto —señaló Sean mientras su vista se dirigía hacia las sobras que habían quedado sobre la mesa—. Vamos a salir rodando de Vermont si nos seguís alimentando igual que hoy.

Todos aún reían cuando Sergei se puso en pie.

—Yo también aprovecharé para descansar un rato. Y dejar mis cosas en la habitación.

—No te habrás traído trabajo, ¿verdad? —le preguntó su amiga mientras lo

apuntaba con el dedo.

—Yo... no, claro que no —mintió. Ali lo conocía bien. Se había llevado unos documentos que no corrían ninguna prisa, pero que él quería tener listos para cuando regresara a la oficina.

—Pues ten por seguro que no te voy a dejar tiempo para que te pongas a trabajar —lo amenazó la mujer con una enorme y pícara mueca en su bello rostro. Sergei sabía que ella cumpliría su palabra fuera como fuese. Bajó la mirada abochornado y sonrió con embarazo.

—Lo tendré en cuenta.

—Bien, nos vamos ya —oyó decir a Sean—. ¿Vienes, Sergei?

—Sí. Me marcho yo también. Nos vemos esta tarde.

Con efusivos saludos, cada uno se dirigió a su vehículo y se marcharon.

Durante gran parte del día, Winnie había estado ayudando a su madre con la limpieza de la cocina. Colette había querido renovar las cortinas; y eso dio lugar a cambiar unos adornos que colgaban en la pared. Cuando Winnie quiso darse cuenta, Colette le había dado un trapo para limpiar a fondo todos los muebles.

Por unos momentos había temido no terminar para la hora en que había quedado con Ali y su hermano para ir a cenar a su casa, pero su madre la liberó de los últimos coletazos y ella se apresuró a irse a la ducha. Sabía que los amigos de estos habían llegado esa misma mañana desde Newburyport y Ali quería que ella estuviese también allí.

En cuanto terminó de arreglarse, se marchó sin molestarse en coger el coche.

Había un paseo de veinte minutos a pie y ella prefirió tomar un poco el aire.

El color azul del cielo ya se estaba tornando anaranjado. Winnie alzó la mirada y aspiró el olor a campo. Sabía que, cuando regresara, iba a ser noche cerrada, pero le daba igual; conocía ese camino como la palma de su mano.

Además, la luna estaría casi llena y eso haría que no estuviera tan oscuro.

No se detuvo hasta que llegó ante la puerta de la casa. Miró a su alrededor antes de llamar. Había tres coches allí que no conocía, seguramente de los amigos que habían llegado. Resuelta, Winnie tocó y esperó.

—¡Entra! ¡Está abierto! —le gritó la voz de Ali desde el interior, y ella empujó.

El salón estaba a rebosar. Sus dos sobrinos corrían alrededor de la mesa seguidos de dos niñas que tendrían más o menos sus mismas edades. La gata de Ali, Blue, un bonito animal de pelaje negro y lustroso, los observaba interesada desde lo alto del respaldo del sofá, siguiendo sus carreras, al contrario que sus madres.

Sin hacerles mucho caso, Ali y una mujer charlaban sentadas en unos taburetes altos junto a la encimera que se asomaba a la cocina. Por el hueco a esta podía ver a su hermano con cuatro hombres más.

—¡Winnie! ¡Ya estás aquí! Recuerdas a Martha, ¿verdad? —le dijo Ali mientras que, con un amplio gesto de su brazo, le indicaba que se acercara hasta ellas.

—Claro que me acuerdo —aseguró Winnie con una sonrisa—. Y ya veo que tus hijas han crecido mucho.

Martha asintió, bajó de la silla y le estampó un beso en cada mejilla.

—Pues sí que han crecido. Hola, Winnie.

—Tucker está encantado con que estén aquí. Tanto que me ha pedido que ponga la cama de Marie en su cuarto. Y Nora dormirá con Natasha —dijo Ali con una radiante sonrisa en su rostro.

Winnie se giró para mirar a sus sobrinos. Estaban entusiasmados con un juguete que compartían los cuatro. Las hijas de Martha y Sam eran unas preciosidades de rasgos afroamericanos, como su padre, aunque con la piel más clara. Ambas poseían un brillante y ensortijado pelo negro y unos

enormes ojos azules, iguales a los de su madre, que destacaban en sus resplandecientes caritas. Estaba absorta mirando a los pequeños cuando la voz de su hermano a su espalda la sorprendió.

—Ya estás aquí. No te he oído llegar. —Winnie casi dio un respingo. Se giró para encontrarse de frente con Frank, al que rodeaban cuatro hombres.

—Recuerdas a Sam, ¿verdad? Y a Sean y a Jimmy.

—Sí, claro. Hola a todos. —Ella asintió y los saludó con un cabeceo y una amplia sonrisa.

—Y este es Sergei. Es amigo de Ali desde que ambos eran pequeños. Ella es Winnie, mi hermana.

El hombre le tendió una mano de manera educada.

—Encantado de conocerte.

Aceptando su gesto, Winnie tendió su brazo. En comparación con la suya, su mano era grande, aunque de dedos largos y estilizados, y la sostuvo con firmeza, pero sin rehuir su contacto.

—Igualmente —contestó ella fijando su mirada en él.

Sergei era alto, más que su hermano, que casi medía un metro ochenta, y también más delgado. Tenía el pelo muy rubio y peinado hacia atrás. La miraba con unos intrigantes ojos claros, tanto que Winnie no podía decidirse sobre de qué color eran en realidad, y sin que la sonrisa que parecía haber tras ellos a florera del todo. El color de su piel y sus facciones, sobre todo de su nariz algo puntiaguda, revelaban su inconfundible ascendencia eslava. La primera impresión que tuvo de él fue que parecía una persona seria, aunque no pudo evitar pensar que, pese a esa seriedad que lo envolvía, tenía cierto atractivo.

Un roce fortuito en su brazo la sacó de su análisis al invitado de su hermano.

—No sé vosotros, pero yo me muero de hambre —oyó decir a Sam.

—Será porque no has comido al mediodía. —La voz clara y potente de Martha

les llegó a todos desde el otro lado del salón, en donde estaba charlando con Ali—. Después no te quejes cuando tengas que ajustarte el cinturón un agujero más suelto.

—¡Oye, yo no me quejo! La culpa es de esas hamburguesas que hizo Frank.

—¡Tendrás poca vergüenza! —exclamó el aludido, fingiendo estar contrariado, aunque ella sabía que no había nada en el mundo de lo que Frank disfrutara más que de esos pequeños rifirrafes con su amigo.

—Vamos, vamos. Martha, está de vacaciones. Déjalo que coma lo que quiera —le dijo Ali tomando parte.

Dispuesto a zanjar el asunto, Frank palmeó a Sam en el hombro.

—Venga, tengo preparada para ti una ensalada estupenda. Solo lechuga. Una delicia.

El gruñido de desaprobación de Sam se vio eclipsado de inmediato por una oleada de carcajadas.

El tiempo que estuvieron juntos, cenando, solo le confirmó a Winnie que su hermano y Ali tenían los mejores amigos que alguien podía tener. La complicidad entre todos era evidente, y las bromas y las risas se habían ido encadenando durante la comida. Winnie reparó en todos, pero sin querer darse cuenta su interés iba una y otra vez hacia la persona que menos conocía. Sergei participaba de las mismas bromas, pero a menudo sonreía sin más y se quedaba en silencio, observando a los demás. El hombre estaba sentado frente a ella al otro lado de la mesa y, en alguna ocasión, sus miradas se habían cruzado, pero él se había apresurado a desviarla como si le incomodara fijarse en ella. Sin estar verdaderamente molesta, Winnie torció el gesto. No podía leer con facilidad la expresión que mantenía en su rostro; unas veces parecía contento de estar allí y disfrutando, y otras —las menos, eso era cierto—, creía que él hubiese preferido estar en cualquier otro lugar.

La cena casi había acabado cuando Martha y Ali se levantaron de la mesa. Los

niños las reclamaron y ellas acudieron a la habitación en donde los cuatro habían estado jugando hasta ese momento. Un rato después las dos mujeres regresaron.

—Frank, Tucker te llama. Quiere que les leas un cuento —le dijo Ali mientras llegaba hasta él y le palmeaba el hombro.

Su hermano dejó caer la cabeza hacia delante con un teatral gesto y suspiró.

—Está bien, ya voy.

Winnie se levantó presurosa de la mesa antes de que él pudiera hacerlo.

—Déjalo. Ya voy yo.

Una enorme sonrisa apareció en el rostro masculino.

—¿En serio vas tú?

—Claro. He estado fuera mucho tiempo —alegó ella mientras rodeaba la mesa—. Es hora de estrechar vínculos con mis sobrinos. Continúad con vuestras charlas.

Sin aguardar, Winnie se encaminó hacia la habitación de Natasha, en donde se encontraban los niños. Con las obras que había realizado Frank, toda esa parte de la casa había cambiado por completo. El pasillo era más largo y las nuevas habitaciones se ordenaban en un amplio vestíbulo. Asomó la cabeza por el hueco de la puerta y miró hacia el interior. Marie y Tucker estaban sentados en un bonito sofá. Tuvo que abrir un poco más para poder ver a Nat y a Nora metidas en la cuna de su sobrina, en pie, agarradas a los barrotes y mostrándoles unas enormes sonrisas. Las dos niñas saltaron y fue entonces cuando Tucker se percató de su llegada.

—¡Tía Winnie! ¿Y papá?

—Me apetecía venir yo a leerte el cuento, cariño —le dijo mientras llegaba hasta el sofá y se sentaba entre ellos—. ¿Te importa?

Winnie miró a uno y a otro. Los niños se miraron entre ellos y, casi a la vez, se encogieron de hombros.

—Bueno, de acuerdo.

—Bien, ¿qué cuento queréis que os cuente?

—*Los tres cerditos!* —exclamó Tucker dando palmas—. ¡Me gusta cuando el lobo sopla y derriba la casa!

—¡Sí! A mí también me gusta —asintió Marie, exultante.

Desde el otro lado de la habitación, las ocupantes de la cuna emitieron sendos grititos de conformidad.

—Bien —asintió Winnie—, parece que hay unanimidad. ¿Dónde está ese cuento?

Tucker saltó de su asiento, corrió hasta una librería cercana repleta de libros y cogió uno. De una carrera estuvo de nuevo sentado en su lugar.

—Toma.

En ese momento, Marie bajó del sofá.

—Uy, tengo que ir al baño —alegó con la boca fruncida.

—¿Para qué tienes que ir al baño ahora? —le preguntó Tucker.

La niña alzó la naricita.

—¡No te lo voy a contar!

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció Winnie.

—¡Ya casi tengo cinco años! Puedo ir sola. —Y salió corriendo de la habitación.

Divertida ante la respuesta, Winnie clavó la mirada en su sobrino.

—Bueno, ¿te lo estás pasando bien?

El rostro de Tucker se iluminó.

—¡Sí! Me gusta mucho cuando vienen Marie y Nora. Bueno, Nora no tanto. Ella es pequeña, pero a Nat sí le gusta, porque es su amiga. Yo prefiero jugar con Marie. Me lo paso muy bien con ella, es divertida.

El niño le contó, entusiasmado y de manera atropellada, todo lo que habían estado haciendo desde que sus amigas llegaron ese mismo día. Y también le

contó cuáles eran sus planes para el día siguiente, y la semana siguiente.

—Me temo que os van a faltar días para todo eso que queréis hacer.

Tucker le mostró una amplia sonrisa que dibujó dos graciosos hoyuelos en sus mejillas. Su sobrino se inclinó un poco hacia adelante y miró en dirección al pasillo.

—Cuánto tarda Marie.

—Habrá tenido un imprevisto —le contestó Winnie sofocando una risa.

En ese momento, la niña empujó la puerta y entró llevando de la mano al amigo de Ali. Los ojos de Winnie se clavaron en él. Antes de que pudiera preguntarle, Tucker se le adelantó.

—¿Qué hace él aquí? —quiso saber con infantil curiosidad.

Sonriendo, Marie alzó su mirada hacia el hombre que aún asía su manita.

—He pensado que nos hace falta un lobo para el cuento. Sergei puede hacer de lobo, ¿a que sí? —le preguntó alzando la cabeza en su dirección mientras le ofrecía una radiante y preciosa sonrisa, que Winnie sabía que nadie podría desairar.

Sergei asintió sin dudar.

—Por supuesto.

Marie tiró de él hacia el interior de la habitación e hizo que se sentara junto a Winnie.

—Ponte aquí, así podrás leer. Yo me sentaré a tu lado.

Winnie tuvo que hacer un esfuerzo para que la carcajada que tenía atascada en la garganta no terminara estallando. Miró de reojo a quien se hallaba sentado a su lado. Él giró la cabeza hacia ella y Winnie pudo ver en sus labios, por primera vez en toda la noche, una sonrisa franca y abierta.

—Hola.

—Hola —le respondió ella a su vez.

—Parece que me va a tocar hacer de lobo, ¿no es cierto? —le preguntó. Su

voz era profunda, grave pero agradable al oído.

Winnie asintió.

—Eso parece.

—Tía, empieza tú —le dijo Tucker mientras le abría el libro en las manos. Ella miró al niño y después al adulto que tenía a su lado. «Grisés. Color del acero. Sus ojos son grises», convino sin saber de dónde había salido aquel pensamiento. Obligándose a prestar atención al cuento que tenía ante sí, Winnie carraspeó.

—Bien, comenzamos.

A pesar de que Winnie creyó que lo harían, los niños no la interrumpieron cuando comenzó a relatar la historia. Cuatro pares de pequeñas orejas estaban pendientes de ella y de lo que contaba. A menudo, Winnie levantaba la cabeza para fijar la mirada en sus oyentes, uno por uno y con disimulo. Los niños la seguían con interés y eso hizo que Winnie se esforzara en dramatizar la narración.

—«Entonces, llamaron a la puerta...» —dijo Winnie con voz afectada. Los pequeños la miraron para pasar a fijar su atención en Sergei—. Te toca —le indicó inclinándose un poco hacia él. Sergei asintió y tomó el cuento de sus manos.

Los ojos de los pequeños se agrandaron cuando la voz profunda del hombre leyó la primera frase. Nora y Nat se sentaron en el colchón de la cuna, y Winnie pensó por unos momentos que iban a echarse a llorar. Pero no fue así, los cuatro continuaron escuchando las frases que Sergei leía interpretando al lobo del cuento, totalmente absortos en lo que les contaba.

Winnie no supo en qué momento Marie había trepado al regazo de Sergei y se había sentado allí para asomar su naricita sobre el libro. De vez en cuando, la niña levantaba la mirada y la mantenía fija en el hombre cuando este cambiaba su voz por una más profunda; era en los momentos en los que el lobo entraba

en escena. Winnie no podía culparla porque a ella le sucedía lo mismo. Cuando a Sergei le tocaba leer sus líneas, ella fijaba su atención en su perfil, en cómo él reseguía el texto con la vista, en cómo los músculos de su mandíbula y su cuello se movían, en cómo sus ojos brillaban, en cómo la cadencia y la gravedad de su voz eran capaces de arrullarla sin que pudiese hacer nada por impedirlo. Winnie respiró, sintiéndose tranquila y casi adormecida.

—Tu turno.

Como si la hubiese pillado haciendo algo que no debía, Winnie se enderezó en el asiento y parpadeó un par de veces al escuchar su voz.

—¿Cómo dices?

Con una sonrisa y un breve gesto, Sergei señaló al cuento.

—Ahora tú.

Azorada, Winnie continuó leyendo. Cuando unos minutos más tarde levantó los ojos, Marie estaba apoyada sobre el pecho de Sergei y se había quedado dormida. Giró un poco la cabeza y vio a Tucker descansando en un cojín, también dormido. Nora y Natasha se habían tumbado y respiraban profundamente, dormidas como sus hermanos mayores. Winnie miró al hombre.

—Misión cumplida.

Los ojos de su compañero de lectura se mantuvieron fijos en ella por unos instantes. Al fin, asintió y le sonrió.

—Sí, creo que sí.

Con todo el cuidado del que fue capaz, Winnie lo vio levantarse y acunar entre sus brazos a Marie.

—¿Dónde la llevo?

Winnie hizo lo mismo con Tucker: lo tomó en brazos y pasó por delante de Sergei.

—Por aquí.

Los dos cruzaron el vestíbulo y entraron en una habitación infantil. En ella, Ali había dispuesto una cama auxiliar para su pequeña invitada.

—Ponla ahí —le dijo mientras metía bajo las sábanas a su sobrino. En cuanto él notó la suavidad de su almohada bajo su cabeza, se agarró a ella y exhaló con deleite.

Sergei hizo lo que ella le había pedido. Lo vio arropar a Marie con ternura y cuidado. Cuando acabó, se giró hacia ella. Winnie le indicó que salieran de la habitación y él lo hizo tras ella. En cuanto estuvieron fuera, Winnie encajó la puerta y dejó solo una rendija.

—Ha sido divertido, ¿no crees? —dijo Winnie sin saber bien por qué.

—Lo ha sido, sí —le contestó él.

Un pesado silencio se apoderó del vestíbulo. Winnie dio un paso hacia atrás y luego otro más.

—Bueno, es hora de que me marche. —Sin darle tiempo a que le respondiera, se giró para dirigirse al salón.

La cena había acabado y todos se encontraban sentados en los dos sofás que dominaban la estancia. Winnie se paró junto a su hermano y le palmeó el hombro.

—Listo. Dormidos y en la cama.

—Mil gracias, Winnie —le dijo Ali desde el otro lado del sofá—. Has sido muy amable.

—No ha sido nada. Me ha encantado leerles un cuento. Además, he tenido ayuda. Bien, me marchó.

—¿Ya te vas? —le preguntó Ali—. Podrías quedarte un rato más.

—No, es mejor que me vaya. Estoy bastante cansada. Mamá me ha tenido todo el día ayudándola a limpiar la cocina.

Aunque a regañadientes, Frank asintió.

—¿Has traído coche?

—No. Pero no pasa nada —se apresuró a contestar Winnie—. Es apenas un paseo hasta casa y conozco el camino. Incluso podría hacerlo dormida.

—Si quieres, te acercaré a casa para que no tengas que ir sola —se ofreció Frank mientras se ponía en pie.

Winnie notó un movimiento a su espalda y luego una voz grave que había escuchado bien hacía apenas unos minutos.

—Yo también me marcho. No me importaría llevarla.

Se volteó para encontrarse de lleno con los ojos de Sergei fijos en ella, unos que le parecían ligeramente diferentes a esos que viera cuando había llegado unas horas atrás.

—Me sentiría más tranquilo si la llevas, Sergei —oyó decir a su hermano—. Nunca se sabe qué tipo de bichos puede haber sueltos por la noche en medio del campo.

Aunque la idea de negarse pasó de manera fugaz por su cabeza, Winnie no lo hizo.

—Está bien, Sergei me llevará.

Se despidió de todos y ambos salieron de la casa.

—Por aquí —le señaló él cuando llegaron hasta los coches que estaban aparcados. Las luces de uno de ellos destellaron. Winnie se dirigió hacia el lado del pasajero y se sentó junto a Sergei.

—Bien, no conozco la zona, así que tendrás que decirme hacia dónde vamos. Ella se abrochó el cinturón.

—No está lejos. A pie son unos veinte minutos.

—¿Y pretendías hacerlo de noche? ¿Sola?

—Llevo toda mi vida viviendo aquí. No iba a ser la primera vez, te lo aseguro. Ni sería la última. He accedido a que me lleves porque sé que Frank no habría dejado de dar la lata hasta que le dijera que sí.

—Bien, tú dirás por dónde es.

Winnie le indicó el camino a seguir. Sergei conducía con cautela, temeroso de los baches que no podía apreciar bien en el firme. El trayecto les llevó poco más de cinco minutos. Sergei detuvo el coche delante de la casa de Winnie. Antes de apearse, ella se giró hacia él.

—Gracias por traerme. Has sido muy amable.

—No ha sido nada.

—Hasta mañana. O hasta cuando volvamos a vernos.

Como respuesta, él le ofreció un cabeceo contenido y sus labios se curvaron ligeramente, dibujando una sonrisa.

Con presteza, Winnie bajó del coche, cerró la puerta y lo vio marcharse por el mismo camino por el que habían llegado. Con los ojos fijos en las luces rojas que cada vez se hacían más pequeñas, Winnie pensó que no le importaría volverlo a ver al día siguiente. Consciente del rumbo de sus pensamientos, sacudió la cabeza.

—Mira que eres tonta, Winnie —se recriminó, pero no pudo evitar que su mirada se dirigiera hacia el camino una última vez.

Sergei bajó muy temprano a desayunar. Aunque llevaba ya un par de horas despierto, había optado por saltarse su sesión matutina de *footing*, sobre todo porque el día anterior había acabado muy cansado. Por regla general, él necesitaba pocas horas de sueño, así que solía levantarse bastante pronto. En lugar de eso, esa mañana había preferido quedarse en la cama y mirar cómo la luz del sol, que le parecía tan distinta allí en comparación con la de su ciudad, se iba adueñando poco a poco de la habitación.

«Tendré muchos días en los que podré salir a correr», se dijo antes de entrar en el salón del alojamiento en donde se hospedaba. Miró hacia un lado y hacia otro. La estancia estaba casi vacía, a excepción de una familia que desayunaba. Había esperado encontrarse allí a Jimmy y a Sean, pero los dos hombres no estaban y pensó que podían haber regresado tarde de casa de Frank y Ali, y que aún estarían durmiendo.

Desayunó con tranquilidad mientras leía el periódico que la señora Jenkins, la dueña, le había prestado. La mujer, una sexagenaria con una sonrisa perenne en los labios, le había asegurado que Clarendon era un lugar pequeño y que no tenía nada importante que ver, pero Sergei deseaba comprobarlo por él mismo. Quería caminar sin prisas y sin ningún plan establecido, solo por el mero hecho de pasear, eso era algo que le apetecía bastante.

Aún no había puesto un pie en el exterior cuando su móvil vibró en el bolsillo

trasero de su pantalón vaquero. Lo desbloqueó de inmediato para leer el mensaje que apareció en la pantalla.

Ali: «¡Buenos días! ¿Qué vas a hacer hoy? ¿Vas a ir al desfile?».

Sergei: «¿Qué desfile?».

Ali: «Hoy es 4 de Julio. ¿Acaso lo habías olvidado?».

Torció los labios y, sin aguardar un segundo más, salió a la calle. Las fachadas de los edificios estaban adornadas con banderolas y guirnaldas de colores, y había muchas familias al completo paseando, cuyos hijos ondeaban banderines y plumeros. Se preguntó si eso había estado allí el día anterior y cómo no lo había visto. Tal vez porque llegó muy tarde al alojamiento y casi ni se fijó en la calle.

Sergei: «Pues sí, lo había olvidado».

La respuesta que recibió por parte de la mujer fue una secuencia de pequeñas caras que le mostraban la lengua, a lo que siguió otro mensaje.

Ali: «Yo tengo trabajo. Mis pacientes no entienden de días especiales. ¿Qué tal si vienes y me acompañas?».

Sergei sonrió al leerlo. Tecleó rápidamente para enviar la respuesta.

Sergei: «¡Claro! Estoy allí en cinco minutos».

Aparcó el coche en la pequeña explanada junto a la casa de Ali. Acababa de cerrar la puerta tras de sí cuando su amiga apareció en el porche con una taza de café en una mano.

—¡Buenos días!

Sergei llegó hasta ella y la besó en la mejilla.

—Buenos días.

—¿Qué tal tu alojamiento? ¿Está bien? Sé que no es nada del otro mundo.

—No te preocupes, está genial. Aunque es sencillo, está limpio y es cómodo. Tampoco yo soy de muchos lujos, así que es perfecto.

Ali le ofreció una amplia sonrisa.

—Me hubiese gustado alojaros a todos aquí, pero esto iba a parecer una comuna *hippie*, aparte de que Tucker no ha querido salir de su habitación para prestársela a nadie. Bueno, salvo a Marie. A Marie le presta lo que sea.

Ambos rieron a la vez. Ali dio un sorbo a su café mientras clavaba la mirada en él.

—¿Qué tal anoche?

—Fue estupendo. Me lo pasé muy bien.

Ella alzó una ceja.

—¿En serio? Sé que no eres muy dado a tanto jaleo, pero...

Sergei la detuvo antes de que pudiese continuar.

—De veras. Ya conocía a Sam, y también a Jimmy a Sean. Fue fantástico charlar con ellos.

—Los niños me contaron esta mañana que anoche ayudaste a Winnie a contarles el cuento.

—Sí. Me encontré a Marie en el pasillo y me pidió si podía hacer de lobo en el cuento que les iba a leer la tía de Tucker. Me supo mal decirle que no.

—Pues les encantó. Me han dicho, y cito textualmente, «fue súper guay. Sergei mola mucho haciendo de lobo».

Sin poder remediarlo los dos estallaron en carcajadas ante las palabras de la mujer.

—¿Sabes lo malo de esto? —dijo Ali—. Que mis hijos van a querer que les leas más cuentos a partir de ahora.

—Yo no tengo ningún problema. Me gustará hacerlo. Son niños estupendos.

Un ligero rubor tiñó las mejillas de su amiga junto con un brillo de orgullo materno que destelló en sus ojos.

—Lo son. Puede que suene a madre de anuncio, pero soy muy feliz por tenerlos.

Sergei asintió. No hacía falta que ella le dijera que era feliz, era algo que él podía apreciar. Ali siempre había sido una mujer alegre, optimista, pero ahora se la veía plena. Radiante. Y se preguntó si, tal vez, algún día él llegaría a tener a su lado a una mujer que le mostrara a los demás esa misma expresión de felicidad, al igual que hacía Ali.

—Y bien, dime, ¿dónde está Frank? —preguntó.

—Está dentro, con Martha y Sam. Están preparando a los niños para salir a ver el desfile —le respondió Ali—. ¿De verdad no te acordabas de la fecha que es hoy?

—No, en absoluto. Además, hubiese jurado que todos esos adornos de las calles no estaban ahí cuando llegué anoche.

Ali rio con ganas.

—Lo habrán hecho unos duendes noctámbulos —replicó ella con sorna mientras se llevaba la taza a los labios y lo miraba por encima del borde—. Bueno, cuéntame, ¿cuáles son los planes para hoy?

—Creí que íbamos a ver a tus pacientes —le contestó Sergei.

—¿De verdad te apetece? Era una sugerencia. Así tendríamos oportunidad de charlar. Ayer, con tanto jaleo, casi no pudimos hacerlo.

—Claro que me apetece. De hecho, me parece genial. Pero ¿tu consulta no está aquí?

Ella negó categóricamente.

—No, está en el pueblo. Continué con la clínica del viejo veterinario, que se mudó a vivir a otro lugar un par de meses antes de que yo llegara.

—Bueno, de esa manera, ya tenías asegurada una clientela.

—Sí, es verdad —afirmó ella—. En el último trimestre del embarazo de Tucker, Frank construyó una consulta aquí para que no tuviera que ir y venir al pueblo cuando ya casi no me veía los pies y no podía conducir. Además, me vino muy bien cuando nació el niño. Es aquella edificación de allí.

Sergei se giró en la dirección que Ali señalaba. A unos cincuenta metros estaba lo que él había creído que era un pequeño granero, o un invernadero. Estaba pintada de un color verde claro y tenía una llamativa puerta roja. Poco más podía advertir desde esa distancia, salvo que el camino que moría ante su porche conducía al exterior de la finca, seguramente para no exponer la intimidad de la familia al no tener que pasar los pacientes de Ali por delante de la casa.

—Fue un bonito gesto de Frank.

La sonrisa que apareció en el rostro de Ali fue la más amplia que él le había visto desde que llegara.

—Lo es, ¿verdad? La equipó para los casos más sencillos y rutinarios, que en realidad son los más comunes. Solo la uso en contadas ocasiones, pero está ahí por si acaso.

—Está bien pensado, sin duda —afirmó Sergei, convencido. Se giró de nuevo hacia ella y la miró con detenimiento—. ¿Estás nerviosa?

—¿Nerviosa? ¿Por qué?

—Por la boda.

—No, en absoluto —se apresuró en contestar Ali—. Nada va a cambiar entre Frank y yo. Esto es algo que ambos queremos hacer.

—Me alegro mucho por vosotros.

Sin esperarlo, ella se acercó y lo besó en la mejilla.

—Gracias por estar aquí. Bueno, voy a soltar la taza dentro y nos vamos, ¿de acuerdo? Te mostraré un poco de los alrededores mientras llegamos hasta donde están mis pacientes de hoy.

Sergei la vio marchar con paso apresurado. Se giró para observar con más calma lo que lo rodeaba. El sol brillaba en lo alto en un cielo sin ninguna nube. La suave brisa mecía la copa del frondoso árbol que les había dado cobijo el día anterior, durante el almuerzo, y que susurraba con la ligera brisa

que meneaba sus hojas. Pensó que era un lugar increíble y que era normal que Ali se sintiera tan feliz allí.

Su amiga regresó con unas llaves en la mano, haciéndolas tintinear sobre su cabeza.

—Vamos a dejar tu coche aquí y usamos el mío, ¿de acuerdo?

A él no le apeteció negarse y subió al vehículo de Ali.

Estaban a punto de dejar atrás el pueblo cuando su amiga señaló hacia el exterior con un gesto de la barbilla.

—Vaya. Es Winnie —exclamó con una clara sorpresa en su voz. Una amplia sonrisa se dibujó en sus labios.

Sergei giró la cabeza para comprobar que, en efecto, la hermana de Frank caminaba en su misma dirección por el margen del camino con paso tranquilo. Vestía unos pantalones vaqueros cortos, deshilachados por el dobladillo y que le rozaban la mitad del muslo, una camiseta de un color amarillo muy chillón y unas zapatillas deportivas. Llevaba su larga melena del color del *whisky* recogida en una trenza que descansaba sobre su hombro, aunque algunos mechones que se habían escapado de ella le acariciaban el cuello y se mecían con la suave brisa. Sergei se tomó la libertad de observarla con más detenimiento, cosa que no le había parecido bien hacer el día anterior. Winnie era delgada y menuda, incluso un poco más baja que Ali, que rondaba el metro sesenta y cinco, y que a él apenas le llegaba por el hombro. Sí había podido atisbar las graciosas pecas que adornaban el puente de su nariz y creía recordar que sus ojos eran de un precioso color azul. Tenía que admitir que era una mujer muy guapa. Aquel pensamiento lo hizo sentirse algo incómodo. Él no era dado a dejarse obnubilar por una boca bonita o unas piernas bien formadas, pero con Winnie no podía dejar de pensarlo.

En ese momento, Ali detuvo el coche junto a la chica. La sonrisa que esta le ofreció, amplia y franca, hizo que la mirada de Sergei no pudiera desligarse de

ella.

—¡Winnie! —oyó decir a Ali a su lado.

—¡Hola! —los saludó la chica mirando primero a una y luego al otro—.

¿Dónde vais?

—Iba a enseñarle los alrededores a Sergei mientras visito a unos pacientes.

¿Y tú? —quiso saber Ali.

Winnie se encogió de hombros.

—He salido a dar un paseo. Ya iba de regreso a casa.

—¿Tienes algo que hacer? —preguntó Ali mientras palmeaba con suavidad el volante.

—Nada especial. ¿Por?

—¿Quieres venir con nosotros?

Sus hermosos ojos azules se clavaron directamente en él y lo miró con seriedad. Sergei sintió que su respiración se detenía un momento y solo la recuperó cuando aquella expresión reservada desapareció y se convirtió en una preciosa sonrisa que iluminó su rostro.

—Claro.

Sin esperar, Winnie abrió la puerta trasera y se coló en el coche.

—Bueno, estoy lista.

Visiblemente contenta, Ali volvió a ponerse en marcha.

—Vamos a ir primero a la granja de los Tivedaux.

Durante el camino, las dos mujeres charlaron de manera distendida. Ali se esforzó en incluirlo en la conversación y él se interesó en todo lo que ella contaba. La vida como veterinaria de pueblo, aunque a veces parecía extenuante por lo que ella le describía sobre la falta de horarios, se le antojaba una bella manera de vivir y no había dudas de que Ali la disfrutaba al máximo.

La carretera estaba muy tranquila, algo que no le extrañó. Parecía que el

tiempo se había detenido en ese lugar del mundo. Los verdes árboles perfilaban el camino y solo alguna que otra edificación baja rompía aquel paisaje. Ali se desvió por un sendero de arena prensada y siguieron por él durante unos minutos más hasta llegar a una amplia explanada.

Lo primero que le llamó la atención a Sergei fue el olor; una mezcla de hierba y tierra. Y también a animal. Su mirada vagó por los alrededores. Había una casa en una dirección y, en la otra, a lo lejos, una construcción que parecía un establo. Ali señaló hacia allí.

—Vamos. Es por aquí.

Apenas habían caminado unos pasos cuando Winnie se giró hacia su cuñada.

—¿A quién vienes a ver? —le preguntó.

—A Valentino, el semental. Parece que tiene problemas en una pata.

Sergei miró a su amiga.

—¿Valentino?

Ali asintió con seguridad y con una sonrisa ladeada en su rostro.

—Un nombre muy apropiado para un animal dedicado a la cría, ¿verdad?

—Sin duda alguna —le contestó divertido.

Tras unos minutos llegaron a una valla de madera rugosa pintada de blanco, que cercaba una superficie en donde debían entrenar a los caballos, pensó Sergei. Ali, cargando con su maletín en una mano, buscó la puerta que daba acceso al recinto con la otra y, antes de abrirla, se giró hacia él y Winnie.

—¿Podéis esperarme aquí? Valentino es algo receloso cuando se trata de extraños. No me llevará más de quince o veinte minutos. Podéis dar una vuelta por los alrededores mientras tanto. O podéis esperarme y la damos juntos, lo que queráis.

Sin aguardar una respuesta por parte de ninguno de los dos, Ali cerró la cerca tras ella, se encaminó hacia la gran entrada que daba acceso al establo y se perdió en el interior. Por el rabillo del ojo vio a Winnie apostarse sobre el

travesaño de madera y descansar la barbilla sobre sus brazos cruzados.

—Bueno —la oyó decir antes de que ella girara la cabeza hacia él—, ¿quieres dar ese paseo o la esperamos?

Sergei señaló hacia el establo con un gesto.

—Mejor la esperamos —contestó él.

—Está bien.

Durante un buen rato, ninguno de los dos dijo una palabra. Sergei imitó a Winnie y se apoyó en la cerca para observarlo todo a su alrededor. Escuchó a lo lejos y con bastante nitidez los mugidos de unas vacas, que parecían responderse unas a otras. Incluso el olor que había advertido cuando llegaron se había hecho más penetrante. Se fijó en el contraste del oscuro verde de las copas de los árboles con el intenso celeste del cielo y no pudo por menos que pensar que aquello era precioso.

—Es bonito todo esto, ¿verdad? —Sintió como si Winnie le hubiese leído el pensamiento.

—Lo es —admitió Sergei girando la cabeza hacia ella.

En el rostro de la mujer apenas se dibujaba una sonrisa. Tenía la vista fija en algún punto frente a ella, como si su mente se hubiese perdido en sus propios pensamientos. Los ojos de Sergei se clavaron en ella, en su perfil perfecto, en su nariz algo respingona y en sus labios, de un ligero tono sonrosado. En ese preciso instante, ella giró la cabeza hacia él y sus miradas se encontraron y, pese a que en cualquier otra circunstancia él habría rehuido el contacto visual, no lo hizo. Se permitió que sus ojos se fijaran en los de Winnie. Había algo en ellos que lo intrigaba, algo que unos momentos los hacía parecer alegres ante la vista de los demás, pero al segundo siguiente se tornaban tristes y él no tenía ni idea de por qué sucedía. Lo había podido apreciar la noche anterior en la cena, cuando intervenía en la charla con los invitados de su hermano. Sonreía y reía, pero en demasiadas ocasiones esa sonrisa no llegaba a

alcanzar sus ojos.

—Es bastante diferente a Newburyport, ¿verdad? —dijo ella. Sergei asintió.

—Muy diferente —convino—. Para empezar, aquí no hay mar.

Una amplia y divertida mueca apareció de repente en los labios femeninos.

—¿En serio? No me había dado cuenta.

Se sostuvieron las miradas unos instantes más hasta que Sergei rompió el lazo que las había mantenido unidas.

—Quiero decir...

—Sí, sé qué quieres decir, descuida —le contestó ella sin un atisbo de sorna en su tono de voz—. He estado varias veces en Newburyport y es muy bonita también. Diferente pero bonita.

—Ah, has estado allí —se interesó Sergei.

—La última vez fue hace dos años, cuando ya mi hermano se había mudado aquí de nuevo —le comentó. Dejó de apoyarse en la valla y se giró hacia él para mirarlo de frente—. Así que tú también eres ruso.

Él le sonrió.

—En realidad, el ruso era mi abuelo. Como el de Ali. Yo nací aquí.

—Ella me ha contado su historia, sí. Entonces, os conocéis desde que erais pequeños.

Durante un buen rato, Sergei fue contestando a cuanta pregunta le formuló Winnie sobre su ascendencia, y lo hizo de buen grado. No le importó en lo más mínimo. Winnie era perspicaz e incisiva, pero su curiosidad no le resultó incómoda en ningún momento. Se rio con él cuando le contó alguna anécdota sobre su infancia que incluía a su amiga común.

—Pobrecilla.

—¿A quién te refieres con lo de *pobrecilla*?

Ninguno de los dos había oído regresar a Ali. La mujer se plantó junto a ellos, aún al otro lado de la valla, y los miró, primero a una y luego al otro.

—Nadia... ¿cómo decías que se apellidaba la niña? —Winnie se giró hacia él con los labios apretados.

—Nadia Gudonov —le respondió Sergei tratando de sofocar una sonrisa.

—Eso, Nadia Gudonov. Me ha estado contando algunas de vuestras fechorías con la pobre Nadia.

Los ojos de Ali se abrieron como platos.

—¡Nosotros no hacíamos ninguna fechoría! La culpa era de ella, que era una niña insufrible y pedante.

Las palabras de su amiga no hicieron sino que los tres estallaran en carcajadas. Ali movió la cabeza una y otra vez de manera afirmativa.

—Vale, sí, lo admito. Fuimos algo crueles con ella.

—¡Y tanto! —exclamó Sergei—. Pintarle las coletas con los colores de la bandera rusa en aquella celebración del Día de la Victoria fue una gamberrada, admítelo.

Ali se giró hacia su cuñada.

—Estuvimos castigados un mes completo.

La anécdota había parecido divertir a Winnie, que sonreía sin parar, lo cual le sentaba especialmente bien a los ojos de Sergei, sobre todo porque un ligero rubor coloreaba sus mejillas y hacía que el azul de sus iris lo pareciera aún más. Ali abandonó el cercado y caminó hacia ellos.

—¿Qué tal Valentino? —preguntó Winnie cuando estuvo junto a ellos.

—Nada importante. Cojeaba un poco y ha resultado ser un esguince. Pero ni por eso descuida sus labores —y le guiñó un ojo a Winnie, cómplice.

Los tres rieron ante el comentario y se dirigieron al coche.

—Ahora nos toca visitar la granja de los Burton.

Tanto Sergei como Winnie asintieron y Ali puso de inmediato el motor en marcha.

Les llevó casi veinte minutos llegar hasta la granja. Winnie quiso saber algo más de la infancia que compartieron Ali y Sergei, y ellos no tuvieron inconveniente en contarle algunas de sus anécdotas y recuerdos de cuando eran pequeños. En ocasiones Winnie, sentada tras él, se incorporaba un poco hacia adelante y, cuando hablaba, Sergei podía escuchar su voz muy cerca de su oído. Y sin saber bien por qué, su cuerpo parecía reaccionar a esa cercanía con una suerte de escalofrío que le recorría la espalda. Decidió que, cuando fueran de regreso, intercambiaría el asiento con ella.

La granja a la que llegaron era una más de las tantas que Sergei había podido ver durante el trayecto. Ali dejó el coche en una amplia planicie, y él y Winnie la siguieron hasta un edificio blanco con un cercado en su parte delantera. Ali entró y cerró la valla tras ella.

—¿Esta vez también se trata de algún caballo? —le preguntó Winnie mientras pasaba los brazos por encima del travesaño superior.

—No. Una de las cerdas parece que tiene problemas. Hace dos o tres semanas que dio a luz y los lechones han dejado de mamar. Sospecho que puede ser una mastitis.

Sergei vio por el rabillo del ojo cómo la expresión de Winnie cambió de manera súbita.

—¡Oh, pobrecitos!

—Voy a verlos. Esperadme aquí, ¿queréis? —les pidió Ali. Y encaminándose hacia la amplia puerta abierta, se perdió en su interior.

Por unos largos segundos ninguno de los dos dijo palabra alguna; se limitaron a mirar hacia el frente, por donde había desaparecido Ali.

Cuando el silencio entre ellos comenzó a ser algo incómodo, Sergei se giró hacia Winnie y se apoyó en la madera.

—Ali se ve muy contenta aquí.

—Lo está —corroboró Winnie con un enérgico asentimiento—. Ella y mi hermano forman una bonita pareja. Están muy enamorados.

Sergei no podía dejar de darle la razón.

—Me he dado cuenta de eso también, sí.

—La vida aquí no es fácil, ¿sabes? —le dijo Winnie volteando la cabeza para clavar su mirada en él—. Hay mucho trabajo que hacer; tienes que levantarte cuando amanece y, en ocasiones, ni la lluvia ni el mal tiempo te relevan de tus obligaciones. Así es el trabajo de Ali, y ella lo hace encantada.

—Debe de ser bonito hacer lo que a uno le gusta —apuntó Sergei sin dejar que su vista se alejara de ella.

—¿Tú no haces lo que te gusta?

—Bueno, si te refieres a si trabajo de lo que estudié en la universidad, sí. Tengo esa suerte —le contestó mientras se encogía de hombros—. Pero no tiene nada que ver con lo que vive Ali. Mi vida ha sido siempre muy... monótona. Sí, eso es: monótona. Nunca ha pasado nada relevante en ella. Lo que tú me cuentas me parece de lo más apasionante.

La risa que ella dejó escapar, inclinándose un poco hacia atrás, lo hizo sonreír.

—¿A qué te dedicas?

—Soy abogado.

—Vale, ahora entiendo lo de monótona —convino ella torciendo el gesto—.

¿No te gusta tu profesión?

—No quiero que te lleves una impresión equivocada, no me estoy quejando de ella. Tampoco es que me disguste.

—¿Dónde trabajas?

—Tengo un bufete en el centro de Newburyport. Nada ambicioso ni importante. Lo suficiente para vivir.

Vio cómo Winnie se despejaba del rostro un largo mechón de pelo que se había escapado de su trenza. Y se preguntó qué se sentiría al acariciarlo entre sus dedos.

—¿Siempre has trabajado en tu bufete?

Él se apresuró a negar con la cabeza, tratando de alejar ese pensamiento de su mente.

—Antes ejercía como asistente de un empresario. Entre otras cosas.

—¿Otras cosas aparte de ser empresario? ¿O tú ejercías de otras cosas? No me ha quedado muy claro —quiso saber ella con una mueca divertida dibujada en sus labios.

Un pequeño estruendo los hizo girar la cabeza casi a la vez.

—¡Mierda, mierda, mierda! —oyeron gritar a Ali.

Lo siguiente que escucharon fueron unos agudos gruñidos y chillidos, y un retumbar en la tierra embarrada, hasta que vieron a los causantes de aquel escándalo aparecer por la puerta empujándose unos a otros en su alocada huida. Los ojos de Sergei y Winnie se abrieron como platos al ver a unos lechones apresurarse hacia el exterior, cada uno hacia un lado del corral que había delante del chiquero.

—¡Venid aquí, maldita sea! —Ali apareció corriendo y tratando de pillar a los escurridizos animales.

Estupefacto, Sergei se quedó observando la escena y no se dio cuenta de que, con suma agilidad, Winnie había saltado ya sobre la cerca para aterrizar al otro lado. Ella apenas había dado un par de pasos en el interior cuando se giró hacia él y le hizo un amplio gesto con el brazo.

—¡A qué estás esperando! ¡Ayúdanos a pillarlos!

Saltó al interior cuando los chillidos de uno de los cerditos al ser capturado por Ali se hicieron más intensos.

—¡Tengo uno! —gritó su amiga mientras lo levantaba sobre su cabeza casi a modo de trofeo.

Vio a Winnie corretear tras otro con los brazos extendidos.

—¿Qué... qué hago? —preguntó Sergei, alzando la voz.

La mujer se detuvo de inmediato y se incorporó antes de seguir con su cacería.

—¿Cómo que qué haces? ¡Coger a los lechones antes de que se nos escapen!

Tras unos brevísimos instantes en que no supo por dónde comenzar, Sergei avistó a un resbaladizo animal que corría pegado a la cerca.

—Ya te tengo, amiguito —le dijo entre dientes. Con un pequeño quiebro y un gruñido, el animal cambió de dirección con inusitada rapidez y Sergei se vio apresando el vacío y terminó salpicado de barro—. ¡Joder!

En el otro extremo, Winnie se afanaba en dar caza a un ejemplar regordete y de grandes orejas.

—¡Ven aquí! ¡Prometo no convertirme en beicon! —la oyó gritar por encima del estruendo que los animales estaban montando. No pudo evitar reír, no sabía bien si de todo aquel jaleo o de sí mismo y su ineptitud con los animales.

Los tres corrían detrás de los cerdos, que se lanzaban a la carrera como si sus vidas dependieran de ello. El barro del chiquero se había convertido en un lodazal por las muchas pisadas y Sergei sentía que el bajo de sus pantalones pesaba demasiado. Supuso que, después de aquello, iban a estar irrecuperables. Winnie se detuvo y oteó a su alrededor.

—¿Cuántos lechones había?

Ali se paró en seco cuando el animal al que perseguía le dio esquinazo.

—No lo sé. Diez o doce.

—¿Diez o doce?! ¡Si parece que hay cientos! —exclamó Winnie mientras se retiraba de la frente un mechón que se le había quedado pegado. En ese momento, ella lo miró con los ojos abiertos como platos—. ¡Sergei! ¡Ahí!

Él miró hacia la misma dirección que ella y avistó a un lechón. Con un largo paso y estirándose todo lo que pudo le cortó la retirada y, finalmente, el animal cayó en sus manos.

—¡Te tengo!

—¡Déjalo dentro y regresa a por más! —le gritó Ali.

Sergei hizo lo que ella le había indicado. Corrió al interior, dejó al asustado

animalillo, que no dejaba de gritar y retorcerse, y volvió junto a las dos mujeres, que se afanaban por dar caza a los que aún quedaban.

Cinco minutos más tarde todos los cerditos estaban de vuelta en el redil. A Sergei le había parecido mucho más tiempo, a juzgar por cómo le faltaba la respiración. Los lechones, ya más silenciosos, se agruparon cerca de su madre.

—Bien, misión cumplida —dijo Ali palmeando para retirar de sus manos el fango que había quedado adherido a ellas.

Cuando se miraron unos a otros, los tres estallaron en risas al ver el aspecto que ofrecían: tenían barro hasta las rodillas y salpicones por todo el cuerpo. Estaban sudados y con las ropas descompuestas, pero Sergei se sentía de maravilla.

—Bien, voy a ver al viejo Burton y decirle que lo que su cerda tiene es una mastitis, que tengo que hacerle algunas pruebas para descartar que sea por bacterias y que habrá que darles biberón a los lechones mientras tanto. Ahora vuelvo.

Sin agregar nada más, Ali salió del lugar con paso firme y rápido. Winnie clavó la mirada en los animales y torció el gesto.

—Son escurridizos, ¿eh?

Sergei asintió sin dudar.

—Lo son. Jamás había corrido detrás de una piara de cerditos.

Ella lo miró y le sonrió.

—Y estos no son los del cuento de anoche.

Sin poder evitarlo, los dos rieron casi a la par. No recordaba haberlo pasado tan bien en mucho tiempo. Entonces, la risa de Winnie fue apaciguándose para clavar sus increíbles ojos azules en él.

—Espera, tienes barro en la cara.

La vio limpiarse de manera tosca la mano en su pantalón y, cuando pareció

segura de que lo estaba, extendió el brazo hacia él. El roce suave de sus dedos lo dejó desarmado y sin poder moverse. Una súbita corriente eléctrica le recorrió la espalda por entero y lo dejó casi sin poder meter aire en sus pulmones. Apretó los puños y los pegó a sus muslos porque temía que, si no controlaba sus manos, estas decidieran saber si la piel de sus sonrojadas mejillas era tan suave como aparentaba serlo. Por unos instantes se olvidó de que estaban en una pocilga rodeados de animales, pues su atención solo estaba puesta en ella. Sin desligar su mirada de la de él, Winnie continuó retirando la mancha con delicadeza, no supo por cuánto tiempo; tan solo sabía que se le hizo dolorosamente corto. Cuando Winnie dejó de tocarlo ya ninguno de los dos sonreía.

—Listo —dijo ella al fin con seriedad y él solo pudo asentir mientras trataba de que su saliva pasara de nuevo por su garganta.

Salieron del recinto en completo silencio. Winnie caminaba delante de él. Cuando alcanzaron donde habían aparcado el vehículo, vieron llegar a Ali, que pateaba el suelo para deshacerse del barro que aún llevaba adherido a los zapatos.

—Voy a poner el coche hecho una pena —se lamentó—. Limpiaos bien antes de entrar, ¿de acuerdo?

Ambos imitaron a su amiga. Sergei se apresuró a sentarse en el asiento trasero para dejar que Winnie lo hiciera junto a su cuñada. Ali puso el motor en marcha y abandonaron la granja de los Burton.

—Bueno, tal y como vamos de sucios, esto da al traste con mi idea de pasearte por el condado.

Con reservas y sin saber bien de dónde salía esa desilusión que sentía, Sergei asintió.

—Es cierto. Será mejor que vuelva al hostel y me cambie de ropa.

—Pero tu coche está en mi casa —le dijo Ali buscando su mirada en el espejo

retrovisor.

—No importa. Ya sé a qué distancia está y no es más que un paseo. Puedo ir a buscarlo esta tarde si no tienes inconveniente.

—Ninguno —le contestó Ali—. Puedes ir cuando gustes.

Tardaron algo más de treinta minutos en regresar a Clarendon. Había muchas personas por las calles y Ali lo dejó en una aledaña al hostel. Él se giró y se despidió con un gesto de la mano.

—Hasta esta tarde —le respondió Ali y puso el coche en marcha.

Winnie miraba por la ventanilla en completo silencio mientras su cuñada conducía rumbo a su hogar. Estaba distraída y con la mente en alguna otra parte. No se dio cuenta de que habían llegado hasta que Ali apagó el motor.

—Ya estamos en casa.

—Gracias por el paseo, Ali. He pasado un rato estupendo.

Antes de que pudiese abandonar el coche, la mano de Ali en su antebrazo la detuvo.

—Winnie.

—¿Sí?

Cualquier rastro de sonrisa había desaparecido del rostro de la mujer, y un rictus de seriedad lo reemplazaba.

—Me gustaría preguntarte algo.

—Tú dirás.

La vio tomar aire antes de hablar.

—Winnie, desde que regresaste te encuentro... rara, como si no fueras realmente tú. No he querido preguntarte antes porque respeto tu privacidad y porque pensé que se te pasaría, pero no ha sido así. Por supuesto, no tienes que contarme nada si no quieres, lo entendería, pero..., ¿te ocurre algo? Estoy preocupada por ti.

Por inesperada, la pregunta hizo que su estómago saltara. Agachó la cabeza

para rehuir la mirada inquisitiva de la mujer. Pensó en primera instancia decirle que no, que no le ocurría nada, pero se trataba de Ali, a quien ella quería mucho. Apretó los labios y levantó la mirada.

—Sí.

—¿Y quieres contármelo?

La primera lágrima rodó por la mejilla de Winnie sin que pudiese hacer nada por evitarlo. Respiró hondo y exhaló muy despacio antes de hablar.

—Hace... hace unos meses me quedé embarazada y perdí al bebé.

Los ojos de Ali se abrieron como platos para, de inmediato, mostrarle una triste expresión.

—Ay, cariño. Lo siento mucho.

Winnie bajó el rostro y asintió.

—No pasa nada —le dijo secándose con rabia las mejillas—. Creí que ya estaba haciéndome a la idea, pero parece que no.

—De verdad que lo siento mucho.

—Lo sé.

—¿Y Freddy? ¿Algo no va bien con él? —quiso saber—. ¿Por eso estás aquí sola?

Winnie torció un poco el gesto.

—No sé cómo está mi relación con Freddy. Hace tiempo que no marcha, y lo que me ocurrió no hizo más que empeorar la situación. No queremos las mismas cosas, ni tenemos las mismas metas en la vida. He venido para tratar de aclararme y ver qué quiero hacer de ahora en adelante.

—Freddy está invitado a la boda —le dijo Ali con una clara preocupación en su voz—. ¿Quieres que lo llame...?

—¿Y decirle que no venga? No, no. Mis padres y los suyos son amigos desde hace años. Además, puede que verlo y hablar con él sea lo que necesito hacer. Aclarar las cosas, tal vez. No lo sé, de verdad que no lo sé.

La mujer la tomó de la mano y la apretó con fuerza.

—Muy bien, como tú quieras. —Escuchó a Ali dejar escapar el aire de sus pulmones y girarse hacia ella aún más—. ¿Puedo confesarte algo yo también?

Mirándola con extrañeza, Winnie asintió.

—Claro.

—Nunca me gustó Freddy —admitió con cierto aire de culpabilidad—. Siempre pensé que era un inmaduro y un niño malcriado que no te llegaba a la suela de los zapatos. Te mereces estar con alguien mucho mejor que él.

—Jamás me has dicho nada.

—Porque no era asunto mío, cariño. Era tu vida y tus decisiones, no las mías. Te correspondía a ti decidir si él merecía la pena o no.

Winnie resopló y levantó la mirada hacia el techo del automóvil.

—Pues ya ves, soy un genio eligiendo.

Un pesado silencio se extendió como un manto en el coche. Winnie creyó que Ali iba a preguntarle algo más, pero no lo hizo. En cambio, ella se incorporó un poco y miró de soslayo a la mujer.

—¿Mi hermano sabe algo?

—Hemos estado hablando de ti, sí, y también está preocupado. No es tonto. Sabe que el hecho de que estés aquí no es tan simple como nos lo has pintado. Las comisuras de los labios de Winnie trataron de alzarse para dibujar una sonrisa; en cambio, lo que logró fue componer un pobre sucedáneo.

—Mi hermano es un tipo listo.

—Y te quiere —añadió su cuñada sin dilación.

—Lo sé.

—¿Quieres que le cuente lo que te ha ocurrido? ¿O prefieres hablar con él? —le preguntó mientras buscaba su mano y la aferraba con firmeza.

Winnie bajó la mirada y negó varias veces.

—Por favor, cuéntaselo tú. No... no tengo fuerzas para volver a revivirlo de

nuevo.

Sin mediar palabra, Ali se inclinó hacia ella y la abrazó. Winnie se dejó acunar escondiendo el rostro en el hueco del cuello de la mujer. Lloró de nuevo, sin consuelo. Durante todo ese rato, Ali se limitó a acariciarle en el pelo y dejarla que derramara toda la angustia que oprimía su corazón. Cuando comenzó a calmarse, la besó en la sien y Winnie se separó de ella lentamente.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea, ¿verdad?

Winnie intentó contener nuevas lágrimas que amenazaban con desbordarse. Asintió una y otra vez, con energía, mientras trataba de sonreírle.

—Lo sé. Y te lo agradezco. Hoy ha sido un bonito día y me lo he pasado muy bien. Me ha ayudado a desconectar.

—Pues cuando quieras venirme conmigo a perseguir lechones, ya sabes dónde puedes encontrarme.

Las palabras de su cuñada le arrancaron una sonrisa.

—Gracias, Ali —le dijo antes de besarla en la mejilla y bajar del coche rumbo a su casa.

Ali y su hermano prepararon una fiesta esa semana para su familia y sus amigos más allegados. La hicieron varios días antes del enlace, al atardecer, con una preciosa puesta de sol como invitada de excepción. Habían adornado el exterior de la casa con decenas de farolillos encendidos, que iluminaban el lugar de manera cálida y muy romántica. Los prendieron de las ramas del gran árbol y entre los postes del porche, y cuando cayó la noche todo se tiñó con un brillo especial.

Al contrario del informal almuerzo de bienvenida que les dieron, Ali y Frank habían engalanado una gran mesa para la ocasión. La cubrieron con un largo mantel de hilo y colocaron sobre ella decenas de velas en sus candeleros. Los niños correteaban a sus anchas por los alrededores mientras hacían aspavientos y reían con júbilo. Los seguía Pepper, que se había unido a los juegos de los pequeños sin dudarlo.

Winnie se mantuvo al margen durante un buen rato, con una cerveza en la mano, apoyada en el tronco del árbol. Los amigos de su hermano y Ali reían y charloteaban con Frank sin parar. En ese momento pareció que Jimmy había contado algo muy gracioso y todos se carcajearon ante la ocurrencia. Su madre, Ali y Martha se habían sentado en una esquina mientras hablaban de manera distendida.

Al fin, su mirada recayó en Sergei, que estaba junto a Sean. Pese a que

participaba de las risas y las bromas, su lenguaje corporal le decía que no se sentía completamente integrado. Lo estudió unos momentos: vestía de manera algo formal, con una camisa azul oscuro arremangada hasta los codos y un pantalón de color claro que enfundaba sus largas piernas. Tenía el pelo peinado hacia atrás, muy diferente al día anterior. En aquella ocasión lo había dejado a su aire y a ella le había parecido aún más claro que en ese momento. Lo que más interés le despertaba fueron las gafas. No lo había visto con ellas antes. Winnie sonrió y convino que le quedaban muy, muy bien. Y a su memoria regresó el episodio con los lechones de días atrás.

—Mentira —se dijo muy bajito por si acaso alguien pudiera escucharla. Era una mentira descomunal decir que solo en ese momento se había acordado de lo que pasó en la granja de los Burton. Sí, había sido divertido darles caza y devolverlos a su lugar, pero no era precisamente eso lo que ella había estado rememorando una y otra vez. No eran los esquivos animalillos los que acudían a su mente, sino el momento en que sus dedos rozaron la mejilla masculina para retirarle el barro que tenía en ella. No sabía por qué a sus recuerdos acudían unos profundos ojos grises que habían sido incapaces de dejar de mirarla cuando se encontraron con los suyos. Había olvidado a los cerditos, las carreras y todo lo demás. Sus sentidos habían estado puestos en él, solo en él. Como en aquel momento, un ligero escalofrío la recorrió por entero. Winnie estuvo segura de que nada tenía que ver con la agradable temperatura que hacía esa noche de julio y sí con esa persona que estaba a unos pasos de ella y que, para su fastidio, se había movido un poco y ahora le daba la espalda.

Tomó un sorbo de su cerveza. Había algo que no comprendía bien: aunque Sergei había sido amable y educado con ella desde que llegara, no era el tipo de hombre que encandilaba a las mujeres con su labia, su desparpajo y sus sonrisas zalameras, no. Eso Winnie lo tenía muy claro. Había algo en la

manera en que miraba, la manera en que parecía escuchar a los demás, como si le importara de veras lo que estuvieran diciendo, que le llamaba poderosamente la atención de él. Y sus ojos, sobre todo sus ojos. No se mentiría si decía que quería volver a observarlos de cerca, y tenerlos delante cuando sonrieran y cuando... Winnie se sorprendió de los derroteros que estaba tomando su mente y bebió de nuevo de su cerveza. Aún había momentos en los que la tristeza la embargaba y se marchaba de donde estuviera porque necesitaba estar a solas y respirar, así que encontrarse de repente pensando que quería estar cerca de alguien la dejaba, cuanto menos, pensativa.

«¿Y qué me lo impide?», consideró en silencio. Nada, se dijo. Tampoco era como si buscara tener una nueva relación. Todavía no sabía qué iba a pasar con Freddy, pero las pocas veces que pensaba en él y en que ninguno de los dos había llamado al otro por teléfono o enviado un simple mensaje de texto al móvil decían bien claro que su etapa como pareja había finalizado. Pero creía que aún debían pasar el trago de hacerlo oficial.

Regresó la mirada a Sergei. El hombre bebía de la cerveza que tenía en una mano y charlaba con Sam de algo que ella no alcanzaba a oír. Sonreía a veces, y otras escuchaba con interés lo que le contaban. En ese momento, vio a Sam palmearle el brazo de manera afectuosa y retirarse hacia donde estaba su mujer con su hija pequeña. Sin pensarlo, Winnie echó a andar en su dirección.

—¡La mesa está preparada! —grito Ali con voz potente. Todos se movilizaron de repente y tomaron asientos entre bromas y risas. Winnie se quedó parada cuando Sergei, aún de espaldas a ella, respondió a la llamada de Ali, que le indicaba dónde podía sentarse, algo que él hizo agradeciéndoselo con un gesto de la cabeza.

Cuando llegó a la mesa había un asiento libre frente a él y, sin vacilar, Winnie se sentó. Tan pronto estuvo acomodada, Sergei giró la cabeza hacia ella y la saludó con una cortés inclinación y una media sonrisa que, sin que Winnie se

diera cuenta, hizo que contuviera el aliento.

Lo cierto era que Winnie no tenía mucho apetito y se dedicó a marear la comida que tenía en el plato. De vez en cuando, levantaba la cabeza hacia quien estuviera hablando en ese momento y se esforzaba en sonreír. Sean y Jimmy estaban contando anécdotas de cuando Ali trabajaba con ellos en su clínica de Newburyport, que, en ocasiones, tenían como objeto hacerla sonrojar. Pero la mujer, que conocía bien a sus amigos, les seguía la corriente y reía junto a todos los demás. Era notorio que lo estaban pasando bien y, aunque no lo demostrara, ella también, pero se sentía incapaz de reír sin más. No tenía ánimos para ello. Con cierta tristeza se preguntó si alguna vez volvería a tenerlos.

Entonces, su vista viró hacia él y lo encontró mirándola. De repente, dejó de escuchar toda la alharaca que llegaba a sus oídos y el resto de las personas que estaban sentadas junto a ellos desaparecieron. Winnie se sintió incapaz de ponerle fin al firme lazo que se había establecido entre sus miradas. No la rehuyó y él tampoco lo hizo, y notó momentáneamente que le faltaba la respiración y que su corazón le latía como si quisiera salirse por su boca.

¿Cómo podía interpretarla?, pensó. No lo sabía. Tal vez esa muestra de interés significara que le gustaba o que la encontraba atractiva o algo por el estilo. Ella misma lo encontraba a él así, pero tenía la vaga sospecha de que Sergei no era alguien que soliera dejarse obnubilar por un rostro femenino más o menos bonito. Y deseó saber qué escondían sus ojos.

—¡Winnie! —La voz de su madre la trajo a la realidad en contra de su voluntad.

—Dime —le contestó mientras se erguía en el asiento y trataba de centrar su atención en ella, pero no pudo evitar mirar de soslayo hacia el hombre con el que había compartido aquellos efímeros instantes.

—¿Puedes acompañarme a traer el postre, por favor? —le pidió Colette.

—Claro. Sí —respondió de manera algo atropellada. Se levantó con rapidez y fue tras ella hasta la casa.

Para la ocasión, Colette había preparado una espectacular tarta de manzana. Winnie sabía que era una excelente repostera y que, a juzgar por el aroma que desprendía el dulce, todos se iban a chupar los dedos. Las dos regresaron al exterior con lo necesario para servirlo. Con la ayuda de Ali, Colette separó pequeñas porciones en cada plato.

—¿Puedes ir repartiéndolas, por favor? —le solicitó mientras ella continuaba cortando la tarta.

Winnie hizo lo que le había pedido y repartió un trozo a cada comensal. Las últimas fueron la suya y la de Sergei. La colocó ante él, muy despacio, recreándose en el hecho de tenerlo tan cerca. Él no le prestó atención al postre que le acababa de entregar, solo a ella. Sin poder domar su acelerado pulso, Winnie regresó a su lugar con su plato en la mano, sin tener muy claro si iba a poder comerse lo que había en él.

Unos minutos después, Martha y Frank se excusaron para ir a acostar a los niños, aunque Ali lo liberó con una sonrisa y una sugerencia para que ejerciera de buen anfitrión. Winnie aún no había acabado su postre y mucho se temía que no iba a hacerlo. Su hermano y Sam se levantaron de la mesa y este último regresó minutos después con algunas botellas de alguna bebida alcohólica que Winnie no alcanzó a atisbar. Frank lo hizo con un tablero con una diana dibujada en ella, la caja donde guardaba sus dardos y una sonrisa triunfal en el rostro. Colocó la diana en el árbol y se giró hacia sus amigos.

—Veamos, ¿echamos a suerte los equipos? —preguntó mientras daba una palmada con energía.

Todos dieron su opinión casi a la par y Winnie no estuvo segura de a cuál acuerdo llegaron. Tampoco era que le importara mucho. Vio a los hombres reírse mientras decidían quién hacía equipo con quién.

—Sergei, ¿quieres participar? —oyó decir a Frank—. Te advierto que irías con Sam y eso es una derrota por anticipado.

—¡Oye! —espetó el aludido con fingida contrariedad—. Será porque tú eres un experto, ¿no?

—Sam, ya sabes que yo nunca fallo —le respondió su hermano con una pletórica y teatral mueca dibujada en su rostro. Casi al unísono, los que se habían congregado para jugar prorrumpieron en carcajadas ante sus palabras.

Vio a Sergei negar sutilmente con la cabeza.

—Gracias, pero no sé jugar a los dardos.

—¡Y Sam tampoco! —contestó Jimmy palmeando el brazo del hombre. Más risas y más carcajadas llenaron el ambiente.

Winnie no pudo evitar sonreír también. Sabía que la velada prometía ser divertida, pero ella prefirió alejarse un poco y se dirigió hacia el porche, donde se sentó en una de las esquinas de la galería. Desde ese lugar podía ver el cielo sin que nada se lo impidiera. Levantó la mirada; la noche estaba preciosa. Si había algo que echaba de menos en Boston era que allí no podía ver las estrellas cuando oscurecía, pues las intensas luces de la ciudad las eclipsaban. El cielo de Clarendon era espectacular, salpicado de diminutas motas que titilaban y que la hacían sentir muy, muy pequeña en comparación.

Apenas habían pasado cinco minutos cuando una voz a su espalda la sorprendió.

—¿Puedo sentarme aquí?

Winnie se giró para encontrarse frente a frente con Sergei. Le dedicó una efímera sonrisa y asintió.

—Claro, siéntate.

El hombre lo hizo a su lado, pero dejó un espacio entre ellos que, extrañamente, a Winnie le pareció demasiado grande. Se mantuvieron unos minutos en silencio, uno junto al otro, mirando el oscuro cielo.

—Esto es bonito —oyó decir a Sergei. Ella giró la cabeza hacia él y asintió con convicción.

—Lo es.

—Nunca había estado en un lugar así. —Sergei se inclinó hacia adelante y apoyó los codos sobre sus rodillas—. Quiero decir, pasar una noche en pleno campo.

—¿No?

—Me temo que soy un ratón de ciudad. Aunque sea de una ciudad pequeña como Newburyport.

—Entonces, la caza de los lechones del otro día tuvo que ser toda una aventura para ti.

—Jamás había tenido uno en las manos —admitió el hombre. Una sonrisa afloró en sus labios e hizo que su rostro perdiera la solemnidad que a menudo mostraba—. Fue algo divertido.

—Sí que lo fue.

Volvieron a quedarse callados durante unos segundos. Sergei giró la cabeza hacia ella y la miró con fijeza.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto —contestó ella.

—Tengo curiosidad por tu nombre, ¿es realmente ese? ¿Winnie?

Ella negó con una sonrisa en los labios.

—No. Me llamo Winona.

—Winona —repitió él mientras asentía—. Es bonito. ¿Por qué no lo usas?

—No me gusta demasiado —confesó ella torciendo el gesto de manera divertida—. Me hace pensar en una señora mayor del medio oeste. Con el pelo recogido en un moño alto y un montón de críos pegados a sus faldas.

Los dos acabaron riendo ante la respuesta de ella. Sergei asintió una y otra vez antes de volver a mirarla.

—Muy bien, no te veo de esa manera. Winnie entonces, nada de Winona.

—¿Y tú? ¿También tienes uno de esos nombres compuestos como Ali?

—Se llaman patronímicos. Y sí, también tengo uno.

—¿Cuál es?

—Antonovich. Sergei Antonovich.

Los ojos de Winnie se entrecerraron.

—Hmmm, me suena a señor mayor, con un gran bigote y mirada severa. Solo que, en lugar de ser del medio oeste, sería de Siberia.

Como si se hubiesen puesto de acuerdo, los dos rieron con ganas. Winnie fue la primera en reponerse.

—Lo siento, no quería ridiculizarte ni nada por el estilo.

—No hace falta que te disculpes, de verdad —le respondió él con una amplia sonrisa aún prendida de sus labios, que, a juicio de Winnie, lo hacía parecer más joven.

Ella se removió en su improvisado asiento en los escalones de la galería.

—Creo recordar que el segundo nombre de Ali es algo así como Viktor.

—Viktorovna, sí.

—Eso es —asintió ella—. Lo recuerdo porque, cuando estaba embarazada de Tucker, ella propuso ese nombre si el bebé era un varón.

—¿Y qué pasó para que no se lo pusiera?

—A mi hermano no le gustaba. Decía que no iba a llamar a su hijo como el profesor Frankenstein, aunque ambos sabían que lo decía en broma. Así que acordaron que, si era un niño, él elegiría el nombre y, si era niña, lo elegiría Ali. Ya sabes quién ganó.

Sergei la miró, sorprendido.

—¿En serio?

—Absolutamente.

Sergei miró hacia algún punto frente a ellos, ofreciéndole así su perfil

—Bueno, no les ha ido del todo mal. Los niños tienen bonitos nombres.

—Los tienen, sí —aseveró Winnie.

De repente, se estableció entre ellos un pesado silencio. Sin saber cómo acabar con él, Winnie se removió en su improvisado asiento, demasiado consciente de la presencia del hombre que estaba sentado a su lado. Casi podía oler el aroma de su *after shave* y admitió que le gustaba mucho. Era un aroma sutil y algo especiado, que encajaba por completo con él. Fue Sergei quien acabó al fin con el mutismo entre ambos.

—La tarta de tu madre estaba estupenda.

—Sí.

Él giró la cabeza y su mirada se clavó en la de ella.

—Pero tú apenas la has tocado.

Sorprendida, Winnie no supo qué responderle.

—Bueno...

—¿No te gusta la tarta de manzana?

—Sí, sí me gusta. Solo es que no me apetecía.

—Tampoco has probado la cena —añadió él. Lo sintió envararse en su asiento—. Lo siento, no debería haberte estado observando, pero no te vi demasiado entusiasmada con lo que había en tu plato.

Como una niña pillada en falta, Winnie bajó la cabeza para esquivar aquellos escrutadores ojos.

—No tenía demasiada hambre.

—Siento... siento si te he dicho algo que te haya incomodado. No era mi intención.

—No has dicho nada inconveniente, descuida —lo tranquilizó ella—. He estado tonteando con lo que había en el plato, lo admito. Últimamente no tengo demasiado apetito.

—Lo supongo.

Winnie se pasó las palmas de sus manos por las piernas varias veces y resopló.

—Creo que voy a marcharme ya. Estoy bastante cansada.

Sergei se envaró.

—Si quieres, puedo acompañarte —se ofreció él de inmediato, como si las palabras hubiesen estado aguardando en su boca para ser pronunciadas.

No supo qué contestarle. Por supuesto que quería que la acompañara. A lo mejor era demasiado tajante al decir que aquellos minutos que llevaba hablando con él habían sido los más agradables de toda la velada, porque no sería justo para su hermano y para Ali por el esfuerzo que habían puesto para que todos disfrutaran y lo pasaran bien. Pero no podía evitarlo. Conversar con Sergei había supuesto un buen final para la noche. Le gustaba charlar con él; le había gustado hacerlo el día anterior y le había gustado también esa noche. Se sentía bien cuando estaba con él y aún no entendía bien el porqué.

—Como prefieras. Pero no quisiera que te marcharas antes de tiempo si no te apetece.

—No me importa, de verdad.

Los ojos de Sergei le parecieron más oscuros que de costumbre y su rostro, a menudo serio, exhibía una sonrisa que la dejó sin saber si, al incorporarse, sus rodillas serían capaces de sostenerla.

Aún no se habían levantado cuando Colette salió de la casa junto con su padre. Como si estuviese buscando algo, giró muy despacio sobre sí misma hasta que se detuvo y miró en su dirección.

—Cariño, papá y yo nos marchamos ya. ¿Te vienes con nosotros?

La expresión de ambos cambió al momento. Miró a Sergei sin saber qué decirle.

—Creo... creo que mejor me voy con mis padres. Así no tienes que irte por mi culpa —se encontró diciendo cuando, en realidad, lo que quería decirle era

que prefería marcharse con él.

Con un contenido gesto de la cabeza, Sergei asintió. La sonrisa que había estado presente durante toda la conversación en su rostro se había evaporado.

—Como prefieras.

Winnie se levantó y, cuando apenas había dado un par de pasos hacia su madre, se giró hacia él.

—Buenas noches, Sergei.

Él le correspondió la despedida con un cabeceo.

—Buenas noches.

Con paso rápido, Winnie se encaminó hacia donde estaba su madre.

«Eres idiota, Winnie». Eso era lo único que le venía a la cabeza cuando se montó en el asiento trasero del coche de su padre.

Sergei la vio marchar con paso rápido y decidido, y sintió que su ánimo se desplomaba por completo. Bajó la cabeza y tomó aire. Aunque le llegaba el sonido de las risas y las bromas de los demás, a él no le apetecía unirse a ellos. Había estado sumamente cómodo charlando con Winnie. Con ella se sentía bien; sentía que podía mostrarse como era en realidad y no fingir que le apetecía escuchar conversaciones insustanciales que no iban con él. Lo que sí le interesaba era todo lo que ella quisiera contarle. Le interesaba ella. Había deseado prolongar ese rato un poco más mientras la acompañaba a su casa, por muy cerca que estuviera. Se pasó ambas manos por el rostro y dejó escapar el aire muy despacio. Sintió cómo un puño invisible lo golpeaba en el centro del pecho. Levantó la mirada hacia donde ella había desaparecido y se preguntó qué sería aquello que estaba comenzando a sentir por Winnie Bradley.

«Porque no puedo estar enamorándome de ella, ¿verdad?».

Los dos días previos a la boda de Frank y Ali fueron una vorágine de

actividad.

Según opinaba Winnie, Frank se había convertido en todo un sargento. La explanada frente a la casa se había llenado de camiones y de gente que descargaba mesas, sillas, carpas y demás cosas que habían alquilado para celebrar la boda. Las floristas iban de un lado a otro mientras tomaban notas y decidían dónde iban a ubicar la tarima que serviría para que los novios intercambiaran sus votos.

Winnie se secó el sudor de la frente después de colocar una buena tanda de sillas plegables.

—Creí que iba a ser una ceremonia sencilla —le dijo a su hermano en voz alta cuando este pasó por su lado.

—Que sea sencilla no quiere decir que descuidemos los detalles, Winnie.

Ella lo señaló con el dedo de manera acusatoria.

—No deberías ver tantos programas de David Tutera —le recriminó ahogando una sonrisa y refiriéndose al famoso organizador de bodas que tenía un programa en una de las cadenas de televisión.

—Al menos no he elegido hacer una fiesta temática —respondió Frank con sorna mientras colocaba nuevas sillas en la hilera siguiente.

Sam llegó hasta ellos y palmeó el hombro de su amigo.

—Así que para esto nos has invitado a pasar unos días antes aquí, para tener mano de obra gratis, ¿no es verdad?

—Sabes que no es así.

—¡Me duele la espalda de descargar mesas de ese camión, tío! ¿Cuántos invitados van a acudir? ¿Todo el puñetero pueblo?

—Eres un quejica. Y no, va a ser una boda íntima. La familia y los amigos.

Winnie se giró hacia Sam y le guiñó un ojo.

—Lo que no te ha dicho es que medio Clarendon es parte de nuestra familia.

Los tres rieron ante sus palabras y continuaron con sus tareas.

De vez en cuando, Winnie se paraba a descansar y trataba de disimular el hecho de que, cada vez que lo hacía, su vista se desviaba hasta donde estuviese Sergei. En ese momento él estaba ayudando a montar el arco que iría sobre la tarima, que ya habían colocado los carpinteros. Estaba muy enfrascado en lo que hacía mientras recibía órdenes de las dos mujeres que se iban a encargar más tarde de adornarlo con flores. En ese preciso instante, y aprovechando que las floristas intercambiaban opiniones, Sergei se giró y, a pesar de la distancia que los separaba, sus miradas se encontraron. Winnie dejó a medio vestir la silla que tenía delante y la tela se escurrió de sus manos. Tenía toda su atención puesta en el hombre que la miraba de esa manera tan intensa. El alboroto y el ajeteo siguió a su alrededor, pero Winnie dejó de apreciarlos. Con un contenido gesto de la cabeza, ella lo saludó y él le correspondió con uno idéntico. El momento finalizó cuando las mujeres reclamaron de nuevo la ayuda de Sergei, y él se prestó a ello.

Poco a poco, la porción de terreno de verde césped que había en un costado de la casa fue tornándose en el precioso lugar en donde se desarrollaría el enlace y, posteriormente, el pequeño banquete con el que los novios agasajarían a sus invitados.

Los camiones fueron desapareciendo y el montaje de más envergadura estuvo casi listo cuando comenzó a atardecer. Los niños correteaban entre los asientos y Sam lo hacía detrás de ellos para que no desordenaran nada para el día siguiente.

—Estás aquí. —Winnie escuchó la voz de Ali a su espalda. La que sería oficialmente su cuñada al día siguiente llegó con dos botellines de cerveza en una mano, cogidos por los golletes. Winnie se giró y le ofreció una sonrisa.

—Sí. Aquí estoy, reventada. Sois unos tiranos.

—Gracias por la ayuda. —La besó en la mejilla con ternura—. Toma, para ti. Te la mereces.

Winnie aceptó con entusiasmo la bebida y la muestra de cariño.

—No me hagas caso. Estoy encantada de poder ayudar.

—Hay algo que me gustaría pedirte —le dijo Ali.

—Tú dirás.

—Me gustaría que mañana me ayudaras a vestirme.

La sonrisa que Winnie le ofreció no podía ser más amplia ni aunque lo intentara. Sin mediar palabra, le dio un gran abrazo que le salió del corazón.

—¡Pues claro que te ayudaré! Lo haré encantada —le contestó cuando se separó de ella.

—Y que te encargues de que Frank no entre en la habitación mientras me visto —añadió Ali alzando una ceja—. Anda loco por saber cómo es mi vestido de novia, y le he dicho que hasta el día de la ceremonia no va a verlo. Pero ya sabes lo insistente que puede ser —le dijo con una divertida mueca en su rostro.

En cierto modo, y de una manera sana, Winnie envidiaba la relación que tenían Ali y su hermano. No podían ocultar a los ojos de nadie lo enamorados que estaban, así como la complicidad y el compañerismo que todos podían apreciar cuando ambos estaban juntos. Ella jamás se había sentido de esa manera con Freddy. Su relación no había llegado a alcanzar nunca ese nivel de compenetración que demostraban Ali y Frank.

Sonriéndole, Winnie la tomó de la mano.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó.

Ali la miró como si le hubiese salido un cuerno en la frente.

—¿Nerviosa? ¿Por qué habría de estarlo? Voy a casarme con el hombre al que quiero y que es el padre de mis hijos. Además, nuestros amigos están aquí para acompañarnos en este día. Suena a tópico, pero no puedo ser más feliz.

—Me alegro por los dos, Ali.

La expresión de su cuñada cambió para hacerse más tierna.

—¿Y tú cómo estás, cielo?

Winnie consideró las palabras y, unos instantes después, hundió la cabeza entre los hombros.

—No lo sé. Bien, supongo. Unos ratos mejor que otros.

—Esto pasará, ya lo verás.

—Sí, eso espero —contestó Winnie, deseando que fuera cierto. Se obligó a sonreír antes de mirar hacia su alrededor—. Está quedando precioso.

—Es verdad —contestó Ali con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja—. Frank ha tirado la casa por la ventana. Quiere que sea un día inolvidable, pero lo iba a ser igualmente sin todo esto.

—Me estoy dando cuenta de que mi hermano es un romántico.

Con un gesto contundente, Ali asintió.

—Lo es, te lo aseguro. Bueno, que yo venía además para otra cosa. ¿Me harías un favor?

—Dime.

Ali alzó ante ella la otra botella que aún llevaba en la mano.

—¿Podrías llevarle esta cerveza a Sergei? No ha parado en todo el día y ya es hora de que lo haga y descanse.

—Sí, por supuesto.

—Está allí, con las floristas —le hizo saber Ali mientras señalaba con un gesto de la cabeza hacia la parte trasera de la casa. Winnie no le dijo nada acerca de que ella ya sabía dónde se encontraba él. Asintió sin más y tomó el otro botellín de manos de Ali.

—Entonces, iré a llevárselo antes de que la cerveza se ponga caliente. Nos vemos luego.

Sin aguardar a que Ali añadiera algo más, se encaminó hacia donde estaba Sergei, satisfecha por tener una excusa para poder ir hasta allí.

Cuando apenas le faltaban unos metros para llegar, vio marcharse a las

mujeres que habían estado adornando el arco. Aceleró un poco el paso porque no quería que Sergei se fuera también. Sin embargo, él permaneció parado en donde estaba, dándole la espalda. Winnie subió a la tarima mientras el corazón le bombeaba en el pecho. Se detuvo unos momentos, tomó aire y carraspeó ligeramente.

Sergei se giró con rapidez, sorprendido. Pero aquella expresión de sorpresa inicial, que duró poco en su rostro, se vio eclipsada por una amplia sonrisa.

—¡Hola! No te oí llegar —se justificó el hombre.

—No pasa nada. Espero no haberte asustado.

—No, claro que no.

Sin más, Winnie le tendió uno de los botellines.

—De parte de Ali. Dice que te lo has ganado.

Sergei tomó la cerveza y la alzó ante ella, y Winnie lo imitó de inmediato.

—¿Cómo se dice «a tu salud» en ruso? —le preguntó con una sonrisilla en sus labios.

—*Tvoió zdorovie* —le respondió con una voz ronca que se coló por los oídos de Winnie como un bálsamo. Sin poder evitarlo un ligero escalofrío recorrió su cuerpo al escucharlo. Levantó su cerveza ante él y repitió muy despacio:

—*Tvoió zdorovie*.

Lo cierto era que Winnie no tenía muy claro si el líquido iba a poder pasar por su garganta, aunque se sentía sedienta. Los culpables de aquella imposibilidad eran los inquisidores ojos del hombre que no habían dejado de mirarla desde que se giró para enfrentarla. Muy despacio, Sergei bebió un largo trago y Winnie deseó saber cómo sería sentir que aquellos labios rozaran su boca, y si lo harían con la misma delicadeza y lentitud con que estaban acariciando el borde del botellín o, en cambio, la devorarían para dejarla sin respiración. Se sorprendió de los derroteros que estaban tomando sus pensamientos y se obligó a centrar su atención en cualquier otro punto de la campiña que no fuera

quien tenía delante de ella. Al fin pudo darle un sorbo a su cerveza. Cuando estuvo segura de que su voz no la iba a traicionar, Winnie se aventuró a hablar.

—Esto ha quedado muy bonito —dijo al fin mirando a su alrededor.

—Sí —contestó Sergei sin mostrar interés por nada de lo que los rodeaba, solo atento a ella.

—He... he visto en las noticias que mañana va a hacer un día espléndido. Nada de mucho calor. Perfecto. —Con disimulo, Winnie torció el gesto.

«¿El tiempo, Winnie? ¿En serio? ¿No había un tema más tonto del que poder charlar?», se recriminó. No sabía por qué había dicho aquello; tal vez fuera porque se había quedado sin nada inteligente que decir. Tomó aire y lo miró con una sonrisa en los labios. Optó por cambiar de tema.

—Has estado muy ocupado durante todo el día.

—Tú también.

—Sí. Yo pensaba que mi hermano había invitado a poca gente a la boda, pero, a juzgar por la cantidad de sillas y mesas que han alquilado, me parece que esto va a estar muy concurrido mañana.

—Eso temo yo también, sí.

Winnie dio un nuevo sorbo a su cerveza y, al terminar, miró el botellín con aire interesado.

—¿Así que esta es vuestra famosa cerveza rusa?

—Sí —contestó Sergei.

—Teníais razón.

—¿Sobre qué? —quiso saber él con aire interesado. Dio un ligero paso hacia ella y el corazón de Winnie saltó dentro de su pecho.

—Sobre que está muy buena. Es una lástima que no la tengan por aquí.

—Siempre puedes venir a Newburyport. Yo suelo comprarla cuando voy a Boston. O la encargo por Internet.

—¿Me invitarías a una cerveza si voy a Newburyport? —le preguntó Winnie

con una radiante sonrisa en su rostro y consciente de que estaba coqueteando con él. Y darse cuenta la animó porque por unos momentos se sintió de nuevo la antigua Winnie, la que siempre sonreía y bromeaba. Sergei asintió sin dudarle.

—Por supuesto.

—Entonces, tal vez piense ir alguna vez —le respondió—. Venga, regresemos a la casa. Nos hemos ganado que nos inviten a cenar.

Winnie emprendió camino con Sergei a su lado.

Sergei miró la maleta sobre la cama, ya repleta con toda su ropa doblada. Seguía manteniendo la idea de que se marcharía en cuanto la celebración de la boda terminara. En diez días tenía una vista por una demanda a una empresa y necesitaba trabajar en ella. En realidad, no revestía mucha importancia y, aun si agotara toda la estancia en Clarendon, tendría suficiente tiempo para prepararlo, pero consideraba que contar con días extras para hacerlo no era algo desdeñable.

«Si era lo que tenías pensado hacer, ¿por qué andas tratando de justificarte?», oyó decir a una voz en su interior.

Torció el gesto y, pasándose los dedos por el pelo, se despeinó. Sí, posiblemente era eso lo que estaba haciendo.

Tenía que admitir que se lo había pasado muy bien durante el tiempo que había estado en aquel pueblo, y también convino que gran parte de esa sensación había sido gracias a la hermana de Frank, a Winnie. Su mente se quedó enganchada en los recuerdos del día anterior, cuando ella había aparecido con las cervezas. Sin pensarlo, sus manos, de manera automática, dejaron fuera de la maleta una camisa.

Aunque se había mantenido alejado durante toda la jornada, bajo las órdenes de las dos floristas, había sido consciente en todo momento de ella; de sus idas y venidas, de qué hacía o de si lo miraba. Buscarla había sido lo más

natural para él, y en más de una ocasión había deseado ir hasta donde se encontraba y charlar de cualquier cosa, por insustancial que fuera, pero estar junto a ella.

Se pasó la mano por el rostro. Sentía que se estaba metiendo en un lío, si podía llamarse así a sentirse atraído por esa preciosa mujer, cuya mirada se tornaba afligida en algunos momentos. Él deseaba saber qué la entristecía, qué la hacía desdichada y qué le impedía sonreír siempre. Porque cuando lo hacía abiertamente, de corazón, era como si el día se hiciese más luminoso y, para él, se convertía en la mujer más hermosa en la hubiese puesto sus ojos jamás. Entonces era cuando se olvidaba de respirar y su corazón se desbocaba en su pecho.

«Definitivamente, estás en un lío», se dijo mientras tomaba la camisa y la pasaba por sus hombros. «¿Y eso por qué?», se refutó a sí mismo. Tenía bastante claro que lo pasaban bien juntos. Habían congeniado y tenían puntos de vista en común sobre muchas cosas. ¿Qué podía haber de malo en pedirle su número de teléfono cuando se marchara más tarde? Sergei sonrió a su reflejo. Sí, eso haría. Le pediría el número y continuarían con sus charlas de esa manera, solo que con una frustrante distancia de por medio, al menos para él.

Se ajustó la corbata al cuello y se colocó la fina chaqueta de color azul claro que había elegido para la ocasión. Estudió qué haría con el pelo. Por regla general, lo peinaba hacia atrás, pero durante su estancia en Clarendon había optado en varias ocasiones por dejarlo tal cual lo tenía en ese momento: natural y a su aire. Era cierto que se veía a sí mismo un poco raro. El tono rubio lo parecía aún más y tendía a rizarse ligeramente, pero le pareció que no llevarlo tan rígido le hacía aparentar ser más joven de lo que era. Así que, con un último vistazo a la imagen que le ofreció el espejo de su habitación, salió en dirección a la casa de Frank y Ali.

—Winnie, venga. Déjame entrar, por favor.

La mujer se apostó ante la puerta entreabierta y dejó caer todo el peso de su cuerpo sobre ella.

—Ya te he dicho que no, Frank —le recriminó a su hermano por el pequeño hueco que quedaba—. Os casáis en media hora. Entonces verás a tu novia. No antes.

—¡Frank, lárgate de una vez! —oyó decir a Ali a su espalda. Winnie giró la cabeza para mirarla. Ella le sonrió, cómplice—. Ya contaba con esto, no te creas.

—Pero dile que no tarde en salir —insistió el hombre desde el exterior.

Winnie no pudo evitar carcajearse ante la situación.

—Vale, ya lo sabe. ¡Vete ya, pesado! —Y cerró la puerta, con el pestillo incluido.

Los ojos de Winnie recayeron en Ali. Estaba preciosa con el vestido que había elegido para el día de su boda. Tenía finos tirantes que dejaban sus hombros al descubierto; el corpiño era sencillo, entallado en la cintura, y la falda, con un poco de vuelo, le llegaba hasta media pierna. Ali había huido expresamente de los tradicionales vestidos de novia y había escogido ese, en un tono muy cercano a las doradas burbujas del champán. Completaba su atuendo con unas sandalias de media altura del mismo tono que el traje. Se giró para mirarse en el espejo y los ojos azules de la mujer la buscaron tras ella.

—¿Cómo estoy?

—A mi hermano se le va a caer el culo cuando te vea —le dijo con una enorme sonrisa—. Claro que eso no es algo nuevo. La manera en que te mira no ha cambiado nada desde la primera vez que estuvisteis aquí, cuando aún ni os habíais acostado.

—¡Winnie! —exclamó Ali esforzándose en ocultar la mueca divertida que acudió a sus labios.

—¿Qué? No estoy diciendo nada malo, ni ofensivo.

—Ya sé que no, pero...

—Anda, ven y siéntate. Voy a recogerte un poco el pelo. Te aseguro que le va a costar dejar las manos quietas en cuanto os quedéis a solas.

La habitación se llenó con las risas de ambas mujeres. Ali se sentó delante de Winnie, frente al espejo, y ella comenzó a recoger su brillante pelo rojo en un moño alto. Dejó sueltos algunos mechones alrededor de su rostro, que lo enmarcaron de manera delicada y armoniosa. Dio por terminado el arreglo cuando le colocó una flor en el recogido. Miró el resultado en la imagen que le ofreció el espejo y sonrió.

—Perfecta.

Los ojos de Ali brillaron.

—Sí. Gracias, Winnie.

—No hay de qué. —Y la besó en la mejilla.

Winnie se dirigió hacia la puerta y, antes de abrirla, volvió a mirarla.

—¿Estás lista? ¿Les puedo decir que ya sales?

El cabeceo enérgico de la mujer no le dejó lugar a dudas.

—Sí.

Los invitados estaban ya tomando asiento cuando Winnie caminó con paso rápido por la alfombra para colocarse junto a su hermano y a su sobrino, que ya aguardaban en el improvisado altar.

Frank se veía radiante y sonreía sin parar. De cuando en cuando se estiraba y se alzaba sobre las punteras de sus zapatos para tratar de atisbar la entrada por la que aparecería Ali. Estaba espléndido con un elegante traje de un gris muy claro y luciendo en la solapa de la chaqueta una flor idéntica a la que ella le había colocado a Ali en su peinado. Apostado junto a su padre, con la misma pose orgullosa, estaba Tucker. El pequeño había querido estar junto a ellos en

ese día, y ninguno de los dos había deseado decirle que no. Winnie sonrió al mirarlo. Frank sostenía la mano del niño y se agachaba en ocasiones para responder alguna pregunta que ella no alcanzaba a oír.

Winnie tomó aire y se alisó la falda de su vestido, de color rosa intenso, con algo de nerviosismo. Esa mañana, cuando se lo había puesto, había comprobado que le quedaba algo grande. Sabía que en las últimas semanas había perdido peso, pero no pensó que fuera tan patente como para notar el vestido suelto en lugar de ceñirse a su cuerpo como debería. Tuvo que resignarse a que no lucía todo lo bien que le gustaría. Para arreglar un poco su aspecto se había recogido su largo cabello en un gran rodete y lo había adornado con un peinecillo de porcelana que le había prestado su madre.

Robert y Colette estaban sentados en la primera fila, con la pequeña Natasha sentada en el regazo de su madre. La mujer trataba de entretenerla para evitar que la niña, en mitad de la ceremonia, corriera hacia Frank y Ali para que la tomaran en brazos. Fue en ese momento cuando un acorde suave de una guitarra eléctrica llamó la atención de los invitados y la vista de Winnie se dirigió hacia el grupo que iba a amenizar la boda. Dio un paso hacia su hermano y tocó su hombro.

—¿A quiénes has traído, a los hijos de Metallica? —le dijo al oído, pero sin dejar de mirar al cuarteto de jóvenes que estaban a un lado del altar, junto con sus instrumentos. Todos ellos vestían con camisetas y pantalones negros y llevaban las melenas recogidas en coletas bajas.

Frank le ofreció una sonrisa radiante y le guiñó un ojo.

—Que no te impresione su aspecto. Son alucinantes, ya lo verás —le dijo.

De nuevo, otra nota más y el guitarrista comenzó con una versión acústica aunque con tintes *rockeros* de la marcha nupcial. Las puertas del fondo se abrieron y Ali apareció. Avanzó por el pasillo con la cabeza en alto y la sonrisa más resplandeciente y genuina que ella le había visto nunca. Winnie

vio a los invitados girar la cabeza hacia la novia mientras caminaba hacia el altar. Fue entonces cuando su vista se quedó enganchada en la mirada de Sergei. Él, a excepción de todos los demás asistentes, no miraba la entrada de su amiga. Winnie sintió que su corazón le golpeó con fuerza en el pecho. Trató de dejar de mirarlo, de desviar su atención hacia la llegada de Ali, pero sus ojos iban a él una y otra vez, sin recato. Solo cuando esta alcanzó la tarima y le tendió el ramo de flores para que lo sujetara, ella desvió su mirada y se centró en lo que iba a ocurrir justo frente a ella.

El juez de paz era un hombrecillo de pelo blanco y grandes gafas, amable y dicharachero, que hizo la ceremonia muy amena. Cuando Ali y Frank intercambiaron sus votos, Winnie se emocionó especialmente. Se miraban el uno al otro con devoción, sin importarles que casi un centenar de personas tuvieran sus ojos puestos en ellos. Fue un momento muy íntimo que arrancó más de un suspiro de emoción. Antes de que el juez pudiera terminar su frase dirigida a Frank —«puedes besar a la novia»—, este ya la estaba besando como si nunca antes lo hubiera hecho. Los asistentes prorrumpieron en un vigoroso aplauso y Winnie, feliz por ellos, se unió al festejo y a los vítores a los recién desposados.

Los invitados dejaron sus asientos y la mirada de Winnie voló hacia Sergei. Él también se había levantado y ya caminaba en su dirección. Inesperadamente, desde su izquierda, le llegó el sonido de una voz conocida.

—Hola, Winona.

Como si el tiempo se hubiese congelado, Winnie se giró muy despacio, obligada a dejar de prestarle atención a Sergei para encontrarse a Freddy al pie del altar, serio y expectante. El hombre tenía sus ojos clavados en ella, unos ojos con los que, hacía mucho tiempo, ella se había derretido cuando la miraban y le sonreían. Ya no era así; no sintió las mariposas en el estómago, ni la respiración agitada. Buscó a Sergei como quien busca una tabla a la que

agarrarse para que no se la llevase la marea, pero este se había detenido en el pasillo mientras la observaba en la distancia y parecía no notar a los demás invitados, que pasaban a su lado tratando abandonar el lugar. Winnie rezó en silencio para que continuara andando y fuera en su búsqueda, que reclamara su presencia. En cambio, continuó parado y, con expresión algo hosca, la saludó con un gesto contenido de la cabeza. Sin más, se giró para imitar a las demás personas, que iban hacia donde estaban colocadas las mesas. Un quejido se quedó atascado en la garganta de Winnie al verlo marchar. Lo siguió con la mirada hasta que se perdió de su vista.

—¿Winnie?

—Hola —le contestó con parquedad mirándolo por encima de su hombro primero hasta que se giró para enfrentarlo.

El joven la observó de arriba abajo sin ningún tapujo.

—Estás muy guapa.

Ella no le contestó. Apretó los dientes y tomo aire.

—Gracias. ¿Cuándo has llegado?

—Esta mañana. Tuve que trabajar ayer y no quise hacer el camino de noche.

Un pesado silencio se hizo entre ambos. Freddy bajó la vista y guardó sus manos en los bolsillos de los pantalones.

—Winona, creo que debemos hablar de...

Le seguía crispando los nervios que la llamase así, pero no dijo nada. Lo detuvo con un gesto.

—Luego, ¿quieres? Ali necesita ayuda con los invitados. Si no te importa, tengo que irme.

Sin darle opción a poder rebatirla, Winnie bajó de la tarima y emprendió una rápida retirada.

Algunos de los invitados ya se paseaban entre las mesas con bebidas en las manos, intentando decidir donde sentarse para el almuerzo.

Parada en el centro, Winnie buscó con la mirada a Sergei, pero no lo halló por ningún lugar. Se sentía rígida, nerviosa y estaba ansiosa por encontrarlo, tanto que sentía las uñas clavarse en la palma de sus manos al apretarlas en puños junto a sus piernas. Sin percatarse de su tensión, algunos de sus familiares se detuvieron a su lado para saludarla y charlar brevemente con ella. Lo hizo con cortesía y con una sonrisa en los labios a pesar de que, de soslayo, continuaba oteando a su alrededor, en busca de un hombre al que parecía habérselo tragado la tierra.

Desde la mesa de los novios, Colette le hizo un gesto con el brazo y Winnie reprimió un sordo quejido.

—Cariño, tienes un sitio aquí, con nosotros. Ven, siéntate —le dijo en voz alta para que pudiera escucharla con claridad.

Winnie tomó aire y lo expulsó poco a poco antes de llegar hasta donde estaba su madre y besarla en la mejilla.

—Gracias, mami.

Frustrada y cansada, Winnie se sentó junto a Colette, tratando de poner en orden sus pensamientos. Encontrar a Freddy la había hecho reflexionar sobre qué futuro tenían juntos. En esos instantes ya no atisbaba ninguno.

Sergei entró en la casa de Ali por la puerta de la cocina con el aire atascado en los pulmones. Con los brazos extendidos se apoyó sobre la encimera y cerró los ojos. Cualquiera que no lo conociera supondría que estaba buscando un poco de tranquilidad frente al ajetreo de la fiesta, pero lo cierto era que estaba huyendo. Huía de lo que estaba comenzando a sentir por Winnie.

Se había levantado de su asiento con el firme propósito de ir a buscarla, de decirle que se marcharía cuando terminara la celebración y de pedirle su número de teléfono. Estaba preciosa con aquel vestido y el pelo que, recogido sobre su cabeza, le dejaba al descubierto toda la columna del cuello, y él no

había podido dejar de mirarla en toda la ceremonia. Pero cuando estaba a punto de echar a andar hacia ella, había escuchado detrás de él a una pareja de cierta edad comentar que, al fin, había llegado el novio de Winnie. *El novio*. Las palabras lo habían golpeado en el centro del pecho. Así que, a su pesar, se había limitado a saludarla con un parco gesto de la cabeza desde la distancia y había optado por buscar refugio dentro en la casa.

La puerta se abrió tras él y Sean y Jimmy entraron charlando animadamente.

—¡Sergei! —lo saludó Sean con una amplia sonrisa—. ¿Qué haces aquí?

—Me... duele un poco la cabeza.

Jimmy lo miró algo incrédulo mientras pasaba a su lado en dirección al frigorífico. Lo abrió y extrajo de su interior un par de botellines de cerveza.

—Vaya. ¿Te apetece una cerveza? ¿O el dolor es tan fuerte como para impedirte beber?

—No, no tan fuerte. Y sí, dame esa cerveza. Creo que la necesito.

La tomó de manos del hombre y bebió de ella con ansias para tratar de paliar la sequedad que atenazaba su garganta. Apenas quedaron un par de dedos al fondo del botellín cuando lo dejó sobre la superficie de la encimera.

—¿Otra? —preguntó un sorprendido Sean.

Sergei asintió sin más y agarró el nuevo botellín que le tendía.

—Oye, vas a llegar a la mesa tocado —le dijo Jimmy sin ese atisbo de sonrisa que lo caracterizaba.

Sergei apuró lo que le quedaba antes de dejar la botella junto a la otra.

—Te aseguro que no —le contestó pesaroso.

—Anda, vamos fuera y sentémonos.

Sin ganas de llevarles la contraria, ni de arruinarle la fiesta a su mejor amiga, Sergei se dejó guiar por los dos hombres hacia el exterior. En realidad, lo que él quería era tomar el coche, volver a la habitación de su hostel y beberse dos nuevas cervezas, deseando que la bebida lo ayudara a dejar de pensar en

Winnie.

Mucho se temía que iba a necesitar todo un cargamento de Baltikas para sacársela de su cabeza.

Entre risas, charlas y deseos de buena fortuna para los novios, el banquete se fue desarrollando. Cada plato servido por los camareros era recibido con una sonrisa por parte de los comensales. Apenas estaban acabando el postre cuando los cuatro jóvenes que componían la banda que Frank había contratado se pusieron tras sus instrumentos. Unos ligeros acordes –que Winnie reconoció como una balada de uno de los grupos de *rock* favorito de su hermano– comenzaron a sonar. Frank se acercó hasta Ali y le tendió la mano, un gesto que la mujer acogió con una radiante sonrisa en los labios. Juntos abrieron el baile de rigor y Winnie observó la mirada de embeleso que ambos se prodigaban. No tenía dudas de que estaban hechos el uno para el otro.

Culpable por sentirse triste, Winnie bajó la cabeza hacia el plato que tenía delante, con el trozo de pastel de boda aún intacto. Casi no había probado la comida y seguía sin tener apetito. Se recriminó a sí misma que esa no era la actitud adecuada para uno de los días más felices en la vida de su hermano, pero no podía evitarlo. Freddy estaba sentado en algún lugar con su familia y ella tenía que hablar con él. No quería, pero debía hacerlo antes de que se marchara porque sentía que no podía continuar con ese desasosiego de no haber aclarado las cosas con él.

Otros invitados se fueron uniendo a los novios en la pista de baile, incluidos sus dos hijos; Frank tomó en brazos a la pequeña Natasha y Ali bailó con un alborozado Tucker. Sam y Martha también estaban allí, junto a ellos, y Sean y

Jimmy e incluso sus padres. Era evidente que el festejo estaba siendo un éxito, y que todo el mundo disfrutaba. Excepto ella.

Varias canciones después, los invitados más jóvenes coparon la pista de baile y los adultos se retiraron para seguir conversando más cerca de la barra del bar que el *catering* había preparado. Winnie continuó sentada en su lugar en la mesa mientras seguía con la mirada a unos y a otros. Algunos de sus antiguos amigos estaban también allí, disfrutando del momento y de la música. Sintió algo de envidia por el hecho de que ellos lo estuvieran pasando tan bien. En cambio ella... Con un suspiro de resignación, continuó su desinteresado escrutinio de los invitados... hasta que su vista encontró a Sergei. El hombre charlaba con su hermano más allá de la pista de baile. Frank tenía en brazos a su hija y la niña se empeñaba en que el peinado de su padre, a menudo más informal de como lo llevaba para aquella ocasión especial, volviera a ser como siempre. Entre risas por la actitud de su hija, Frank prosiguió hablando con Sergei. A pesar de la distancia, Winnie lo notó algo rígido, pero su hermano pareció decir algo y él rio. Sin querer, los labios de Winnie se tensaron en una sonrisa al verlo. El traje azul claro que llevaba le sentaba muy bien. El pantalón, estrecho por la pernera, resaltaba sus largas y delgadas piernas. Se había quitado la chaqueta: la blanca camisa se tensaba en los lugares justos y ponía así de relieve unos hombros que no había percibido tan anchos hasta ese instante. Una risita de su sobrina la sacó de su metódica observación. La niña cambió el objetivo de sus atenciones y le echó los brazos al cuello a Sergei. Indeciso, pero alentado por su hermano, lo vio coger a la niña. La pequeña, al igual que había hecho con su padre, desbarató el pelo de Sergei para júbilo y risas de los dos adultos.

—Recuerdo que alguien me dijo, no hace muchos años, que un niño en brazos de un hombre te puede hacer rugir las hormonas —oyó decir junto a su oído.

Winnie torció el gesto con tristeza y vio a su cuñada tras ella.

—Puede que ese alguien ya no disfrute con esas tonterías.

La sonrisa murió de repente en los labios de Ali, y un rictus de arrepentimiento apareció en su rostro.

—Ay, lo... lo siento, Winnie. Olvidé... Lo siento mucho.

Aunque no lo pretendió, la mirada de Winnie se dirigió de nuevo hacia Sergei.

—No pasa nada, tranquila.

Durante un breve instante, las dos se mantuvieron en silencio hasta que Ali se acercó un poco más a ella.

—Me he dado cuenta de que has congeniado con Sergei.

La frase la hizo envararse en su asiento y mirar su cuñada. Trató de hablar, pero todo lo que consiguió fue boquear una y otra vez como un pez al que hubiesen sacado del agua.

—Me cae muy bien. Es... es una buena persona —admitió ella retirando la vista de él.

—Lo es —le confirmó Ali.

—No lo niego. Claro que no. Estoy segura de que lo es —balbuceó sin ton ni son cuando pudo encontrar unas palabras que no la hicieran quedar como una idiota. Entonces, Winnie entrecerró los ojos y miró a la mujer con suspicacia —. Oye, ¿estás tratando de hacer de casamentera?

Su cuñada desvió unos segundos su mirada hacia el cielo y dejó escapar una risotada.

—No, cariño, no. Yo solo quiero que seas feliz, y no lo eres. Has estado sentada toda la comida removiendo tu plato sin apenas pegar bocado. Y tu expresión solo ha cambiado cuando has visto a Sergei hablar con tu hermano. Apesadumbrada, Winnie bajó la cabeza.

—Ahora no puedo pensar en tener nada con alguien. No sin haber aclarado las cosas con Freddy. Ha venido y quiere hablar conmigo, pero no sé si quiero hablar con él. Aún... aún duele, Ali.

Sin mediar palabra, la mujer la abrazó con fuerza.

—Lo sé, cielo, lo sé —le susurró muy cerca del oído—. No dejes que nadie te marque tus ritmos. Solo tú sabes cuándo estarás preparada. Y te diré algo más: te mereces lo mejor, te mereces a alguien que te quiera y que te haga feliz, y ese no es Freddy. Piensa en ello. —Al fin se separó de ella y la besó en la cabeza cuando se levantó—. Perdóname, pero tengo que marcharme. Tengo un montón de invitados a los que saludar aún. Si quieres, seguimos hablando luego, ¿de acuerdo?

Sintiendo que la garganta le escocía, Winnie asintió sin más y la dejó marchar. Sus ojos regresaron hacia su hermano y Sergei. Nat seguía en brazos de este, con su cabecita de rizos pelirrojos apoyada en el hombro masculino. Tenía que admitir que la niña parecía cómoda, y también él, que continuaba charlando con Frank y cargando a Nat como si fuera algo cotidiano para él.

Sí, recordaba la frase y el momento que Ali le había refrescado hacía unos instantes sobre esa broma de los estragos que hacía en las hormonas el ver a un hombre con un niño en brazos, pero entonces ella era mucho más joven y despreocupada, y ni se imaginaba qué tenía reservado el futuro para ella. «¿Cómo habría reaccionado Sergei en el lugar de Freddy?», se preguntó con tristeza. Winnie bajó la cabeza y se pasó una mano por los ojos; no tenía sentido pensar en cosas como aquella. Y, si lo hacía, solo lograría hacerse más daño del que ya sentía.

—Hola —escuchó decir a su espalda. De nuevo la voz de Freddy la hizo envararse. Muy despacio se giró para enfrentarlo—. ¿Quieres bailar? —le preguntó algo cauteloso.

—No, no tengo ganas —respondió con sequedad.

—Ya lo suponía. Pero, tal vez, sí que podamos hablar ahora. Ali parece no necesitarte y nosotros tenemos algunos asuntos que arreglar.

Aunque le apetecía charlar con él tanto como que le arrancaran las uñas de los

dedos, Winnie asintió y se puso en pie.

—Bien. Vayamos a un lugar más tranquilo.

Con cierta desgana, Winnie se levantó de la mesa y comenzó a caminar hacia la parte trasera de la casa, en donde sabía que podrían hablar sin que nadie los interrumpiera y en donde todo estaría más tranquilo. La música comenzó a desvanecerse conforme caminaban por un pequeño sendero que acababa bajo un árbol de amplias y gruesas raíces. Winnie se sentó en una de ellas y Freddy lo hizo a su lado.

Durante un buen rato, ninguno de los dos dijo nada. Winnie se dedicó a clavar la vista en la porción de césped que tenía bajo los pies y a removerlo con la puntera de su zapato de tacón. El eco de la canción que estaba tocando la banda les llegó amortiguada por la brisa. Estaba haciendo un día espléndido, precioso, y era una lástima que ella no lo estuviera apreciando en su justa medida.

Escuchó a Freddy chasquear la lengua antes de hablar.

—¿Cómo... cómo estás?

Ella alzó una ceja sin levantar la mirada.

—Bien. Regular. Depende del momento —le contestó con acritud.

—Siento todo lo que ha ocurrido, de veras.

La frase resquebrajó un poco las defensas de Winnie, pues quería creer que lo decía en serio.

—Lo sé.

—Te echo de menos —le soltó él a bocajarro.

Aunque la frase la sorprendió, no la emocionó como debería haberlo hecho: no sintió su pulso desbocarse, ni la piel se le erizó. Winnie pensó en decirle que ella también lo echaba de menos, pero las palabras no acudieron a sus labios porque habría sido una mentira.

—¿Sabes cuándo vas a volver a Boston? —le preguntó él ante su incómodo

silencio.

—No, no lo sé —le contestó con seguridad. Lo había estado pensando con detenimiento todas esas noches en las que el sueño había tardado en llegar, y siempre había llegado al convencimiento de que regresar a Boston, a la universidad y a su vida de antes aún no le apetecía—. Creo que voy a tomarme un año sabático.

Notó cómo el chico se enderezaba súbitamente.

—¿Sabático? ¿Vas a dejar la carrera?

—No he dicho que vaya a dejar la carrera, Freddy. Solo he dicho que voy a tomarme un año para pensar en qué quiero hacer.

—Pero ¿y nuestros planes de terminar juntos la universidad? ¿Y de trabajar en una buena compañía?

Winnie notó cómo la hiel le subía por la garganta.

—Esos son tus planes, Freddy. No los míos. Quiero terminar la carrera, sí, pero no soy tan ambiciosa como tú. Me conformo con trabajar en un lugar en donde me traten como a una persona, y en donde pueda realizarme y ser feliz. Solo pido eso.

—Pero una empresa grande, poderosa, te va a dar un futuro más estable que si trabajas en una pequeña asesoría de tres al cuarto, Winona. ¿No lo entiendes? ¿No quieres progresar en la vida?

Winnie apretó los puños hasta que notó que los músculos de los antebrazos comenzaban a dolerle.

—No, no lo entiendo. No es como yo veo la vida.

—¿Y cómo la ves tú, si se puede saber? —le preguntó el chico al tiempo que alzaba un poco más la voz.

—¡Te lo acabo de decir! Quiero ser feliz con lo que hago; quiero llegar a casa y tener a un compañero y no a alguien que aparece casi de madrugada y que se marcha cuando apenas ha amanecido, y que solo sabe hablarme de datos,

números, estadísticas y de personas que no conozco ni me interesa conocer.

Freddy se puso en pie y alzó los brazos al cielo.

—¡Tienes unas buenas calificaciones y podrías elegir la empresa a la que te envíen de becaria! Sabes por experiencia que muchos se quedan a trabajar en ellas. ¡Y lo vas a echar todo a perder! ¡Es que no lo entiendo! ¡Dios! ¡Eres tan estúpida como tu hermano! Claro, ¿qué se puede esperar de la hermana de alguien que dejó la Bolsa para trabajar de casero en una ciudad que casi ni sale en los mapas?

Las rudas palabras de Freddy la golpearon con fuerza en el estómago. Alzó la mirada para clavarla en él y sintió que un súbito calor acudía a su rostro.

—Creo que hemos terminado. Aquí y ahora —le dijo con dureza y los dientes apretados—. No hay nadie en el mundo a quien yo admire más que a esa persona a la que estás criticando. Así que, cuando regreses a Boston, puedes meter mis cosas en cajas. Ya pasaré por ellas cuando crea oportuno.

La expresión del joven cambió al instante y sus ojos se agrandaron, sorprendidos.

—No lo dirás en serio.

—Muy en serio —corroboró ella con un amplio gesto de la cabeza.

Freddy se acercó a ella y trató de tomarle una mano, algo que Winnie rehusó con un gesto hosco.

—Yo te quiero —le dijo él.

—No —lo rebatió Winnie—. Tú no me quieres. Tú quieres la fantasía que te habías formado en tu mente, pero jamás me has escuchado cuando te decía que eso que era tan importante para ti no lo era para mí.

—Todo esto es por no estar contigo el día que sufriste el aborto, ¿verdad? Porque me fui a la fiesta de la empresa.

Winnie se mordió el interior de la mejilla antes de contestarle.

—Ni el aborto ni la fiesta tienen nada que ver con esto, Freddy. Esto viene de

antes, ¿no te das cuenta? Perder al niño fue tan solo la gota que colmó el vaso. Los ojos oscuros del hombre se ensombrecieron.

—¿Sabes qué te digo? Que tal vez lo que te pasó fue lo mejor que pudo pasar. ¿Qué habríamos hecho con un crío?

Como accionada por un resorte, Winnie se puso en pie.

—Lárgate. No quiero verte más —le espetó mientras su brazo extendido señalaba hacia el camino—. ¡Vete!

Mirándola de arriba abajo con desdén, Freddy asintió.

—Descuida. Yo tampoco quiero volver a verte. Adiós.

Lo último que Winnie vio de la persona con la que había convivido fue su espalda y su caminar de largos pasos que la alejaban de ella. Con los labios temblorosos, al igual que los dedos, Winnie dejó caer el peso de su cuerpo en la raíz que le había servido de asiento. Se hizo daño al golpearse, pero no tanto como le dolía el hueco donde se suponía que estaba su corazón. Sentía como si se lo hubieran arrancado del pecho y lo hubieran pisoteado sin piedad. Irritada, se quitó los zapatos de tacón y los arrojó lejos. Hacerlo no le sirvió de nada pues la rabia seguía fluyendo en su interior. Al fin, las primeras lágrimas cayeron por sus mejillas y ella ya no fue capaz de detenerlas. Con un fuerte sollozo escondió su rostro en el hueco de sus manos y lloró amargamente.

Sentado en la mesa, cerca de Sean y de Jimmy, Sergei apuraba su copa de algo que no sabía qué demonios era. Jimmy se la había puesto delante y él se había limitado a beber sin apreciar el sabor del licor. En realidad, le daba igual lo que fuera. Calentándola, el brebaje pasó por su garganta y le cayó en el estómago medio vacío como un puñetazo, pues casi no había probado los exquisitos platos que habían servido. Durante la comida su atención había estado puesta en Winnie. Solo hacía falta mirarla para saber que no estaba bien, aunque se había empeñado en sonreír cuando Ali o Frank se acercaban a

ella. Pero cuando se había quedado sola su expresión había cambiado totalmente y se ensombrecía. Había estado a punto de levantarse e ir hasta donde estaba sentada cuando un hombre se le acercó. Sergei pudo comprobar que era el joven que la había saludado en la ceremonia, Freddy, recordó que se llamaba.

*Su novio.*

La palabra se le había atragantado. Unos minutos después había visto a Winnie levantarse y caminar delante del joven. Lo hizo con la cabeza algo gacha y los hombros hundidos, y él había tenido que sostenerse a su asiento con fuerza para no salir corriendo y encararse con aquel tipo que parecía no apreciar que ella no estaba bien.

Ambos habían girado tras la casa y él dejó de verlos, pero su mirada seguía clavada en el mismo punto por donde habían desaparecido. Sergei respiró hondo y apuró su bebida hasta la última gota.

Miró una y otra vez su reloj de muñeca. Hacía ya diez minutos desde que Winnie y su novio habían desaparecido cuando, con paso rápido y enérgico, y el semblante contraído por el enfado, el joven regresó. Sergei pudo apreciar los rostros de extrañeza de quienes supuso eran sus padres cuando llegó hasta ellos y les dijo algo al oído. A los pocos segundos, los tres abandonaban la fiesta a toda prisa.

La mirada de Sergei se desvió rápidamente hacia el lugar por donde el hombre había llegado y, sin pensárselo una segunda vez, se levantó y se encaminó hacia allí.

Se detuvo al doblar la esquina para otear a su alrededor. Encontró a Winnie de inmediato, sentada a lo lejos bajo un árbol y con la cara escondida en el hueco de sus manos. Se le detuvo el corazón al verla. Corrió hacia donde estaba, como hacía tiempo que no lo hacía. Se detuvo en seco a unos pocos pasos, sin aliento y con el pulso acelerado. Ella no había dado señales de oírlo llegar y no quería asustarla. Trató de humedecerse la garganta para que las palabras

podiesen salir por su boca. Oírla llorar de aquella manera tan desconsolada lo estaba matando.

—Winnie —susurró.

La vio dar un respingo ante el sonido de su voz. Muy despacio, ella retiró las manos de su cara, pero no levantó la cabeza para mirarlo. Sergei se acercó y se arrodilló ante ella. Quiso poner sus dedos bajo su barbilla para que lo mirara y comprobar que estaba bien; así su corazón podría volver a su ritmo normal. En lugar de eso, la tomó muy suavemente por los antebrazos.

—Winnie, mírame. Por favor, dime qué te pasa.

Ella continuó con la cabeza gacha, sin poder controlar el llanto. Con un suspiro de rendición y sintiendo su dolor, Sergei la atrajo hacia sí y la envolvió en su abrazo. Winnie se adaptó al hueco de su cuerpo de inmediato. Se pegó a él todo lo que sus propios brazos, encogidos delante de ella, le permitieron y buscó cobijo en su pecho escondiendo la cabeza bajo su mentón. Sergei cerró los ojos y dejó que Winnie llorara lo que quisiera, que se desahogara el tiempo que necesitara; él iba a estar allí para ella. Retuvo su respiración cuando se dio cuenta de que aquel gesto era, tal vez, el más íntimo que había compartido con una mujer, más incluso que cuando se había acostado con alguna. Notar el cálido y delgado cuerpo estremecerse entre sus brazos lo dejó completamente desarmado. Sergei apoyó sus labios sobre el pelo recogido de Winnie y el suave aroma de su perfume le llegó a la nariz.

No supo cuánto tiempo estuvieron así, con Winnie refugiada en su cuerpo, cuando notó que los gemidos se fueron espaciando más y más. En contra de su voluntad, Sergei se retiró lo suficiente para que ella dejara de apoyarse contra él y accediera a levantar la cabeza. Aun así, Winnie mantuvo la mirada baja. Las lágrimas habían dejado surcos visibles en sus mejillas y le habían estropeado un poco el maquillaje. Muy despacio y con ternura le secó las lágrimas con sus pulgares.

—Ese chico ¿es tu novio? —le preguntó en voz muy baja.

La mujer asintió, desanimada.

—¿Ha pasado algo? ¿Te... ha hecho algo?

Al oír la frase, Winnie levantó rápidamente los ojos hacia él. Negó una y otra vez antes de contestar.

—No, no me ha hecho nada. Hemos roto. Eso es lo que ha pasado.

—Lo siento mucho —le dijo en voz baja y contrita. Aquella frase era una mentira; no lo sentía en absoluto. Lo que sí lamentaba y mucho era que ella tuviese que pasar por esa situación. Había que ser muy estúpido para dejar a una mujer como Winnie. Volvió a limpiarle los surcos que las lágrimas dejaban en sus mejillas—. Romper una relación duele siempre, lo sé.

—No, no lo sientas. Ha sido lo mejor. Al menos, para mí lo es. —Y su llanto se intensificó de nuevo. Winnie bajó la cabeza para esconderse de su mirada. Con gentileza y ternura, Sergei la tomó por la barbilla, retiró las nuevas lágrimas e hizo que lo mirara.

—Iba a decirte que trataras de tranquilizarte, pero tienes todo el derecho a sentirte mal —le dijo—. ¿Quieres que me marche y te deje a solas?

—No, por favor. Quédate —se apresuró ella a contestarle. Y Sergei le dio gracias al cielo en silencio porque nada le apetecía menos que dejarla en esos momentos.

Con las rodillas doloridas por la postura se levantó y se sentó a su lado. Sacó un pañuelo de blanco algodón del bolsillo de su pantalón y se lo tendió.

—Toma.

—Gracias —le correspondió ella con una sonrisa que no llegó a sus ojos—. Te he dejado la camisa hecha un asco. Lo siento.

—No te preocupes por eso ahora. Si necesitas a alguien dispuesto a escucharte, soy esa persona.

Ella asintió muy despacio, con la vista clavada en sus propias manos, que

retorcían el pañuelo que él le había entregado. Aunque se había ofrecido a escucharla, y realmente lo deseaba si eso servía para que ella se sintiera mejor, Sergei no pensó que Winnie lo fuera a tomar a pies juntillas hasta que comenzó a hablar.

—La relación con Freddy iba mal desde hacía algún tiempo. No queremos las mismas cosas, ni vemos la vida desde el mismo punto de vista. Pero él parece no percatarse de ello. Tiene planes para él y su futuro.

—Y para el tuyo también, asumo.

—Sí. Lo tiene todo muy calculado: conseguir buenas notas para, así, acceder a una beca en una gran empresa, una en donde pueda tener proyección de futuro. Freddy aspira a llegar muy, muy alto. Yo tengo otros planes.

—¿Y cuáles son?

Winnie alzó la mirada hacia el cielo. La vio respirar hondo y llenar sus pulmones antes de dejar escapar el aire poco a poco.

—Quiero... quiero estar contenta con lo que hago. Trabajar en donde pueda tratar a la gente por sus nombres en lugar de que sean clientes y números de cuenta. Quiero una vida sencilla, sin complicaciones, en una pequeña ciudad, o continuar aquí, en Clarendon. No me importaría.

—Ese es un buen proyecto.

—Para mí lo es. Pero... hace unos meses todo se complicó. —Winnie se detuvo y la vio mordisquearse el labio inferior antes de proseguir, algo que le parecía costar hacer. Sergei no la urgió; dejó que ella encontrara su propio tiempo. Entonces continuó—: Me... me quedé embarazada. No fue algo planificado ni buscado, pero me entusiasmé con la idea de tener a ese hijo. Y Freddy...

La revelación lo sorprendió, pero hizo un esfuerzo para que ella no lo notara.

—¿Freddy no estaba de acuerdo?

—No, no es eso. Solo que yo sentía que no compartía mi ilusión. Estuve sola

cuando me hicieron la primera ecografía, y estuve sola cuando... sufrí el aborto.

Sin pensarlo, una mano de Sergei voló hacia las de Winnie y las cobijó bajo la suya.

—Winnie, lo siento mucho —le dijo con auténtico pesar.

—No pasa nada. Quizás, después de todo y aunque me duela decirlo, fuera lo mejor. La relación con Freddy ya no marchaba bien y hubiésemos terminado rompiendo. O, peor aún, viviendo una vida desgraciada y atados a causa de ese hijo —contestó ella mientras se encogía de hombros y volvía a temblarle el labio inferior—. Extrañamente, no puedo sobreponerme. Me digo cada día que yo soy capaz de levantarme y de pasar página. Soy una persona resuelta y alegre. Me encanta estar bromeando y rodeada de gente, de mi familia..., pero ahora mismo soy la sombra de esa mujer. No sé qué me ocurre.

—Date tiempo. No te presiones. Encontrarás la manera de reponerte. Ya lo verás.

Winnie giró la cabeza y buscó su mirada.

—Hablas como si hubieses pasado por lo mismo. —Por primera vez desde que llegara sintió que el ambiente había comenzado a distenderse—. ¿Has tenido novia? ¿Alguna relación que salió mal?

—Un par de ellas. Con una fue de mutuo acuerdo. No nos llegamos a entender y lo mejor fue romper. Con la otra... bueno, queríamos cosas distintas.

—Me entiendes entonces.

—Te entiendo muy bien, sí.

Un cómodo silencio se estableció entre ellos. Desde lejos llegaban notas musicales que les traía la suave brisa. Sergei la miró por el rabillo del ojo; quería asegurarse de que se había repuesto a su desconsolado llanto antes de que tuviera que marcharse. Winnie tenía los ojos algo hinchados y enrojecidos, al igual que las mejillas, y se podía ver en su rostro el sufrimiento que había

padecido. Pero ese sufrimiento no hacía que la viera menos hermosa. Tenía que admitir que Winnie era una mujer preciosa y a él se le paraba el corazón cada vez que la miraba.

Notó cómo ella se removió en su improvisado asiento y giró la cabeza hacia él. Una tenue sonrisa apareció en sus labios. «¿Alguien dijo algo de un corazón que se detiene?», pensó Sergei, sin poder apartar la mirada de ella.

—Lo cierto es que no sé por qué te cuento todo esto si apenas nos conocemos —le dijo ella.

Sergei correspondió a su sonrisa con una aún más amplia.

—Eso tiene fácil solución.

—¿Ah, sí?

Sin pensarlo, le tendió una mano, que ella miró por unos instantes antes de estrechársela.

—Hola, me llamo Sergei, y soy un buen amigo de tu ahora cuñada. Soy abogado y, aunque de ascendencia rusa, no me gusta el vodka. No a todos nos gusta. Eso no es más que una leyenda urbana. De pequeño, en el colegio, algunos niños solían reírse de mí; ruso larguirucho, me decían. ¿Algo más? ¡Ah, sí! Odio los sitios cerrados.

Por primera vez desde que llegara junto a ella, Winnie sonrió abiertamente. Y su risa le pareció el más bello de los sonidos.

—Encantada —le respondió ella con un brillo en los ojos que nada tenía que ver con las lágrimas que había vertido—. Yo soy Winnie. He dejado aparcada la carrera de Económicas, me encanta pasarme el día tumbada en la cama cada vez que puedo. Y también odio los sitios cerrados.

«Ahí está de nuevo esa sonrisa», se dijo Sergei sin poder apartar la mirada de ella. Se sentía satisfecho por haber logrado que olvidara sus lágrimas y su pesar, aunque fuera solo por unos minutos.

—¿De verdad los niños solían reírse de ti en el colegio?

Sergei asintió con convicción.

—Sí. Ahora se le llamaría *bullying* y está muy vigilado, pero entonces te aguantabas y tratabas de que te dejaran tranquilo de una manera o de otra.

Winnie se giró hacia él.

—¿Y tú cómo lo conseguiste? —quiso saber. La sonrisa que había mantenido hasta ese momento en su rostro se transformó en una mueca de disculpa—.

Siento ser tan preguntona.

Él negó con rapidez.

—No te preocupes, no pasa nada. Además, tú me has contado cosas tuyas y es justo que yo haga lo mismo —le dijo para tratar de poner en orden sus ideas—. Pues pasó que dejaron de meterse conmigo cuando aprendí defensa personal, *jiu jitsu*, y les rompí la nariz a un par de ellos. Estuvo mal y me castigaron, pero yo me llevé la satisfacción de verlos donde siempre había estado yo.

Sin poder evitarlo, Winnie estalló en carcajadas y Sergei se alegró de haberle contado ese episodio de su vida, que siempre trataba de olvidar.

—Bien hecho. Y dime, ¿sigues practicándolo?

—¿El qué?

—El *jiu jitsu*, o como se llame.

—No. Lo dejé hace ya unos años cuando comencé a trabajar y el tiempo del que disponía cada vez era más escaso.

—Vaya, es una pena. Tal vez, en algún momento, puedas retomarlo. Seguro que es de esas cosas que no se olvidan.

Encogiéndose de hombros, Sergei la miró.

—No lo sé. Pero supongo que es como montar en bicicleta.

La vio asentir y bajar la cabeza para ocultar una sonrisa, algo que le pareció un sacrilegio. Con un gesto divertido, Winnie alzó ante ella el pañuelo que aún sostenía.

—Creo que te lo he echado a perder con el maquillaje.

—No me importa —respondió él.

—Es raro encontrar a alguien que aún use estos pañuelos. ¿Qué tipo de hombre los usa?

Sergei se encogió de hombros casi a modo de disculpas.

—Uno como yo, al parecer. Hay costumbres que son difíciles de abandonar —le dijo él con la vista fija en el trozo de tela, aunque su atención iba una y otra vez a esas manos esbeltas y de dedos largos que lo agarraban.

—¿Y eso? Cuéntame por qué los usas. Aparte de lo obvio.

Sergei dejó escapar un largo suspiro y fijó la mirada en el frente.

—Mi antiguo jefe era muy exigente. Para él, la apariencia era algo muy importante. Mandaba confeccionar sus trajes en la Quinta Avenida, en Nueva York, y no escatimaba en esos gastos. Para él era fundamental que todo lo que usaba fuera lo mejor que se fabricaba —le dijo—. Estos no lo son, pero sus pañuelos eran de hilo egipcio, carísimos. Se los traían desde Europa. No quería verme con pañuelos desechables, así que me acostumbré a llevar estos.

—Vaya. Parecía un jefe un poco... ¿tocapelotas?

—*Muy* tocapelotas —recalcó Sergei.

—¿Qué pasó con él?

—Murió hace unos años.

Notó que ella se removió para poder mirarlo sin tener que torcer el cuello. Él hizo lo mismo y encontró que lo observaba con los ojos entrecerrados y actitud pensativa.

—Ese jefe tuyo ¿era el conocido de Ali? ¿A quién Frank le compró el edificio y que después trató de recomprárselo?

—Ese mismo —asintió él con un enérgico cabeceo.

—Frank y Ali me contaron todo aquello. Me dijeron que un amigo de Ali de la infancia los ayudó a dar al traste con los planes del ruso. ¿Fuiste tú?

Sergei recordaba ese episodio de su vida con absoluta nitidez, como si solo hubiesen pasado un par de semanas y no casi cinco años. Cuando Frank y Ali apenas habían comenzado su relación, su jefe se había propuesto recuperar el inmueble que Frank le había comprado años atrás. Sus pretensiones habían sido vendérselo, junto con toda la manzana en la que estaba ubicado el edificio, a un potente inversor que quería el lote completo. Casualmente, Ali e Iván eran viejos conocidos, pero eso no le importó al hombre lo más mínimo. Iván no había reparado en ardides para recuperar el edificio, incluso poniendo en peligro la vida de Frank y de Ali. Recordaba a la perfección aquellos momentos en lo que se había debatido entre la lealtad que le debía a su jefe y la amistad que lo seguía uniendo a Ali. Sergei bajó la cabeza y asintió muy despacio.

—Sí. Fui yo quien se lo dijo a Ali —contestó en voz muy baja.

—Fue algo muy valiente por tu parte.

Sergei resopló y levantó la mirada hacia el cielo azul apenas jalonado de nubes.

—No sé si fue valiente o no. Lo hice porque Ali era mi amiga. Ella estaba comenzando su relación con Frank, y yo no iba a dejar que Kozlov se saliera con la suya porque no estaba bien. No me hubiese perdonado que les pasara algo. Él no fue siempre ese hombre enrevesado y obcecado, ¿sabes? Pero en lo últimos años de su vida se obsesionó con regresar a Rusia, a su patria, decía, y quería conseguirlo sin importarle la manera. Tomó malas decisiones y terminó pagando por ello.

—¿Fue a la cárcel?

—No. Tuvo un ictus y terminó olvidando incluso quién era —contestó mientras regresaba sus ojos hacia Winnie. Encontró los de ella clavados en él y Sergei fue incapaz de dejar de mirarla.

—Es triste acabar así —le respondió ella con el mismo tono pausado que él

había usado.

—Lo es. —Dispuesto a que ese semblante triste abandonara aquel hermoso rostro, le sonrió—. ¿Cómo estás ahora? ¿Te sientes mejor?

—Bastante mejor, sí. Me ha venido bien charlar con un amigo.

«Amigo». Aquella simple palabra lo hizo sonreír a su vez, pero no entendía por qué le sabía condenadamente a poco.

—Me alegro. ¿Te apetece regresar a la fiesta conmigo? —le preguntó mientras se levantaba.

—No. Prefiero quedarme un rato más aquí, si no te importa.

No, no era lo que Sergei deseaba escuchar, pero no iba a intentar convencerla si no era eso lo que ella quería. Con reticencia aceptó con un suave movimiento de cabeza.

—No, claro que no me importa.

—Bien.

Sergei anduvo dos pasos y se giró de nuevo.

—Nos vemos.

—Sí. Hasta luego —le respondió acompañando su despedida con un gesto de la mano.

Sergei miró una vez más sobre su hombro hacia donde Winnie se había quedado sentada. Como un *flash*, recordó su intención de pedirle su teléfono. Por unos segundos consideró regresar y hacerlo, pero dado el mal rato que ella acababa de pasar, tal vez ese no era el momento más adecuado y era mejor olvidarlo. A regañadientes, continuó con su caminar.

Y mientras cubría el trayecto entre ese lugar y la zona en donde se estaba desarrollando el banquete de bodas, dos claras y contundentes convicciones anidaron en él: la primera de ellas fue que, tan pronto como llegara a la habitación de su hostel, desharía la maleta para quedarse en Clarendon la semana de la que aún disponía. La segunda convicción fue que Winnie Bradley

lo atraía como jamás lo había atraído ninguna otra mujer antes.

El día después de la boda de Frank y Ali, un fuerte dolor en el bajo vientre despertó a Winnie antes de lo que hubiese deseado. Supo enseguida que su periodo se había adelantado varios días. Desde que había tenido el aborto, su menstruación estaba siendo mucho más dolorosa de lo que siempre había sido y mucho más abundante, algo que la dejaba sin ganas ni fuerzas para levantarse, y sin querer ver a nadie. Lo único que le apetecía era cerrar los ojos, dormir y que ese primer e incómodo día pasara lo antes posible.

Colette la animó a que se quedara en cama. Insistió en que nada era tan importante como para que tuviera que salir de ella si no lo deseaba. Así que le hizo caso a su madre: se tomó un analgésico, se cubrió la cabeza con la sábana y dejó que, fuera de su habitación, el mundo siguiera su curso sin ella.

Al día siguiente, se despertó muy temprano. El sol ya entraba con timidez por la ventana de su habitación y la suave brisa mecía caprichosa los visillos de fino encaje. Levantó la cabeza de la almohada y trató de escuchar algún ruido. Nada. Estiró el brazo y miró la hora en su reloj. Las ocho de la mañana. Se pasó la mano por la cara, retiró un largo mechón de pelo y se desperezó a conciencia. Lo cierto era que el dolor del día anterior casi había desaparecido, aunque aún persistía una sensación de pesadez que sabía que tendría durante varios días. Se sentó en la cama y, sin molestarse en buscar sus zapatillas, fue hasta el baño. La ducha le sentó francamente bien y cuando ya

estuvo vestida se encaminó hacia la cocina. No había comido nada en todo el día anterior y su estómago no hacía más que recordárselo.

Se sorprendió al encontrar a su madre sentada ante la mesa, con una gran taza de té en una mano y sosteniendo un libro abierto en la otra, sin despegar la vista de las páginas, las cuales parecía devorar. Se acercó hasta ella y la besó en la sien.

—Buenos días, mami —le dijo mientras trataba de atisbar la imagen que mostraba la portada. Se sentó frente a ella y le sonrió—. ¿Qué lees?

Colette cerró el volumen con un enérgico movimiento de muñeca y se lo mostró.

—Lo último de Nora Roberts. Lo recogí el viernes en la librería de Patsy, pero con el jaleo de la boda no había podido comenzar.

—¿Y ya vas por la mitad? —preguntó Winnie sorprendida al ver en dónde había colocado el marca páginas.

—Ayer estaba muy cansada y me acosté muy pronto. Así que hoy me he levantado temprano y aquí estoy, con solo un té. —La mujer se inclinó hacia su hija apoyándose en la mesa—. Pero vamos a ponerle remedio a eso de inmediato. ¿Tienes hambre? ¿Qué quieres desayunar?

Winnie se irguió, expectante.

—Me muero de hambre.

Una amplia sonrisa apareció en el rostro de Colette.

—Así me gusta. Últimamente no estabas comiendo mucho. Voy a prepararte un desayuno como Dios manda.

Apenas veinte minutos después había desplegado ante ella tostadas, media tarta que había hecho el día anterior, zumo de naranja y alguna que otra fruta, beicon crujiente, un gran cuenco con cereales y una tetera aún humeante, que desprendía un suave olor a limón y menta.

—No esperarás que me coma todo esto, ¿verdad? —dijo mirando lo que había

en la mesa con ojos asombrados.

Colette se sentó de nuevo frente a ella y cogió uno de los platillos que había dejado en medio de la mesa.

—Solo lo que te apetezca.

Sin más, Winnie comenzó con el succulento banquete. Había creído que tenía hambre, pero la realidad era aún mayor: estaba famélica. Su madre comenzó a hablarle sobre lo bonita que había sido la boda, sobre los invitados y sobre lo feliz que veía a su hermano y a Ali... Mientras tanto, Winnie dio buena cuenta de cuanto Colette le puso en el plato e intercambió risas con ella. Un buen rato después, Colette dejó a un lado su segunda taza de té y se acodó en la mesa.

—¿Sabes? Te veo mucho mejor hoy. Más animada.

Winnie detuvo a medio camino de sus labios su bebida y consideró las palabras de su madre unos segundos. Sí, se sentía mucho mejor, ya no solo físicamente, sino también de ánimos. El sueño y el descanso le habían venido de perlas para poner las cosas en su sitio. Aunque, si lo pensaba con detenimiento, también podría considerar que haber zanjado con Freddy todo lo que había estado guardando en su interior le había hecho bien. Sí, se sentía liberada, como si se hubiese quitado un pesado lastre de sus hombros. Pero, si tenía que ser por completo honesta consigo misma, había otra persona a la que debería agradecer que hubiera sido unos oídos prestos cuando lo había necesitado y que hubiera estado atento a cómo se sentía.

—Sí, estoy mucho mejor —contestó sin reparar apenas en ella, con la mirada fija en algún punto tras la mujer.

Winnie pensó que, tal vez, solo tal vez, el dar por terminada su relación con Freddy no era lo único que la había ayudado a pasar página, sino también la conversación que había mantenido después con Sergei. Recordaba con meridiana claridad su cara de preocupación cuando la encontró llorando y cómo trató de consolarla. Sí, definitivamente, hablar con él la había ayudado

más de lo que en un principio había podido pensar, y anotó en su mente que debía agradecerle su inquietud por que ella se sintiera mejor. Pensar en ambos hombres a la vez la llenó de turbación. Uno era todo lo opuesto al otro, tanto en el carácter como en el físico. Freddy la había decepcionado en muchos sentidos, pero, no sabía bien por qué, creía que Sergei no estaba hecho de la misma madera. Se asombró al darse cuenta de que le gustaría conocer más al joven abogado.

Sergei la había sorprendido mucho. Cuando lo conoció había creído ver en él a alguien callado y reservado, que no destacaba por su locuacidad e ingenio, pero había terminado descubriendo a un hombre atento y generoso, que sabía escuchar y que sonreía cada vez que ponía en ella aquellos increíbles ojos del color del acero, pero que nada tenían que ver con el frío metal. Winnie sintió como si un fuerte puño le hubiese apretado el estómago. Charlar con Sergei durante el banquete había sido uno de los mejores momentos que había pasado en los últimos días. Y si echaba un poco la vista atrás, él había sido una constante en todos los buenos momentos que había vivido en la última semana. —Cariño —oyó decir a su madre. Winnie la miró como si acabase de ver a un fantasma.

—¿Decías algo?

—Te he llamado dos veces, pero parecías ida. ¿Te ocurre algo?

—No... no. Nada. Estoy bien —le dijo mientras trataba de ordenar sus ideas y su mente—. Oye, Frank y Ali ¿se han tomado la reglamentaria luna de miel?

—¡Qué va! —le contestó Colette haciendo un dramático aspaviento con sus brazos—. Les dije que, si querían, me podía quedar con Tucker y Natasha unos días y así ellos podrían estar solos. Pero me dijeron que no, que más adelante. Con Sam, Martha y las niñas en la casa, pocos momentos íntimos iban a poder tener.

—Entonces, ¿sabes si van a estar en casa? ¿Y sus amigos?

Colette se levantó y comenzó a retirar lo que había restado del desayuno. Winnie la imitó y tomó las tazas y los platillos sucios.

—Creo que Ali se ha tomado unos días libres de la consulta y hoy van a ir con sus amigos a la feria de Middlebury —le dijo sin mirarla siquiera. Entonces paró—: ¿Por qué? ¿Te apetece ir con ellos?

—Tal vez. No hago nada quedándome en casa, ¿verdad?

Una sonrisa pletórica apareció en los labios de su madre.

—¡Claro que no, cariño! Anda, deja estas cosas que ya las recojo yo y ve a vestirte.

—Voy a llamar a Frank para que me esperen.

—Ya lo llamo yo. Tú sube y arréglate —la conminó Colette urgiéndola a marcharse con un expresivo movimiento de brazos.

Winnie se sentía entusiasmada y no sabía bien por qué. Rodeó la mesa y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—¡Gracias!

—¡Venga! ¡Date prisa!

Sin perder un segundo, Winnie corrió a su habitación subiendo los escalones de dos en dos y se detuvo antes de entrar. Si no fuera porque en esos días parecía sentirse como una versión triste y algo descolocada de sí misma, era muy posible que, a esas alturas, ella ya tuviera el número de teléfono de Sergei, y le podría decir que le apetecía ir con ellos. Pero no estaba en su mejor momento, y sentía un extraño desasosiego solo con pensar en pedírselo. «Tal vez un poco más adelante», se conformó.

Ya en su dormitorio se paró ante el armario, indecisa sobre qué podría ponerse. «Algo con lo que esté guapa», recapacitó. Entonces sonrió ante esos pensamientos; hacía mucho tiempo que no sentía especiales deseos de verse bonita; se había contentado con pillar lo primero que tenía a mano en el armario y listo. Pero no ese día. Ese día iba a esmerarse porque le apetecía y,

además, porque estaba deseando ver la expresión de Sergei cuando la viera. La idea la detuvo unos segundos. No sabía cómo había aparecido él en su mente, pero la hizo sonreír.

—¡Winnie, ya he hablado con tu hermano! —oyó gritar a Colette desde el piso inferior.

Ella sacó del armario un corto y vaporoso vestido celeste estampado con pequeñas flores blancas y lo arrojó sobre la cama.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó en voz alta mientras se quitaba la camiseta y los pantalones con toda la rapidez de la que era capaz sin perder el equilibrio.

—Que estaban a punto de salir. Y que Jimmy y Sean vienen a buscarte en su coche.

La noticia detuvo unos momentos a Winnie. Torció el gesto con cierto desánimo. En aquellos pocos minutos en que había aceptado la idea de que tenía ganas de salir, su mente se había empeñado en rescatar la imagen de Sergei una y otra vez, y se había sorprendido a sí misma deseado que él la fuera a buscar.

—Vale —le respondió, y no sin dificultad, se cerró la cremallera trasera del vestido.

Aún estaba terminando con su maquillaje cuando escuchó el inequívoco sonido de un coche que paró delante de su casa.

—¡Winnie! Ya están aquí.

Se miró una vez más al espejo, satisfecha con la imagen que le ofrecía. Por último, se pasó un poco de carmín rosado por los labios y le sonrió a su reflejo.

—¡Estoy lista! —gritó mientras bajaba con paso acelerado por la escalera. Al llegar al vestíbulo se detuvo en seco al ver a Sergei, que la esperaba junto a la puerta. Winnie no supo si la falta de aire que acusaba era por su rápida carrera o por aquellos intensos ojos grises que estaban clavados en ella. Ni siquiera

reparó en que su madre estaba allí también, aun sujetando el pomo tras haber abierto.

Se dirigió hacia él muy despacio mientras sostenía un pequeño bolso entre sus manos como si fuera su tabla de salvación, sin retirarle la mirada. Él tampoco lo hizo. La observaba fijamente, parado bajo el vano, y ella se sentía incapaz de deshacer el intenso vínculo que se había establecido entre ellos.

Llegó hasta él y le sonrió.

—Hola.

Él solo fue capaz de mover la cabeza con un leve gesto de reconocimiento.

—Pasadlo bien —les dijo Colette, todavía junto a ellos. Besó a su madre en la mejilla, salió hacia el porche delante de Sergei antes de pararse ante el primer escalón y girarse levemente hacia el hombre.

—Has sido muy amable al venir a buscarme con tan poco margen de tiempo. Se... se me ocurrió de repente.

—No pasa nada. Estábamos a punto de salir. Jimmy ha tomado la delantera para que pudiéramos recogerte —le dijo él ocultando las manos en los bolsillos de sus pantalones—. Te he... te hemos echado de menos ayer.

A Winnie aquella frase, dicha con ese súbito tartamudeo, le pareció lo más encantador que le habían dicho en mucho tiempo.

—He estado algo indispuesta —quiso aclararle.

—¿Te sentó algo mal en el banquete? —le preguntó él con una visible preocupación.

—No. Ha sido mi periodo.

—Ah. Entiendo —fue lo único que Sergei acertó a responder unos segundos después.

Lo vio levantar la mirada y los ojos claros de Sergei encontraron los de ella y su pulso se aceleró sin pretenderlo. Entonces, el molesto sonido de un claxon los hizo respingar casi a la vez. Winnie se volteó para encontrar el coche de

Jimmy y Sean estacionado a unos metros de distancia, un coche en el que ella no había reparado.

—He venido con ellos. —Señaló él por encima de su hombro.

Tras el parabrisas los dos hombres los miraban sonrientes, y los dos casi a la vez la saludaron con un efusivo gesto. Jimmy, sentado tras el volante, sacó casi medio cuerpo por la ventanilla.

—A ver, vosotros dos, ¿nos movemos? Frank está al llegar con la furgoneta de la pandilla de Scooby Doo y no va a tener la gentileza de esperarnos, ya lo veréis.

Sergei giró la cabeza hacia ella.

—¿Scooby Doo?

—Seguro que todos vienen en el coche familiar con Sam, Martha y los cuatro niños —le dijo Winnie—. Esos enanos son inseparables cuando están juntos.

—¡Venga, vamos! —los instó Sean desde el lado del acompañante.

Winnie y Sergei corrieron hasta el coche y se acomodaron en el asiento posterior. Jimmy aún no había dado la vuelta para enfilar por el camino que llevaba hasta Clarendon cuando la furgoneta a la que había hecho alusión Jimmy apareció, con su hermano al volante. Con un simple gesto del brazo, Frank los conminó a que los siguieran, y eso hizo Jimmy.

Middlebury, el lugar al que iban, en el cercano condado de Addison, estaba casi a una hora de camino. A Winnie realmente no le importó todo el tiempo que les llevó completar ese trayecto, puesto que Jimmy y Sean no eran dos personas que pudieran mantenerse callados, sobre todo Jimmy. Les contó un montón de historias sobre cómo Sean y Ali lo conocieron, lo cual los llevó a incluir a Sergei en su conversación, aunque más parecía un interrogatorio en toda regla cuyo último fin era que les relatara los más disparatados y vergonzosos episodios para poder contárselos a su amiga común. Divertido, Sergei se unió a la charla con entusiasmo y Winnie se vio riendo sin parar con

las anécdotas que los tres hombres contaban de su cuñada.

Cuando estacionaron junto a la furgoneta de Frank y todos estuvieron listos, caminaron hacia el lugar en donde estaba ubicada la feria. Conforme se acercaban al recinto, el público y el bullicio aumentaban. Los niños, al ver a los vendedores de globos y de algodón de azúcar que había nada más llegar, comenzaron a dar saltos de alegría y a pedir cuanto se ponía al alcance de su vista. Frank, con una Natasha que se revolvía en sus brazos, se giró hacia sus amigos y resopló.

—Creo que este va a ser un largo día.

Su cuñada no tuvo tiempo de responderle, pues Tucker tiró de ella y todos fueron detrás. Aunque trataban de seguir charlando tan animadamente como hasta ese momento, el insistente ruido de la música de las barracas de la feria hacía que fuera casi imposible, a no ser que se acercaran unos a otros y se hablaran muy de cerca, al oído. Winnie caminaba tras Sam y Martha, con Sergei a su lado. Ella le estaba contando la historia de aquella pequeña ciudad, fundada tras la Guerra de Secesión, y para ello tenía que acercarse a él tanto como le era posible para que pudiera escucharla. Convino que no le importaba en absoluto. Cada vez que lo hacía, él se agachaba un poco y ella, casi sin darse cuenta, lo tomaba del brazo para que no pudiese alejarse. Podía notar bajo la palma de sus manos la firmeza de su antebrazo y oler con total nitidez el suave aroma de su colonia, o tal vez era del *after shave* que usaba, no lo sabía. Era plenamente consciente de cuando sus brazos se rozaban, aunque fuera de manera mínima. Casi podía sentir el calor que emanaba del cuerpo de él y, sin remedio, el suyo reaccionaba en consecuencia, incluso notaba un leve estremecimiento que le recorría la espalda y que acababa en la base de su espina dorsal. En algunos instantes, se olvidaba de lo que le estaba contando, cerraba los ojos y se dejaba llevar por una sensación que hacía mucho tiempo que no experimentaba. Estaba siendo una tortura para ella.

Winnie vio que Frank se paraba delante de una caseta con una sonrisa triunfal.

—Los niños quieren que les consiga un peluche —les dijo.

—¿Los niños? —intervino Sam mientras señalaba con la cabeza hacia el interior de la barraca—. ¿No será que quieres lucirte con los dardos?

La risa generalizada se pudo oír por encima del barullo. Ignorando a todos, Frank le dio a la persona que había al otro lado del rudimentario mostrador diez dólares y este le entregó doce dardos bastante viejos y usados. Winnie vio a su hermano tomar el primero de ellos con seguridad, sopesarlo entre los dedos y comprobar la punta. Y, sin apenas pararse a estudiar cómo debía hacerlo, Frank lanzó el dardo y el globo explotó para regocijo de los más pequeños, que estallaron en palmas. Alentado por los vítores de los demás, Frank continuó y los demás globos corrieron la misma suerte que el primero.

Cuando ya hubo conseguido peluches para cada uno de sus hijos y de los de Sam, Frank se giró.

—Será mejor que nos vayamos de aquí, antes de que me prohíba tirar un dardo más —dijo a la vez que señalaba con un gesto de la cabeza al feriante, cuya expresión se había ido haciendo más ceñuda conforme los globos habían ido desapareciendo.

Antes de alejarse del tenderete, Sergei la tomó con suavidad por la muñeca.

—¿A ti también te gustaría un oso de peluche?

Ella lo miró con divertida suspicacia.

—¿Serías capaz de conseguirme uno si te digo que sí?

—En realidad, creo que no. No sé nada de dardos, pero lo intentaría si quieres

—le respondió con una sonrisa que la desarmó por completo y que casi la hizo olvidarse de que debía seguir respirando.

La mano de Winnie se coló entre los dedos de él.

—No, no hace falta, y te agradezco la intención. Venga, que se van sin nosotros. —Los dedos de ella se engarzaron a los de él con un gesto casi

instintivo y Sergei no hizo ningún intento de zafarse. Así, cogidos de la mano, continuaron tras sus amigos.

A los adultos les estaba costando seguir el ritmo de los más pequeños. Los niños insistían en ir de tenderete en tenderete, allí en donde había algún entretenimiento que les llamara la atención o, simplemente, donde vendieran algo dulce a lo que poder hincarle el diente.

Su hermano era un padre atento con sus hijos, pero no dejaba que se salieran siempre con la suya. Tucker se empeñó en querer comerse otro algodón de azúcar, pero Frank y Ali se lo negaron, algo que no pareció gustarle a su sobrino, que compuso un gesto enfurruñado y se resistió a seguir caminando. Con paciencia, Winnie lo convenció y el niño atendió a razones cuando ella le prometió que lo invitaría al perrito caliente más grande que pudiesen encontrar. Cuando levantó la mirada tras hablar con el pequeño, se encontró con los ojos de Sergei clavados en ella. Por unos instantes, Winnie olvidó la promesa que acababa de hacer, olvidó que estaban en medio de una feria y rodeados de gente; se perdió en aquel intenso color gris de sus iris, que la miraban como si ella fuera la única mujer en la faz de la Tierra. O, al menos, así se sentía ella. El momento lo deshizo Tucker cuando reclamó que cumpliera su palabra.

A las cinco de la tarde todos estaban ya cansados y deseosos de emprender el camino de retorno. Tan pronto como Sam y Frank sentaron a los niños en sus respectivas sillas, los pequeños se quedaron dormidos.

—Al menos vamos a hacer el camino de vuelta un poco más relajados — suspiró Frank antes de meterse en el coche.

Jimmy y Sean se dirigieron hacia el suyo seguidos de Winnie y Sergei. Al contrario que el viaje de ida, el de regreso estaba resultando bastante calmado. Jimmy había puesto el reproductor de música y los cuatro dejaron

que, poco a poco, la melodía sustituyera a las conversaciones. Winnie comenzó a sentir que el cansancio la estaba rindiendo y sus ojos, pesados, se cerraban sin darse cuenta. Trató de espabilarse un par de veces y se sobresaltó otras tantas cuando su cabeza cayó hacia adelante, medio dormida.

—Si quieres, te presto mi hombro —oyó decir a Sergei a su lado.

Ella lo miró y, con una sonrisa, asintió. Apoyó la cabeza sobre él y, dejando escapar un suspiro, al fin pudo relajarse, no sin antes buscar de nuevo su mano y enlazar los dedos con los de él.

—Winnie.

Oyó una voz lejana que la llamaba, pero no supo identificarla.

—Winnie. Despierta —insistió.

Muy despacio, y con esfuerzo, fue capaz de abrir los párpados y enfocar la vista. Dos rostros conocidos tenían clavados sus miradas en ella.

—¿Ya hemos llegado? ¿Tan pronto? —preguntó con voz pastosa.

Jimmy miró a Sean con una sonrisa sesgada antes de volver a mirarla.

—¿Cómo que tan pronto? Has estado más de cuarenta minutos dormida.

La cabeza de Winnie aún seguía apoyada en el hombro de Sergei. Girándose solo un poco, encontró los ojos de él tan cerca que la dejaron sin aliento. Sus miradas se quedaron enganchadas sin remedio. Había estado todo el camino apoyada sobre él, cómoda y dormida. Y su mano aún seguía cobijada en la masculina; él no la había soltado durante el camino de regreso. Notó una suave caricia en el dorso, un hormigueo que la recorrió de arriba abajo e hizo que su estómago diera un brinco. Con total desgana, Winnie la retiró.

—Espero no haberte babeado el brazo.

—Tranquila. No ha pasado nada de eso —le respondió él sin dejar de mirarla. Ella le sonrió algo cohibida por la situación, pero la sonrisa franca que él le dedicó la reconfortó.

—Muchas gracias a los tres. Lo he pasado genial —les dijo a sus compañeros de viaje.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Sergei antes de que a ella le hubiese dado tiempo de abrir la puerta.

—A ver dónde quieres tú acompañarla —preguntó Sean mientras trataba infructuosamente de esconder la risa—. La casa está a diez metros.

—Tal vez a su habitación —oyó decir al otro hombre.

—¡Jimmy! —exclamó Sean con fingida contrariedad y escondiendo un brillo divertido en sus vivaces ojos. Con total seguridad, aquellos dos se lo estaban pasando en grande, convino Winnie, algo que no le importó en absoluto.

—¿Qué? No he dicho nada malo —respondió el increpado mientras se giraba en su asiento para mirarlos a ambos—. ¿He dicho algo malo? ¿A que no? Pues eso.

Winnie no pudo evitar que una fuerte carcajada abandonara su garganta.

—No, no hace falta que me acompañes —le respondió directamente a Sergei, aunque en su interior estuviera gritando todo lo contrario—. Buenas noches.

Sergei se despidió de ella con un gesto contenido de la cabeza y un «hasta mañana» dicho con voz muy grave que Winnie reservó en sus oídos para poder rememorarlos una y otra vez durante la noche.

La semana pasó demasiado rápido para el gusto de Winnie. Ella sabía que, cuando llegara el siguiente domingo, todos se marcharían de regreso a sus lugares de origen. Y Sergei también lo haría.

Durante aquellos días, su rutina diaria se había centrado en marchar hacia la casa de su hermano tan temprano como había podido. Una vez allí, hacían planes para la jornada. No hicieron falta protocolos ni invitaciones. Winnie había sido incorporada al grupo sin ningún problema, y todos habían contado con ella desde el primer momento. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan cómoda entre un grupo de gente como con los amigos de Frank y Ali. Y pensó que Sergei tenía mucho que ver con esa sensación. Se había acostumbrado a la presencia casi constante del hombre y ella trataba de incluirlo en sus planes tanto como podía, algo a lo que él no ponía objeción en ningún momento; más bien al contrario, Sergei parecía buscar su compañía al igual que ella buscaba la suya. Lo hacían casi sin palabras, con una simple mirada o un simple gesto. Les daba igual si era Ali la que les pedía que la acompañaran a sus visitas a las granjas cercanas, o si era Frank el que les insistía en que se quedaran con él y le echaran una mano con algo en la casa. Les daba igual. Los dos asentían casi a la vez y buscaban estar uno tan cerca del otro como les era posible.

Winnie no sabía dónde había ido a parar su natural arrojo. Siempre se había considerado una mujer que se lanzaba hacia lo que quería cuando creía que

tenía las cosas claras. Algo en su interior le decía que eso que parecía estar comenzando a sentir por Sergei era correspondido, pero ahí terminaba todo su valor. En más de una ocasión se había quedado enganchada en su mirada e ignorado sin pretenderlo a cuantos estaban junto a ellos. Poco le habían importado los pequeños toques en su brazo por parte de su cuñada o las sonrisas de soslayo de su hermano. De lo único de lo que se arrepentía era de que ninguno de los dos parecía tener la valentía de dar el siguiente paso, cualquiera que ese fuera.

Winnie se maldecía a sí misma en silencio porque llegaría el fin de semana y, con él, la marcha de Sergei. Solo el pensarlo le hacía torcer el gesto y dejar escapar un gemido de frustración. No quería que llegara ese momento. Cuando se marchara, iba a echarlo terriblemente de menos, eso ya lo sabía. Sergei se había colado en su vida sin que ella se diera cuenta; en su vida, en sus pensamientos y también en su corazón.

La tarde del último día el ambiente era igual de distendido que siempre, aunque se podía palpar la tristeza por la inminente marcha de los amigos. El almuerzo casi se engarzó con la merienda de los niños, y esta, con los preparativos para la cena. Sin que Sergei se diese cuenta, Winnie, con una cerveza en la mano, lo observaba desde el porche. De vez en cuando, le daba un largo sorbo y continuaba mirándolo. El hombre estaba con Frank a unos pocos metros del árbol que cobijaba la mesa en donde siempre comían. Su hermano había colocado en el tronco la diana que usaba con los dardos y le estaba enseñando cómo debía lanzarlos. Sergei trataba de hacer todo lo que le indicaba, pero no siempre lo conseguía. Aunque, cuando lo hacía, Frank se encargaba de darle la enhorabuena con un efusivo palmeo en el hombro y unas risas. El hermetismo que había apreciado en Sergei la primera vez que lo vio había desaparecido por completo. Se revelaba como un hombre que sabía divertirse y reírse de sus propios fallos, y que tenía una conversación

interesante y amena. Asumió que se estaba comenzando a enamorar, o tal vez ya lo estaba.

«Lo estás, deja de darle vueltas».

Darse cuenta la dejó sin respiración. No había pretendido enamorarse cuando hacía tan poco tiempo que había dejado atrás su historia con Freddy. «Pero no es algo que puedas controlar, Winnie. Te enamoras y punto», se dijo en silencio mientras le daba un nuevo trago a su bebida. Convino que no pensaba luchar contra aquello que estaba comenzando a sentir porque no era nada malo y, sobre todo, porque le apetecía conocer más a ese hombre con el que se sentía tan cómoda. Ella era joven y no tenía compromiso alguno; y, por lo que sabía, él tampoco tenía a nadie que lo estuviera esperando. No hacía ningún mal queriendo recuperar la alegría que solía tener antes de que su vida se fuera al traste.

«O das el siguiente paso o se marchará sin que lo sepa».

Sintiendo una súbita valentía, estaba a punto de dejar el botellín de cerveza sobre la barandilla del porche y encaminarse hacia donde estaba Sergei cuando Ali y Martha salieron de la casa, una cargada con una bandeja con los utensilios para servir la cena y la otra, con los platos. Las dos mujeres se pararon junto a ella.

—¡Ah, estabas aquí! —le dijo su cuñada mientras le tocaba con suavidad el brazo.

—Sí. Estaba tomando el fresco.

—¿Nos ayudas con esto?

—Claro —les dijo, no sin cierta frustración al ver sus planes pospuestos.

Unos minutos después, la mesa estaba preparada y los demás se acercaron a ocupar su lugar. Por el rabillo del ojo, Winnie no perdió detalle de los movimientos de Sergei y de en dónde iba a sentarse. Todos fueron tomando asiento y ella lo hizo a su lado. La sonrisa que él le dedicó, llena de ternura,

hizo que su corazón diera un salto y le hizo entender que no estaba equivocada en cuanto a sus sentimientos.

—Aún quedan cosas por traer y preparar dentro —oyó decir a Ali.

A regañadientes, Winnie le respondió con un único gesto de asentimiento, aunque lo último que le apetecía era perder de vista a Sergei.

Las tres mujeres aún tardaron un poco en tenerlo todo preparado. Jimmy y Sean se habían dedicado a entrar y salir de la casa para sacar las bandejas con comida que Frank se iba a encargarse de hacer en la barbacoa. Cuando abrieron la puerta, el olor a carbón y a carne les llegó hasta la nariz.

Apenas habían bajado las tres los escalones de la entrada cuando Ali, a su lado, se detuvo y clavó su mirada en su marido.

El hombre estaba cerca de la barbacoa, que en ese momento atendía Sergei. Se lo veía resuelto y animado, atento a lo que se asaba en la plancha, mientras charlaba con su hermano. Delante de Frank estaba sentado Pepper, con las orejas tiesas. Su lengua colgaba por el lateral de su boca y un incesante movimiento de rabo barría una y otra vez el césped. De vez en cuando, el animal saltaba alegre a la caza de pequeños trozos de algo que su hermano le arrojaba y que Winnie no era capaz de distinguir en la distancia.

—Frank, ¿qué estás haciendo? —oyó decir a su cuñada.

De inmediato, él se enderezó al mismo tiempo que se giraba para buscar a su mujer y Winnie tuvo que contener la risa al ver la expresión de su hermano, similar a la de un niño al que han cogido con los dedos metidos en la tarta.

—¿Yo? Nada —le contestó.

Ali se encaminó hacia él y se detuvo a apenas unos pasos de donde estaban ambos hombres. El perro la miró unos instantes para regresar su atención a Frank.

—¿Le estás dando beicon a Pepper?

Winnie sabía que su hermano había sido pillado en flagrante delito, así que

este le ofreció a Ali una sonrisa torcida mientras se rascaba de manera distraída la nuca.

—Esto... solo un poco —confesó—. Lo que se chamusca en la parrilla.

—Sabes que no debe comerlo. Solo debe comer su pienso. Nada de golosinas —aseveró muy seria Ali, aunque Winnie sabía que era más una pose que otra cosa.

—Pero no es una golosina —le respondió su hermano—. Es beicon. Además, ¿qué vamos a hacer? ¿Tirar el que se le quema a Sergei? Es una lástima. Riñe a tu amigo por quemarlo, anda.

Ali se acercó a su marido. Su gesto serio cambió por completo y apareció en su rostro una sonrisa que hizo que Frank le correspondiera con una idéntica.

—Nada de beicon a Pepper, ¿entendido? —le dijo con más suavidad antes de darle un fugaz beso. Un segundo después, sonriente aún, Frank posó la mirada en su mascota y le acarició entre las orejas con energía.

—Lo siento, colega. Órdenes son órdenes. —Lo único que Frank obtuvo de su perro fue un fuerte ladrido de canina desaprobación. Una vez más, Winnie deseó para su futuro tener una relación con alguien muy parecida a la que compartían Ali y Frank.

Se sentaron alrededor de la mesa y Frank y Martha llamaron a sus hijos. Estos acudieron tan rápido como pudieron, dispuestos a compartir la cena con los adultos.

Entre risas, charlas y alguna que otra advertencia a los niños por parte de sus padres para que se estuvieran quietos, la cena fue discurriendo. Cuando la luz del sol ya no fue suficiente, Frank encendió las guirnaldas de luces que aún persistían de la decoración de la boda y todo quedó bañado con un precioso y cálido resplandor dorado. La comida fue desapareciendo de las bandejas poco a poco y, cuando terminaron la cena y los postres, Frank y Sam llevaron a la cama a sus derrotados hijos.

Un extraño estado de ánimo se apoderó de Winnie. No recordaba haberlo pasado tan bien desde... no lo sabía. Tal vez fue el último verano de la secundaria, antes de entrar a la universidad. Veía aquello tan lejano en el tiempo que parecía la vida de otra persona. En aquel momento ella estaba enamorada de Freddy y la vida se le presentaba de cara y feliz. Ahora, ese amor que una vez sintió por el chico había desaparecido y ya no era él quien ocupaba su corazón. Lo estaba comenzando a ocupar ese otro hombre que, sentado a pocos metros de ella, charlaba animadamente con Jimmy y Sean, y que, de vez en cuando, la miraba de soslayo y hacía que su corazón diera un salto y se acelerara sin remedio.

«Eres tonta, Winnie —se dijo—. ¿Qué se supone que estás esperando?». No lo sabía. Sintió de repente la boca seca, así que se levantó y fue hasta la casa. Allí se sirvió un vaso de agua fresca de la nevera y lo apuró en unos instantes. —¡Ah! Estás aquí —oyó decir a su espalda a Ali.

Winnie se giró con rapidez para encontrarse frente a frente con su cuñada.

—Sí. He venido a beber agua. Tanta cerveza me ha secado un poco la boca.

La mujer dejó sobre la mesa lo que portaba en las manos. Ali bajó un poco la cabeza y, antes de volver a posar sus ojos sobre ella, se retiró un mechón de su melena del rostro, lo enganchó tras la oreja y le sonrió.

—¿Sabes? Te encuentro mejor, más animada.

—Así me siento, sí. Creo que aclarar al fin las cosas con Freddy me ha ayudado a pasar página.

Ali enarcó una ceja hasta casi el nacimiento de su pelo.

—¿Solo por eso? ¿Solo ha sido por aclarar las cosas con Freddy?

—¿A qué te refieres?

—A Sergei. Os he visto juntos. Y os he visto muy bien. Tú sonríes constantemente, y él... pues igual. Y se ve que disfruta de tu compañía.

Con seguridad, la afirmación logró en ella el efecto que Ali había pretendido

que tuviera. Winnie se enderezó y apretó los labios para esconder una sonrisa.

—¿Sí?

—Sergei es un hombre reservado —le dijo Ali mientras se acercaba un poco más a ella—. No digo que sea antipático ni antisocial, no es eso, pero sí que se cuida mucho de abrirse a nuevas personas y a nuevas amistades; es así desde que lo conozco, pero no he visto que tenga ese problema contigo.

—Yo... yo me siento muy bien con él. Es atento y agradable. Puedo hablar de lo que quiera con él y...

—Y te has enamorado de él.

Winnie hundió los hombros de manera exagerada y levantó el rostro hacia el techo.

—¡Mierda, Ali! Creo que sí.

—Bueno, no es algo tan malo. Lo que sí es malo es que se marcha mañana. ¿Se te ha ocurrido decirle lo que sientes?

Con un resoplido, Winnie dirigió la mirada hacia la mujer.

—Lo he pensado varias veces, sí, pero siempre hay una excusa, o alguien de por medio, o... ¡yo qué sé!

Ali rodeó la mesa y se paró frente a ella, a solo un paso de distancia. No se habían molestado en encender la luz de la cocina, así que lo único que las iluminaba era el tenue resplandor que entraba por la amplia ventana que daba al porche.

—No voy a decirte qué hacer. Lo que sí te voy a decir es que, al parecer, los Bradley necesitáis un empujoncito. Uno pequeño —le dijo haciendo un significativo gesto al juntar sus dedos.

Winnie no pudo contener la carcajada.

—¿Así que mi hermano también necesitó un acicate?

—Tuve que decirle que se callara y me besara.

Las dos rieron a la par. Winnie consideró que hacía mucho tiempo que no se

encontraba tan bien. Se acercó aún más a Ali y la abrazó con fuerza.

—No sabes cuánto celebro que Frank te trajera a mi fiesta de cumpleaños aquel verano.

—Yo también.

Ali se separó de ella y, con un gesto afectuoso, le alisó la melena con las dos manos.

—Venga, ve fuera y habla con él. No te va a comer. O tal vez sí, cualquiera sabe —le dijo a la vez que le guiñaba un ojo.

Winnie tomó aire y asintió un segundo para desinflarse al siguiente.

—¿Y qué le digo? ¡No tengo ni idea! ¡Ay, Dios! ¿Y si le digo que me gusta? ¿Y si yo no le gusto? ¿Y si...?

—¡Winnie! Para. —Ali la tomó cariñosamente por los hombros y la obligó a mirarla—. Deja de decir tonterías, ¿quieres? Sal ahí y dile algo antes de que se marche.

—Sí, sí.

—¿En serio eres esa chica que puso a tu hermano en evidencia el primer día que llegamos, hablando de preservativos y relaciones sexuales? —preguntó Ali con sorna y arrancó en ella una sonrisa.

—No sé dónde está esa chica ahora —le respondió—. Debo de ser un clon.

Con un gesto, Ali hizo que se girara sobre sus talones y le dio un pequeño empujón.

—Venga, ¡sal ya! Que se están levantando para despedirse.

Era cierto: por la ventana de la cocina vio cómo Jimmy, Sean y Sergei ya estaban en pie y se despedían de Frank y Sam con efusivos abrazos. De repente, Winnie sintió la garganta seca de nuevo, pero temía que, si volvía a por un vaso de agua, su valor se fuera por el desagüe del fregadero. Respirando hondo, fue hasta la puerta y la abrió para salir al porche. La escena dejó de tener sentido para ella cuando Sergei giró la cabeza en su

dirección. Winnie sabía que, esa tarde, él había llegado en el coche de Jimmy y Sean, así que se marcharía con ellos. No podía decirle que se quedara más tiempo, con lo que tenía que aprovechar el poco que le quedaba.

Muy despacio, Winnie bajó los escalones y se encaminó hacia donde estaban los hombres. Ali y Martha se les habían unido. En los rostros de todos había una sombra de tristeza que les estaba siendo muy difícil de enmascarar.

—Nos alegra mucho haberos tenido aquí —oyó decir a Ali, que había llegado junto a Frank y se había abrazado a su cintura. Su hermano la había pegado a su costado y había pasado un brazo sobre su hombro—. Gracias, de verdad. Habéis hecho de estos días algo muy especial.

Todos compusieron un gesto de tristeza y Frank besó a su esposa sobre el pelo.

—Te has propuesto que se nos caigan dos lagrimones, ¿a que sí?

Ali lo miró, divertida.

—¿Tanto se nota?

Las palabras de la mujer lograron distender el momento. Dejando a los demás a un lado, Winnie se acercó a Sergei y, tomándolo por el codo, lo separó del grupo.

—¿Tú también te marchas mañana? —le preguntó aun sabiendo cuál iba a ser su respuesta.

—Sí —le respondió con voz grave y con sus ojos clavados en ella. El gris acerado se había convertido en negro por la escasa luz que los envolvía y ella notó los músculos del brazo masculino tensarse bajo sus dedos.

Winnie tomó aire, incapaz de romper el lazo que los unía. Era plenamente consciente de la intensidad de su mirada y de cómo trataba de asomarse a su interior.

—Ya —fue lo único que acertó a decir ella, y se maldijo por lo bajo por su esquiva locuacidad.

Sergei dio un paso hacia ella y la distancia que los separaba se redujo a algo

casi inexistente. Winnie levantó aún más el rostro para no perder detalle de su expresión.

—¿Por qué lo preguntas?

«Díselo. Dile que te gusta. Dile que se quede un día más».

—Por... porque mi madre me dijo que te gustó mucho la tarta que hizo aquel día y quería que te llevaras una cuando te marcharas —dijo en su lugar.

«¿En serio, Winnie?! ¿Esto es todo lo que se te ocurre?!», se recriminó mentalmente.

La expresión de Sergei cambió ante sus ojos, y creyó ver en él un atisbo de decepción que antes no estaba ahí. Winnie soltó su brazo y dio un par de pasos hacia atrás.

—Bien. Me encantará llevarme esa tarta, claro.

—¿Y si te pasas por mi casa mañana antes de marcharte? Le diré que la tenga preparada. ¿A las once te viene bien? ¿O es muy tarde? —soltó Winnie en retahíla, sin pensar demasiado.

—Me parece bien, sí —le confirmó él. Sergei dio un par de pasos hacia atrás sin dejar de mirarla y puso más distancia entre ellos—. Me están esperando para marcharme.

Lo vio despedirse de Frank y de Ali, así como de Martha y Sam. Una vez que terminó, se dirigió hacia el coche que ya lo esperaba y los tres hombres partieron.

Enfadada consigo misma, Winnie giró con demasiado brío sobre sus talones y se encontró de frente a Ali, que la miraba con una ceja alzada y los brazos cruzados ante su pecho.

—¿Una tarta? ¿De verdad no se te ha ocurrido una excusa mejor para hablar con él?

—¡No! ¡Soy patética! —exclamó mientras escondía su rostro en el hueco de sus manos—. ¡No puede ser!

Ya no solo podía recriminarse el no haberle dicho nada sobre sus sentimientos, sino que a eso debía unirle la tontería que acababa de decirle sobre la tarta.

«Te has lucido, hermana. Te has lucido».

Sentado en el asiento trasero del coche de Jimmy, Sergei se abrochó el cinturón de seguridad con demasiado ímpetu y bufó cuando no lo logró a la primera.

—¿Frustrado? —oyó decir a Jimmy, que estaba sentado tras el volante

Levantó la mirada y se encontró con los ojos del hombre reflejados en el espejo retrovisor. La única respuesta que salió de sus labios fue un gruñido.

—La noche no ha salido como tú pretendías, ¿no es verdad? —Fue Sean el que habló en esa ocasión.

—No, no ha salido —respondió Sergei.

—¿Y por qué no le has dicho nada? —preguntó Jimmy tras poner el coche en marcha y conducir muy lentamente por el camino a oscuras por el que abandonarían el hogar de sus amigos—. Porque déjame decirte que se te ve a la legua que estás colgado por ella.

—Porque... porque no he querido incomodarla. He pensado que, tal vez, a ella no le haría gracia que le dijera que me gusta, o yo qué sé. Estoy hecho un lío —soltó casi sin pensar mientras giraba la cabeza y fijaba su mirada en la oscuridad que atravesaban.

El coche se bamboleó un poco y Sergei se sujetó al asiento delantero.

—No conozco mucho a Winnie —le dijo Jimmy sin quitar ojo del camino—, pero sí que conozco a Ali, y sé que, a estas alturas, ella le estará echando la bronca por no haberte dado una oportunidad.

—Me gustaría pensar eso —masculló entre dientes, no demasiado convencido de las palabras del hombre.

—Bueno, llámala por teléfono cuando llegues a tu habitación y habla con ella. Dile... lo que sea.

Un gruñido involuntario salió de los labios de Sergei. Notó cómo Sean se giró hacia él en su asiento.

—Porque... tienes su teléfono, ¿verdad?

—No —masculló entre dientes en respuesta, enfadado consigo mismo, mientras miraba por la ventanilla.

Jimmy se removió, inquieto tras el volante.

—Pero... ¿en serio no tienes su teléfono? —inquirió—. ¿De verdad que no le has pedido su número de teléfono aún? ¿En toda esta semana? ¿Tú en qué mundo vives, tío?

—Déjalo, anda —oyó decir a Sean con un tono más conciliador.

—Mira —continuó diciendo Jimmy, ya más calmado—, tal vez mañana cuando vayas a su casa a recoger esa tarta, que déjame decirte que huele a excusa a kilómetros, podáis hablar... o algo —le dijo Jimmy al fin, que parecía no darse por vencido—. Winnie quiere verte una vez más, a solas, sin tantos espectadores. Y, oye, no la culpo. No es plato de algunos eso de tener público cuando te vas a besar con alguien por primera vez. Pero, oye, que es tu decisión.

Sean lo golpeó con suavidad en el hombro.

—Eres muy bruto, Jimmy.

—No soy bruto, soy sincero y espontáneo. Y me quieres precisamente por eso. La sonrisa que apareció en el rostro de Sean fue más que evidente. Se giró hacia adelante y Sergei lo escuchó murmurar:

—Calla, anda.

El resto del camino lo hicieron en completo silencio, solo roto por una suave melodía que salía de los altavoces del automóvil. A Sergei, el trayecto le pareció demasiado corto, y se molestó sin motivo cuando Jimmy estacionó

frente al hostel en el que se habían hospedado esas dos semanas. Los tres bajaron y estuvo seguro de que había cerrado la puerta con demasiada fuerza.

—Bien, creo que vamos a tener que decirnos adiós aquí —le dijo Sean mientras Jimmy se paraba junto a su novio y asentía con cierto pesar—. Nosotros mañana vamos a salir temprano. Queremos pasarnos por la clínica y poner las cosas en orden antes del lunes.

—Claro. —Sergei asintió con un gesto de cabeza.

—Entonces, nos despedimos. Esperamos verte por Newburyport algún día —le dijo Sean mientras le tendía una mano de manera afectuosa. Sergei aceptó el gesto con una sonrisa y se despidió de los dos hombres.

—Hasta pronto.

Los vio entrar a ambos en el hostel mientras él se quedaba parado en la acera, sin saber bien qué quería hacer. Desilusionado y abatido, se apoyó contra el coche y dejó caer la cabeza hacia adelante. Iba a marcharse de allí sin decirle a Winnie lo que estaba comenzando a sentir por ella, y que el diablo se lo llevase si eso le gustaba, pensó con seriedad.

«¿Y por qué estás tan cabreado si ni siquiera lo has intentado?», oyó decir a una vocecilla interior que se asemejaba demasiado a la voz de Aliena. Era cierto: no lo había intentado, tal vez porque temía meter la pata. Winnie había pasado por dos tristes experiencias de manera muy seguida y no quería precipitarse ni presionarla de ninguna manera. Por mucho que lo deseara, pensaba que no debía ser él quien diera el primer paso, aunque le dolía aceptarlo. Tal vez era el momento de hacerse a la idea de que, al día siguiente, sería la última vez que tendría alguna oportunidad. Pero si Winnie llegaba a mostrarle un pequeño resquicio, aunque solo fuera uno minúsculo, se agarraría a él y le demostraría lo que sentía por ella.

Winnie no podía dormir. Cada vez que cerraba los ojos veía la mirada de

Sergei clavada en ella. Incluso en sus recuerdos, le costaba respirar al recordarla. Y después se acordaba de la dichosa tarta con la que se había comprometido en nombre de su madre —que no había dicho nunca nada, ni sabía nada del asunto—, de su olvido de pedirle su número de teléfono y le entraban ganas de meter la cabeza debajo de la almohada y no sacarla de allí durante todo el día. Pero, si hacía aquello, Sergei se marcharía sin que supiera lo que ella sentía por él. Claro que, tal y como ella había terminado diseñando la situación, eso sería lo que ocurriría. Así que se hizo a la idea de que esa iba a ser una larga, larga noche y que tendría que aguardar con estoicismo a que se hiciera de día.

Cuando el primer rayo de sol despuntó por el horizonte y se adivinó en el cielo, Winnie saltó de la cama. Sus padres aún estaban durmiendo y no iba a levantar a Colette para que hiciera la tarta para Sergei. Porque habría tarta, aunque fuera ella quien la hiciera. No era una buena cocinera, pero, si se había metido en aquel fregado, iba a salir de él lo más airosamente posible. Además, no iba a ponerse en evidencia más de lo que ya lo había hecho.

Una hora más tarde la gran mesa que dominaba la cocina estaba llena de harina, tazas medidoras y de otros cacharros, ya sucios, que había utilizado. Del horno comenzaba a salir un rico olor dulce que la hizo sonreír. «A lo mejor no sale tan mala, a fin de cuentas», pensó satisfecha. Miró el reloj de la pared: faltaba una hora y diez minutos para que Sergei llegara, y bastante menos para que el dulce estuviera listo, tiempo más que suficiente para que ella pudiera darse una ducha y quitarse del pelo aquel olor a mantequilla.

Bajó cuando el timbre del horno le avisó de que la tarta estaba lista. La sacó y la observó con ojo crítico. «Pues no está tan mal. Al menos, no parece que esté cruda». La dejó enfriar un poco sobre la mesa mientras ella se dedicaba a limpiar la cocina.

—¿Qué haces levantada tan temprano? —oyó preguntar a Colette a su espalda

—. Y más importante aún, ¿a qué huele?

Winnie se giró como accionada por un resorte.

—¡Mamá! Buenos días. —Fue hasta ella y le estampó un gran y efusivo beso en la mejilla. Colette la miró con los párpados entrecerrados aún por el sueño.

—Buenos... días. ¿Demasiado café esta mañana? —le dijo mientras pasaba por su lado, tomaba la cafetera y se servía una generosa taza.

—No, no... Es solo...

Colette dio un sorbo a su bebida y enfrentó a su hija.

—A ver, ¿qué pasa aquí? Porque no es algo habitual en ti que te levantes temprano para hacer un bizcocho o lo que sea que hayas hecho. Vamos, ni temprano ni tarde; nunca te he visto hacer uno. ¿Me lo vas a contar? —le dijo con ternura y sin un ápice de reproche en su voz. Su madre era así: clara y directa, pero también comprensiva y dulce. Ella entendería a la perfección qué le estaba ocurriendo.

Sentadas a la mesa, Winnie le contó lo que estaba comenzando a sentir por Sergei; cómo él la había escuchado y apoyado el día en que rompió definitivamente con Freddy. Le habló de los paseos para acompañar a Ali, de todas esas charlas cuando se quedaban a solas y de lo bien que se sentía cuando estaba en su compañía. Colette la miró, dejó la taza sobre la mesa y se inclinó hacia adelante para arroparla en un gran abrazo.

—¿Así que le mentiste sobre mí y la tarta?

Winnie bajó la cabeza, entre apesadumbrada y divertida.

—Lo siento, mamá. No sabía qué decirle.

—Pues no entiendo por qué —le contestó ella—. Normalmente eres más resuelta, así que asumo que debe gustarte bastante ese hombre para que te deje medio alelada.

Las dos rieron, y Winnie le agradeció de corazón aquellos minutos con ella, en los que pudo relajarse y volver a respirar.

Colette levantó la cabeza para mirar por encima de Winnie.

—¿A qué hora te dijo Sergei que estaría aquí?

—A las once. Faltan quince minutos. ¿Por qué lo preguntas?

Una enorme sonrisa apareció en los labios de su madre.

—Porque su coche está estacionando en la entrada —le dijo—. O bien tiene ganas de regresar a su casa, o bien tiene ganas de verte, aunque sea por última vez. Y por lo que me has contado, yo apuesto todas mis fichas a esa casilla.

Winnie se puso en pie como si la hubiesen pinchado con una aguja.

—¿Qué hago? —preguntó nerviosa sin saber por qué.

Colette se levantó, tapó la tarta con un paño que sacó de un cajón y se la tendió a su hija.

—Toma, tu coartada. Ahora sal ahí y haz que se arrepienta de tener que marcharse.

—¡Mamá!

—¿Qué? —respondió Colette con ojos abiertos—. Venga, me voy arriba, así no os molestaré.

La mujer corrió escaleras arriba hasta perderse de la vista de su hija. Winnie miró hacia el exterior a través de la ventana y vio a Sergei bajar de su coche y enfilar hacia la casa, con las manos escondidas en los bolsillos de sus pantalones vaqueros y con un caminar de pasos largos y decididos. Winnie se apresuró a ir hasta la puerta y salió al exterior. Lo hizo antes de que él llegara a los escalones del porche. Cuando la vio se detuvo en seco, pero ya no pudo dejar de mirarla. Ella le dio la bienvenida con una sonrisa y bajó hasta quedar ante él, aún subida en el último escalón.

—Buenos días —comenzó diciendo para, a continuación, levantar un poco la tarta que sostenía—. Aquí está lo que te prometí.

El hombre la recibió sin demasiada alegría. Tan solo un leve gesto de reconocimiento y una mirada de soslayo a lo que sostenía ahora entre sus

manos.

—Huele bien —le dijo.

—Sí, huele bien.

Un pesado e incómodo silencio se estableció entre ambos. Winnie bajó la vista y la clavó en sus sandalias.

—Voy a dejarla en el coche. Espera un momento —lo oyó decir. Ella levantó la cabeza y asintió, con un nudo en su estómago.

Unos segundos después, Sergei regresó hasta donde ella se encontraba.

—Bien, tengo que marcharme ya —le dijo con seriedad—. Hay un buen camino hasta Newburyport.

Los ojos de Sergei estaban a su misma altura y podía verlos con total claridad sin tener que levantar la cabeza para mirarlos. Aunque no solo eran estos lo que podía apreciar de tan cerca; también el resto de sus rasgos, como su nariz o los finos labios, que le parecían demasiado apretados en aquel momento. Se preguntó si continuarían de aquella manera tan rígida si los besaba; si ella conseguiría que se relajaran y se amoldaran a los suyos. Y descubrió que eso era lo único que le importaba en ese momento. Winnie tomó aire y alzó la mirada.

—He leído algo sobre una costumbre en particular que tenéis los rusos —comenzó diciendo al mismo tiempo que la comisura de su boca se levantaba para dibujar una tenue sonrisilla.

—¿Ah, sí? ¿Y a cuál costumbre te refieres? —preguntó él mostrando interés.

—He leído que vosotros, cuando os despedís, os dais tres besos en las mejillas. Así. —Sin aguardar respuesta alguna y apoyando sus palmas sobre él, Winnie lo besó muy despacio, recreándose en cada caricia de sus labios en su rostro y sintiendo el suave roce de su barba. Cuando terminó, la expresión de Sergei permanecía inalterable. Un ligero pulso apareció en su mandíbula antes de que asintiera con un gesto contenido.

—Es verdad.

Pero Winnie consideró que no había llegado hasta allí para conseguir solo esos inocentes besos que la habían dejado absolutamente insatisfecha mientras su estómago golpeaba a muerte su hígado. Apoyadas aún sus manos sobre los brazos del hombre, volvió a sonreírle.

—Está bien, sin duda. Es una curiosa costumbre, pero yo prefiero la manera americana.

—¿Hay una manera americana?

Ella asintió con absoluta convicción.

—Sí que la hay. Es solo con un beso.

Sin esperar ninguna respuesta por su parte se acercó todo lo que pudo a él y atrapó su boca.

Apenas sus labios rozaron los de él, Sergei respondió como ella había soñado tantas noches que lo haría. Un ligero gruñido, gutural e intenso, emergió de la garganta masculina. Enmarcó sus mejillas entre sus manos con un rápido movimiento y la besó con hambre contenida. Notaba el calor que las palmas desprendían, el mismo que ella estaba comenzando a sentir. Winnie se pegó a él tanto como la postura se lo permitió. Quería su contacto, lo anhelaba más de lo que había creído capaz y pensó que no habría nada en el mundo que la hiciera desligarse de él en aquel preciso instante.

Las manos del hombre comenzaron un viaje por sus brazos que la estremeció desde los pies a la cabeza. Descendían sin dejar de besarla, muy despacio, cubriendo centímetro a centímetro. Winnie se sentía como si, con aquella demandante caricia, su cuerpo estuviera despertando tras estar largo tiempo dormido. Al fin, la ciñó por la cintura y la pegó a él. Envalentonada por su recibimiento, Winnie pasó ambos brazos alrededor de su cuello y, ladeando la cabeza, le otorgó de esa manera pleno acceso a su boca. Él no necesitó ningún otro incentivo y su lengua se adueñó sin remisión de su interior. Las rodillas

de Winnie temblaron y dio gracias al cielo en silencio porque él la estuviera sujetando. De no haber sido así, habría estado en ese preciso instante en el suelo.

Lejos de romper aquel intenso vínculo, Winnie respondió punto por punto a sus envites. Notaba la palma de la mano de Sergei sobre su espalda, caliente, que la empujaba a pegarse contra él sin ambages. Una corriente eléctrica viajó por su espalda hasta instalarse en la base de su cabeza, y solo sirvió para que un gemido de pura satisfacción abandonara su garganta.

El tiempo dejó de tener importancia para ambos. Maldiciendo en silencio a sus pulmones por necesitar aire para seguir respirando, Winnie se separó sin aliento y sintiendo los labios arder por aquel beso casi voraz que acababa de recibir. Él trató de apresarla de nuevo, reticente a que ella se alejara, y Winnie sonrió, satisfecha. Le gustaba aquella reacción por parte de Sergei. A su pesar, se apartó un poco de él. Lo vio respirar con las mismas ansias que ella, tratando de meter aire en su pecho. Winnie le dedicó una sonrisa antes de volver a acercarse y rozar de nuevo sus labios.

—Si hubiera sabido que me besarías así, lo habría hecho mucho antes —susurró contra su boca.

Muy despacio, la mano de él viajó por su columna, arriba y abajo, y volvió a acariciar sus labios con los suyos con tanta lentitud que Winnie temió deshacerse en pedazos entre sus brazos.

—¿Y por qué no lo hiciste? —preguntó él con una voz ronca que hizo que todas las terminaciones nerviosas del cuerpo de Winnie vibraran al unísono.

Ella se encogió de hombros. Se retiró un paso de él, lo justo para poder mirarlo sin tener que bizquear.

—No lo sé. Miedo, supongo. O indecisión —le respondió. Entonces, en sus labios afloró una mueca divertida—. Aunque también podrías haberlo hecho tú.

Los latidos del corazón de Winnie se dispararon como locos, si aquello era posible. No sabía que una sonrisa de él tenía semejante poder sobre ella.

—Me moría por besarte, Winnie, pero no quería que pensaras que soy de esos tipos que se aprovechan de una mujer cuando se siente vulnerable.

Ella buscó de nuevo su boca y la encontró presta para besarla de nuevo.

—No habría pensado eso de ti.

Volvieron a besarse, esta vez sin la urgencia que los había invadido cuando se encontraron por primera vez. Winnie dejó que él le acariciara los labios con su lengua y, en respuesta, ella se pegó a él tanto como fue capaz.

—¿No puedes quedarte unos días más?

Sergei se separó de ella y echó la cabeza hacia atrás, pero sin soltarla en ningún momento.

—Dios, ¡ojalá pudiera! Pero el miércoles tengo una vista, y aún tengo que prepararla.

Fastidiada por la respuesta, Winnie terminó asintiendo.

—Claro. Lo entiendo.

Los ojos claros de Sergei se clavaron en los suyos. Podía ver en ellos un brillo que hasta antes no había apreciado. La miraba como no recordaba que nadie la hubiese mirado antes, como si fuese una ensoñación que se hubiese presentado ante él. Una sonrisa que la hizo dejar de respirar momentáneamente emergió de sus labios. Muy despacio, Sergei le retiró algunos mechones de pelo de su rostro casi con reverencia.

—¿Sabes? Intenté irme tras la boda de tu hermano —le dijo con un tono de voz muy bajo e íntimo.

—¿Y qué hizo que no te marcharas? —quiso saber Winnie, con sus brazos alrededor de su cuello, lo que le impedía que se alejara de ella. La sonrisa de él se hizo aún más amplia y su mirada se centró en su boca, que Winnie notaba algo hinchada por los besos apremiantes que él le había dado.

—Tú.

Sus palabras la dejaron sin respiración.

—¿Yo hice que no te marcharas? —preguntó algo incrédula.

—Sí —afirmó él con convencimiento—. Me había propuesto marcharme al día siguiente, pero no pude, no después de descubrir que quería estar cerca de ti.

—Y ahora sí que tienes que irte cuando al fin yo me he dado cuenta de que quiero exactamente lo mismo.

Sergei asintió con pesar. Winnie exhaló con fuerza y apoyó la frente sobre el pecho de él. Advirtió que la besaba en la cabeza, recreándose en el contacto. Pensó en que daría lo que fuera por quedarse de aquella manera, entre los brazos de él, todo el día. Pero sabía que no podía ser. Y era mejor buscar alguna solución que lamentarse. Levantó la cabeza y volvió a besarlo con lentitud para retirarse a continuación y mirarlo a los ojos.

—Tengo que confesarte que la tarta no la he hecho mi madre, sino yo. Así que no sé siquiera si será comestible.

—Yo también tengo que confesarte algo: no he venido por la tarta, sino por ti.

—Lo más probable es que no puedas tragarla.

—Me da igual cómo sepa mientras vuelvas a besarme.

Y eso fue lo que ella hizo, a pies juntillas. Volvieron a besarse como si no hubiesen hecho antes: con hambre, con ansia contenida. Winnie maldijo que tuviera que marcharse; lo quería allí con ella, aunque fuera un rato más, uno pequeño, uno en el cual pudieran charlar de todas esas cosas que aún no se habían dicho y que habían dejado en el tintero. Pero no iba a incomodarlo porque veía que él se resistía a marcharse tanto como ella no quería que se fuera. A su pesar, se separó de él. Con un gesto tierno pasó su pulgar por sus labios y retiró la humedad que su boca había dejado en ellos.

—¿Puedo llamarte esta tarde? Sé cuánto tardarías en llegar hasta

Newburyport. Calcularé cuando puedes estar allí.

Sergei se apresuró a asentir.

—Sí. Llámame. Te estaré esperando.

Winnie retiró su brazo izquierdo de alrededor de su cuello e hizo un gesto con la cabeza.

—Márchate ya o no voy a dejar que lo hagas.

—No me lo pongas más difícil, Winnie —le respondió él con seriedad.

Winnie le dio un ligero y suave empujoncito en su hombro.

—Te llamaré.

Como si las piernas le pesaran, Sergei comenzó a caminar hacia su coche, de espaldas, dilatando el momento en el que, irremediablemente, tuviera que dejar de mirarla.

—Adiós —le dijo desde lejos, antes de abrir la portezuela de su vehículo y perderse en su interior. Bajó la ventanilla justo antes de encender el motor y, a través de ella, le ofreció una última sonrisa.

Winnie se quedó sobre el escalón mientras veía cómo el coche se alejaba muy despacio por el camino de gravilla. Miró el reloj que llevaba en su muñeca y pensó en cuánto tiempo debería aguardar aún para que él llegase a Newburyport y llamarlo. Los ojos de Winnie se abrieron como platos.

—¡Llamarlo! ¡Joder, que no tengo su número!

Saltó del escalón con tanta energía que temió dar con sus huesos en el suelo. Con rapidez emprendió carrera por el camino, sin importarle que no llevara el calzado adecuado.

—¡Sergei! ¡Espera! —gritó.

Por fortuna para ella, el coche se detuvo unos metros más adelante, antes de torcer y enfilarse hacia el pueblo. Sin aliento, Winnie llegó hasta el vehículo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sergei a través de la ventanilla con una expresión

de extrañeza.

Con impulsividad, ella se agachó y volvió a besarlo.

—Me olvidé —le dijo mientras trataba de normalizar su respiración—: No tengo tu número de teléfono.

—Podrías habérselo preguntado a Ali —le respondió él con una amplia sonrisa.

—Déjame tu móvil, por favor —le pidió ella.

Sin quejarse, Sergei desbloqueó el aparato y se lo tendió. Con dedos ágiles, Winnie tecleó su propio número y se aseguró de escuchar un par de tonos antes de colgar.

—Listo, ya tengo tu número. Y tú tienes el mío —le dijo mientras le tendía el aparato y volvía a buscar sus labios para darle un beso rápido—. Hasta luego. Sin decir nada, con tan solo un cabeceo, Sergei volvió a poner el coche en marcha y, segundos después, giró hacia la carretera en dirección a la salida de Clarendon. Con un largo suspiro y una sonrisa de satisfacción, Winnie pensó que el día se le iba a hacer realmente muy largo hasta que pudiera volver a hablar con él.

Con el sabor de los besos de Winnie aún en sus labios, Sergei no dejó de sonreír, ni de tararear las canciones que ponían una tras otra en la radio, en todo el camino de regreso.

Cuando paró en la gasolinera se sintió tentado de pulsar el número que había quedado marcado en su teléfono, pero lo pensó mejor y dejó el aparato en la consola central del coche. Prefería hacerlo cuando estuviera en casa, cuando ya no tuviera ninguna prisa y pudiera estar charlando con ella el tiempo que le apeteciera. Además, había sido ella la que le dijo que llamaría, así que tenía el firme propósito de esperar esa llamada.

Llegó a Newburyport cuando faltaban cinco minutos para las tres de la tarde. La ciudad era un hervidero de veraneantes y visitantes, y eso se apreciaba en sus calles, mucho más repletas que en los meses de invierno.

Con las maletas en las manos cruzó el pequeño jardín y se apresuró a abrir la puerta, subió las escaleras y se dirigió a su dormitorio, donde las dejó sobre la cama. «Ya las desharé luego». Antes se daría una ducha y esperaría a que Winnie lo llamara, aunque se estuviera muriendo de ganas por hacerlo él.

Escuchó el teléfono sonar al fin a media tarde. Sergei había ido por toda la casa con él en el bolsillo, al contrario de lo que solía hacer, que era dejarlo sobre la mesa de escritorio que tenía en su despacho. Se apresuró a mirar la pantalla y su corazón saltó al ver el nombre de Winnie en ella. Contestó con el

pulso acelerado.

—¿Sí?

—*Hola* —escuchó decir a la voz de Winnie y tuvo que buscar el inestimable apoyo de su sofá. Se sentó con una sonrisa en los labios tan solo por imaginarla al otro lado.

—*Hola* —le respondió.

—*¿Te pilla en mal momento?*

Sergei negó con un enérgico movimiento de cabeza, como si ella pudiese verlo.

—No, no, en absoluto.

—*¿Ya estás en casa?*

—Sí. Llegué hace una hora.

Él hubiese jurado que ese silencio era debido a la aparición de una sonrisa en el rostro de aquella preciosa mujer que lo dejaba sin ningún pensamiento coherente y con una escasa capacidad para entablar una conversación fluida, como estaba siendo el caso.

—*¿Y el viaje? ¿Todo bien?*

—Muy bien —le contestó él mientras se reclinaba en el asiento.

De nuevo un pesado silencio hasta que una carcajada por parte de ella le llegó con nitidez.

—*Lo siento. Es que esto es... extraño.*

Sergei sonrió y asintió, inexplicablemente más relajado tras escucharla reír.

—Lo es, es verdad.

—*Hace unas horas estabas aún aquí, y...*

Sin poder evitarlo, a la memoria de Sergei regresaron los besos que había compartido con ella esa misma mañana y que lo habían dejado con deseos de regalarle muchos más.

—Sí —fue lo único que su garganta acertó a articular.

—*Me hubiese gustado que te hubieras quedado un poco más. Al menos, un día más* —le dijo ella sin ningún atisbo de risa en sus palabras.

—A mí también me habría encantado quedarme, de verdad.

—*Me he... me he sentido muy bien contigo.*

Sergei se pasó el teléfono de un oído al otro y buscó una posición más cómoda en el sofá.

—Yo me he sentido igual.

—*¿Sabes? Me has ayudado mucho en estos días. Gracias.*

—No me las des, por favor. No he hecho nada.

—*Escucharme. Eso no es poco.*

Con el ceño fruncido, Sergei torció el gesto.

—No veo la hazaña ahí.

—*Tal vez no, pero yo sí la veo. Como te he dicho, me he sentido muy cómoda contigo y... y me gustaría que esto no se quedara aquí.*

Ahí estaban de nuevo sus latidos, que golpeaban su pecho sin ningún pudor.

—A mí también me gustaría que continuáramos en contacto —le dijo con un tono de voz más ronco y conteniendo la respiración.

—*¿De verdad?*

—Creía que el beso que te di lo dejaba bien claro.

—*¿Ah, sí?* —La oyó reír al otro lado y sonrió él también sin quererlo—. *Pensé que fui yo quien te había besado a ti.*

—Tú lo iniciaste, ese mérito no te lo voy a quitar.

—*¿Sabes? Habría estado bien que me hubieses besado antes.*

Sergei echó la cabeza hacia atrás para apoyarla en el respaldo del sofá y cerró los ojos para ocultarlos tras su mano.

—Lo pensé en algún momento, Winnie, pero yo... yo no quería...

—*Ya lo sé. Me lo dijiste. No importa. Lo que me importa es que me gustas, Sergei. Y me gustaría que siguiéramos con nuestras conversaciones. Aunque*

*ahora sea a distancia* —la oyó decir, y su frase lo dejó sin palabras.

«¿Le gusto? Le gusto», fue lo único que su mente alcanzó a registrar. «¿Y por qué no puedo parar de sonreír?»

—*Sergei, ¿sigues ahí?*

Él se incorporó como si hubiese sido pillado en falta. Las comisuras de sus labios se alzaron de manera involuntaria. Incluso creyó que se había ruborizado.

—No estoy acostumbrado a que una chica guapa me diga que le gusto. Ni tan siquiera que me lo digan por teléfono.

Unas nuevas risas de ella, y su corazón amenazó con salirse por su boca.

—*Me has conocido en horas bajas. Suelo ser bastante directa. En mis mejores momentos no habría tenido ninguna pega en decírtelo en persona.*

—Creo que me gustará conocer esa faceta tuya.

—*Espero que sí.*

—¿Puedo llamarte yo mañana? —se apresuró a preguntar Sergei.

—*¿Así que tú también eres directo?*

—No es mi especialidad, pero estoy dispuesto a probar.

Se maldijo en silencio por no haberse quedado ese día que ella le pidió.

—*Me gusta eso, sí. En cuanto a si puedes llamarme, puedes hacerlo cuando quieras. Estaré esperando que lo hagas.*

—Bien.

—*Oye, ¿qué tal la tarta? ¿La has probado ya?*

Los ojos de Sergei se abrieron como platos. Se incorporó en el sofá como si lo hubiesen pinchado con una aguja.

—¿Qué tar...? ¡La he olvidado en el asiento de atrás!

Las carcajadas de Winnie llenaron el teléfono.

—*¿En serio?* —preguntó ella cuando pudo volver a hablar.

—Absolutamente en serio. Pero en mi defensa diré que no era en la tarta en

quien estaba pensando cuando me bajé del coche.

—*Vaya. Se nota que eres abogado, desde luego.*

Ambos volvieron a reír.

—La probaré más tarde.

—*Tampoco te hagas muchas ilusiones. La cocina no es mi fuerte.*

—Lo recordaré.

Escuchó un sonido al otro lado de la línea, como si alguien estuviera llamando a Winnie. Ella exhaló, y el mero sonido hizo que su cuerpo reaccionara con un escalofrío que recorrió su espalda.

—*¿Ahora es cuando toca aquello de «cuelga tú antes»?* —dijo Winnie.

—No lo sé. Siempre he pensado que era una tontería, pero me estoy dando cuenta de que es algo muy real.

—*Para ser en apariencia alguien tan serio, no lo haces nada mal.*

—¿El qué?

—*Hacerme sonreír.*

«¿Por qué tiene que estar tan lejos?», se preguntó Sergei con pesar.

—Cuando quieras.

—*Tengo que dejarte. Llámame, ¿de acuerdo? Hasta luego.*

—Lo haré, hasta luego.

Sergei aún tenía el teléfono pegado al oído cuando oyó el inequívoco fin de la llamada. Muy despacio, dejó el aparato a un lado, sobre el sofá, y volvió a reclinarsse en el respaldo. La sonrisa que se había instalado en su rostro cuando comenzó su conversación con ella aún perduraba, y creía que ahí continuaría durante, al menos, un buen rato. No recordaba haberse sentido de esa manera en mucho, mucho tiempo. No recordaba haber conectado jamás con nadie de la manera en que sentía que lo había hecho con ella. Y le alegraba comprobar que, al parecer, a ella le pasaba lo mismo. Miró su reloj de muñeca y se preguntó cuánto tiempo sería aceptable para devolverle la llamada sin que

se pusiera en evidencia. Dispuesto a esperar se levantó, tomó las llaves del coche y salió a recoger la tarta que había olvidado.

Antes de que Sergei pudiese telefonarle aquella misma tarde, un mensaje emergente de Whatsapp apareció en su pantalla.

Winnie: «¿Qué tal estaba la tarta?».

Sergei: «Estaba rica».

Winnie: «No hace faltas que maquilles la realidad».

Y a la frase le seguían varias caritas sonrientes que enseñaban la lengua. Se le escapó una risotada.

Sergei: «No la maquillo. Se podía comer».

La conversación se prolongó durante un buen rato en el que Sergei no atendió a nada más. Tenía todos sus sentidos puestos en los mensajes que recibía y en su mente solo cabía la persona que los enviaba. «¿Cómo es posible que la eche tanto de menos?», se preguntó. Tenía una respuesta para eso, pero le parecía demasiado pronto para asegurar que se había enamorado de ella.

«¿O tal vez no es demasiado pronto?».

La respuesta cayó por su propio peso: no lo era. Se había enamorado de Winnie, de esa mujer que, en ocasiones, tenía la mirada triste, pero que escondía a otra que rabiaba por volver a la superficie. Las quería a las dos; quería lo que ella tuviera a bien mostrarle.

Terminó llamándola por teléfono. Alegó que era más rápido que escribir. Era una excusa como otra cualquiera, recapacitó, pero prefería mil veces escuchar su voz y sus risas.

Cuando se fue a la cama aquella noche lo hizo con la batería del teléfono casi agotada y con una sonrisa en su rostro que no podía ocultar. Incluso antes de posar la cabeza en la almohada sabía que sus sueños ya tenían dueña.

En las semanas que siguieron las llamadas fueron cada vez más frecuentes. Winnie solía enviarle antes un mensaje para saber si estaba ocupado. Ella había comenzado a conocer sus horarios de trabajo, pero acostumbraba a preguntarle primero. Decía que no le gustaba interrumpirlo si estaba trabajando. Sus conversaciones jamás eran cortas y, en caso de estar ocupado, Sergei agilizaba sus tareas para poder hablar con ella con tranquilidad. Extrañamente para él, que era un trabajador incansable, Winnie había logrado que relegara la pasión por su trabajo con la fuerza de un huracán.

Aguardaba sus comunicaciones con ansia. Se habían acostumbrado muy rápido a hablar cada día, y lo hacían de todo. Le parecía mentira que solo hubiese pasado mes y medio de su estancia en Clarendon y de que la hubiese conocido. Tenía la sensación de que había transcurrido mucho más tiempo porque jamás había confiado tanto en alguien como confiaba en ella. No parecía que hubiese entre ellos ningún tema que los incomodara o evitaran. Charlar con Winnie le era tan natural como respirar y solo había una cosa de la que se arrepentía cada vez que terminaban una conversación: no haberla tenido frente a frente. Echaba de menos poder mirarla, ver cómo sonreía y cómo se retiraba de la cara algún mechón de pelo que le molestara. Se obligó a dejar la imagen de Winnie en el fondo de su mente y se centró en el trabajo.

Aquella mañana de mediados de agosto el despacho estaba tranquilo. Hacía calor en Newburyport, pero él debía seguir con el trabajo. Estaba esperando la visita de unos clientes, aunque aún tardarían en llegar, ya que Margot les había dado cita a última hora. Sin pretenderlo, su mirada se desviaba una y otra vez hacia el teléfono móvil, que descansaba a su lado. Lo mantenía cargando la mayor parte del tiempo, porque alguna que otra vez se había apagado sin que se hubiese dado cuenta y se había maldecido en silencio por el descuido.

El icono de mensajería de su portátil apareció en su barra de herramientas y le anunció así que tenía un nuevo correo entrante. Sergei pinchó sobre él y este se

abrió para ocupar toda la pantalla. Leyó con rapidez el encabezado; el remitente era el bufete de abogados que llevaba el asunto de la venta de la empresa que aún mantenía en Moscú. En el texto le decía que, al fin, los problemas que la corporación venía arrastrando se habían solucionado y que tenían un comprador interesado en adquirirla. Siguió leyendo con concentración, puesto que estaba escrito en ruso y hacía ya bastante tiempo que no ejercitaba su dominio del idioma. Los abogados le preguntaban si continuaba con su intención de venderla y le pedían que les ratificara la cantidad que demandaba por la transacción.

Sergei se apresuró a contestarles. Por supuesto que seguía con la idea de vender aquella empresa, eso era algo que no deseaba que perdurase mucho tiempo. Se sentía afortunado por haber encontrado un administrador de su total confianza en aquel lugar, que se ocupara de los trámites en su nombre. Regresar a Rusia había sido la obsesión de Iván, pero no la suya. Nada lo ataba a aquel lugar, salvo su apellido. En el correo les dijo que entraba en sus planes hacer una visita al país si fuera necesario y así finiquitar los asuntos que tuvieran pendientes, incluida la venta. Satisfecho, le dio al botón de enviar y se arrellanó en el sillón. Se sentía bien con las noticias, pero se sentiría aún más feliz cuando se deshiciera de aquella empresa. No le había dado problemas, pero era mejor prevenir. No tenía alma de empresario, jamás la había tenido y dudaba mucho que la tuviera algún día. Vender era la mejor opción. Negociaría una buena venta y ahí se acabarían los lazos con la tierra de sus antepasados.

Las tardes aún eran largas en Clarendon. Winnie había estado todo el día con su hermano, ayudándolo con sus hijos. Tucker había tenido un pequeño incidente al saltar de un columpio y tenía una pierna vendada hasta la rodilla, lo que le impedía levantarse del sofá. Lidar con un niño de cuatro años que no

se podía mover acababa con la paciencia de cualquiera, y ella se había prestado a ayudar a Frank y a su cuñada, que no había podido escabullirse del trabajo en la consulta como había sido su intención.

Lo primero que hizo al regresar a casa fue ducharse. Tucker era un niño bastante tozudo y se había empeñado, una y otra vez, en levantarse con cualquier pretexto. Mantenerlo en el sofá había sido una tarea ardua y se sentía como si hubiese estado entrenando con los *marines*. Vestida con una camiseta de tirantes y un pantalón fresco y holgado se echó en la cama, resopló con energía y se retiró un mechón de pelo aún húmedo que se le había quedado pegado a la mejilla. Dio gracias por el silencio que reinaba. Sus padres le habían dejado una nota en la mesa de la cocina y en ella le decían que iban a cenar con los Collins.

Ya no tenía nada más importante que hacer salvo esperar a que fuera la hora de llamar a Sergei y charlar con él. Aguardaba esos momentos del día con ansia. Una sonrisa se instalaba en su rostro cada vez que pensaba en él y en cómo, sin esperarlo, el hombre se había colado en su vida. Y también en sus sueños. Muchas mañanas se levantaba acalorada, insatisfecha y maldiciendo entre dientes la distancia. No, no le hacía ningún bien recordar aquellos sueños en los que él se metía en su cama y la besaba, tal y como la había besado aquella única vez. No, no debía seguir recordándolos porque corría el riesgo de tener que regresar a la ducha y calmar allí su frustración.

Con un gemido sordo se incorporó en la cama y cogió su teléfono. Siempre lo tenía cerca y, desde que había comenzado aquella relación a distancia con Sergei, más aún. Lo miraba constantemente en busca de alguna llamada o algún mensaje, y a sus labios acudía una sonrisa cuando los encontraba.

Miró la hora: casi las ocho de la tarde. Había cenado hacía ya un buen rato y ya solo le quedaba esperar poder hablar con él. Dispuesta a entretenerse mientras tanto, se levantó, se encaminó hacia la pequeña mesa de escritorio de la que disponía en su habitación y levantó la pantalla del portátil.

Pasó de una pestaña a otra de su navegador sin apenas interesarse en ninguna. Sus ojos iban una y otra vez hacia el reloj que había en la esquina inferior del ordenador. Solo quedaban cinco minutos para la hora en la que charlaba cada día con el hombre. «¿Y si lo llamo ya? No sería tan grave, ¿no es cierto?». El sol comenzaba a bajar ya por el horizonte y a ella le encantaba la luz que entraba por la ventana abierta, que bañaba la habitación con brillantes tonos anaranjados.

Sergei contestó al segundo tono.

—*Hola* —le dijo él antes de que ella pudiese saludarlo.

—*Hola. Me he adelantado un poco. Lo siento.*

—*No me importa en absoluto. Ya casi estaba terminando.*

Winnie se reclinó sobre el respaldo de su silla y sonrió.

—¿Estabas ocupado aún?

—*Estaba ultimando una alegación.*

—¿O sea que aún estás en el despacho?

—*No* —le respondió él con rapidez—. *Estoy ya en casa. Me he traído el trabajo. Puedo hacerlo igualmente desde aquí. Ha sido un día raro.*

—¿Por qué? —se interesó Winnie de manera genuina.

Oyó a Sergei tomar aire y expulsarlo con lentitud y, ante aquel sonido, todos sus sentidos reaccionaron como uno solo. Sintió que un ligero escalofrío recorría su espalda de arriba abajo y su vello se erizaba. «Si este poder tiene sobre mí tan solo con escucharlo respirar, no sé qué pasará cuando lo tenga a mi lado», recapacitó.

—*Me han llegado noticias desde Moscú, del bufete de abogados que lleva la venta de una de las empresas que me dejó Iván.*

—¿Eres dueño de una empresa en Rusia? Vaya, no lo sabía.

—*Soy dueño, sí, pero espero que por poco tiempo más. Los problemas que parecía tener han acabado y ha aparecido un posible comprador.*

—Bueno, sea como sea, suena como si fueras un empresario importante. ¿Sabes? Hace unos años estuve a punto de ir con Ali de viaje allí.

—¿A punto? ¿No llegaste a ir?

—Pues no —contestó ella frunciendo el ceño al recordarlo—. Lo teníamos todo preparado: papeles, pasaportes, visados... Entonces se enteró de que estaba embarazada de Natasha. Y como es un viaje de muchas horas, pensó que era mejor posponerlo. Y aún sigue pospuesto.

Lo oyó reír al otro lado de la línea y sintió que su pulso se aceleraba sin ella quererlo. Winnie miró la pantalla de su ordenador, que estaba ocupada por una publicación que había intentado leer sin éxito. Involuntariamente su mirada se desvió hacia el teléfono que sostenía pegado a su oreja. Una mueca divertida surcó sus labios.

—Entonces... ¿estás en casa?

—Sí.

Sin aguardar una nueva respuesta, Winnie abrió el programa de mensajería instantánea, en el cual Sergei aparecía como conectado. Pinchó sobre el icono y, al otro lado de la línea, escuchó el inequívoco burbujeo del Skype. Un segundo después apareció el rostro de Sergei, que aún sostenía el teléfono pegado a su oreja.

—Hola de nuevo —le dijo.

Winnie no pudo evitar que la sonrisa que había mantenido en sus labios desde que había comenzado a hablar con él se intensificara. Habían utilizado aquel programa varias veces, pero siempre olvidaba que su corazón se empeñaba en marcar un nuevo ritmo mucho más acelerado cuando lo tenía frente a ella, aunque fuera de manera virtual.

Sergei vestía una simple camiseta blanca, algo ancha y que tenía aspecto de cómoda. Llevaba el pelo húmedo y peinado hacia atrás, así que supuso que acababa de salir de la ducha.

—Hola —respondió ella mientras apagaba el teléfono y lo dejaba junto al ordenador. Él la imitó—. Me gusta más hablar así.

—A mí también —contestó él mientras clavaba su mirada en ella. Incluso a través de la pantalla podía sentir sus ojos sobre ella.

—Me gusta cómo te sientan las gafas —le dijo una Winnie que no podía dejar de sonreír. Era algo que le ocurría siempre que hablaba con él.

Sergei bajó el rostro y le ocultó así el gesto divertido que se asomó a sus labios.

—¿Te ríes? —quiso saber Winnie.

Él asintió.

—No es algo que esté acostumbrado a escuchar. Me causa gracia.

—Pues no sé por qué —le contestó ella, fingiendo una ofensa que no sentía—. De verdad que me gustas mucho así.

Los ojos de él volvieron a clavarse en ella y se sostuvieron la mirada por unos segundos. Winnie notó un ligero cosquilleo en las palmas de sus manos. Hubiese dado lo que fuera por poder alargar sus brazos y rozar su mejilla o pasar sus dedos por ese pelo húmedo. Winnie se removió en su asiento e irguió los hombros.

—¿Puedo contarte algo?

—Sabes que puedes contarme lo que quieras.

Ocultando una nueva sonrisa que se empeñaba en aflorar por sus labios, Winnie se acercó un poco más a la pantalla.

—Algunas noches te cueles en mis sueños —le confesó en voz baja.

La expresión de Sergei cambió drásticamente y Winnie temió haber metido la pata.

—¿Te incomoda que te diga estas cosas?

Él negó con la cabeza varias veces de manera comedida.

—No es incomodidad lo que eso me hace sentir ahora mismo, Winnie.

El sonido de su voz era grave, incluso podía intuir un leve acento que nunca antes le había escuchado y que le hizo sentir un escalofrío que la recorrió por entero para detenerse justo en su vientre.

—Estoy comenzando a odiar esta distancia que nos separa. Me gustaría que estuvieras aquí.

—Y a mí me gustaría estar allí ahora mismo.

—Y que me besaras. Como me besaste aquel día.

Él echó la cabeza hacia atrás.

—Dios, Winnie.

Ella tomó aire y se removió en su asiento a la vez que él volvía a clavar sus ojos en ella.

—¿Te molestaría que te propusiera algo? Pero, si no quieres, lo olvidamos, no pasa nada.

—Soy todo tuyo —fue su respuesta.

Winnie dejó escapar un quejido lastimero.

—No me digas eso ahora, precisamente ahora.

—¿Por qué?

—Sabes que me encanta charlar contigo.

—Es algo mutuo.

Ella asintió, convencida.

—Lo sé. Pero hay algo que, en este momento, me gustaría más hacer.

—Dime.

No era la primera vez que hablaban a través del ordenador, pero en esas ocasiones había sido durante sus horas de almuerzo, y Sergei estaba en su despacho. Ese día era distinto. La idea se había abierto camino en su mente desde que supo que estaba en su casa. Sintió que le comenzaban a sudar las manos y que su pulso se disparaba.

—Me... me gustaría tener sexo contigo.

Los ojos de Sergei se abrieron como platos para, un instante después, dejar caer su cabeza hacia adelante. Lo escuchó resoplar justo antes de levantar el rostro.

—Dios, Winnie. No me hagas esto.

—Si no te parece buena idea...

—No he dicho eso —se apresuró él a interrumpirla—. Pero, aclárame algo, por favor. Cuando dices que te gustaría, ¿te refieres a... ahora?

—Sí. Ahora.

El hombre asintió muy despacio. Trató de responderle, pero ningún sonido salió de sus labios cuando abrió la boca. Volvió a intentarlo.

—Esto...

—¿Lo has hecho alguna vez? —lo interrumpió ella—. Sexo cibernético, quiero decir.

—No, nunca. ¿Y tú?

Ella negó con un gesto de la cabeza.

—Tampoco. Pero me gustaría probarlo contigo.

—No sé... no sé qué decirte.

—Si te sientes incómodo, o no te gusta, no pasa nada. A veces no suelo pensar en que no todo el mundo acoge ciertas cosas, o ciertos comentarios, de manera abierta.

—Soy bastante abierto... —se apresuró a contestarle él—, o me gusta creer que lo soy. Es solo que me has pillado por sorpresa.

Winnie ahogó una carcajada.

—Sí, me he dado cuenta.

—En cuanto al... sexo...

—Mira, si no te sientes cómodo, no pasa nada.

—Sí.

—¿Sí, qué? ¿No te sientes cómodo? —preguntó ella sin comprender.

La sonrisa que apareció en los labios del hombre la dejó sin ningún pensamiento coherente y con la respiración entrecortada.

—Sí a tu proposición. A mí también me gustaría probarlo contigo. Preferiría mil veces que fuera de la manera tradicional, pero no estoy en condiciones de decirte que no. —Lo vio tomar aire y reclinarse contra el respaldo de su asiento—. Bien, dime qué quieres que haga. Te lo dije antes: soy todo tuyo.

Con los puños apretados junto al teclado, Winnie levantó la barbilla, miró fijamente a la pantalla y sintió que la piel se le erizaba de pura anticipación.

—Quítate la camiseta, por favor.

No tuvo que repetir su ruego. Sergei se separó un poco de la mesa en donde estaba apoyado su ordenador y se desprendió de la prenda, despacio. Verlo cómo se deshacía de ella era, de lejos, lo más erótico que había visto nunca, o al menos eso creía, porque lo hacía para ella y solo para ella. Cuando terminó, la mirada de Sergei atravesó la distancia que los separaba. Sintió un súbito calor subir por su cuello.

Por la posición en la que él estaba sentado, solo podía ver su torso, hasta la línea de la cintura. Winnie paseó con descaro su vista por él. No había esperado esos hombros anchos y marcados, ni ese hoyuelo que se formaba entre sus clavículas y que se moría por llenar de besos algún día, como tampoco había imaginado ese vello rubio que se arremolinaba entre sus pectorales y que, siguiendo una línea descendente por su vientre plano, se perdía más allá de su ombligo

—Cierra los ojos —le rogó con voz ronca. Él trató de negarse, pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, ella añadió—: Por favor.

Muy despacio, él hizo lo que le acababa de pedir. Winnie sonrió al mirarlo. Lo veía respirar con ansia; cómo metía aire en sus pulmones y su pecho se ensanchaba para, a continuación, dejarlo escapar con la misma energía.

—Me gustaría tocarte ahora mismo —le dijo y él se movió en su asiento al

escucharla—. Pasar mis dedos por tu piel. ¿Te gustaría?

El rostro de Sergei se endureció al apretar las mandíbulas.

—Sí —fue lo único que él alcanzó a contestarle.

—¿Sabes? No dejo de pensar en el beso que me diste, en cómo me respondiste al que yo te di.

Él echó un poco la cabeza hacia atrás para mostrarle la longitud de su cuello. Su nuez subía y bajaba cada vez que tragaba.

—Vas a matarme, Winnie. Yo tampoco he podido dejar de pensar en eso.

—Me despierto a media noche. Deseando que estuvieras aquí, conmigo. Acariciándome y haciéndome el amor.

Sergei tomó de nuevo aire y sus dos manos, hasta ese momento sobre la mesa, desaparecieron de su vista.

—Winnie.

Sentía un ligero hormigueo en sus dedos. Anhelaba tocarlo, sentir su cuerpo junto al suyo. Como si tuvieran vida propia, las manos de Winnie imitaron a las del hombre; las bajó de la mesa y las posó sobre sus piernas. Sentía su propio calor atravesar el fino tejido del pantalón. Y convino en silencio que no eran solo sus piernas. Notaba cómo su piel comenzaba a arder y no había nada que ella pudiese hacer más que rendirse a aquella sensación que amenazaba con engullirla.

Sergei respiraba con dificultad. Se mantenía con los ojos cerrados, la mandíbula en tensión y los labios convertidos en una fina línea. Winnie se moría por besarlos y hacer desaparecer aquella rigidez que podía apreciar en ellos. Sus dedos se clavaron en sus muslos sin pretenderlo.

—Déjame abrir los ojos —lo oyó decir—. Déjame mirarte.

Winnie asintió aun cuando él seguía sin poder verla.

—Bien. Hazlo.

Muy despacio, él despegó sus párpados. La negra pupila había engullido por

completo el color de sus iris. Todas las terminaciones nerviosas del cuerpo de Winnie reaccionaron a aquella mirada incendiaria que la hizo estremecerse.

—¿Y tú? ¿No vas a quitarte tu camiseta? —le preguntó él con voz áspera.

—Si quieres, sí —respondió ella de inmediato.

—Claro que quiero.

Con lentitud se quitó la camiseta, sin preocuparse de dónde cayó. Lo hizo sin dejar de mirarlo a él y observó su reacción cuando quedó desnuda frente a él. Sergei tomó aire muy lentamente y lo contuvo unos instantes para dejarlo escapar aún con más calma.

—Eres preciosa, Winnie —casi le susurró y ella se deshizo al escuchar sus palabras—. Me muero por estar contigo y poder tocarte como de verdad me gustaría.

Sin pensarlo, Winnie echó la cabeza hacia atrás.

—Tócame —murmuró sin estar muy segura de que él hubiera podido escucharla.

—Lo estoy haciendo, Winnie. Siente mi caricia —fue su respuesta. El sonido de su voz era embriagador y de su garganta emergió un gemido.

Como si tuviera vida propia, la palma de Winnie ascendió despacio por su pierna. Imaginó que no era su mano, sino la de aquel hombre que se encontraba al otro lado de la pantalla. Una anhelante punzada se había instalado en su vientre, y su mano viajó hasta ella. Necesitaba liberarse, necesitaba sentirlo. Muy despacio, aun cuando el fino tejido de algodón le impedía rozar su piel, traspasó la cinturilla del pantalón y bajó por su abdomen para detenerse en la unión de sus muslos. Apretó con fuerza los párpados al sentir la humedad creciente en la yema de sus dedos. Dejó escapar un largo gemido cuando, con un ligero toque, su cuerpo reaccionó con una sacudida que la estremeció.

—Hazlo, Winnie —escuchó decir desde lejos a Sergei—. Hazlo para mí.

Relajándose en su asiento, abrió un poco más las piernas y presionó más

fuerte, más rápido, con pequeños círculos. En su mente, no era ella ni su mano, era Sergei quien la estaba acariciando y quien la estaba llevando al cielo. Un segundo después sintió que ya no era dueña de sus pensamientos.

Sin voluntad, incrementó los movimientos. Su otra mano buscó un lugar al que asirse con fuerza mientras se tensaba a la espera de una rendición que sabía próxima.

—Di mi nombre —oyó su demanda. Ella asintió con vigor.

—Sergei. —Su nombre se escurrió entre sus labios justo antes de que todo explotara a su alrededor. Encontró el contorno del portátil y se agarró a él como si fuera su tabla de salvación—. ¡Sergei!

Su cuerpo se convulsionó con un orgasmo avasallador que la atravesó por completo y que la dejó momentáneamente sin aliento.

Aún jadeaba cuando los gemidos de Sergei sustituyeron a los suyos en su oído. Winnie incorporó la cabeza como si hubiesen tirado de ella. Tardó unos brevísimos segundos en fijar la vista en la pantalla, y lo hizo en el momento exacto en el que él se echó hacia atrás en su asiento con ímpetu y, con un áspero y largo gruñido, abandonándose entre espasmos a su propio placer, encontró así una liberación que a Winnie le hubiese gustado proporcionarle ella misma. Sintió una nueva punzada entre sus muslos al verlo correrse. Apretó las piernas con fuerza para luchar contra el impulso de acariciarse de nuevo porque no quería cerrar los ojos y perderse ni un segundo de la visión del hombre. Winnie sentía cómo le escocían las yemas de sus dedos ante la imposibilidad de deslizarlas por la piel de Sergei. Tomó aire una y otra vez para tranquilizarse. Al fin, con el pulso todavía disparado y sin apartar la mirada de él, a los labios de Winnie acudió una sonrisa de absoluta satisfacción, complacida por lo que acababa de presenciar.

El pecho de Sergei subía y bajaba trabajosamente, como si le costara meter aire en sus pulmones. Muy despacio, levantó la cabeza; sus miradas

enfiebrezadas se encontraron en la distancia y se mantuvieron fijas la una en la otra. Ninguno dijo nada. Winnie sintió que su corazón quería salirse por su garganta, y tal vez no fuera por la vigorizante experiencia que acababa de vivir, sino por el fuerte lazo que parecía unirla a él. Fue Sergei quien, claramente a disgusto, rompió el instante.

—Tengo... tengo que ir al baño un momento.

Ella asintió.

—Claro.

Sergei desapareció de su vista y Winnie sonrió. Dejó escapar el aire muy despacio, satisfecha y todavía algo desmadejada. Buscó la camiseta que se había quitado minutos atrás y la coló por su cabeza. Al otro lado de la pantalla, el espacio continuaba vacío. Durante unos momentos escuchó correr del agua de un grifo. Unos segundos más tarde, él volvía a aparecer con el pelo más húmedo y peinado hacia atrás. Se dejó caer en el asiento con pesadez mientras trataba de normalizar su respiración.

—¿Y tus gafas? —le preguntó, risueña.

Sergei le ofreció una sonrisa algo torcida que la dejó con las rodillas más temblorosas si cabía.

—Se han empañado.

Una carcajada emergió sin querer de la garganta de Winnie, y él no tuvo más remedio que unirse a sus risas. Cuando logró reponerse lo miró con fijeza.

—¿Estás bien?

—Bien, sí, aunque esto en un poco frustrante.

—¿Frustrante?

—Winnie, ha sido genial, de verdad, pero habría dado lo que fuera por haberte podido tocar y hacerte realmente el amor sin que hubiese una pantalla de por medio.

Las palabras del hombre le hicieron pensar en que ella, en realidad, sentía lo

mismo.

—Tienes razón. Creía que esto iba a despejarme, por llamarlo de alguna manera. Es verdad, es algo frustrante. Pensé que se me pasarían las ganas de estar contigo, al menos por el momento, pero ahora tengo aún más.

—A mí me ocurre lo mismo —aseveró Sergei con convencimiento—. Esto solo ha hecho que ahora lo desee más.

—¿Cuándo podremos ponerle remedio a eso? —le pregunto, deseosa de escuchar una respuesta que los complaciera a los dos—. Yo podría ir un fin de semana.

—Me encantaría que vinieras —respondió Sergei con una sonrisa que asomó a sus ojos.

La euforia inicial de Winnie se desinfló como un globo.

—Aunque claro, no tengo coche, y el autobús tarda bastante en llegar, porque tiene que hacer parada en Boston. Es mucho tiempo desperdiciado para un fin de semana.

—¿Estás buscando que te invite algunos días más?

Winnie se echó a reír.

—No, no es eso. Tucker se ha lastimado el tobillo y no se puede mover del sofá. Estoy echándole una mano a Frank. Me sabe mal marcharme cuando me necesita, y no sé cuánto tiempo va a ser eso.

—No, si es así, no te puedes ir, claro que no —convino él con un enérgico cabeceo.

—Entonces, solo queda que vengas tú aquí.

El rostro de Sergei se ensombreció.

—Me encantaría, pero no sé si sería...

—¿Qué sería?

—Estuve allí dos semanas y...

—Invitado por mi hermano y Ali —apostilló ella con rapidez—, aunque no

estuviste en su casa. No sé si cuenta como invitación, la verdad.

—No estoy seguro.

Inquieta, y con la mente trabajando sin descanso, Winnie prefirió dejar de insistir por el momento.

—Bien, ya hablaremos de ello más tarde —le dijo con una sonrisa—. Dime, ¿qué vas a hacer ahora? ¿Seguir trabajando?

—No creo que pueda hacerlo —respondió Sergei con un gesto algo pícaro que le encendió el corazón y alguna que otra parte de su anatomía.

El sol se fue escondiendo lentamente tras las colinas y, durante un rato más, ellos aún continuaron con su charla, hasta que el estómago de Sergei rugió.

—¿No has cenado? —preguntó Winnie.

—Lo he olvidado. Tenía mejores cosas que hacer —le contestó él con un guiño.

—Ve a cenar, anda. Si quieres, luego seguimos hablando.

—¿Solo hablando?

Una amplia sonrisa apareció en los labios de Winnie.

—O sea, ¿una sola vez no te ha bastado? Creí que te había parecido frustrante.

—Sí, pero me ha encantado verte hacerlo —contestó él con presteza—. ¿Y a ti? ¿Te ha bastado?

—No, a mí tampoco. Pero ¿puedo pedirte algo para la próxima vez?

—Dime.

—Yo también quiero oírte gritar mi nombre.

Sergei repasó una última vez el correo electrónico que estaba a punto de enviar. Lo había escrito en ruso y sentía que estaba algo oxidado con la lengua. Cuando Iván vivía, a su jefe le gustaba tener pequeñas charlas con él en su idioma natal, pero, desde que falleció, esas conversaciones se habían espaciado a las reuniones semestrales con su comunidad.

Releyó el contenido una vez más, atento a cualquier fallo que pudiese haber cometido. En él le confirmaba a su bufete en Moscú su llegada para la primera semana de septiembre. Tenía muchas ganas de acabar con aquella gestión. Cuando supo de la existencia de la empresa que Iván había adquirido en su ciudad natal, tuvo muy claro que quería venderla lo antes posible, pero se había demorado más de lo que había pensado. Afortunadamente, el bufete de abogados que había contratado lo había manejado todo con profesionalidad y eficacia. Según las gestiones que habían hecho, habían negociado con un grupo inversor la adquisición de la compañía. Cuando le comunicaron la cuantía que estaban dispuestos a pagar, lo aceptó sin dudar. Tal vez valía algo más, pero no quería presionarlos y que se echaran atrás. Quería liquidarlo cuanto antes y deshacerse de ella. Así que iría allí, firmaría la venta y regresaría a Estados Unidos. Si iba bien, solo le llevaría cuatro días, cinco a lo sumo.

Satisfecho al fin, pulsó el botón y lo envió. Cerró el ordenador y tomó el móvil, que había tenido a su lado durante todo el día. Winnie lo había llamado

a la hora del almuerzo y habían estado charlando hasta que ella le insistió que dejaran la conversación para más tarde, cuando estuviera ya de regreso en casa. Cada vez que cerraba los ojos, podía verla como días atrás, bañada con la luz del cálido sol de la tarde que entraba por su ventana. La recordaba a la perfección mientras se estremecía bajo sus propias caricias, que él hubiese deseado que fueran las suyas.

Tan solo pensar en ella hacía que su cuerpo reaccionara con una súbita y dolorosa erección. Respiró hondo mientras trataba de domar la alocada carrera que había emprendido su corazón; un corazón que Winnie había robado por completo. No veía la hora en la que pudiese irse de la oficina y regresar a su hogar, en donde podrían hablar sin ninguna interrupción y tanto tiempo como ambos desearan. Tenía que admitir que, en cada ocasión, se le hacía más difícil poner fin a su conversación. Podían estar varias horas pasando de un tema a otro sin ningún problema. Winnie era una mujer que se interesaba por un millón de cosas distintas y, si desconocía alguno, se preocupaba por informarse para poder hablar de ello con propiedad.

Sergei pensó que jamás había conocido a nadie con esa capacidad para meterse bajo su piel y robarle el corazón y el alma. Estaba enamorado como nunca antes lo había estado, y cada día era más difícil tenerla solo en sus llamadas, o a través de una pantalla de ordenador. Necesitaba tenerla cerca, besarla y abrazarla hasta que ambos se sintieran saciados el uno del otro. Aunque creía con firmeza que eso era algo que iba a tardar mucho, mucho tiempo en suceder.

Winnie llegó a la casa de su hermano y encontró a Tucker jugando con Pepper en el porche.

—Hola, renacuajo. ¿Y papá? —le preguntó con una sonrisa tras besarle en la cabecita.

El niño alzó el rostro hacia su tía y arrugó la nariz.

—Está dentro. Nat estaba pesada porque quería dormir y la ha metido en su cuna —le respondió.

Con una mueca divertida, Winnie se agachó junto a él.

—¿Y tu pierna? ¿Qué tal está?

—Aún está vendada —se quejó mientras la levantaba con expresión de fingida tristeza—. No puedo correr. Bueno, puedo jugar con Pepper. Le tiro un palito y él me lo trae.

Como si supiese que hablaban de él, el perro sacudió el rabo con fuerza sobre la madera. A Winnie no dejaban de hacerle gracia las reacciones del animal, que era uno más de la familia. Le rascó entre las orejas, algo que Pepper acogió con evidente entusiasmo, y se levantó.

La casa estaba fresca en comparación con el exterior. Aún no había cruzado el salón cuando su hermano apareció por el pasillo que daba a las habitaciones.

—¿Ya has dormido a la niña? —le preguntó con voz baja. Frank asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí. Estaba tan cansada que no se podía dormir. Al final, el sueño la ha vencido. Bueno, ¿qué te trae por aquí? —quiso saber el hombre, sonriente, mientras se arrellanaba en el sofá.

Winnie se sentó a su lado. Le había estado dando vueltas durante dos días al asunto de volver a invitar a Sergei. Y dado que él no parecía decidirse, consideró que precisaba refuerzos. Y no conocía a nadie más indicado que Frank.

—Necesito que me ayudes.

—A ver, ¿qué quieres pedirme? —le contestó elevando una ceja hasta casi el nacimiento de su pelo.

—¿Podrías invitar a Sergei a pasar el fin de semana?

Los ojos claros de Frank se abrieron de golpe para, a continuación, estallar en

una sonora carcajada que él mismo ahogó al darse cuenta de que podría despertar a su hija.

—Te creía más capaz de hacerlo regresar, Winnie.

Ella levantó la nariz.

—¡Me pone como excusa que ya abusó de vuestra hospitalidad o qué sé yo! — exclamó antes de arrellanarse en el respaldo de su asiento de mala manera y resoplar.

Las carcajadas de su hermano llenaron de nuevo la habitación.

—No, ya verás que termino despertando a la niña —lo oyó decir. Winnie no tuvo más remedio que sonreír ampliamente antes de torcer el gesto.

—He venido a que me ayudes, no a que te rías de mí.

—No me río de ti; me río de la situación.

—¿Vas a ayudarme o no?

—A ver, ¿qué has pensado? Has venido porque algo te ronda por la cabeza, ¿no es cierto?

Winnie entrecerró los párpados y le ofreció a su hermano una teatral mirada con el ceño fruncido.

—Odio cuando demuestras lo bien que me conoces.

Con un ágil movimiento, Frank se inclinó hacia ella poco y la besó en la mejilla.

—Claro que te conozco. Venga, cuéntame cómo quieres que atraiga a Sergei hasta aquí. Aunque, ahora que lo pienso, ¿por qué no le dices las cosas claras? Ella miró hacia el techo.

—Ya se lo he dicho, pero me temo que no es suficiente. Frank, realmente necesito que me ayudes en esto. Es un cabezota, y tú estás acostumbrado a lidiar con rusos cabezotas.

Con un enérgico cabeceo, él asintió.

—Eso sin duda. Bien, ¿qué te parece si lo llamo y le digo que necesito una

documentación o algo así? Ya se me ocurrirá cuál.

—Y lo invitas a que se quede aquí.

—¿Eso también?

—También. No voy a dejarlo en ese hostel del pueblo. Está demasiado lejos para...

Una mano alzada de Frank la detuvo de continuar su frase.

—Deja, por favor. No quiero saber nada de lo que planeas hacer con él, muchas gracias. Vale, le diré que se quede en casa ese fin de semana. Pero no te prometo nada, ¿de acuerdo? Como tú has dicho, son cabezotas estos condenados rusos.

Los dos rieron de nuevo.

—Gracias. Eres mi hermano mayor favorito.

—Soy tu único hermano y te quiero —le dijo más serio que unos segundos atrás—. Vi tu cambio cuando estabas con él, cómo te brillaban los ojos. Hacía tiempo que no te veía así, y no sabes cuánto me alegré de verte feliz de nuevo.

Un poco incómoda, Winnie bajó la mirada hacia su regazo.

—Ali te contó...

—Sí —se apresuró a contestar Frank. El hombre buscó su mano y la apretó con complicidad y ternura—. Lo siento muchísimo. Quise hablar contigo, pero Ali me dijo que mejor lo dejara estar. Y yo también lo creí.

Winnie tomó aire antes de volver a levantar la cabeza y mirarlo.

—Gracias. Me estoy reponiendo poco a poco.

—Con la ayuda de Sergei.

No pudo evitar que una sonrisa acudiera a sus labios al recordarlo.

—Con la ayuda de Sergei, sí —afirmó con absoluta convicción—. Me gusta mucho, Frank. Y me siento muy bien con él.

—Entonces, habrá que hacer algo para traerlo de nuevo aquí. Déjame a mí. ¿Te viene bien que lo invite para el próximo fin de semana?

Sergei estaba enfrascado en la lectura de un nuevo caso cuando el sonido del teléfono móvil le hizo dar un pequeño salto en su asiento. Sin mirar la pantalla respondió.

—¿Diga?

—*Sergei, soy Frank* —oyó decir al hombre. Se relajó al instante al saber quién era su interlocutor.

—Hola. ¿Cómo van las cosas por casa?

—*Genial* —respondió su amigo—. *Pero te llamo porque necesito un favor.*

—Si está en mi mano, cuenta con ello —le respondió con convicción.

—*Verás, necesito que me traigas una documentación.*

—¿Una documentación? ¿Cuál? ¿No te la podría enviar por correo electrónico? Tengo la agenda un poco apretada.

—*Esto... no, no me sirve por mail. Tienes que traérmela tú.*

—Bueno, ¿y de qué documentación se trata?

—*Que cuál es... ¡Ah, sí! He estado echando una ojeada a las inversiones que tenemos depositadas y creo que es hora de cambiarlas. El mercado está fluctuando mucho, ¿sabes? Pero necesito ver las tuyas antes de tomar una decisión.*

La sorpresa inicial de Sergei se convirtió rápidamente en una sonrisa cuando escuchó la respuesta de Frank, que sonaba a una vil excusa.

—Frank, he accedido a ayudarte, pero quiero que me digas la verdad, ¿de acuerdo?

—*De acuerdo.*

Sergei tomó aire.

—¿Winnie te ha pedido que me llames y me pidas que vaya?

Durante unos segundos no obtuvo respuesta, pero cuando Frank contestó, no le fue muy difícil comprender que el hombre estaba conteniendo la risa.

—*Mira, no sé qué os traéis mi hermana y tú entre manos, tampoco es asunto mío, pero ella me ha pedido ayuda para que vengas. Así que ya lo he hecho*

*porque aprecio mi cuello. Bueno, ¿qué le digo? ¿Qué has picado el anzuelo y que vendrás?*

Sergei se pasó la mano por el rostro.

—Frank, me gusta mucho tu hermana, pero...

—*Ya me has dicho eso de que estás muy ocupado, y perdona que no me lo trague. No irás a decir ahora que tienes vergüenza de venir o algo así, ¿verdad?*

Sintió que se le encendían las mejillas. Cerró los ojos y asintió.

—Algo así, sí. No quiero ser una molestia...

—*¡No digas tonterías!* —exclamó el hombre—. *Tú no serías ninguna molestia. Lo que te aseguro que sí será una molestia será la tabarra que me dará Winnie hasta que consiga hacerte venir.*

—De verdad que me gustaría...

—*Sergei, ahora vamos a hablar en serio* —le dijo Frank con un tono de voz mucho más formal que el que había utilizado hasta ese momento—, *a mí también me gustaría mucho que vinieras y darte las gracias en persona.*

Extrañado, Sergei se incorporó en su asiento. Una profunda arruga apareció en su frente.

—No te entiendo.

—*Desde que viniste a mi boda y conociste a mi hermana, ella ha vuelto poco a poco a ser quién era. Ha... ha pasado por un trago duro, supongo que lo sabes.*

—Lo sé. Me lo contó. Lo siento muchísimo por ella.

—*Sí. No sé cómo lo has hecho, pero parece que está recuperando su alegría y su entusiasmo. Creo, Ali también lo cree, que te lo debemos a ti.*

—Yo... no sé qué decirte, pero estoy seguro que de yo no he hecho nada. Más tarde o más temprano, Winnie habría salido adelante, ella es una mujer fuerte.

—*Estoy de acuerdo contigo. Ella es una mujer fuerte, pero en esos*

*momentos necesitaba un hombro en el que apoyarse, y tú has estado ahí para ella. Eso se merece mi gratitud.*

Las palabras de Frank lo dejaron incapaz de contestarle. Se removió en su asiento y trató de encontrar una nueva postura. El hombre volvió a hablar.

*—Dime que vendrás este próximo fin de semana para que se lo pueda contar a Winnie, si es que no te llama ella antes, por supuesto. ¿Lo has pensado ya?*

En realidad, Sergei no tenía mucho que pensar. Estaba muriéndose por regresar a aquel pueblo y verla de nuevo.

*—Sí, iré.*

*—¡Estupendo! Venga, nos vemos este fin de semana. Ah, una cosa más.*

*—Dime.*

*—¿Podrías traer algunas cervezas de esas vuestras? Las que trajiste cuando estuviste aquí ya se acabaron, y sabes que a Ali le encantan.*

*—¿A Ali solo?*

*—Vale, lo admito, a mí también* —lo oyó decir conteniendo de nuevo la risa.

*—Claro, cuenta con ellas.*

*—Entonces, hasta el viernes.*

*—Hasta el viernes.*

Muy despacio, Sergei soltó el teléfono sobre la mesa con una sonrisa en su rostro que se resistía a marcharse. Lo hacían ridículamente feliz los planes que, sin esperarlo, había comenzado a tejer en su mente.

«Volveré a ver a Winnie», se repetía una y otra vez como un mantra. Sus ansias por verla lo sorprendían incluso a él. Jamás había deseado algo con tanta intensidad, jamás había deseado a nadie como la deseaba a ella. Volvería a verla, a tenerla cerca, a besarla y a acariciarla hasta que le ardieran las manos de hacerlo. O hasta que le pidiera que no lo hiciera, algo que se le antojaba casi doloroso solo de pensarlo.

El teléfono vibró una única vez y la pantalla se iluminó al mostrarle un

mensaje de texto. Era de Winnie, y saber que le había escrito hizo que su corazón se empeñara en bombear más rápido y lo dejara sin respiración. Lo leyó con una sonrisa en los labios.

Winnie: «Estoy deseando que sea viernes».

Y tras el mensaje el dibujo de un enorme corazón.

Involuntariamente, los ojos de Sergei volaron hacia el calendario que tenía sobre la mesa. Winnie no era la única que deseaba que fuera viernes. A él se le iba a hacer eterno hasta que ese día llegara al fin.

Antes de salir de casa esa mañana, Sergei había dejado las maletas —junto con una caja de las cervezas que Frank le había pedido— en el maletero del coche. Apenas cerrara la oficina saldría hacia Clarendon. No podía esperar ni un segundo más para ponerse en marcha y así llegar cuanto antes a aquel pequeño pueblo. Y a Winnie.

El trayecto se le hizo muy largo. Le había enviado un mensaje para decirle que ya había salido y que estaba en camino. Y estaba convencido de que, en alguna que otra ocasión, había pisado más el acelerador de lo que era recomendable. Cuando llegó a Clarendon aún había suficiente luz, a pesar de que las tardes habían comenzado a acortarse y ya no se sentía tanto el calor como en pleno verano. Sin pasar por el centro del pueblo, se dirigió hacia el hogar de sus amigos. Aparcó junto al coche de Ali, que ya debía haber terminado en su consulta en el pueblo, y paró el motor. El corazón le bombeaba con fuerza y casi podía escuchar el alocado paso de la sangre por sus oídos. Respiró profundamente y trató de tranquilizarse antes de salir del vehículo.

Tan pronto estuvo fuera, la puerta de la casa se abrió y Tucker saltó los tres escalones de la entrada para correr hacia él.

—¡Hola, Sergei! —le dijo mientras se abrazaba con fuerza a una de sus piernas—. Mamá dijo que vendrías. Me había lastimado el tobillo, pero ya

estoy bien, ¿ves? Oye, ¿vas a contarnos un cuento esta noche?

Con afecto, Sergei removi6 el pelo del ni6o hasta despeinarlo.

—¡Claro que s6!

En ese momento Frank y Ali, que portaba a la peque6a Natasha, salieron a recibirlo. Frank le tendi6 una mano que Sergei estrech6 con entusiasmo.

—S6 que te has dado prisa en llegar. ¿Acaso has sacado el pie por el acelerador? —le pregunt6 Frank con sorna. Estaba a punto de responderle cuando Nat se arroj6 desde los brazos de su madre a los suyos y le palme6 la cara con deleite y una enorme sonrisa.

—Hola, Nat. Vaya, esto s6 es un recibimiento.

Ali se acerc6 a 6l y lo bes6 en la mejilla.

—Bienvenido. Me alegra mucho que hayas aceptado la *invitaci6n* de Frank —le dijo con cierto retint6n que los hizo re6r a los tres.

—Gracias a vosotros, de verdad. No quer6a causaros ninguna molestia y...

Su amiga levant6 un dedo frente a su nariz.

—Como digas una tonter6a m6s, vas a dormir en el coche. Avisado est6s.

Frank le palme6 en el hombro, cogi6 a su hija de los brazos de Sergei y se la tendi6 a Ali.

—Venga, metamos tus maletas en casa antes de que cumpla con su amenaza.

—Primero, quiero saber una cosa —pregunt6 la mujer con una divertida sonrisa en sus labios—. ¿Has tra6do la cerveza que te ha pedido Frank?

—Yo no... —trat6 de excusarse este, sin conseguirlo pues ella alz6 una ceja de manera admonitoria que hizo que 6l no continuase con su frase. Sergei r6o con ganas.

—S6, est6n en el maletero.

—¿Ves? Ya no duermes en el coche.

En ese ambiente tan distendido, Sergei ayud6 a Frank a sacar sus pertenencias del maletero. Sigui6 a ambos hacia el interior y, una vez all6, fue tras Ali,

quien le mostró la habitación en donde se alojaría esos días. Era muy espaciosa, y él sabía que era una de las que Frank había construido con la ampliación. Tenía una cama de matrimonio en el centro, un mueble bajo de cajones en la pared junto a la puerta y una ventana desde la que podía ver gran parte de la extensión de terreno que rodeaba a la casa. Dejó su maleta a un lado y salió de inmediato para encontrarse con su amiga sentada en el salón con su hija. Se acomodó junto a ella y resopló con fuerza. Ali lo miró por el rabillo del ojo.

—Venga, pregúntame —la oyó decir. Sergei giró la cabeza en su dirección.

—¿Qué quieres que te pregunte?

—Te mueres por saber dónde está Winnie.

Sergei sintió un súbito calor subir por su rostro. Tratando de reponerse, apretó los labios.

—Bueno, ¿y lo sabes o no?

Antes de que ella pudiese contestarle, el teléfono móvil vibró dentro del bolsillo de su pantalón y se apresuró a mirarlo. Era un mensaje de Winnie, aunque lo que veía en la pantalla era una fotografía de una pequeña edificación que le resultaba vagamente conocida. De repente, un nuevo mensaje apareció bajo la imagen.

Winnie: «Pasa sin llamar».

Una sonrisa afloró en sus labios sin él pretenderlo. Se levantó y, con la vista aún fija en la pantalla de su móvil, se dirigió hacia la puerta de entrada. Justo antes de salir se dio cuenta de que iba a hacerlo sin decirle nada a Ali. Levantó la mirada para despedirse, pero, adelantándose, Ali hizo un gesto con la mano.

—Anda, vete. Nosotros estaremos aquí, *dentro de la casa*, dándole la cena a los niños —le dijo a la vez que le guiñaba un ojo.

Sin esperar más, Sergei salió al exterior. Una de las cosas que más le gustaba

de ese lugar era el sonido que lo envolvía todo. Podía escuchar con claridad la brisa entre las hojas del gran árbol y el ruido de algunos insectos, que anunciaban así que el atardecer estaba cercano. Bajó los escalones y miró a su alrededor. La imagen de la fotografía le sonaba bastante, pero no sabía ubicarla. Recordaba haberla visto antes, pero no dónde. Caminó junto a la casa y solo al girar por el costado se dio cuenta de que la tenía a apenas cincuenta metros de distancia: era la pequeña consulta que Frank le había construido a Ali. Sin poder evitar una nueva sonrisa, guardó el móvil en el bolsillo de su pantalón y se encaminó hacia ella mientras su corazón trataba de salirse de su pecho. Los últimos metros antes de llegar los cubrió con largas zancadas que en nada ayudaban a que su pulso se calmara.

Colocó la mano sobre el pomo redondo y lo giró sin trabas. Se quedó parado apenas había dado un paso hacia el interior. Winnie estaba allí, en medio de la sala, con su larga melena suelta sobre los hombros. Llevaba un vestido de un vaporoso tejido y de un suave color beis, que apenas le cubría la mitad de sus muslos y que le hacía recordar a una pequeña ninfa de algún bosque encantado. Solo se dio cuenta de que se había quedado sin respiración al verla cuando sus pulmones le reclamaron que necesitaba oxígeno. Ella lo miraba con esos expresivos ojos azules con los que había soñado todas esas semanas desde que se marchara. Supo que la puerta se había cerrado a su espalda cuando escuchó el ligero portazo. Sin dejar de mirarla, se detuvo a apenas tres pasos de ella.

—Hola —lo saludó mientras se mantenía frente a él con las manos apretadas una contra la otra delante de ella.

—Hola —fue lo único que Sergei acertó a decir, agradecido de que su garganta se dignara a reaccionar.

Una preciosa sonrisa apareció en los labios de Winnie, quien ladeó un poco la cabeza al mirarlo.

—¿Y bien? ¿Quieres un saludo al estilo ruso o...?

Los tres pasos que los separaban no fueron obstáculo para que Sergei los redujera a la nada en un segundo, enmarcara el rostro de Winnie entre sus manos y apresara su boca con voracidad, fundiéndose en un beso que tenía como último fin regalarle su alma. La respuesta de ella fue rodear su cuello con ambos brazos y atraerlo hacia sí. Lejos de rendirse a él, Winnie batalló por hacerse con sus labios mientras se pegaba a su cuerpo todo lo que era físicamente capaz. Sergei estaba seguro de que, si seguía apretándola de esa manera, terminaría metiéndola bajo su propia piel.

Sin aliento, y aunque reticentes a hacerlo, ambos se separaron solo unos centímetros, los necesarios para introducir aire en sus pulmones. Sergei apoyó su frente contra la de ella.

—Te estaba preguntado si preferías el saludo ruso, o que lo hiciera solo con un beso. Ya me doy cuenta cuál prefieres —le susurró ella sobre sus labios, rozándolos apenas.

—Lo prefiero mil veces si eres tú quién me lo da —le dijo él a modo de respuesta, algo que hizo que Winnie cerrara los ojos con visible deleite y le sonriera—. No sabía que podía echar tanto de menos a alguien como te he echado de menos a ti.

—Y yo a ti —le respondió ella con voz muy baja y con la mirada puesta en su boca—. Anda, vuelve a besarme.

Nunca antes había accedido a una petición con tanto fervor. Los labios de Sergei rozaron los de Winnie y ella le respondió con la misma ansia con la que él la había saludado antes. Un gruñido llenó el espacio, y Sergei no supo si había salido de su garganta o no. Ella lo abrazaba sin ninguna timidez y él jamás se había sentido más vivo que en ese momento. Sus manos estaban ansiosas por tocarla, por sentirla tal y como había soñado que haría durante aquellas noches en las que ella se adueñaba de sus sueños.

Paseó las palmas por su espalda muy despacio, arriba y abajo, y ella pareció derretirse entre sus brazos. Echando la cabeza hacia atrás, dejó al descubierto toda la longitud de su cuello, que él se apresuró a plagar de besos que la hicieron estremecerse.

Audaces, las manos de Winnie trataron de tomarse su revancha e imitó punto por punto las caricias que él le estaba prodigando. De un pequeño tirón zafó los faldones de la camisa del interior de sus pantalones, sus manos se colaron bajo ellos y le acarició los costados desnudos. Era más de lo que podía soportar; notó la piel de todo su cuerpo erizarse y un escalofrió recorrer su espalda de arriba abajo. La apretó más contra él, quería que supiera el efecto que sus besos y sus caricias producían en él. Quería que supiera que lo tenía a su merced; que con solo una palabra lo tendría a sus pies. Lo que ella le pidiera, eso haría, y lo haría de buen grado, lo que fuese, con tal de que ella le sonriese y fuese feliz y, de esa manera, lo convertiría en el hombre más feliz que habitara sobre la faz de la Tierra.

Winnie se separó un poco, tan solo un poco.

—Sergei... por favor —susurró contra su boca, rozándola.

—Dime qué quieres.

—A ti. Te quiero a ti. Ahora.

Sus palabras le arrancaron un sordo gruñido. Supo de antemano que había perdido esa batalla, si era que alguna vez había pensado llevarle la contraria. La lengua de Winnie, tentativa, lamió su labio inferior y la suya salió a su encuentro, ávida de su roce. Sin ponerle fin a aquel asalto que se había entablado entre ambas, los dedos hábiles de Winnie comenzaron a desabrocharle los botones de la camisa. Sergei gimió al sentir que lo abandonaba, pero su queja murió nada más salir de su garganta, pues los labios de Winnie fueron descendiendo por su cuello según dejaba una porción de piel libre, que ella se apresuraba a besar sin demora. Con sus manos

fuertemente ancladas en la cintura femenina, Sergei echó la cabeza hacia atrás y se rindió a aquella sublime sensación que amenazaba con doblegar sus rodillas.

Era mucho más de lo que podía soportar. Las yemas de los dedos de Winnie lo acariciaban sin rumbo fijo a la vez que sembraba de besos su pecho. Solo notó que le estaba desabrochando el cinturón cuando ella dejó de besarlo.

—Winnie...

No lo dejó acabar su frase. Se giró entre sus brazos y se recogió la melena para ofrecerle toda la longitud de su cuello. Sergei bajó hasta él y aspiró el suave olor a perfume. La besó muy despacio bajo el lóbulo de la oreja, dedicándose a ello con empeño. La respuesta de ella fue un ligero temblor que la sacudió por entero. Saber que le respondía de esa manera lo enervaba y lo dejaba sin ningún pensamiento coherente. Los dedos de Winnie se entrelazaron con los suyos y, con ellos apresados, anduvo delante de él los pocos pasos que los separaban de una de las paredes de la habitación. Ella se arrimó aún más a su cuerpo, instándolo a que se pegara a su espalda, y eso hizo Sergei sin dejar de acariciar la tibia y suave piel que se descubría ante él. Besó su cuello y sus hombros con deleite y devoción, y notó que ella se conmovía con cada roce. En una postura de debía ser algo incómoda para ella, las palmas femeninas no dejaban de tocarlo: subían y bajaban por sus caderas hasta la mitad de sus muslos para, de inmediato, deshacer el camino. Audaces, las manos encontraron la cremallera que cerraba su pantalón y que, muy despacio, se rindió a sus hábiles dedos.

A esas alturas, Sergei temía que ya no le quedara nada de voluntad. Una caricia de Winnie sobre su abultada erección le hizo apretar la mandíbula con fuerza y dejar de besarla. Extendió un brazo sobre la cabeza de ella y se apoyó en la pared mientras tomaba aire, tratando de tranquilizarse.

—Winnie, si sigues así, no voy a poder aguantar mucho más.

Aunque solo podía ver su perfil, una sutil sonrisa se dibujó en su precioso rostro y, con picardía, se rozó contra él al tiempo que le tomaba una mano y lo instaba a levantar el ruedo de su vestido.

—Es que no deseo esperar. ¿Tú sí? —le dijo con un tono de voz tan ronco y sensual que lo sacudió hasta lo más profundo de su ser.

Aquellas palabras lo hicieron cerrar los ojos y apretar los párpados con fuerza. Ya no existió nada más importante en el mundo para él que la mujer que se deshacía entre sus brazos, y a la que deseaba complacer por encima de cualquier cosa. Dejó que Winnie lo guiara por la longitud de su pierna hasta que se detuvo en su cadera. La notaba suave y caliente bajo su contacto. Envalentonada, Winnie volvió a tomar la mano que apoyaba en la pared e hizo que terminara de subir su falda, hasta que quedó arremolinada en su cintura.

Con un movimiento ágil, Sergei la giró y su mirada buscó la de ella.

—No. Así no, Winnie. Quiero verte la primera vez que me entierre en ti.

La vio coger aire y expulsarlo muy lentamente por sus labios entreabiertos y algo hinchados mientras asentía con un comedido gesto.

—Sí, yo también quiero verte.

Durante los brevísimos segundos que ella tardó en responder, Sergei había estado conteniendo el aliento. No habían dejado de mirarse ni un solo instante. Winnie volvió a besarlo como si la vida le fuera en ello, y él le respondió de la misma manera. Necesitaba tantos sus besos como el mismísimo aire. Extendiendo su brazo derecho hacia un mueble que había cerca, y del cual él no se había percatado, Winnie alcanzó un pequeño envoltorio metalizado y se lo tendió. En cuanto él lo tomó, ella tironeó hacia abajo de sus pantalones y de su ropa interior. Su vestido fue lo siguiente en desaparecer, que arrojó lejos de ellos con un fluido movimiento. Se quedó desnuda ante él de cintura hacia arriba, tan solo vestida con una escasa braguita que nada ocultaba. Winnie se deshizo de ella a patadas, con prisas, hasta que quedó olvidada a sus pies.

Sergei volvió a besarla con hambre y con desesperación.

—Déjame, yo lo haré —la escuchó decir mientras tomaba de sus manos el preservativo.

La dejó hacer y su pulso se disparó al notar el roce de sus dedos sobre su miembro. Al finalizar, ella alzó su rostro hacia él y le sonrió. Fue el último gesto que Sergei necesitó para alzarla en brazos y tomarla de las nalgas antes de apoyarla en la pared. Era tan liviana que lo hizo sin dificultad, y él sentía la adrenalina correr por su cuerpo. Instintivamente, las piernas de Winnie se cerraron en torno a sus caderas y él presionó contra ella. Sentía su calor y su humedad, lista para él. Y se moría por estar dentro de ella, por notarla mientras lo albergaba. Una mano de Winnie lo colocó en su entrada y él solo precisó una embestida para hundirse en su interior.

Ambos contuvieron la respiración, incapaces de dejar de mirarse en los ojos del otro. El cuerpo de Winnie se adaptaba al suyo a la perfección, como si estuviera hecha para él. Rozo sus labios muy despacio y bebió su aliento. Los dedos de ella se aferraron a sus hombros antes de devolverle el beso con la misma lentitud, mientras se saboreaban mutuamente. Sin pudor, Winnie se removió y, encontrando un nuevo ángulo, él se enterró más en ella. Fue en ese preciso instante cuando su entereza se resquebrajó por completo. Salió y entró en ella con certeras estocadas que la hicieron gemir de placer y que arrancaron gruñidos de su propia garganta. El ritmo no tardó en hacerse más rápido, más delirante. Winnie lo instaba con sus besos y sus leves mordiscos. Supo en el momento exacto en el que el cuerpo de ella se tensó alrededor del suyo, a golpe de un orgasmo que la hizo vibrar entre sus brazos.

—¡Sergei!

Oírla decir su nombre lo abocó a un último y desesperado envite y, con él, encontró la liberación que estaba ansiando. Cerró los ojos y se dejó ir por completo mientras la ceñía con más fuerza contra su pecho y escondía su

rostro en el hueco del cuello de Winnie.

Notó suaves besos en su oreja y en su mejilla. Casi sin fuerzas y aún enterrado en su interior, la arrastró con él hacia el suelo, en donde se arrodilló con ella sentada a horcajadas en su regazo.

La sonrisa lánguida que vio en sus labios le hizo responderle de la misma manera. Winnie volvió a acercarse y lo besó de nuevo, muy despacio, tan solo un suave roce. Se retiró un mechón de pelo que se había quedado pegado a su mejilla y resopló, divertida.

—¿Cómo se dice «Dios mío» en ruso?

—*Bózhe moy* —le contestó él a duras penas.

—Pues eso, *Bózhe moy* —repitió ella, imitando su acento.

Winnie paseó un dedo por su mentón y él cerró los ojos totalmente rendido a sus caricias. Los abrió al fin para fijarlos en los de ella, que brillaban tras el placer que habían compartido. Con fastidio, supo que debía levantarse y buscar un baño.

—Necesito...

Comprendiendo la situación, ella asintió y, con algo de dificultad por la postura, se levantó y señaló con un dedo hacia una puerta que él no había advertido hasta ese momento.

—Allí hay un aseo.

Sin decir palabra se dirigió hacia el lugar. Se refrescó y humedeció el pelo, peinándolo hacia atrás torpemente con sus manos, y regresó hasta donde estaba Winnie pocos minutos después. La encontró sentada aún en el suelo. Se había colocado ya el vestido y trataba de adecentar su larga melena con los dedos. La vio recogerla en una coleta suelta y dejarla descansar sobre su hombro izquierdo y no pudo dejar de admirarla durante unos segundos; era preciosa y a él todavía le daba vueltas la cabeza por haberla tenido entre sus brazos tan solo unos minutos atrás. Tomó aire para expulsarlo con lentitud antes de

obligarse a volver al presente. Recogió su ropa del suelo y se vistió bajo la atenta mirada de la mujer, que no dejaba de sonreírle ni por un momento.

—¿Me haces un sitio? —le preguntó señalando al escaso hueco que había entre ella y la pared. Winnie asintió con entusiasmo, se movió un poco y él se instaló tras su espalda. La adecuó entre sus largas piernas y, apoyándose contra la pared, rodeó la cintura de Winnie y la pegó a él. Se resistía a dejar de tocarla y Winnie se dejó achuchar mientras dejaba escapar un suspiro de satisfacción.

—Es mucho mejor sin una pantalla de por medio, de eso no hay duda —la oyó decir.

Sergei sonrió y la besó en el cuello.

—No, no la hay —le respondió con la voz algo ronca—. Aunque, si te soy sincero, no esperaba que fuera así la primera vez que estuviésemos juntos.

Ella se removió un poco, lo justo para poder mirarlo de frente.

—¿No te ha gustado?

Él la miró con ojos desorbitados.

—¿Qué?! ¡Sí, por el amor de Dios! ¿Cómo no iba a gustarme? Me refería a que no esperaba que lo hiciésemos por primera vez en la consulta de un veterinario. Ni a que fuera tan... apresurado.

—Yo no pienso quejarme de cómo ha sucedido, te lo advierto —le dijo ella con una pícara sonrisa que volvió a dejarlo desarmado—. Dime, ¿qué era lo que esperabas? ¿Una cena con velas y hacerme el amor en una cama? ¿Eres un romántico, Sergei?

Sin saber bien qué responderle, Sergei se encogió de hombros.

—No, no era eso lo que esperaba. Pero sí, tal vez sea un romántico.

—Entonces, ¿te arrepientes de lo que acaba de suceder? —le preguntó ella con cierta cautela en su tono de voz.

Sergei sintió que sus hombros se envaraban.

—No. No, en absoluto me arrepiento. Al fin te he tenido donde tantas veces he soñado tenerte: entre mis brazos, y no tengo tanta fuerza de voluntad como para alejarme de ti solo porque el lugar no era el que yo había imaginado — soltó en retahíla—. ¿Arrepentirme de estar contigo? Jamás.

Aun cuando su postura no parecía demasiado cómoda, Winnie buscó sus labios y lo besó con ternura, lentamente, y Sergei sintió su cuerpo despertar de nuevo ante tanta delicadeza. La abrazó con más fuerza, aceptando sus caricias.

Los besos se fueron convirtiendo en suaves roces. Sentía el aliento de ella sobre su piel y su olor le inundaba la nariz. Winnie se separó un poco y buscó sus ojos.

—Te he echado de menos estas semanas.

—Y yo a ti.

—Más de una vez me hubiese gustado tenerte aquí —le confesó ella mientras se acomodaba en el hueco entre sus piernas y lo alentaba a que la apretara más fuerte contra sí—. No veía la hora de que llegaras hoy.

Sergei ahogó una carcajada.

—Creo que nunca había pisado tanto el acelerador como hoy.

Ella rio también y él pensó que no había en el mundo un sonido más bonito que su risa.

Estuvieron un buen rato sentados allí, disfrutando el uno de la cercanía del otro. Nunca, que él recordara, se había sentido tan cómodo con una mujer como se sentía con Winnie. ¡Le era tan fácil hablar con ella! No tenía la menor duda de que se había metido bajo su piel y él no estaba dispuesto a sacarla de ahí.

De repente, su estómago decidió que ya había sido ignorado lo suficiente y, con descaro, emitió un rugido que los sorprendió a ambos. Rieron ante el embarazoso sonido.

—¿Tienes hambre?

Él asintió sin dudar.

—Comí un sándwich antes de salir de la oficina. Serían las doce de la mañana.

—Entonces es hora de que comas algo —dijo ella a la vez que se levantaba—. No quiero que te desmayes por una bajada de azúcar después del esfuerzo. — Y le dedicó una amplia y divertida sonrisa que terminó convirtiéndose en carcajadas por parte de ambos.

Ella le tendió la mano y él aceptó el gesto. Agradeció poder estirar de nuevo las piernas, pero más le gustó el beso con el que ella lo sorprendió. La asió por la cintura sin ningún pudor y la pegó de nuevo a él para profundizar en su boca.

—Vámonos antes de que volvamos a comenzar —le dijo ella contra sus labios. Los dos sonrieron y asintieron casi a la vez.

Cuando Sergei miró su reloj de muñeca casi eran las diez de la noche y ellos aún estaban sentados en torno a la mesa, aunque la cena hacía ya rato que había acabado. La charla estaba siendo tan amena que ninguno se había percatado de que ya era de noche. Ali había invitado a Winnie a quedarse a cenar y ella había aceptado encantada.

—Bueno, esto habrá que recogerlo, ¿no? —dijo Ali mientras se incorporaba de su asiento. Frank la imitó al punto y le sonrió—. Y aunque mañana no tengo que trabajar, me niego a limpiar estos cacharros nada más despertarme.

La mirada de Sergei se dirigió hacia Winnie y la encontró de inmediato. La mujer le sonreía y él notó que el aire se le congelaba en los pulmones. La vio levantarse y él hizo lo mismo.

—Te ayudamos. Entre los cuatro lo haremos más rápido.

Sin nada que objetar por parte de ninguno de ellos, emprendieron la tarea de dejarlo todo recogido y ordenado para la mañana siguiente. Unos minutos más

tarde, la cocina estaba limpia, y Sergei temía el momento en que Winnie tuviera que marcharse.

Como si le hubiese leído la mente, Ali se dirigió a su cuñada.

—¿Te quedas a dormir? Es tarde ya. Mándale un mensaje a Colette y dile que vas a quedarte con nosotros, ¿te parece?

Winnie giró la cabeza hacia él en una muda pregunta y Sergei estuvo a punto de contestar por ella, aunque sabía que no era él quien debía decidir. Si por él fuera, Winnie no se marcharía.

—Sí. Claro que me quedo —asintió Winnie con convicción

—Bueno, te prepararemos una habitación —dijo su hermano. Ali se acercó a él y lo tomó de la mano.

—No creo que haga falta, ¿no es cierto? —La mujer se giró hacia ella y Sergei, y les guiñó un ojo de manera cómplice.

Notó la mirada de Winnie en él. Se acercó hasta ella y rozó su mano con la suya. La vio tomar aire sin dejar de mirarlo.

—No, no hace falta.

—Pero... —oyó decir a Frank. Ali lo besó en la mejilla y lo tomó del brazo.

—Cariño, no tienes que velar por el honor de tu hermana. Anda, vamos a la cama. Buenas noches a los dos.

Se quedaron solos en el salón, con una única lámpara que arrojaba una cálida luz amarillenta. Muy despacio tomó a Winnie de las dos manos, la acercó hasta él y la instó a que lo abrazara por la cintura. Ella lo hizo sin dudar.

—Entonces, ¿te quedas a dormir conmigo? —le dijo mientras se miraba en sus ojos claros. Ella asintió una única vez, se alzó un poco de puntillas y rozó sus labios con un beso que lo desarmó por completo.

—Me quedo contigo —le contestó con voz ronca.

Nunca una frase había significado tanto para él como la que ella acababa de pronunciar.

Nada más abrir un ojo Winnie se dio cuenta de que no estaba en su cama. Lo supo por la inusual claridad que entraba por la ventana, por la habitación en la que se encontraba y, sobre todo, por la persona que dormía a su lado.

Muy despacio, se removió con cuidado de no despertar a Sergei, que descansaba boca abajo y con la cabeza girada hacia ella. Winnie se acomodó aún más en la almohada y lo observó. Parecía mucho más joven, con el pelo por completo despeinado y la tenue sombra de barba, de un rubio más oscuro, que le ensombrecía un poco el mentón. Se regodeó en su rostro. La noche anterior aquella boca, ligeramente abierta y que exhalaba con suavidad, la había llevado al cielo más de una vez y la había cubierto de besos que la habían dejado sin ningún otro pensamiento más que el devolverle todos los que él le estaba regalando. Sonrió sin dejar de mirarlo. No podía creer la manera en que Sergei había llegado a su vida, casi de puntillas y sin avisar, y en un momento en que necesitaba más que nunca de un hombro amigo, que la escuchara y que le permitiera ser solo Winnie.

Se desperezó un poco. Le gustaba el frescor de las sábanas sobre su piel desnuda. La noche anterior, antes de acostarse, Sergei le había prestado una camiseta a modo de pijama, pero esta había durado poco tiempo sobre su cuerpo. Tan pronto como él la acarició la primera vez, las pocas ropas que ambos llevaban quedaron amontonadas bajo las sábanas, a los pies de la

cama. Y aún continuaban allí.

Con todo el cuidado del mundo se giró sobre el costado y miró su teléfono móvil, el cual había dejado sobre la mesilla tras enviarle un mensaje a su madre para decirle que se quedaba en casa de su hermano. El reloj del aparato decía que faltaban solo cinco minutos para las ocho de la mañana. El sol ya ascendía por el horizonte y una suave brisa entraba por la ventana abierta. Cuando volvió a su anterior postura, Sergei se removió y, con una actitud remolona, entreabrió un ojo y luego el otro. Alzó la comisura de sus labios nada más verla, con una mueca lánguida que encerraba todos los secretos que habían compartido la noche anterior. Winnie se acomodó frente a él, muy cerca y le sonrió en respuesta.

—Buenos días —lo saludó en voz muy baja.

El brazo del hombre la ciñó por la cintura y la atrajo un poco hacia él.

—Buenos días —respondió Sergei con el mismo tono bajo e íntimo que ella había usado y que hizo que todo su cuerpo se estremeciera—. ¿Qué tal has dormido?

Ella alzó una ceja, divertida.

—¡Ah! ¿Pero hemos dormido algo?

Conteniendo la risa, Sergei se colocó de costado y la arrimó aún más hacia él.

—¿Es eso una queja?

—¡En absoluto! —se apresuró a contestar Winnie, que trató de acercarse a su pecho todo lo que le era posible.

Muy despacio, la mano masculina recorrió su cadera en dirección hacia su pierna para, de inmediato, desandar el camino. Las yemas de sus dedos le prodigaban suaves caricias que le erizaron la piel. Winnie cerró los ojos y dejó escapar un largo suspiro de placer.

—Creo que tengo un problema —logró decir cuando su mente fue capaz de conjurar algún pensamiento que tuviese sentido. Al mirarlo encontró que la

sonrisa de Sergei había desaparecido.

—¿Qué problema? —le preguntó él, muy serio.

Winnie se acercó a él hasta que las puntas de sus narices se rozaron.

—Que tenemos que levantarnos ya. Y no quiero.

La boca de Sergei rozó apenas la suya con un movimiento efímero y completamente insatisfactorio. Solo con ese simple gesto, Winnie dejó de respirar.

—Y a mí no me apetece dejar de tocarte —le susurró él sobre sus labios—, ni de abrazarte. Ni tampoco de besarte. No me apetece dejar esta cama.

De manera involuntaria, un gemido brotó de la garganta de Winnie y se colocó boca arriba.

—Vale, sí, entonces tenemos varios problemas —le confesó sin pudor—. A mí tampoco me apetece, pero mucho me temo que vamos a tener que hacerlo, al menos por un rato. Hasta que nos podamos escabullir a algún sitio.

—Me gusta cómo suena eso —lo oyó decir. Winnie giró la cabeza hacia él. Sergei había incorporado el torso. Se apoyaba sobre un codo en la almohada y su cabeza descansaba sobre sus nudillos—. Pero antes, tengo otros planes.

Winnie contuvo el aliento cuando sintió la mano de Sergei subir por sus costillas hasta rozar la parte exterior de su pecho. Cerró los ojos con fuerza, incapaz de quejarse o de decirle que era el momento de levantarse y no de emprender con más caricias que, irremediabilmente, los llevarían a hacer el amor de nuevo. No, no se sentía con fuerzas de decir que no, porque se mentiría si dijera que no deseaba que él continuara.

El dedo de Sergei dibujó el contorno, despacio, recreándose en cada centímetro de piel. Lo acariciaba y agasajaba como si fuera algo muy preciado; un tesoro en sus manos. Winnie se giró un poco hacia él y buscó su mirada.

—¿Sabes? Jamás me he sentido cómoda con mi pecho —le confesó sin saber

por qué lo hacía—. Más bien al contrario.

Sergei arrugó el entrecejo.

—¿Por qué? A mí me parece perfecto.

—Creo... creo que es demasiado pequeño.

Él negó con movimientos pausados pero seguros. Entonces, muy despacio, su mano lo abarcó para quedar por completo atrapado bajo su palma. Winnie sintió que su pezón se endurecía bajo su contacto.

—No estoy de acuerdo. ¿Ves? Perfecto para mí.

Antes de que ella pudiese rebatirle, la boca de Sergei atrapó su otro pezón y cualquier réplica que tuviera murió en su garganta. La lengua y los labios del hombre eran implacables: lamían, chupaban y acariciaban sin recato, sin tregua. Insolentes.

Winnie creyó que moriría si él continuaba obsequiándole esas caricias. Miles de pequeños espasmos recorrieron su cuerpo hasta concentrarse en su bajo vientre. Se retorció de placer e, inconscientemente, apoyó la palma sobre la nuca masculina, instándolo a que continuara. Él no se hizo de rogar y continuó otorgándole sus atenciones con total entrega.

Se sintió desalentada cuando la mano de Sergei abandonó su pecho para dejarlo huérfano del calor que esta desprendía. Winnie iba a quejarse cuando notó cómo la palma se deslizaba con suavidad por su estómago. A esas alturas, la sangre de Winnie ya era fuego en sus venas y solo quería que él continuara bajando y aplacara aquella punzada urgente que sentía entre los muslos. Como si la hubiera escuchado, el deambular de su mano continuó hacia su vientre. Winnie exhaló el aire con fuerza cuando dos de sus dedos encontraron su entrada y la acariciaron con suavidad, tentativos. Ella trató de imponer cordura a sus alocados pensamientos e hizo que la mirara.

—No creo que debamos continuar —le dijo con una voz pastosa que no reconoció como suya—. Los niños... Ali y mi hermano... ya están despiertos y

podrían oírnos.

Sergei se estiró para acercarse a sus labios.

—No te oirán —le susurró justo antes de atrapar su boca con un beso que la dejó por completo a su merced.

Los brazos de Winnie se cerraron en torno a sus hombros. Los dedos masculinos reclamaron la entrada a su cuerpo y ella no se la negó. Separó un poco las piernas y arqueó la espalda cuando los notó acariciar en pequeños círculos la hinchada carne. Sergei buscó sus labios y la besó, recreando con su lengua los suaves envites que sus dedos acometían en ella. Impaciente por regalarle las mismas atenciones que él le estaba prodigando, Winnie trató de alcanzar su erección, que notaba punzante contra su cadera. Antes de que pudiese rozarlo siquiera, el peso del cuerpo de Sergei se lo impidió al recostarse sobre ella.

—No. Por favor. Este momento es para ti.

Aquella frase hizo que se incendiara por completo. Buscó sus ojos y clavó su mirada en la de él.

—¿Y tú? Yo también quiero tocarte.

—Y lo harás —le respondió él en voz tan baja que a ella le costó escucharlo. O tal vez fuera debido a que lo único que sonaba en sus oídos era el alocado correr de su sangre. Sergei añadió—: Luego, más tarde. ¿De acuerdo?

Sin voluntad, tan solo consciente de los lentos y enloquecedores movimientos de sus dedos en su entrada, Winnie asintió y le sonrió.

—No estaría bien que me escucharan gritar, ¿verdad?

—No.

La boca de Sergei se adueñó de la suya y a ella ya no le quedaron más argumentos con los que disuadirlo, sobre todo porque no quería hacerlo. Quería que volviera a poner su mundo del revés, que la llevara hasta el borde del abismo y que la envolviera entre sus brazos cuando todo hubiese pasado.

Sabedora de que eso sería justamente lo que él haría, con un largo gemido Winnie se rindió.

Sus dedos eran implacables. La cadencia con la que asaltaban su cuerpo se había ido haciendo más rápida, más intensa. Winnie se sentía como un instrumento de cuerda, al que unas manos expertas hacían vibrar al son de su música y sacaban lo mejor de él. La boca de Sergei acompañaba el enervante compás con besos cada más hambrientos, más demandantes y ella se rebeló. Mordisqueando sus labios, plantó ambos pies sobre el colchón y meció sus caderas al ritmo que su mano le marcaba.

—No pares, por favor —rogó mientras su corazón amenazaba con salirse de su pecho.

—No pienso hacerlo —le respondió él al punto.

Los labios de Sergei, en lugar de regresar a los suyos, viajaron por la línea de la mandíbula hasta encontrar el punto en el que su pulso discurría disparado. Notó su lengua arrasar su piel y un suave arañazo de sus dientes. Justo entonces él hundió sus dedos dentro de ella y no pudo contenerse más. Su cuerpo se tensó un segundo antes de que todo estallara a su alrededor con un potente orgasmo y con cientos de pequeñas luces brillantes tras sus párpados. En su garganta se formó un rugido que Sergei acalló rápidamente con nuevos besos. Solo unos instantes después, extenuada por el placer que la había atravesado como un rayo, él se separó de ella para alzarse a su lado y mirarla con orgullosa satisfacción.

—¿Estás bien? —le preguntó.

A Winnie aún le costaba meter aire en sus pulmones. Le respondió con un indudable gesto de asentimiento y una enorme sonrisa que le asomaba por los ojos.

—Claro que lo estoy. Mejor que bien —apostilló ella cuando notó que podía volver a hablar. Se retiró un mechón de pelo del rostro y lo miró con dulzura

—. Creo que podría acostumbrarme a levantarme así cada mañana.

La expresión que él le ofreció, tan amplia y tan sincera, hizo que su corazón se saltara un latido.

—Y a mí me encantaría que te acostumbraras.

Sin mediar más palabras, Sergei la atrajo hacia su cuerpo y la acunó contra él. Winnie no supo cuánto tiempo pasaron así, abrazados el uno al otro. Con la cabeza apoyada contra su pecho podía escuchar el firme bombear de su corazón. Dejó que una mueca lánguida, semejante a una sonrisa complacida, brotara de sus labios. Permanecieron allí, en aquel refugio que ambos habían construido durante un rato. Winnie se dio cuenta de que había sido dolorosamente corto cuando notó que él le besaba el pelo y se separaba de ella. Winnie acomodó su cabeza sobre la almohada y le guiñó un ojo.

—Bien, a menos que quieras ahora mismo la revancha, vamos a tener que levantarnos de la cama, *tovarich*. O corremos el riesgo de que los enanos se enteren de que estamos aquí y entren sin avisar.

—¿Me has llamado *tovarich*? —preguntó él con los ojos abiertos como platos.

Temerosa de haber dicho algo inadecuado, la sonrisa se esfumó del rostro de Winnie.

—Sí.

—¿Dónde has escuchado eso?

—Me... me lo ha dicho Ali. No es algo malo, ¿verdad? Creo que me contó que era una manera de dirigiros el uno al otro cuando teníais aquella pandilla en vuestra adolescencia. Me dijo que significa «colega» o «camarada», o algo así.

El semblante de Sergei, radiante y sonriente, la sacó de dudas antes que su respuesta.

—Sí, sí. Es eso. Me ha hecho gracia que lo hayas usado.

—Bueno, quería aprender algo de vuestra cultura. Tengo una cuñada rusa, ya sabes.

—¡Ah! Es por tu cuñada. Claro.

De un movimiento, Winnie, al borde del colchón, se echó la melena desordenada hacia atrás y lo miró con picardía por encima del hombro.

—¿Qué pensabas? ¿Que era por ti? No sé de dónde sacas esas ideas, señor *tovarich*.

Las manos de Sergei la tomaron por la cintura y la mordisqueó en el hombro. Ella tuvo que reprimir una carcajada.

—Al final nos van a escuchar los niños y nos van a pillar desnudos. Venga, arriba. Tengo un hambre que me muero —le dijo mientras saltaba de la cama y se escapaba de su agarre.

Se vistieron entre risas contenidas y caricias robadas. Tras una visita rápida al baño, ambos salieron de la habitación rumbo al salón familiar.

Sus sobrinos estaban sentados a la mesa. Ali trataba de darle el desayuno a una tozuda Natasha que, con los labios fruncidos y los bracitos cruzados de manera adorable delante de su pecho, se negaba a tomarse su tazón de cereales. En cuanto Tucker los vio, saltó de su asiento y corrió hacia ellos.

—¡Tía Winnie! ¡Has dormido aquí! Te habrías podido quedar en mi habitación. Así me habrías contado un cuento —le dijo casi sin tomar aliento.

Evitando ofender a su sobrino, Winnie miró de reojo en dirección a Sergei, apostado un paso detrás de ella, y asintió.

—Es que ya estabas dormido, y me dio pena despertarte.

Tucker arrugó el entrecejo.

—Entonces, ¿dónde has dormido?

Frank se apresuró a rescatarla. Se aproximó a su hijo, lo tomó en volandas y lo llevó de regreso a su asiento.

—Venga, a terminarte el desayuno, campeón. Deja que tu tía y Sergei

desayunen. Ya... ya les harás preguntas comprometidas cuando crezcas un poco. Eso lo llevas en los genes.

Vio a Ali bajar la cabeza y ocultar una risa divertida. Winnie se sentó frente a su cuñada, y Sergei se acercó hasta donde estaba Frank.

—Os habéis portado bien —oyó decir a Ali mientras esta seguía ofreciéndole cucharadas del desayuno a su hija—. No os hemos escuchado. Aunque, claro, también espero que no nos hayáis escuchado a nosotros.

Tras intercambiar una mirada, las dos mujeres terminaron riendo a la par. La niña las miró a una y a otra, y decidió que ya había tenido suficiente desayuno. Con un gesto cariñoso, Ali la bajó de su silla y la pequeña corrió hacia donde se encontraba su padre.

—Entonces, ¿todo bien?

Winnie alzó la nariz, divertida.

—No pienso contarte nada de lo que ha sucedido ahí dentro.

—En realidad es una pregunta retórica. Se te ve en la cara que ha ido bien. Más que bien, me arriesgaría a decir.

Un ruido en la cocina las hizo desviar la mirada hacia el lugar casi a la vez. Sergei y Frank estaban charlando mientras este se afanaba en cocinar algo. Sus ojos recalaron durante unos instantes en la figura alta y rubia de Sergei, y no pudo evitar que todo lo que había sucedido entre ellos durante esa noche acudiera a su mente.

—Sí —dijo casi de manera automática en voz baja, aunque no había sido una respuesta como tal, sino más bien su subconsciente, que se aseguraba así de que había sido total y absolutamente real.

Oyó un murmullo a su lado y, unos segundos después, una mano le zarandeaba con contención el antebrazo.

—Winnie, ¿me estás escuchando? —le preguntó Ali.

—Esto... sí, sí. Dime.

—No has escuchado nada de lo que te he dicho, ¿verdad?

—No, me temo que no.

—Claro, estabas demasiado ocupada devorando con los ojos a Sergei. Que, oye, no te culpo.

Divertida por el reproche de su cuñada, Winnie bajó la cabeza.

—Lo siento. ¿Qué me decías?

—Colette me mandó un mensaje hace un rato. Nos invita a almorzar allí. Me ha dicho, y cito sus palabras, «dile a mi hija que deje al pobre chico que se reponga con una buena comida».

Winnie parpadeó varias veces antes de estallar en carcajadas. Sí, aquella frase era típica de Colette. Alentada por su madre desde muy joven, en su casa siempre habían mantenido una mentalidad muy liberal y abierta en torno a las relaciones, y Winnie jamás le había ocultado nada en lo que a ellas se refería.

—Hace patente eso de «tu madre es quien mejor te conoce» —reconoció ante su cuñada.

Vio a Ali darle la razón con entusiasmo.

—Colette es todo un personaje, sin duda. Y te quiere muchísimo.

—Y yo a ella —contestó con rotundidad—. De todas maneras, tengo que preguntarle a Sergei si le apetece ir.

En ese momento, los dos hombres se acercaron a la mesa con el desayuno para los cuatro ya preparado y se sentaron. Winnie le contó a Sergei la invitación que les habían hecho y él aceptó sin dudar con una sonrisa sincera. Aunque ella prefería pasar a solas con él las pocas las horas de las que disponían durante el fin de semana, no podían quedarse recluidos en la habitación de la casa de su hermano. También le apetecía que sus padres lo conocieran y vieran en él a la persona de la que ella se había enamorado. «Lo compartiré, aunque solo sea un ratito —pensó divertida—. El resto del tiempo será solo para mí». Justo antes de dar las doce de la mañana, dos coches pusieron rumbo hacia la

casa de Winnie. En uno, Ali y Frank con sus hijos y en el otro, Winnie con Sergei. Ali les había propuesto que fueran todos en la furgoneta familiar, pero Winnie había desestimado la idea con amabilidad porque pretendía hacer el viaje de regreso mucho antes que su familia.

Estacionaron ambos coches delante de la casa. Los niños se bajaron en tromba y corrieron hacia el porche haciendo aspavientos y llamando a sus abuelos. Pepper los siguió igual de entusiasmado, ladrando y meneando el rabo con brío. Justo antes de que llegaran, la puerta de entrada se abrió y Colette recibió a sus nietos con los brazos extendidos. Winnie y Sergei esperaron a que Frank y Ali fueran tras sus hijos y entraran en la casa para ir a darle el encuentro a su madre. La mujer los aguardaba con una amplia sonrisa en sus labios.

—Mamá —la saludó con un beso en la mejilla.

—Señora Bradley —oyó decir a Sergei.

Su madre torció el gesto, divertida, y ondeó una mano delante de ella.

—¡Deja eso de señora Bradley, por favor! Llámame Colette. Y dame un beso, anda. —La mujer le ofreció la mejilla y Sergei, con una sonrisa y algo de embarazo, se dispuso a saludarla tal y como la mujer le había pedido.

Contenta, Winnie los observó a ambos. Su madre era alguien muy especial para ella, al igual que lo estaba comenzando a ser Sergei, y que Colette lo aceptara de buen grado era muy importante.

Colette la miró para terminar recalando su mirada en Sergei.

—Y dime, ¿qué tal estaba aquella tarta que hice?

Sin poder remediarlo, Winnie rio con fuerza.

—Mamá, sabe que no la hiciste tú, sino yo, y que la utilicé como excusa para que viniera hasta aquí a despedirse de mí.

Con un largo resoplido, Colette se hundió de hombros con una expresión algo teatral.

—¡Menos mal! —rezongó mientras se llevaba la mano al pecho con una teatral pose—. Se me da fatal andar fingiendo. Venga, vamos adentro. La comida está casi lista.

El barullo dentro de la casa era notable. Tucker y Natasha trataban de que Pepper saliera de debajo de la mesa de la cocina, pero el perro parecía tener otras intenciones. Winnie lo vio recular y esconderse más.

—Dejad a Pepper tranquilo —oyó decir a Ali—. Él también va a comer, así que vosotros dos fuera de aquí. El abuelo está en el salón; id con él.

A regañadientes, los niños hicieron caso a su madre y corrieron hacia la habitación llamando a su abuelo a pleno pulmón.

—¡Un poco de tranquilidad al fin! —exclamó Ali—. No sé cómo Frank lo soporta todos los días.

—Mi hermano es un padrazo —afirmó Winnie sin dudar. Por el rabillo del ojo fijó su atención en Sergei, parado a unos pocos pasos de distancia de ella. Se giró hacia él y le sonrió—. ¿Me ayudas a poner la mesa?

—Claro.

En realidad, había poco más que llevar hacia el salón, pero a Winnie cualquier excusa le valía para estar cerca de Sergei. No veía la hora de que aquel evento familiar terminara y regresar así a sus brazos.

Cuando se sentaron a la mesa, Winnie se aseguró de que él lo hiciera junto a ella. Frente a ambos estaban Frank y Ali, y cada uno de sus hijos a los lados de estos. Robert y Colette ocupaban las cabeceras de la mesa. La mujer se había esmerado con la comida y todos alabaron lo exquisita que estaba, incluido Sergei, algo que a su madre pareció agradaarle especialmente.

El almuerzo transcurrió en un cálido ambiente. Sus padres se interesaron por el trabajo de Sergei y por la infancia común de este y Ali. Su cuñada no tuvo ningún problema en contarles multitud de anécdotas de cuando los dos eran pequeños. Winnie disfrutó mucho de todos los relatos. De vez en cuando su

mirada se desviaba hacia el hombre sentado junto a ella, y en más de una ocasión tuvo que cerrar el puño y mantenerlo sobre su regazo para no extender el brazo y acunar su mano en la suya. Colette parecía estar muy interesada en cuanto contaba Ali, aunque Winnie no le había estado prestando mucha atención, a pesar de que le hubiese gustado. Sus sentidos tan solo respondían a la cercanía de Sergei. Y cuando lo pilló mirándola de reojo, fingiendo que atendía a Ali, una enorme sonrisa se instaló en sus labios.

Cuando terminaron, su madre sirvió una deliciosa tarta como postre, que olía a las mil maravillas. Bajo el criterio de Winnie, la comida se estaba alargando demasiado. Ella solo quería ir a algún lugar en donde pudiera estar a solas con Sergei y que volviera a besarla como lo había hecho la noche anterior. Echaba de menos sus caricias y sus roces, y Winnie se preguntó cómo haría para sobrellevar su partida cuando él se marchara al día siguiente.

—¿Winnie? —La voz de Ali la hizo regresar al presente.

—Dime.

Su cuñada alzó una ceja, divertida, y clavó la mirada en ella.

—¿Podrías girar un poco la cabeza hacia la derecha, por favor?

Extrañada, Winnie hizo lo que le había pedido no sin cierta curiosidad.

—¿Qué ocurre?

—Nada —Ali le quitó importancia con un gesto de la mano—. Es solo que tienes un chupetón en el cuello. Nada grave.

Un súbito rubor ascendió por las mejillas de Winnie. Giró la cabeza como accionada por un resorte y buscó a Sergei. Intercambiaron una mirada unos segundos hasta que lo vio encogerse de hombros con una traviesa mueca dibujada en sus labios. La risa de Colette y de Ali, y la sonrisa contenida de Frank la hicieron desviar de nuevo la vista y se unió a las risas de todos.

Mientras recogían la mesa, al pasar por el lado de Ali, Winnie se acercó a su oído.

—Me la tenías guardada desde que os puse en evidencia a mi hermano y a ti la primera vez que viniste a casa, ¿no es verdad? —le preguntó, recordando con diversión aquel momento.

—¡Por supuesto que no! Aunque tengo que admitir que nos hiciste pasar un poco de vergüenza, sobre todo a tu hermano.

—¿Sabes una cosa? —le susurró muy cerca—. Si la mayoría de los rusos sois iguales, ahora entiendo a la perfección que Frank esté tan colado por ti. Tal vez tengáis un gen que a los Bradley nos vuelve locos.

Las dos rieron a la par. Quería mucho a esa mujer. No era simplemente la esposa de su hermano; para ella era una hermana y así lo demostraba el trato que tenían. La tomó de la mano, la abrazó con fuerza y la besó en la mejilla.

—¿Sabes? Aún sigo dando gracias porque Frank te trajera aquel verano.

—Y te aseguro que yo también.

—Por cierto, ¿puedo pedirte un favor?

Ali asintió sin dudarle incluso antes de escuchar su petición.

—Claro.

—¿Podría pasar esta noche también en tu casa?

La mujer trató de ocultar su sonrisa sin mucho éxito.

—Tal vez no sea a mí a quien debas pedirle el favor. No es en mi cama en donde dormirías.

—¿Eso es un sí?

—¡Pero qué tontería! ¡Claro que es un sí!

Con un movimiento rápido, Winnie volvió a besarla.

—Voy a buscar a Sergei y a decírselo.

A su espalda oyó de nuevo la risa de Ali. Sin mirar atrás, Winnie corrió a su dormitorio, metió en una pequeña bolsa lo más imprescindible para pasar la noche en casa de Ali y corrió escaleras abajo para buscar a Sergei. Lo encontró en la cocina. Charlaba con su padre y con Frank. Se detuvo bajo el

dintel de la puerta y los observó a los tres. Ninguno reparó en su llegada y continuaron hablando. Winnie no podía escucharlos desde esa distancia, pero sí que podía ver cómo la actitud y la postura del cuerpo de Sergei le decían lo cómodo que se sentía. Un fuerte latido golpeó en su pecho. Allí estaban dos de los hombres más importantes de su vida y uno que acababa de entrar en ella, y esperaba que fuera para quedarse. Quería a Sergei muy cerca. Quería tratar de hacer que eso que estaba comenzando a sentir por él perdurara. Con Sergei podía ser Winnie Bradley, y nadie más. Con él podía mostrarse como era, y él la aceptaba tal cual, sin demandas ni falsas expectativas.

Sintiendo su corazón latir como loco dio un paso, luego otro más y se detuvo.

—Perdonad —dijo en voz alta. Los tres giraron la cabeza hacia ella, otorgándole así su plena atención. Vio a Sergei erguir sus hombros y cómo a sus labios acudió una sonrisa al darse cuenta de que era ella—. Si me disculpáis. Sergei, ¿podrías venir un momento?

Él se excusó ante su padre y Frank, y caminó con paso ágil hacia donde ella se encontraba.

—Dime —le susurró al llegar a su lado. Se acercó tanto que pudo notar su aliento en el rostro, y todo su cuerpo reaccionó en consecuencia. Lo tomó de la mano y salió de la cocina para detenerse en mitad del vestíbulo.

—¿Qué te parece si nos marchamos? —le preguntó sin soltarlo. Entrelazó sus dedos con los de él y apretó con suavidad. Sergei le devolvió el gesto mientras reducía un poco más la distancia que los separaba.

—Solo si tú quieres.

Winnie no dudó en asentir con energía.

—Quiero marcharme ya. Contigo —le contestó. Los ojos claros del hombre se oscurecieron de inmediato y un firme pulso apareció en su mandíbula. No contestó, tan solo tiró un poco de ella para acercarla más.

—Vámonos.

Sin esperar una palabra más, ambos salieron al porche. Antes de poder bajar las escaleras, Sergei la atrajo de nuevo hacia sí y se adueñó de su boca con hambre. Winnie sentía lo mismo por él. Su mano libre se agarró de su brazo para sostenerse de puntillas y ofrecerle su boca sin ninguna objeción.

—¿Dónde quieres que vayamos? —le susurró Sergei contra sus labios, reacio a dejar de rozarla.

—A casa de Ali. Voy a pasar de nuevo la noche contigo —le contestó mientras buscaba su mirada—. Creo que dejamos algo pendiente esta mañana.

La sonrisa amplia y sincera que apareció de repente en el rostro de Sergei le hizo saber que a él le parecía tan buena idea como a ella.

Sergei se movió inquieto sobre el colchón. Extendió los brazos hacia el lado en donde Winnie se había quedado dormida junto a él, pero allí no estaba, aunque las sábanas seguían tibias. Se incorporó un poco, se retiró el flequillo del rostro y levantó la cabeza de la almohada, con los ojos entrecerrados y sintiendo los párpados pesados aún por el sueño. Por la ventana abierta entraba sesgada la luz de la luna, que iluminaba una porción de la habitación. Miró a un lado y a otro. La puerta que daba al baño estaba cerrada y pensó que, tal vez, ella estaba allí dentro. Se acodó sobre el colchón y carraspeó. —¿Winnie? —preguntó sin querer levantar demasiado la voz. No sabía la hora que era, pero parecía bastante tarde.

De repente, como si la hubiesen llamado con campanillas, Winnie apareció procedente del pasillo. Haciendo equilibrios para que no se le cayera la bandeja que portaba, la aseguró sobre un brazo y empujó con su hombro la puerta para cerrarla tras ella con un contenido puntapié.

Solo con verla, Sergei sintió que una sonrisa afluía a los labios y que el corazón se le paraba en el pecho para emprender una alocada carrera de inmediato. Estaba preciosa vestida con la camisa que él había llevado horas atrás, con su largo pelo suelto sobre los hombros y los labios aún sonrosados por los muchos besos que él le había dado. «Y ya me muero por volver a besarla», admitió ante sí en silencio. Pero eso tendría que esperar, al menos,

hasta que la ayudara con su pesada carga. Así que se inclinó hacia adelante y le tendió los brazos para recoger la bandeja.

—Deja, ya la cojo yo —le dijo. Ella se lo permitió y se subió a la cama para sentarse sobre sus piernas dobladas bajo su cuerpo. La vio retirarse la melena del rostro y sujetarla tras sus orejas.

—Me desperté hace un rato y encontré un mensaje de Ali en el móvil. Me decía que mi madre les había dado algo de la comida que ha sobrado del almuerzo y que, si nos apetecía, estaba en la nevera —le dijo con una sonrisa mientras se acercaba a él. Su nariz rozó la de Sergei—. ¿Tienes hambre? Yo estoy famélica.

Sergei trató de atrapar su boca, pero ella se retiró con una mueca pícaro dibujada en sus labios.

—No me refiero a ese tipo de hambre —aclaró ella con un tono de voz tan sensual que todos sus sentidos se despertaron. No podía ser que ya volviera a desearla cuando hacía... ¿Cuánto? ¿Dos? ¿Tres horas desde la última vez que hicieron el amor?, se preguntó.

Sergei se obligó a separarse de ella y trató de serenarse tomando aire. Asintió al mirar lo que había en la bandeja.

—Sí, tengo hambre. Y ha sido un detalle por parte de Ali, y de tu madre también.

Winnie retiró una servilleta que cubría uno de los platos. Allí había sándwiches perfectamente colocados y cortados en cuartos. Destapó el otro recipiente y el olor de las lonchas de pollo y de queso le llegó hasta la nariz. En un cuenco había también algo de fruta y, en otro, un par de porciones de la tarta que habían comido de postre.

—¿Qué hora es? —le preguntó antes de tomar un pequeño bocadillo y darle un mordisco.

—Más de las doce —respondió ella, imitándolo.

—Vaya. Es tarde.

—Nos hemos quedado dormidos y ni siquiera hemos oído llegar a Frank y a Ali con los niños —dijo Winnie a la vez que alcanzaba un trozo de queso y le daba un bocado. En lugar de acabarlo, le tendió a él el pedazo restante, que Sergei aceptó encantado.

Continuaron dando buena cuenta de cuanto había en la bandeja mientras charlaban del encuentro que habían tenido al mediodía con su familia.

—Colette es una mujer estupenda.

Vio a Winnie asentir con energía.

—Lo es. La quiero muchísimo. Es la mejor madre que alguien puede tener.

Lo emocionó ver el entusiasmo con el que Winnie hablaba de ella. Su rostro se ensombreció un poco y bajó la mirada.

—¿Y tus padres? —le preguntó Winnie.

Sergei torció el gesto.

—Mi madre murió hace ya bastantes años, cuando yo aún estaba en el instituto. Se la llevó una larga enfermedad.

La mano de Winnie voló hacia la suya y la encerró en ella. Cualquier atisbo de sonrisa había desaparecido del hermoso rostro de la mujer.

—Lo siento mucho.

—No importa. Fue hace mucho. Sufrió bastante durante la última parte de su convalecencia. Al final... al final fue un alivio para ella.

El ambiente apacible y confortable que los había envuelto hasta entonces se había transformado a causa de aquellos amargos recuerdos. Sin que Sergei lo esperara, Winnie gateó sobre el colchón, se colocó a su lado, lo atrajo hacia ella y pegando su mejilla a su pecho lo abrazó con fuerza. Sergei dejó descansar la barbilla sobre la coronilla de Winnie y suspiró. Hacía mucho tiempo que no pensaba en su madre, a quien había perdido demasiado pronto. Sin agregar ninguna palabra, Winnie se mantuvo allí, a su lado, ofreciéndole su

apoyo en silencio, o así lo entendió él. Y se sintió extrañamente reconfortado por la muestra de cariño.

—¿Te sientes mejor? —la oyó preguntarle un rato después. Él se retiró un poco, asintió y le dio un fugaz beso en los labios.

—Sí, muchas gracias.

Winnie dejó la bandeja en el suelo, junto a la cama, y se sentó de nuevo frente a él, abrazada a sus rodillas. Sus piernas le rozaban los muslos y, casi sin darse cuenta, su mano buscó el sedoso tacto de su piel mientras subía y bajaba por las pantorrillas femeninas.

La mujer le ofreció una sonrisa que lo dejó desarmado.

—¿En qué piensas? —le preguntó, intrigado.

Ella alzó una ceja y lo miró divertida.

—Estoy recordando lo que pensé de ti la noche en que nos conocimos.

—¿Ah? ¿Sí? ¿Y puedo saber qué pensaste? —quiso saber sin dejar de acariciarla.

—Me pareciste alguien bastante serio. Y frío —le contestó ella sin reservas.

Sergei se encogió de hombros y asintió.

—Ya. Y dime, ahora que me conoces mejor, ¿lo soy?

—Lo de serio, sí —se apresuró ella a afirmar—. No es algo malo. Además, me gusta ese rasgo de tu carácter. En cuanto a frío... no, en absoluto. —Se inclinó hacia él y murmuró sobre sus labios—. Me encanta haber podido comprobar lo equivocada que estaba en cuanto a eso.

Rozó la boca femenina con la suya y le arrancó un gemido que lo enervó.

—No, no lo soy, y no podría serlo contigo a mi lado, Winnie.

—Me gusta eso. Mucho —le susurró ella. Se besaron, muy despacio, como si dispusieran de todo el tiempo del mundo para hacerlo. Para su desgracia, Winnie se separó de él y lo miró directamente a los ojos.

—Sergei, ¿qué va a suceder a partir de ahora?

Sin comprender, Sergei entrecerró sus párpados.

—¿Qué quieres decir con «a partir de ahora»?

—¿Qué va a pasar con nosotros? Esto que hemos empezado... tú estás en Newburyport, y yo estoy aquí, o en Boston, aún no lo sé.

Sergei se acercó a ella todo lo que pudo y, tendiendo una mano, le acarició la mejilla. Winnie cerró los ojos y apoyó su rostro sobre su palma, en un gesto de abandono que le encogió el corazón. El pulgar de Sergei rozó su labio inferior muy despacio y ella lo miró.

—Me da igual la distancia que nos separe, Winnie. Si son cien o trescientos kilómetros. Si tengo que conducir una hora, o tres, para verte, pero quiero seguir haciéndolo. Quiero continuar con esto que hemos empezado... si tú estás de acuerdo.

Winnie se apresuró a responder con un categórico asentimiento.

—¡Claro que quiero! —le respondió en voz baja—. Lo que me gustaría es que no estuviésemos tan lejos el uno del otro. No tener que invertir tanto tiempo en desplazamientos, ni en cosas por el estilo.

—Bueno, si decides estar en Boston, el viaje se reduciría mucho.

—Lo sé.

Un pesado silencio se adueñó de la habitación. Sergei la atrajo hacia él y la sentó a su lado.

—¿No sabes si vas a seguir con los estudios?

Tras unos segundos, ella negó con la cabeza una única vez.

—No, aún no lo sé —le respondió sin mirarlo—. No sé si quiero seguir estudiando Económicas o, tal vez, pasarme a otra carrera. Incluso me había planteado marcharme a otra universidad: a Columbia, por ejemplo, pero esa opción la he descartado no hace demasiado tiempo. —Giró la cabeza hacia él y lo miró por encima de su hombro, obsequiándolo con una sonrisa que lo dejó sin habla. No tuvo más remedio que buscar sus labios y besarla. Ella aceptó su

gesto con un suspiro de completa entrega que le encendió la sangre.

—Si regresas a Boston, podríamos pasar los fines de semana juntos. Yo podría ir algunos, y tú podrías venir a mi casa otros. ¿No te parecería buena opción?

El rostro de Winnie se iluminó.

—Me parecería una opción excelente —le dijo, mucho más animada que minutos atrás. De repente, su gesto se ensombreció—. Pero, antes de todo eso, tengo que ir a Boston y recoger mis cosas del apartamento que compartía con Freddy. No me apetece mucho hacerlo, la verdad. Después de cómo se fue y de aquellas cosas que me dijo, no quiero volver a verlo.

—No sé si quieres que te acompañe —sugirió él en voz queda mientras contemplaba su perfil, más serio y triste que minutos atrás. No le gustaba verla sufrir—. Pero, si quieres, cuentas conmigo.

Ella se giró de inmediato.

—Gracias por tu ofrecimiento, pero es algo que tengo que solventar yo sola.

—No tienes por qué estar sola. Quiero que sepas eso.

—Lo sé —contestó ella ofreciéndole una tenue sonrisa que no le llegó a los ojos—. Pero no me gustaría ponerte en una postura incómoda.

Sergei consideró por unos momentos sus palabras para terminar asintiendo.

—¿Y cuándo planeas marcharte para Boston a arreglar esa situación?

Winnie se encogió de hombros.

—No lo sé. Si decido continuar con los estudios, tengo que arreglar matrículas y papeles. Y buscar un nuevo apartamento en donde vivir. No podría esperar mucho.

La mente de Sergei trabajaba a marchas forzadas. El fin de semana era demasiado corto para disfrutar de la compañía de Winnie. Quería más, mucho más; quería cualquier minuto que pudiera arañarle al reloj para estar con ella, para besarla y abrazarla. Jamás se había sentido así antes, con tantas ganas de estar con alguien. Con una idea en su cabeza se giró un poco hacia ella.

—¿Y si vienes mañana conmigo a Newburyport? Es verdad que yo salgo el martes para Moscú desde Boston, pero podría dejarte allí y tú podrías iniciar tus gestiones. Si te parece bien.

No se dio cuenta de que había estado reteniendo el aire en sus pulmones hasta que ella le sonrió y asintió.

—Un día y medio más juntos me parece algo perfecto.

—Entonces, ¿eso es un sí? ¿Vendrás conmigo mañana cuando me marche de regreso?

Ella no dudó en asentir con vigor.

—Sí. Sí.

Sergei asaltó la boca femenina con entusiasmo, como si nunca jamás la hubiese probado. Winnie le respondió con el mismo ímpetu. Le rodeó el cuello con sus brazos y lo atrajo hacia ella todo lo que pudo. Plagó de besos sus labios y continuó por la línea de su mandíbula y el cuello hasta encontrar el tierno lóbulo de su oreja. Lo encerró entre sus dientes y lo apretó con suavidad. La sintió estremecerse contra su cuerpo.

—No puedo dejar de tocarte, Winnie —le susurró al oído—. No me cansaré de hacerlo.

—Y yo espero que no lo hagas —la oyó decir muy cerca de su oreja. Sergei cerró con fuerza los ojos y tomó aire.

—Soy un hombre de palabra. Pienso demostrártelo si me dejas.

Se separó de ella y, con una aparente calma que no poseía, desabrochó uno a uno los botones de su propia camisa, la que ella vestía. Winnie seguía con atención su proceder hasta que él empujó el suave tejido por sus hombros y ella quedó desnuda ante su vista. Volvió a besarla como si no hubiese un mañana para ellos. Sentía que se abría para los dos un esperanzador futuro al que pensaba agarrarse con uñas y dientes. Cualquier cosa por mantenerla en su vida. Winnie lo arrastró con ella cuando se tumbó sobre el colchón y todo de

lo que fue consciente Sergei durante un buen rato fue de aquel dulce cuerpo que se amoldaba a sus brazos y a su pecho como si ese fuera su lugar en el mundo. De lo que no le cupo duda fue de que su propio corazón ya no le pertenecía.

El desayuno con los niños fue divertido. Tucker se empeñó en preguntar una y otra vez dónde habían estado y que por qué no habían podido contarle un cuento. Frank y Ali los habían excusado de todas las maneras que se les habían ocurrido, no sin mostrar una sonrisa torcida que poco podían disimular. Winnie no quería disimular nada. Se acercó a Sergei, lo abrazó por la cintura y miró a su sobrino.

—Cariño, Sergei y yo queríamos estar juntos y charlar de nuestras cosas.

El niño los miró, primero a ella y luego a Sergei para terminar recalando de nuevo en Winnie.

—¿Charlar con besitos, como hacen papá y mamá? Porque eso es lo que hacen cuando piensan que Nat y yo estamos viendo los dibujos en la tele.

Faltó muy poco para que su hermano escupiera el café que se estaba tomando. Ali no pudo evitar que una risotada emergiera de su garganta. Mirando a Sergei por el rabillo del ojo, Winnie asintió.

—Pues sí, con besitos.

Ali caminó hasta llegar junto a su hijo, se agachó a su lado y pasó la mano por su cabecita despeinada con evidente ternura.

—Cariño, es bonito eso de que papá y mamá se quieran y se den besitos. Y la tía Winnie y Sergei también.

Tucker se encogió de hombros con evidente apatía.

—Está bien. Yo también lo haré con Marie cuando seamos grandes como vosotros.

Los adultos se miraron, incrédulos antes las espontáneas palabras del niño y,

sin pensárselo, Winnie estalló en carcajadas delante de su hermano, a las que Ali y Sergei también se unieron.

—Houston, vais a tener un problema en unos años —le dijo a Frank cuando logró dejar de reír—. Ve avisando a Sam y a Martha.

La mano de Sergei se coló en la de ella y Winnie la apretó. Lo miró con una sonrisa antes de girar la cabeza de nuevo hacia su sobrino.

—Tucker, ¿quieres salir a jugar un rato conmigo? ¿Te apetece?

La respuesta que le ofreció el niño fue saltar de su asiento, rodear la mesa y lanzarse sobre ella para abrazarla con fuerza.

—¡Sí, sí! ¡Vámonos ya fuera a jugar! ¡Venga!

El entusiasmo del pequeño pareció contagiarse a Pepper, que acudió a su lado y ladró un par de veces mientras que con su rabo golpeaba la pata de la mesa.

Winnie no pudo evitar que una amplia sonrisa apareciera en su rostro.

—¿Te vienes con nosotros? —le preguntó a Sergei que se mantenía a su lado.

—Por supuesto —le contestó sin dudar.

Antes de que pudiera agregar nada más, Winnie se sintió arrastrada hacia el exterior por un exaltado Tucker.

La mañana pasó en un abrir y cerrar de ojos. Winnie jugó con su sobrino y, cuando se cansaba, Sergei tomaba su lugar y accedía a cuanto el niño demandaba. Tenía una energía inagotable y Winnie se compadecía de su hermano por tener que soportar aquella fuente constante de idas y venidas, de preguntas y de saltos. Y Pepper era su compañero incansable. A Winnie le resultaba muy gracioso ver cómo el animal corría tras el niño como si de su sombra se tratara. Sonrió al verlos regresar hacia ella. Antes de que llegaran, buscó a Sergei con la mirada. Estaba sentado a la mesa, bajo el árbol, junto con Frank y Ali, pero no parecía prestarle demasiada atención a lo que estaba hablando con ellos. La miraba desde la distancia, con aquellos increíbles ojos del color del acero que la dejaban sin respiración. ¡Y pensar que, cuando lo

conoció, había creído que eran algo fríos! No había frialdad alguna en su manera de mirarla; al contrario. Los sentía cálidos, como si acariciara su piel con ellos; como si quisiese asomarse a su interior. Y eso, precisamente eso, era lo que deseaba que hiciera: que mirara en su interior y viera lo importante que se había vuelto para ella. Le mantuvo la mirada unos momentos, que le parecieron demasiado cortos, hasta que Tucker la zarandeó sin miramientos.

—¡Tía Winnie!

Giró la cabeza hacia el niño y le ofreció una soñadora sonrisa.

—Dime.

—Me aburro —le dijo mientras fruncía los labios. Tenía las mejillas encendidas y el pelo pegado a la frente a causa del sudor. Pepper, a su lado, parecía igual de sofocado que el pequeño. Su lengua colgaba por la comisura de la boca, jadeante. Winnie le acarició la cabeza y el animal se acercó hasta ella y descansó el hocico en su regazo.

—¿Por qué no os vais un rato dentro antes de comer y te relajas un poquito?

Tucker pareció sopesar su propuesta y, un segundo después, asintió.

—Vamos, Pepper.

Como si de un buen soldado se tratara, el perro lo siguió con un caminar saltarín y ambos se perdieron en el interior de la casa. Sin esperar un segundo más, Winnie se levantó y fue hasta donde estaban los tres adultos y su sobrina, que pululaba alrededor de la mesa. Se sentó junto a Sergei y él, deslizando su brazo alrededor de la cintura para atraerla hacia él, la besó en la sien, algo que le gustó en especial. Lo miró un instante y le sonrió.

—Agotada, ¿no es verdad?

Winnie dejó caer la cabeza hacia delante de manera algo teatral. Su larga melena la cobijó durante los breves instantes que tardó en volver a levantar su rostro y mirar a su hermano y a su cuñada, sentados frente a ella.

—No sé cómo aguantas el ritmo de ese hijo tuyo, Frank. Me ha dejado

exhausta.

—Tu hermano, que debe de tener súper poderes o algo así —comentó Ali con una sonrisa.

Como respuesta, Frank la besó antes de volver la mirada hacia su hermana.

—Bueno, Winnie, cuéntanos, ¿qué planes tenéis para hoy?

—Sergei se va esta tarde —les dijo, aunque eso era algo que ellos ya sabían.

—El fin de semana pasa muy rápido, ¿no es cierto? —convino Ali justo antes de darle un sorbo a la cerveza que tenía frente a ella.

—Y que lo digas —asintió Winnie con cierto pesar.

—Vas a tener que volver más veces, colega —le dijo Frank con un gesto divertido.

Sergei torció la cabeza hacia ella y la deleitó con una sonrisa que hizo que miles de mariposas alzaran el vuelo en su estómago.

—Si me invitan, por supuesto que lo haré.

—¡Hey! ¿Tengo que invitarte de nuevo? —espetó Frank dejando a medio camino de sus labios el botellín de cerveza—. ¿En serio?

—Bueno, con un «¿nos vemos este finde?» me valdría —respondió Sergei—. No pido nada más elaborado.

Winnie no pudo contener más la risa y pensó que ya tenía claro lo que deseaba hacer. Giró la cabeza hacia su hermano.

—He pensado seguir con mis estudios —soltó de improviso.

Los tres la miraron, con ciertos grados de sorpresa dibujados en sus rostros

—No sabes cuánto me alegra oír eso —le respondió al fin Frank. Ali, sentada a su lado, asintió de igual manera—. Me parece una buena decisión.

Contenta con la respuesta de ambos, se acercó un poco más a Sergei para descansar contra su costado.

—Tendría que ir esta semana a Boston. Para arreglar papeles y buscar un nuevo apartamento. Anoche, Sergei y yo estuvimos hablando y, ya que se va

hoy para Newburyport, he decidido acompañarlo. Así podré marcharme a Boston cuando él parta hacia Moscú el martes.

—Me parece una idea muy buena —le contestó Ali mientras le tendía una mano por encima de la mesa y le daba un pequeño apretón. Su cuñada dejó de sonreírle para posar su mirada en Sergei—. ¿Moscú? ¿Y eso?

Lo vio tomar aire y asentir.

—Aún tengo allí unos asuntos de Iván que solventar. Espero poder dejarlo todo listo en unos pocos días.

Winnie se removió en su asiento.

—Y si no queremos marcharnos muy tarde, tengo que ir a casa antes a recoger algunas cosas para pasar la semana en Boston —dijo mientras se levantaba—. Aún le tengo que contar a mis padres lo que he decidido.

Sergei se puso en pie también, al igual que Frank y Ali.

—Se alegrarán mucho —le dijo su cuñada cuando llegó a su lado. La abrazó con cariño y le sonrió.

—Lo sé —asintió Winnie con seguridad tras separarse de la mujer.

—Tal vez, lo mejor sea que recoja mis cosas y salgamos directamente desde tu casa —intervino Sergei mientras le rodeaba la cintura con su brazo. Le encantaba esa proximidad y cercanía que dejaba entrever ese simple gesto. Sin pensarlo, asintió.

—Sí, es lo mejor. —Lo tomó de la mano para dirigirse hacia la casa—. Venga, *tovarich*, recojamos tus cosas.

A su espalda pudo escuchar la carcajada de Ali.

Winnie les contó a sus padres lo mismo que les había contado a Frank y a Ali y, al igual que estos, ellos también se alegraron de la decisión que había tomado, aunque por unos momentos temió que Robert se manifestara, a juzgar por su ceño fruncido, en contra de la decisión de su hija. Pero conforme

Winnie les hablaba de sus planes, el semblante del hombre fue cambiando poco a poco hasta mostrar una tenue sonrisa. Sergei sintió que lo miraba y se envaró, incómodo. Con un escueto gesto de su cabeza, Robert asintió y solo vio agradecimiento en su mirada.

—Cuida de ella, muchacho —lo oyó decir y Sergei le correspondió con fervor porque era eso lo que pensaba hacer.

Al igual que su marido, Colette le agradeció que estuviera siendo de tanta ayuda a su hija y que se hubiese ofrecido a llevarla a Boston. Por el rabillo del ojo vio sonreír abiertamente a Winnie cuando su madre se acercó a él y lo besó en la mejilla, lo que provocó que enrojeciera hasta la raíz del pelo. Unos minutos después ella subió a toda prisa las escaleras hacia su cuarto y menos de media hora después estaba metiendo su bolsa en el maletero, junto a la suya. Volvieron a despedirse de Colette y Robert Bradley, y ambos emprendieron camino hacia Newburyport.

Pararon a medio camino para tomar un sándwich y descansar un poco. Aunque el trayecto le estaba llevando un poco más de tiempo que el viernes anterior, a Sergei se le estaba haciendo más corto con Winnie sentada a su lado. No podía parar de sonreír, ese era el efecto que ella tenía sobre él. Se preguntó cómo había sido tan fácil enamorarse de ella, pero la pregunta no quedó mucho tiempo sin respuesta. Era preciosa, espontánea y divertida, decía lo que pensaba y tenía una entereza que la hacía admirarla aún más. Estaba enamorado de ella y ella parecía corresponderle. No recordaba haber sido tan feliz como en ese momento.

La miró por el rabillo del ojo y la encontró con su mirada azul puesta en él.

—No me mires así —le dijo conteniendo la sonrisa. Ella se removió en su asiento lo suficiente para poder fijar la vista en él sin tener que girar la cabeza.

—¿Así cómo? —preguntó con un gesto divertido y algo pícaro—. ¿Te pongo nervioso?

Sergei dejó escapar el aire de sus pulmones muy lentamente mientras trataba de no retirar la vista de la carretera.

—*Nervioso* no es la palabra correcta, Winnie.

La sonrisa de la mujer se vio reemplazada por una intensa mirada que lo hizo sujetar con más fuerza el volante, tragar saliva para humedecerse su agarrotada garganta, pisar un poco más el acelerador y desear que los kilómetros que faltaban por llegar a su casa fueran muchos menos.

Llegaron a Newburyport cuando el sol ya se estaba poniendo. El color del atardecer allí era distinto que en Clarendon, pero igualmente hermoso. El olor del aire era diferente, pero le gustaba ese aroma a salitre procedente del mar. Winnie cerró la puerta del coche y miró a su alrededor. Sergei había detenido su vehículo frente a una casa con un amplio y cuidado jardín. Tenía dos plantas y se notaba que era de reciente construcción. Sin aguardarla, él sacó ambas bolsas del maletero y se paró a su lado.

—Venga, vamos dentro.

Lo siguió sin articular palabra.

Abriendo la puerta, Sergei la invitó a pasar. Ante sus ojos se abría un gran vestíbulo y, a un lado, una escalera que llevaba al piso superior. Sin dejar de mirar a su alrededor, escuchó cerrar el portón a sus espaldas.

—¡Esto es enorme!

Sergei soltó ambas maletas en el suelo, junto a él. Se giró para terminar recalando en ella.

—No es tan grande como la casa que Iván me legó en su testamento. Esa sí que te hubiese parecido gigantesca.

—¿Qué quieres decir por *gigantesca*? —preguntó Winnie, visiblemente interesada.

—Pues tenía... creo que siete habitaciones, un salón formal para cenas de más

de veinte invitados, un despacho y una biblioteca. ¡Ah! Y habitaciones para el servicio.

—¡Vaya!

—A Iván le gustaba hacer las cosas a lo grande y que la gente lo supiera. Yo me decidí por algo bastante más modesto.

—Si era como me estás contando, te creo. Y ¿desde cuándo tienes esta?

—Desde hace un par de años —dijo con una sonrisa de satisfacción dibujada en su rostro—. Me gustó el lugar, y la promotora accedió a hacerme algunas modificaciones sobre los planos.

Winnie dio un par de pasos en dirección a las dobles puertas.

—Es preciosa.

—Ven, subamos. Voy a enseñarte el resto.

Lo siguió por las escaleras. Los escalones, de reluciente madera oscura, morían en un amplio rellano. Cargando con ambas maletas, Sergei entró en una de las habitaciones que a él daban. Era un amplísimo dormitorio, con dos grandes ventanas por las cuales debía entrar mucha luz por la mañana. Una cama de gran tamaño ocupaba el centro de la estancia decorada con sobriedad y en la que predominaban los muebles claros y de líneas rectas. Sergei dejó las maletas delante de un mueble bajo de cajones y se giró hacia ella.

—¿Te gusta?

—Me encanta. Asumo que este es tu cuarto, ¿dónde voy a dormir yo?

La pregunta lo hizo sonreír. Se acercó hasta ella y la tomó por la cintura para acercarla todo lo posible a su cuerpo. Buscó sus labios y los encontró dispuestos a que la besara. Los brazos de Winnie rodearon su cuello y su boca le dio la bienvenida. Era como si pudiese volver a respirar después de haber estado conteniendo largamente la respiración.

—Aquí, conmigo. ¿Te importa?

—Me habría importado si me hubieses enviado a otro cuarto. Quedarme

contigo era lo que esperaba hacer. Y lo que deseo —le respondió ella.

Sus palabras, dichas en un tono bajo y confidencial, parecieron afectarlo pues vio endurecerse la mandíbula masculina al instante. Un segundo después, su boca la asaltó, con hambre, como si hiciera una vida que no la besaba y no apenas unos minutos. De la garganta de Winnie emergió un gemido que lo desarmó y ya no hubo nada más importante para ella que estar en sus brazos aquella noche hasta que los despertara el amanecer.

A la mañana siguiente, Sergei se levantó temprano. Durante el fin de semana había prescindido de sus sesiones de *footing*, y lo echaba de menos. Sentía que necesitaba estirar las piernas y desentumecer los músculos. Cuando solo llevaba corriendo veinte minutos, bastantes menos de los que solía hacer casi a diario, la imagen de Winnie, dormida, lo hizo querer regresar a su casa mucho antes de lo habitual.

Entró en silencio en la habitación. Ella continuaba aún bajo las sábanas, tal y como la había dejado. Las tenía arremolinadas en la cintura y dejaban toda su espalda al descubierto. Se sintió tentado de ir hasta ella, retirar su larga melena de sus hombros y besarla en ese punto exacto en el cuello que tanto le gustaba y que la hacía derretirse entre sus brazos, pero estaba sudado y sabía con certeza que esos besos darían lugar a otros muchos más, y no se contentarían solo con ellos. Y él terminaría llegando tarde a la oficina. Así que, muy a su pesar, cogió ropa limpia del cajón de la cómoda y se encaminó hacia el baño.

Regresó a los pocos minutos y estaba ya a punto de terminar de vestirse cuando Winnie se removió soñolienta. El nudo de su corbata quedó olvidado entre sus dedos, solo atento a aquella preciosa mujer que ocupaba su cama. Con movimientos aún aletargados, Winnie se incorporó sobre sus codos y giró la cabeza a un lado y a otro. Parte de su cabellera le caía delante del rostro.

—¿Qué hora es? —preguntó con voz pastosa.

—Casi las ocho menos cuarto —se apresuró a contestar él mientras se sentaba en la cama.

Perezosa, Winnie se giró para quedar bocarriba. Le ofreció una radiante sonrisa y le extendió los brazos. La mirada de Sergei se deslizó por su cuerpo desnudo y sintió que el suyo reaccionaba ante aquella muda invitación que, sabía, no iba a poder aceptar. Aun así, se inclinó hacia ella.

—Buenos días.

—Buenos días —le respondió. Con los ojos aún pesados por el sueño, torció un poco el gesto—. Tienes el pelo mojado. ¿Te has duchado?

—Sí. He salido a correr un rato.

—¿Y me has impedido verte en pantalones cortos?

Sergei no pudo evitar reír.

—Estabas dormida.

—No me hubiese importado despertarme —le dijo ella con un mohín burlón dibujado en sus labios—. Me gustan tus piernas, ¿sabes? Son largas, y parecen las de un atleta. Y me gusta el cosquilleo que me produce en las palmas ese vello cuando...

—Winnie, vamos a tener que dejar aquí esta conversación o...

Ella lo interrumpió ofreciéndole una sonrisa sesgada mientras lo miraba de arriba abajo con descaro.

—O terminarás llegando tarde a la oficina. Lo pillo.

Él asintió con un enérgico cabeceo y un suspiro de resignación.

—Exacto.

—Aunque también me gusta cómo te sienta ese traje.

La mirada incendiaria de Winnie era mucho más de lo que Sergei podía soportar. Puso una rodilla sobre el colchón y este cedió bajo su peso.

—¿Ah, sí?

—Sí —le respondió ella con seguridad.

Sin poder pensar en otra cosa, Sergei se agachó y atrapó sus labios. Fue apenas un roce. Sin estar conforme con su ligero acercamiento, Winnie se incorporó un poco más y pegó su boca a la suya a la vez que los brazos femeninos se enredaban alrededor de su cuello y lo atraía hacia ella. Sergei sabía que debía acabar con esos besos antes de que fuera demasiado tarde, pero era tan difícil para él como para los salmones dejar de nadar contra la corriente. No tenía bastante de ella y le parecía que nunca lo tendría.

Winnie levantó la cabeza y le ofreció su cuello. Él colmó de pequeñas caricias aquella suave porción de piel y siguió por la línea de la mandíbula. Sin voluntad, Sergei continuó bajando hasta el dulce hueco entre su hombro y el cuello. Un largo suspiro abandonó la garganta de la mujer, que solo hizo encenderlo un poco más. Al fin, en su descenso, la boca de Sergei recaló en su pecho y, con cuidado, atrapó el pezón entre sus labios. Con suavidad, tironeó de él y Winnie se estremeció bajo su peso, instándolo a que continuara al apoyar una mano sobre su cabeza. Le fascinaba la manera tan desinhibida y natural con la que ella le respondía. En realidad, le fascinaba todo de Winnie. Quería estar con ella; quería besarla y abrazarla, tenerla bajo su cuerpo y hacerle el amor hasta que los dos estuviesen saciados el uno del otro, algo que no estaba seguro de que llegara a ocurrir. Incluso podría ser que quisiese que ese sentimiento durase siempre. Sí, era justo eso lo que quería: estar siempre así, junto a ella, como en ese momento. Se detuvo unos instantes y una frase en su mente lo golpeó con fuerza en el pecho.

La quería.

Sí, la amaba como no pensó que podría llegar a querer a nadie y estaba absolutamente convencido de que, aunque viviera mil vidas, aunque conociera a más mujeres, no querría a ninguna otra como la quería a ella.

Y aún no se le había dicho.

Se separó de ella muy despacio y la miró fijamente. La mueca divertida que había atisbado en los labios de Winnie se desvaneció cuando ella posó sus ojos en él.

—Sergei, ¿qué ocurre?

Tardó en reaccionar. Lo hizo esbozando una sonrisa sin dejar que su mirada vagara por aquel hermoso rostro a sus anchas. Dos palabras rondaban por su cabeza como si fuesen un mantra; dos palabras que significaban un mundo para él. Deseaba que ella supiese que la quería, aunque él jamás había sido dado a exteriorizar sentimientos. Pero quería que con ella fuese distinto así que tomó aire, dispuesto a decírselo. En el último segundo su garganta lo traicionó.

—Me... encantaría quedarme en la cama contigo todo el día, Winnie, pero no es posible.

—Lo sé —contestó ella con un gesto de rendición.

Por completo desilusionado consigo mismo, Sergei bajó la mirada y rehuyó la de ella.

—Necesito arreglar aún un montón de documentación que debo llevarme mañana —se justificó, muy a su pesar—, y malditas las ganas que tengo.

—A mí también me gustaría que te quedaras, pero lo entiendo. No quiero molestarte ni entretenerte.

—No eres ninguna molestia, y no quiero que pienses eso —le susurró con suavidad mientras le retiraba un mechón de pelo de la mejilla—. Me encanta que estés aquí.

Ella le ofreció una sonrisa que lo dejó sin aire en los pulmones.

—Está bien —respondió Winnie.

A regañadientes, Sergei se puso de pie y terminó de adecuarse el nudo de la corbata.

—Levántate cuando te apetezca.

Incorporándose, Winnie se cubrió las rodillas dobladas con las sábanas y las

pegó a su pecho.

—Lo haré ya. Así podré aprovechar la mañana para visitar a Sam y Martha.

—Me parece una buena idea. Pero reserva la hora del almuerzo para mí, ¿quieres?

Con un ágil movimiento, ella se arrodilló sobre el colchón.

—Esto no tienes ni que dudarlo.

«Si sigue mirándome de esa manera, no voy a marcharme», pensó Sergei con pesar. Lamentándose ya de su decisión, caminó de espaldas hacia la puerta, retrasando así todo lo posible el momento en que tuviera que apartar la mirada.

—Dejaré un juego de llaves sobre el mueble que hay junto a la entrada. Y el código de la alarma para que la conectes, ¿de acuerdo?

La sonrisa que ella le dedicó hizo que su pulso se acelerara por enésima vez en lo que llevaban de la mañana.

—Está bien. Hasta luego —se despidió ella con un gesto de la mano. Él la imitó y se maldijo en silencio por haber perdido la oportunidad de decirle que la quería.

—Adiós.

—Márchate ya, o no lo harás.

Divertido por sus palabras, Sergei asintió con energía, sabiendo que ella tenía toda la razón.

La mañana se le hizo eterna hasta que Margot llamó a la puerta de su despacho para decirle que Winnie había llegado.

Winnie apareció detrás de su asistente, con una sonrisa en los labios. Le agradeció a la mujer la cortesía de haberla acompañado y cerró tras ella. Tan pronto lo hizo, Sergei estuvo a su lado.

—Te he echado de menos.

La respuesta de Winnie fue atrapar su boca con un beso incendiario.

—Te aseguro que yo también —le respondió ella cuando ambos se separaron lo justo para poder respirar.

Con un divertido gesto, Winnie levantó una bolsa que llevaba en una mano y de la cual Sergei no se había percatado.

—He traído el almuerzo. Espero que no te importe.

—En absoluto.

—Así no perderemos tiempo.

Él arrugó el entrecejo.

—¿Perder tiempo?

—Tengo la secreta esperanza de que termines pronto con tus asuntos y podamos ir a dar un paseo. O lo que tú prefieras —le dijo con una genuina sonrisa dibujada en sus labios—. Bueno, ya no es tan secreta.

Como respuesta, Sergei la encerró entre sus brazos.

—Me parece una idea fantástica. Me daré prisa en dejarlo todo listo lo antes posible.

Mientras comían, Winnie le contó cómo había transcurrido su mañana. Tal y como le había dicho antes de salir de casa, había ido a visitar a Sam y Martha, y después había dado un paseo por la ciudad mientras hacía tiempo para ir a buscarlo a su despacho.

Sergei le habló del viaje. Le contó que iba para cerrar el asunto de la venta de una empresa. Le habló del hotel que su bufete de abogados le había buscado en Moscú; un hotel digno de los antiguos zares, le dijo, y Winnie rio con ganas.

Tan pronto como terminaron, recogieron entre los dos los envases vacíos de su almuerzo y Winnie se sentó en el sofá que había en la oficina, a la espera de que él terminara con sus asuntos. Sergei se afanó en concluir el papeleo lo más rápido posible. El día siguiente, a esa misma hora, estaría rumbo a Moscú, y

quería estar con Winnie todo el tiempo del que dispusieran. Se concentró en lo que tenía ante él, pero una y otra vez su mirada se dirigía a la mujer. Parecía leer algo en su móvil, así que no le prestaba atención, y él se permitió regodearse un poco con su presencia. Desde aquella mañana, tenía esas dos palabras, «te quiero», grabadas en su garganta. Esperaba encontrar el momento oportuno para decírselo. Quería que fuese especial, que no fueran palabras vacías dichas en un momento, casi sin pensarlo. Era algo que había estado meditando durante toda la mañana y, cuanto más pensaba en ello, más seguro se sentía. Con una sonrisa en los labios, cogió un pequeño trozo de papel de un bloc que había junto a la pantalla de su ordenador y escribió en él. Satisfecho, lo guardó en el bolsillo de su pantalón dispuesto a terminar con su tarea cuanto antes.

Apenas media hora después, Sergei apagó el ordenador y la pantalla.

—Listo. He terminado.

Winnie apartó la mirada de lo que estaba leyendo para clavar sus ojos en él.

—Entonces, ¿podemos marcharnos?

—Cuanto tú quieras —le respondió mientras se ponía en pie, guardaba la documentación que necesitaba en su maletín y lo cerraba con energía—. Soy todo tuyo. ¿A dónde quieres que vayamos?

Ella se levantó muy despacio, le ofreció una media sonrisa y caminó a su encuentro.

—Pensaba en que fuésemos a dar un paseo, pero ya que me dices que eres mío, mejor nos olvidamos del paseo, ¿quieres?

Con un rápido movimiento, un segundo después, Sergei estaba a su lado.

—Me parece una idea perfecta.

El avión para Moscú partía del aeropuerto internacional Logan, en Boston, a las tres de la tarde.

Habían decidido salir con bastante tiempo de antelación, así que dejaron Newburyport en cuanto terminaron de desayunar. Sergei le ofreció llevarla primero al campus o a donde quisiera, pero ella desestimó su oferta argumentando que quería despedirlo en el aeropuerto, y él no pudo, ni deseó, negarse.

Sentada a su lado, Winnie estaba más seria de lo normal. Y también más callada. La veía desviar la mirada hacia la ventanilla mientras se mordisqueaba el labio inferior, algo que Sergei intuyó que hacía sin apenas darse cuenta.

Se removió en su asiento buscando una posición más cómoda antes de llamar su atención.

—Winnie.

Ella se giró hacia él como si la hubiesen accionado con un resorte.

—Sí.

—¿Te ocurre algo?

Ella trató de negar con la cabeza, pero pareció replantearse su respuesta y se encogió de hombros.

—Me pone un poco nerviosa regresar a mi antiguo apartamento, eso es todo. Sergei asintió.

—Lo comprendo.

—No me apetece encontrarme con Freddy.

—A lo mejor, él no está allí —le dijo tratando de infundirle ánimos.

—Puede ser. No sé si aún sigue en Clarendon con sus padres, de vacaciones o si ya está en Boston... Lo cierto es que no me interesa nada que le concierna, salvo sacar mis cosas del apartamento y pasar página de una vez por todas.

El silencio se apoderó de nuevo del interior del vehículo. Sergei volvió a mirarla por el rabillo del ojo.

—Creí que tu malestar se debía a mi marcha —le dijo, tratando así de

arrancarle una sonrisa. Su frase tuvo el efecto deseado y ella correspondió a sus palabras.

—Así que quieres que te regale un poco los oídos, ¿no? ¿Te gustaría que lo hiciese? —le preguntó ella con cierta sorna.

—En realidad, no. Solo me gustaría que me dijese si me vas a echar de menos. Porque yo a ti, sí.

De soslayo pudo ver cómo la comisura de los labios de la mujer se elevaba en una suerte de sonrisa que hizo que sus ojos brillaran un poco.

—Creo que es lo más encantador que me han dicho últimamente —le confesó con ternura—. Te voy a echar de menos. Mucho. Y contaré los días para que estés de regreso.

Sergei tomó aire y se aferró al volante con fuerza.

—Cuando planeé este viaje, tú y yo aún... aún no teníamos nada, ni yo esperaba que esto fuera a surgir así. Ahora me gustaría no haberlo tenido programado. Al menos, cuando hace tan poco que estamos juntos.

—Me consuela saber que van a ser pocos días.

El asintió con energía, pero sin retirar ni un solo instante la mirada de la carretera.

—Intentaré cerrar el asunto lo antes posible. Y, si puedo, adelantaré el vuelo de regreso.

—Eso sería fantástico.

—Trataré de hacerlo, de veras —aseguró él. Era algo que pensaba intentar con todas sus fuerzas—. ¿Dónde te alojarás mientras encuentras un apartamento en Boston?

—He hablado con una buena compañera de clase, una amiga, en realidad. Me quedaré con ella mientras tanto.

Casi sin darse cuenta llegaron al aeropuerto. La terminal de salidas internacionales estaba ubicada en un grandísimo pabellón, en la parte Norte

del recinto. Después de dejar estacionado su coche y cargar con su equipaje, accedieron al edificio. Estaba repleto de viajeros que, como él, aguardaban a que en las pantallas se mostrara la información necesaria para embarcar.

No tuvieron que aguardar mucho. Tan pronto apareció su número de vuelo, Sergei facturó su equipaje y, con la tarjeta de embarque en la mano, se dirigió hacia el control de pasajeros. Antes de pasar se detuvo y se giró hacia Winnie.

—Creo que tengo que irme ya.

Con sus claros ojos clavados en él, Winnie apenas asintió. De su rostro se había borrado cualquier atisbo de sonrisa. Tenía los labios apretados y un rictus de seriedad que no era natural en ella. Sin pensarlo, Sergei retiró de su mejilla un mechón de su cabello y lo colocó con suavidad tras su oreja. Quería retener en su memoria y en sus dedos el recuerdo de su tacto. Acercándose más a él, Winnie se sostuvo de sus brazos, se alzó de puntillas y le dio un tenue beso en los labios que lo hizo gemir de pura frustración. Sin pensarlo, atrapó su boca y profundizó el beso mientras la ceñía por la cintura y la pegaba a él tanto como le era posible. Winnie le respondió como solo ella sabía hacerlo: poniendo su alma y su corazón.

Se separaron con la respiración agitada. Apoyó su frente contra la de ella y buscó sus ojos.

—Winnie...

—Sí, ya sé. Tienes que irte ya.

—Sí.

Winnie dio un paso atrás y puso distancia entre ellos.

—Ten cuidado, ¿quieres? —le dijo mientras le acariciaba la mejilla.

Él se regodeó unos segundos en el tacto de sus dedos antes de responderle.

—Lo tendré. Tú también, ¿de acuerdo?

La besó una última vez. Estaba a punto de girarse para incorporarse a la cola de personas que aguardaban su turno para pasar el control cuando recordó que

tenía algo que darle. Rebuscó en el bolsillo interior de su chaqueta, sacó un pequeño papel pulcramente doblado y se lo tendió.

—Toma.

—¿Qué es? —preguntó ella mientras él avanzaba en la cola.

—Nos vemos en unos días —le respondió justo antes de pasar delante de un empleado del aeropuerto que le pidió el billete de avión. Ella se quedó al otro lado, con una muda pregunta en su mirada.

Winnie lo vio caminar hacia un mostrador, dejar allí sus cosas y pasar bajo el arco. Sergei volvió a despedirse con un gesto de la cabeza. Sin darse cuenta, manoseó nerviosa el pequeño trozo de papel que él le había dado. Lo desdobló con cuidado y ante ella aparecieron unas palabras que, supuso, estaban escritas en ruso.

«*Ya tyebya lyublyu*».

—Pero... —dijo en voz alta. Alzó la vista, pero ya no vio a Sergei. Con rapidez sacó su teléfono móvil y tecleó en el navegador la frase. Solo tardó un segundo en obtener una respuesta.

«Te quiero».

Leerlo en la pantalla la dejó sin aliento. El corazón le bombeaba a mil en su pecho y lágrimas afloraron por sus ojos. Apretó los labios, guardó el papel en el bolsillo de su pantalón. Sergei aún debía tener encendido su teléfono. Buscó su número todo lo deprisa que pudo. Cuando ya creyó que no iba a contestar, escuchó la inconfundible voz del hombre al otro lado.

—*Winnie...*

—Lo he leído —lo interrumpió con el corazón queriendo salirse por su garganta.

—*Sí.*

—Espero que me lo digas en persona cuando regreses.

Lo oyó expulsar el aire.

—*Cuenta con ello.*

Tratando de controlar una sonrisa, ella se giró sin prestarle atención a nada de lo que sucedía a su alrededor.

—¿Cómo se dice en ruso «yo también te quiero»?

—*Ya tyebya tozhe lyublyu* —le contestó él de inmediato en un tono de voz mucho más grave y profundo, que hizo que un escalofrío recorriera su espalda.

—Bien. Pues *Ya tyebya tozhe lyublyu* —repitió ella muy lentamente, tratando de que su respuesta sonara lo más semejante posible a lo que él le había dicho. Aguardó unos instantes a que él le contestara. Incluso creyó que se había cortado la llamada. Con una expresión de extrañeza miró la pantalla.

—¿Sigues ahí? —preguntó con dudas.

—*¡Dios, Winnie!, ¡No sabes cuánto odio tener que marcharme! Retomaremos esta conversación cuando regrese, te lo prometo. Tengo que embarcar ya.*

—Sí, sí. Adiós.

—*Adiós.*

Colgó la llamada sin que la sonrisa se le borrara de los labios. Sabía que él cumpliría su promesa cuando volvieran a verse. Quería escucharlo decirle que la quería, en inglés, en ruso o en el idioma que fuera, le daba igual. Porque ella también lo quería. Estaba tan segura de ello como de que el sol salía cada mañana por el Este.

Sergei apagó su teléfono con desgana. Hubiese continuado charlando con ella un rato más, pero tenía un embarque preferente y una agradable azafata le pidió que la acompañara hasta el interior del avión antes de que los demás pasajeros ocuparan sus asientos.

En cuanto se acomodó y se ajustó el cinturón, su mente vagó hacia el único pensamiento que parecía ocuparlo esos días. O hacia quién, para ser más exacto, convino. No había tenido el valor de decirle mirándola a los ojos que

la quería, y se lo iba a estar recriminando a sí mismo hasta que le pusiera remedio. Jamás había sido bueno expresando sus sentimientos ante los demás. Era una idiotez, lo sabía, sobre todo porque con Winnie era distinto. Jamás se había sentido tan cómodo con alguien como se sentía con ella, con tanta libertad para mostrarse como era en realidad. Entonces, el recuerdo de las palabras de ella lo golpearon en el pecho:

«¿Cómo se dice “yo también te quiero” en ruso?»

Lo quería.

Se pasó una mano por el rostro. Ese viaje aún no había comenzado y él ya estaba deseando que finalizara. Iban a ser unos días condenadamente largos hasta que estuviera de regreso.

Winnie salió del aeropuerto y tomó el autobús que la llevaría hasta el centro de Boston. Desde ahí se encaminaría hasta el apartamento que había compartido con Freddy durante aquellos años. Tendría que hacer un par de transbordos, pero no le importaba. Había querido despedir a Sergei y desearle buen viaje.

«Cómo puede ser que ya lo eche de menos», pensó mientras se sujetaba a una de las barras del vehículo para no caerse. Sergei había irrumpido en su vida sin esperarlo, se había colado en su corazón y en su alma con esa manera de ser tan sutil y callada, tan genuina y franca. Y ella lo amaba precisamente por todo eso. Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó de nuevo el pequeño papel en donde él había escrito la frase que la había dejado sin respiración. La quería. Winnie pensó que, de no haber estado en público, estaría dando saltitos de alegría. La quería, y ella también a él, y no veía el momento en que regresara de su viaje y pudiera decirle mirándolo a los ojos lo que ella también sentía.

Su buen humor se vio empañado en cuanto bajó del vehículo e inició el camino que muchas veces había hecho antes, cuando vivía allí. Con cada paso que daba era como si le colocaran un peso sobre los hombros.

Temía el momento de entrar en el apartamento. Sí, allí había vivido buenos ratos con Freddy. Tenía que admitir que no todos habían sido malos. Fueron

buenos al principio, cuando su relación estaba comenzando. Eran jóvenes y el futuro aún era algo misterioso e ilusionante que debían descubrir. Pero esa época pasó, y ella no podía alejar de su recuerdo las últimas semanas que vivió entre esas cuatro paredes, ni podía dejar de recordar aquella noche, cuando se despertó en la cama, bañada en sangre. Apretó los labios y trató de contener las lágrimas que se estaban comenzando a formar tras sus párpados.

—Mierda —masculló entre dientes, sintiendo un nudo en el pecho.

No, no iba a comenzar a llorar por los sueños que allí quedaron. No, iba a ser fuerte. Recogería sus cosas, los restos de su vida durante los últimos cuatro años y dejaría ese periodo atrás. Ahora tenía un nuevo futuro por delante, un nuevo futuro con Sergei junto a ella.

Subió las escaleras hasta el piso en donde se encontraba el apartamento. Los pasillos estaban desiertos y no se encontró con ningún vecino, por lo cual dio gracias en silencio. No tenía ganas de entablar conversación con nadie, ni que nadie le preguntara qué hacía allí, o cuándo regresaría.

Al abrir, el apartamento estaba como siempre. Un poco más desordenado, tal vez. Los cojines que ella había comprado en su momento para el sofá estaban colocados de cualquier manera, y había papeles y revistas sobre la mesa del salón. Las ventanas estaban cerradas y eso hacía que pudiese apreciar un ligero olor a humedad.

Se dirigió hacia el dormitorio. La colcha de la cama, un regalo de su madre cuando Freddy y ella se mudaron allí, estaba mal colocada; colgaba de mala manera por una de las esquinas y las dos almohadas parecían haber sido arrojadas desde lejos. Sin querer perder mucho tiempo, abrió el armario. Allí, en la balda superior, había una bolsa de deporte que le serviría para llevarse la poca ropa que no había cogido cuando se marchó, sus libros y algún objeto más que tuviera algún significado especial para ella. El resto, que Freddy hiciera lo que creyera más oportuno, no le importaba. Dejaría los marcos de

fotos y lámpara de aceite que él le regaló cuando estuvo de viaje con sus padres en México. No quería nada que le hiciera recordarlo.

Descolgó las prendas de las perchas y las metió en la maleta sin detenerse a doblarlas. Hizo lo mismo con el interior de los cajones de la habitación. Los vació sin miramientos. Sus libros fueron lo siguiente a guardar. Sabía que le quedaban pocos lugares que inspeccionar y comenzó a albergar la esperanza de no tener que toparse con Freddy. Apenas ese pensamiento terminó de cruzar por su mente, escuchó la puerta del apartamento abrirse y cerrarse de inmediato. Con paso presuroso, y cargando con su pesada bolsa, salió de la habitación y se encontró frente a frente con Freddy.

Sintió el aire congelarse en sus pulmones. A unos pasos de ella estaba la persona con la que había compartido cuatro años de su vida; un hombre del que creía haber estado enamorada, pero por el que, ahora se daba cuenta, nunca sintió nada más allá que una ensoñación juvenil. Winnie alzó la barbilla con un gesto algo altanero y lo miró con dureza.

—Hola.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó el chico con un rictus de seriedad en su semblante.

«Y yo que esperaba que me lo pusiera fácil. Soy tonta», se recriminó en silencio.

—He venido a recoger mis últimas cosas —le contestó sin amilanarse.

Él miró a su alrededor y asintió muy despacio.

—Ya veo.

Un pesado silencio se hizo dueño de la habitación. Se olvidó de todo lo que habían compartido. En ese momento, ya solo eran dos extraños que debían cruzarse por última vez. Queriendo abreviar su estancia allí tanto como le fuera posible, Winnie fue hasta la cocina. Rebuscó en la alacena para rescatar un par de tazones que les había regalado Ali y a los que les tenía cariño. Con

ellos en las manos, regresó hasta donde había dejado la bolsa, los metió dentro y cerró la cremallera con más ímpetu del necesario.

—Entonces, ¿todo ha terminado?

Las palabras de Freddy la tomaron por sorpresa. Se giró hacia él y asintió.

—Sí. Ha terminado.

La expresión del chico se dulcificó un poco, y por unos instantes le recordó a aquel del que creyó haber estado enamorada.

—Winnie. Yo... lo siento, de veras. Créeme, por favor —le dijo mientras daba un paso en su dirección.

Esas palabras no tenían ningún significado para ella, ni la hacían sentir nada. Con los labios apretados asintió.

—Muy bien, te creo. Y ahora voy a marcharme. —Tomó la bolsa del suelo y se encaminó hacia la puerta. Antes de llegar a ella, la mano de Freddy se cerró en torno a su antebrazo y la detuvo.

—Winnie... —Ella creyó que iba a agregar algo más, pero el joven no lo hizo. En su lugar, la expresión de su rostro se endureció al clavar la mirada en su cuello. Notó cómo sus dedos la apretaban con más fuerza—. ¿Qué tienes ahí? Sin pensarlo, Winnie se llevó la mano al punto en el que él tenía clavada la vista. Entonces recordó que Ali le había señalado que tenía un pequeño morado, fruto de algún beso apasionado que Sergei le habría dado. Se lamentó por saber que él lo había advertido.

—No te interesa.

—Así que ya tienes a alguien —le soltó Freddy con acritud y dureza sin liberarla. Ella tironeó para zafarse y se alejó un par de pasos de él.

—Te he dicho que no te interesa —repitió mientras sentía la bilis subir por su garganta. Quería salir de allí cuanto antes.

—Pues por tu bien espero que no vuelvas a quedarte preñada.

Las palabras fueron como un puñetazo en el estómago. Los ojos de Winnie se

abrieron de manera desmesurada y tuvo que contener el impulso de abofetearlo. Apretó el puño y lo pegó con fuerza a su muslo.

—Eres un cerdo —espetó con fiereza.

En el semblante del joven apareció una sonrisa ladeada que hizo que un escalofrío la recorriera de arriba abajo.

—No fui yo la que se quedó embarazada, te lo recuerdo.

—Creí que ya no podías caer más bajo, pero veo que estaba equivocada —le contestó casi sin darse tiempo a pensar. Tomó aire, tragándose así las lágrimas que se le estaban formando tras los párpados y que se negaba a que él viera—. No, no fuiste tú quién pasó por eso. Y ahora sé que me arrepentiré el resto de mi vida de haber sido tan descuidada. En una cosa sí llevabas razón: fue lo mejor que perdiera a ese bebé, por mucho que me duela admitirlo, porque no habríamos sido felices juntos.

Freddy se echó hacia atrás y rio con sarcasmo. Aquella risa le atravesó el alma y se le clavó en el corazón.

«¿Cómo puede ser que alguien a quien creí haber amado me quiera hacer tanto daño?», pensó Winnie, con tristeza.

—¡Ja! Felices, ¡qué bonita palabra! —escupió Freddy cuando volvió a clavar en ella su dura mirada—. Y dime, tu nuevo novio, ¿él si te llama Winnie, como si sigieras siendo una niña pequeña?

Winnie se aferró al asa de la bolsa con tanta fuerza que se clavó las cortas uñas en la palma de la mano.

—Eso es algo que no te incumbe. Pero te diré algo de lo que me he dado cuenta en estos últimos meses: no era el hecho de que me llamaras Winnie o Winona, era tu maldita prepotencia y tu manía de desdeñar cualquier cosa que yo pensara. Tardé demasiado en darme cuenta del tipo de persona que eras, Freddy. Nunca te interesaron mis sueños... ni mis proyectos. No si no pasaban por ser iguales a los tuyos. Para tu información, y ya que tienes tanto interés en

saberlo, me llama Winnie, sí, pero puede llamarme por mi nombre de pila cuando quiera. Porque él si me tiene en cuenta, y puedo ser Winnie sin ningún problema. Y no tengo nada más que decirte, Freddy. Adiós, y espero no volver a verte nunca más.

Sin esperar una réplica, Winnie abrió la puerta y salió por ella con un rápido caminar. Rezó en silencio para que no la siguiera, que la dejara tranquila, que desapareciera de su vida de una vez por siempre y que nunca, nunca más tuvieran que volver a verse las caras.

Solo cuando llegó a la calle, Winnie se permitió el lujo de derramar las lágrimas que había estado manteniendo a raya durante toda la conversación. Sin parar de caminar, Winnie dejó que el llanto corriera por sus mejillas. Sintió que tenía el corazón apretado en un puño y que le costaba respirar. Y si antes, cuando iba de camino hacia el apartamento, había pensado que echaba de menos a Sergei, ahora lo hacía muchísimo más. Necesitaba que él estuviera allí y la abrazara, y que le susurrara al oído que todo iba a ir bien, como había hecho aquel día, tras la boda. Maldijo en silencio a Freddy y se juró que nunca más volvería a pensar en él. Para afianzar su recién tomada determinación se detuvo unos instantes para sacar del bolsillo el papel que Sergei le había dado. Lo acarició y recordó su rostro cuando se lo dio.

«Yo también te quiero». Winnie se aferró a la frase y deseó que la semana pasara rápido.

El camino hacia el apartamento de Tammy, su amiga de la universidad, se le hizo eterno. Era como si la bolsa que llevaba al hombro pesara cada vez más. Tuvo que detenerse en algunos momentos para tomar aire y secarse las mejillas.

Cuando al fin logró llegar, la chica, una encantadora morena con el pelo rizado y nariz algo respingona, la recibió con un largo abrazo. Tammy ya conocía su

historia con Freddy y lo de su embarazo malogrado. No le preguntó qué le pasaba, no le preguntó nada, y ella se lo agradeció en el alma. Tan solo deseaba acurrucarse en algún lugar y dejar que sus nervios se calmaran. Por un momento había creído que no podría soportar el enfrentamiento con su exnovio. Por fortuna, no se derrumbó.

Su amiga le permitió recostarse en su dormitorio y, allí, sobre los cojines, terminó por derramar las últimas lágrimas hasta que el sueño la venció.

Era ya de noche cuando salió de la habitación. Tammy estaba sentada en el sofá y Winnie se encaminó hacia ella.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó la muchacha dejando a un lado el cuenco de palomitas, que estaba por la mitad.

Winnie se pasó las manos por la melena y resopló.

—Mejor. Creo. —Sentía los ojos hinchados y la garganta seca—. ¿Puedo tomar un vaso de agua?

—Estás en tu casa, cariño. Claro que puedes.

Con un simple gesto de cabeza, Winnie fue hacia la pequeña cocina. El agua alivió su garganta. Sentía como si cientos de agujas la hubiesen atravesado. Con paso cansado se dirigió de nuevo hacia donde estaba sentada la chica y se arrojó pesadamente a su lado.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—Tres horas —le respondió.

—Vaya.

—Asumo que lo necesitabas.

Winnie se apresuró a asentir.

—Sí.

Un breve silencio se apoderó de la habitación hasta que Tammy lo interrumpió.

—No te lo ha puesto fácil, ¿no es cierto?

Una carcajada áspera y triste salió del pecho de Winnie casi sin ella pretenderlo.

—Es un buen eufemismo.

—Hijo de puta —oyó mascullar a su amiga.

Winnie descansó la cabeza en el respaldo del sofá y clavó la mirada en el techo. En la habitación había una única lámpara encendida y el resplandor de la televisión las iluminaba a las dos en mayor o menor medida, según la imagen que se mostrara en la pantalla.

—¿Tienes hambre? —preguntó Tammy.

—No, gracias.

—Deberías comer algo. Estás bastante más delgada que la última vez que te vi.

Con un suspiro, Winnie asintió.

—Lo sé. Pero, ahora mismo, no me entra nada. Gracias por preocuparte por mí.

Tammy le agarró la mano y la apretó suavemente.

—¡Hey! Para eso están las amigas —le dijo con una sonrisa que iluminó su bonito rostro—. Bueno, cuéntame qué planes tienes.

Winnie se encogió de hombros y giró la cabeza hacia la chica.

—Creo que quiero seguir estudiando. No me presenté a varias asignaturas y tendré que volver a cursarlas. Me da igual. Lo importante ahora para mí es encontrar un lugar en donde alojarme durante el curso.

—Seguro que encontraremos algo que esté cerca del campus. Y que esté bien de precio —la animó Tammy.

—Sí. Eso también es importante.

—Y que esté cerca también de algún *pub*, para que podemos ir los fines de semana a tomar una cerveza. Por pedir...

Las comisuras de los labios de Winnie se curvaron en una suerte de mueca.

Siempre le había gustado Tammy. Era alegre y divertida, y trataba de ver la vida con optimismo, algo que contagiaba a los que estaban a su alrededor. Era una buena compañía para ella en aquellos momentos. Sintióse más ligera, Winnie se retiró un largo mechón de la mejilla y lo sujetó tras su oreja.

—¿Sabes? Espero no estar muchos fines de semana en Boston.

Los ojos de la joven se abrieron como platos a la vez que una sonrisa traviesa iluminaba su rostro.

—¿Y eso? Clarendon es un viaje largo para ir todos los fines de semana.

—Pero no Newburyport.

Animada por primera vez desde que llegara, Winnie le contó sobre Sergei y la relación que habían iniciado. Le habló de cómo la había ayudado a reencontrarse consigo misma y cómo se sentía cuando estaba con él.

—Tan solo por lo que me cuentas, ya me cae bien —le confesó Tammy.

Winnie asintió sin dudar.

—Te caería bien. Al principio, pensé que era una persona seria y algo fría, pero no lo es. En absoluto. Al menos, conmigo no.

—Te brillan los ojos cuando hablas de él.

Reteniendo la respiración, Winnie sonrió por primera vez en ese día.

—Lo sé.

—No hay duda: estás enamorada, cariño.

—Mucho —le confesó, y ambas rieron con ganas.

—Y dime, ¿dónde está? Porque vive en Newburyport... ¡Por cierto! ¿No era allí donde vivía tu hermano?

—Sí. Es un buen amigo de mi cuñada. Ahora está de viaje de negocios. En Moscú.

—¡Vaya! ¡Moscú! —exclamó la joven abriendo de par en par sus expresivos ojos—. Suena importante.

—Se ha marchado hoy. Y ya estoy deseando que regrese —le dijo con un

cierto tono de tristeza en su voz.

La chica compuso una expresión divertida mientras sus dedos dibujaban un ficticio corazón en el aire. Volvieron a carcajearse. Había echado de menos aquellos momentos con su amiga y se alegró en silencio de haber tomado la decisión de pasar esos días con ella.

Tammy la interrogó sobre Sergei, preguntas que ella contestó sin escatimar información. Y conforme lo hacía se dio cuenta de cuánto había comenzado a significar en su vida.

Estuvieron charlando hasta que sintió que los párpados se le comenzaban a cerrar por el sueño. Tammy le dio una pequeña palmada en la pierna.

—Venga, vete a la cama y descansa.

Sin voluntad para llevarle la contraria, Winnie se levantó, se acercó a la chica y la besó en la mejilla.

—Buenas noches —le dijo y se giró en dirección hacia el dormitorio.

—Buenas noches —le respondió Tammy a su espalda—. Y que sueñes con angelitos rusos.

Winnie bajó la cabeza y sonrió. Sí, eso era lo que pretendía hacer.

El avión de Sergei tomó tierra en el aeropuerto internacional de Sheremetyevo, en las afueras de Moscú, cuando faltaban diez minutos para el mediodía. Estaba deseando bajar de aquel aparato y estirar las piernas después de más de trece horas confinado, si contaba también con el vuelo que había hecho escala en el aeropuerto de Washington.

Esperó con paciencia su turno en la aduana, hasta que le sellaron sus papeles y se encaminó hacia la salida. La puerta doble de la terminal de llegadas se abrió para revelar ante él un maremágnum de personas, con miradas más o menos expectantes, que aguardaban a sus seres queridos.

En la terminal, un hombre vestido con uniforme sostenía un letrero con su

apellido. Sergei se presentó ante él y lo saludó. El chófer, un taxista contratado por el bufete, iba a ser el encargado de llevarlo hasta su hotel. Los abogados no habían dejado nada al azar y eso le gustó.

Treinta y cinco minutos después, la entrada a la gran ciudad de Moscú era un hervidero de coches. Sergei agradeció en silencio que ya no fuera hora punta. Ver aquella cantidad de vehículos recorrer las amplias avenidas no dejaba de sorprenderlo. Aunque, para ser más exactos, lo que más le sorprendió fue el cielo, de un límpido color azul, y la agradable temperatura. Él había pensado que, al haber entrado ya en el mes de septiembre, el tiempo en Moscú sería más inclemente e invernal, pero no había contado con que fuera tan soleado como ese día en cuestión.

El taxi atravesó la bulliciosa ciudad y se detuvo ante un sólido edificio de seis plantas, que ocupaba la confluencia entre dos amplias calles. Sergei bajó del vehículo y se quedó parado ante la entrada. Una enorme puerta giratoria, de lustrosa madera y cristales impolutos, se erguía ante él. Un botones se apresuró a sacar su maleta del vehículo y, con un cortés gesto del brazo, le indicó que lo siguiera.

Si el exterior le había parecido apabullante, el interior lo dejó simplemente sin palabras. Parecía que, al traspasar el vestíbulo, hubiese retrocedido un siglo en el tiempo, a aquellos en los que los antiguos zares gobernaban Rusia. Todo a su alrededor rezumaba magnificencia: el alto techo acristalado, de un claro estilo *nouveau*, el dorado de sus balaustradas y los sillones de la recepción, el mármol de las estatuas y del suelo... Mirara donde mirase, era oropel y rancio esplendor.

Con paso calmado siguió al botones hasta el mostrador de recepción. Tras él, un hombre de mediana edad le sonrió antes de ofrecerle un comedido gesto de saludo con la cabeza.

—Buenas tardes —le dijo Sergei en un correcto ruso—. Tengo una reserva a

nombre de Sergei Lébedev.

Sin dejar de sonreír, el recepcionista tecleó en el ordenador que tenía ante sí.

—Sí, en efecto, señor Lébedev.

Con premura, Sergei le tendió su documentación y el hombre la recibió con cortesía. Apenas unos minutos después, le deslizó el pasaporte de regreso junto con la tarjeta magnética de la habitación y una pequeña cartulina en donde estaba apuntada la clave del wifi y su contraseña.

—Si es tan amable de seguir al botones, él le indicará su habitación. Que tenga una agradable estancia, señor.

—Gracias —le respondió.

Sergei hizo lo que le había indicado y fue tras él, que estaba siempre atento a que lo siguiera.

Abandonaron el ascensor cuando un suave timbre le anunció que habían llegado al piso solicitado. Al igual que el vestíbulo, los pasillos denotaban la categoría superior del establecimiento. Moquetas caras, maderas nobles en las paredes hasta media altura, apliques de luz bañados con un reluciente dorado. Cuando se quiso dar cuenta, se habían detenido ante una puerta doble al final de un pasillo. El empleado la abrió con una pequeña tarjeta magnética y aguardó a que entrara para hacerlo tras él antes de cerrar. Sergei jamás había visto una habitación como esa. No habían entrado a un dormitorio propiamente dicho, sino a una salita de estar, decorada con exquisito gusto, con mesas de cristal y patas de intrincados diseños dorados. Sedas adamascadas cubrían los dos amplios sofás, a juego con las abullonadas cortinas. El botones se encaminó hacia una puerta que había a su derecha, entró y salió a los pocos segundos, ya sin su maleta.

—Si necesita algo más, no dude en llamar a la recepción. El número está en el directorio, sobre la mesa. Si desea algo para comer, o beber...

—Está bien así. Muchas gracias.

Con una pomposa inclinación que lo incomodó en cierta manera, el hombre se retiró y cerró con cuidado tras de sí.

Cuando al fin se quedó solo, dejó escapar el aire de sus pulmones con una exagerada exhalación. Tanto boato y tanto servilismo no estaban hechos para él, pensó. Por supuesto que le gustaba el lugar, rodeado de tantas cosas bonitas –y claramente antiguas–, pero él habría preferido que el bufete le hubiese reservado habitación en un hotel donde no tuviera miedo de usar las sillas.

Con paso cansado se dirigió hacia el lugar en donde el botones había dejado su equipaje hacía unos momentos. Se quedó parado bajo el vano, contemplando todo a su alrededor. El centro de la inmensa habitación estaba ocupado por la cama más grande que él jamás hubiese visto. «¿Cuánto medirá esto? ¿Tres metros, al menos?», se preguntó en silencio sin salir de su asombro y tratando de entender para qué se necesitaba una cama tan grande. A menos que la quisiese compartir con alguien más.

Pensar en ello hizo que, sin remedio, Winnie acudiera a su cabeza. Sonreía solo por recordarla. No había sonreído tanto nunca antes en su vida. Lo hacía con toda su alma, sintiéndose verdaderamente feliz. También el corazón le latía desbocado en el pecho. Si cerraba los ojos, aún podía verla parada al otro lado de la puerta de embarque, con su increíble mirada clavada en él y sosteniendo entre sus dedos el pequeño papel que él se había atrevido a darle. Jamás había maldecido tanto un momento en concreto como aquel en el que tuvo que marcharse para coger el avión.

Miró el reloj. «¿Qué hora será en Boston?». Con rapidez calculó que serían las siete de la mañana y se preguntó si Winnie ya estaría despierta. Se moría por escucharla y decirle cuánto la echaba de menos.

«¡Dios, acabo de llegar y ya quiero marcharme!».

Miró la pequeña cartulina que el recepcionista le había facilitado con los datos del wifi, que aún sostenía en la mano, y sonrió. Con cuidado de no

equivocarse introdujo todos los caracteres en su móvil y trató de conectarse, pero no lo consiguió. Extrañado, volvió a repetir el proceso de teclear los dígitos y las letras. El resultado fue el mismo: el icono que le debía decir que estaba conectado al sistema inalámbrico del hotel no se activaba. Reinició su teléfono, sorprendido y maldiciendo por lo bajo. Esperaba que con esa simple acción se solucionara el problema, pero no fue así y el aparato siguió sin conectarse. Sergei soltó un bufido de impotencia.

—¡Venga ya! —exclamó. Miró el móvil; ya tenía un par de años, pero hasta ese momento había funcionado bien—. ¿Justo ahora te estropeas?

Rindiéndose ante la evidencia de que no iba a poder hablar con Winnie por Whatsapp o por Skype como había sido su intención dejó el aparato sobre la cama. Pasar el fin de semana en Clarendon y regresar a Newburyport con ella le había hecho olvidar que debería haber revisado el contrato de su operador de telefonía. Desilusionado, regresó hacia el salón, cogió el auricular del teléfono de sobremesa y marcó la extensión de recepción.

—¿En qué puedo ayudarle? —le contestó una voz femenina.

—Me gustaría hacer una llamada internacional, ¿es posible desde mi habitación?

—Por supuesto, señor.

La chica, con amabilidad, lo instruyó en cómo debía hacer para llamar a su país. Conforme, Sergei colgó dispuesto a marcar el número de Winnie.

Temió por unos largos momentos que ella no contestara o que aún estuviera durmiendo. Su ánimo estaba comenzando a decaer cuando oyó que descolgaron.

—¿Sí?

Escuchar aquella simple palabra hizo que retuviera la respiración.

—¿Winnie?

—*¡Sergei! ¡Hola! ¡No sabía que eras tú! En la pantalla ha salido un número*

*extraño.*

Casi a tuestas, Sergei buscó asiento en el sofá y se sentó en él, sin percatarse de lo que había a su alrededor. Se olvidó por unos instantes del lujo y la opulencia que lo rodeaba, con todos sus sentidos puestos en la mujer que estaba al otro lado de la línea, a tantos kilómetros de distancia. Se percató de que su voz sonaba aún algo ronca y adormilada.

—Es el del hotel en el que me alojo. Mi teléfono ha decidido estropearse justo aquí y no se conecta a Internet.

—¡Vaya! Entonces, ¿nada de charlas por Skype mientras estés allí? —le preguntó ella.

—Me temo que no —le contestó, desencantado—. ¿Estabas durmiendo?

—*¡No, no! Me desperté hace un rato. Anoche me acosté temprano y ya estaba levantada.*

Sonrió de nuevo y se reclinó sobre el respaldo del sofá.

—Me alegro. No me hubiese gustado despertarte.

—*Me gusta que me despiertes* —le respondió ella con el tono de voz un poco más bajo, y todo el cuerpo de Sergei reaccionó a aquella velada insinuación.

—Winnie...

—*¿Cómo fue tu viaje?* —le preguntó ella. Sergei agradeció en silencio que hubiese cambiado de tema.

—Largo. Agotador. ¿Te he dicho que largo?

La oyó reír y él sonrió en respuesta.

—*Sí, sí. Me lo has dicho. ¿Y qué tal Moscú?*

—Aún no he visto mucho de ella. El hotel en el que me alojo parece sacado de la época de los Romanov.

—*¿Quiénes?*

—Los últimos zares de Rusia.

—*Ah, vale* —contestó ella—. *Me suena de algo ese apellido, pero creo que*

*no tiene nada que ver con zares. O tal vez se lo haya escuchado a Ali, no sé. Entonces, ¿es bonito?*

—Mucho —le contestó él mientras paseaba la vista por su alrededor—. Algo ostentoso para mí, pero parece que la empresa no ha escatimado en gastos al traerme hasta aquí. Me encantaría que lo vieras. Está frente al teatro Bolshoi.

—*¿Ves? Eso sí que me suena* —le contestó ella en tono jocoso—. *Sería estupendo estar allí. Sobre todo porque estaría contigo.*

Sergei volvió a olvidar tomar aire hasta que sus pulmones se lo recordaron.

—Y a mí me gustaría que estuvieras aquí, te lo aseguro. Tengo en la habitación una cama que es demasiado grande para mí solo.

—*¿Proposiciones deshonestas, señor Lébedev?* —contestó ella.

—Son completamente honestas, te lo puedo asegurar.

Oyó un leve gemido de pura frustración procedente de Winnie que lo hizo alzar las cejas a la espera de que ella volviese a hablar.

—*Será mejor que dejemos esta conversación aquí, Sergei. Alguien me dijo una vez que el sexo a distancia es un poco frustrante.*

Ambos rieron a la par.

—Pero dime, ¿fuiste a tu apartamento? ¿Lograste arreglar lo que pretendías?

—le preguntó, interesado.

La risa de Winnie murió en ese mismo instante. Hubo un pequeño silencio en la línea hasta que ella contestó.

—*Sí. Lo arreglé todo* —le respondió, para añadir—: *Y me encontré con Freddy.*

El cambio de tono no le pasó desapercibido. Enderezó los hombros al escuchar el nombre del antiguo novio de Winnie, como si un hilo invisible hubiese tirado hacia arriba de su coronilla.

—Winnie, cielo, ¿estás bien?

La oyó suspirar y Sergei hubiese dado lo que fuera por estar en ese momento a

su lado.

—*Ya he pasado página* —le contestó—. *Ahora estoy bien, y sé que voy a estar bien.*

—Si de mí depende en algo, tenlo por seguro. —Las palabras abandonaron la boca de Sergei como si hubiesen tenido decisión propia, casi sin pasar por su mente, directas desde su corazón. Lo cierto era que no se arrepentía de habérselas dicho porque era la verdad. Odió la distancia que los separaba en ese momento con inusitada rabia.

—*Bueno, dejemos el tema de Freddy y cuéntame, ¿qué planes tienes para hoy?* —quiso saber ella, con un tinte un poco más alegre en su voz.

—Tengo que visitar el bufete esta tarde. Y supongo que luego me pasaré por la empresa. Quiero conocerla antes de firmar los papeles de su venta definitiva. Estuvieron charlando un buen rato, hasta que Sergei consideró que era la hora de darse una ducha antes de marcharse.

—Te llamaré en cuanto vuelva a estar un poco tranquilo, ¿de acuerdo?

—*Sí, por favor* —la oyó decir con un tono casi suplicante que lo hizo maldecir aquel inoportuno viaje—. *Una cosa más, este número que aparece en mi móvil, ¿es el de tu hotel?*

El asintió.

—Sí.

—*Dime tu número de habitación. Por si en algún momento quiero hablar contigo.*

—Estoy en la 419, hotel Metropol —se apresuró a responderle él—, pero la llamada te va a costar un dineral... supongo.

—*Bueno, nunca está de más que lo sepa. Y quién sabe cuándo me puede hacer falta. Aún no he probado si puedo hacerte llamadas desde mi teléfono al tuyo. Es bueno tener un plan B, ¿no crees?*

Sergei rio.

—Sí, por supuesto.

—*No quiero entretenerte más. Adiós, y cuídate.*

—Adiós, Winnie. —En la garganta de Sergei se quedó atorada la frase que estaba deseando decirle. Pero la próxima vez que ella la oyera no sería a través del teléfono ni leyéndola en un simple papel.

**T**ras descansar un poco y tomar una ducha, Sergei bajó al vestíbulo dos horas más tarde, dispuesto a pedir un taxi en recepción que lo llevara hasta el bufete de abogados que llevaba sus gestiones.

Uno de los recepcionistas, que Sergei estimó debía ser el encargado o el empleado de mayor rango, le informó de que estaba a su disposición un servicio de traslados para cuando lo necesitara, contratado también por el bufete. Agradecido, Sergei esperó tan solo cinco minutos hasta que un coche particular, bastante ostentoso, apareció en la entrada y el botones le anunció que era para él.

Sintiéndose algo cohibido, tomó asiento en la parte trasera del vehículo. El conductor, un hombre entrado en años y en kilos y vestido de manera impecable lo miró a través del espejo retrovisor.

—Buenas tardes, señor Lébedev —le dijo en su idioma natal—. ¿Dónde quiere que lo lleve?

Agradeciéndole la deferencia con un gesto de la cabeza, Sergei le indicó que lo llevara hasta el bufete de sus abogados. El chófer no necesitó ningún dato más y unos segundos después se habían incorporado al bullicioso tráfico de la gran avenida que discurría ante el hotel.

El tránsito de vehículos era denso a esa hora de la tarde. Muchos coches poblaban las calles; un mar de luces blancas y rojas que iban y venían. En más

de una ocasión, el conductor sacó la cabeza por la ventana para increpar a algún otro por haber hecho algo indebido, por haberse parado un segundo más de la cuenta en un semáforo, o simplemente por ir un poco más lento, por lo que a esas alturas Sergei pudo conjeturar.

Acababa de ponerse de nuevo en marcha cuando el hombre giró un poco la cabeza hacia él, desviando la atención de la circulación unos instantes.

—Lo siento mucho —se disculpó con una forzada sonrisa—. El tráfico a esta hora comienza a ser un dolor de cabeza. ¿Sabía que Moscú es la segunda ciudad del mundo con más atascos? Y le aseguro que nos lo ganamos a pulso, sí, señor. Ya me gustaría a mí decirle unas cuantas cosas a los del departamento de tráfico, ya.

Sergei no le contestó. Alzó un poco la comisura de sus labios y asintió varias veces para darle la razón. El chófer llevaba razón en cuanto al aparente caos circulatorio, pero consideró que actitudes como aquella no hacían sino empeorarlo. Deseando llegar pronto a su destino, trató de relajarse, aunque pensaba que eso iba a ser algo complicado de conseguir.

Veinte minutos después, el coche se detuvo delante de un alto edificio de oficinas. Sergei dio gracias en silencio al poner los pies de nuevo sobre la acera. Antes de despedirse, el conductor le tendió una tarjeta.

—Señor, puede llamarme cuando me necesite.

Ofreciéndole una educada sonrisa, Sergei se encaminó hacia la entrada del edificio. Al leer el directorio que encontró en el vestíbulo supo que las oficinas se encontraban en el noveno piso. Se dirigió hacia los ascensores y aguardó pacientemente junto a otras personas.

Cuando las puertas metálicas se abrieron en el piso solicitado, salió de él con paso decidido. El letrero luminoso colgado al fondo de un pasillo le indicó que, al fin, había llegado a su destino.

Sergei agradeció la suave música que le dio la bienvenida después del

ajetreado trayecto que había padecido hasta llegar allí. Una chica joven con una estirada cola de caballo y un encorsetado traje formal se acercó hasta él.

—¿Deseaba algo? —le preguntó con una mueca educada dibujada en su rostro.

—Soy Sergei Lébedev. Creo que me están esperando.

La sonrisa de la mujer se hizo más amplia al reconocer su apellido. Se movió hacia un lado y le hizo un gesto con el brazo.

—¡Sí, sí, por supuesto! Acompáñeme, si es tan amable —lo instó con cortesía.

Caminó tras ella por unos intrincados pasillos hasta que llegó ante una doble puerta de lustrosa madera. Sin llamar, la chica abrió. La amplia habitación, que Sergei supuso era una sala de juntas —a tenor de la amplia mesa ovalada que dominaba la estancia—, estaba vacía. La mujer mascullo una disculpa y lo dejó a solas.

Se acercó hasta la ventana. Las vistas que ofrecía eran espectaculares. Creía ver al fondo las cúpulas del famoso Kremlin. Estaba deseoso de poder verlo de cerca y dar un paseo por la Plaza Roja. Aunque, si lo pensaba con detenimiento, esas visitas serían mucho más placenteras si Winnie estuviese allí, con él, para disfrutarlas. La echaba tanto de menos que el mero hecho de pensar en ella lo dejaba sin aliento y sin poder centrarse en otra cosa más que en su visión, en el recuerdo de su risa y en el cálido tacto de su piel. Sacudió la cabeza y trató de alejarla de su mente. No era el momento adecuado para andar distraído.

El sonido de una puerta al abrirse lo sacó de sus cavilaciones. La joven que minutos antes se había marchado regresó acompañada de tres hombres, y estos se acercaron a él, sonrientes. El primero de ellos le tendió la mano y, antes de que Sergei se diera cuenta, lo estaba besando en las mejillas. Tres veces, al más puro estilo ruso.

—¡Bienvenido a Moscú! —le dijo en inglés, aunque con un fuerte acento que no podía ocultar.

Sergei agradeció su esfuerzo con un gesto de su cabeza.

—Podemos hablar en ruso, si lo prefieren —les dijo mientras paseaba la mirada por todos. Los tres asintieron, visiblemente complacidos y conformes.

—Como guste —le dijo el primero con una sonrisa condescendiente—. Creo que mi inglés está un poco oxidado. No como su acento ruso. Enhorabuena, por cierto. Pero permítame presentarme. Boris Goubarev. Y estos de aquí son mis socios, el señor Yuri Malev y el señor Mijaíl Egorov.

Las dos personas se acercaron a él e imitaron el saludo de su socio.

—Un placer conocerlos, señores.

Goubarev le sonrió. Rondaría los sesenta años, era algo más bajo que él y tenía un brillante y espeso pelo blanco, que destacaba sobremanera. Los otros dos, Malev y Egorov, eran más jóvenes, pero no mucho más, consideró Sergei con un rápido reconocimiento visual. Todos tenían en común una antigua elegancia en su manera de vestir.

—Muy bien, tenemos mucho aún que hablar y aclarar —le dijo Goubarev mientras lo palmeaba de manera amistosa en el hombro—. Si es tan amable de seguirnos, Masha nos traerá toda la documentación que necesitamos estudiar antes de la firma. Los distintos representantes de la empresa han sido citados hoy; para dentro de una hora, más o menos, estarán aquí los primeros.

Un poco abrumado, Sergei asintió y lo siguió hasta el otro lado de la habitación. El hombre tomó asiento y le indicó que hiciera lo mismo. Sus dos socios los imitaron.

—¿Y bien? ¿Qué le está pareciendo la tierra de sus antepasados? —le preguntó con un tono de voz afable.

—Aún no me ha dado tiempo de ver nada —se disculpó Sergei componiendo una sonrisa de puro compromiso.

—¡Pero eso no puede ser! —exclamó Goubarev con un vozarrón alzando las manos hacia el techo—. Tiene que visitar la Plaza Roja. ¡Y la catedral de San

Basilio! ¡Y el metro! ¿Sabe que es el metro más bello del mundo?

—He visto alguna foto, sí —convino Sergei.

—¡Pues tiene que visitarlo! —insistió el hombre con efusividad—. Trataremos de que los asuntos que lo han traído hasta aquí no le roben mucho tiempo y pueda disfrutar de su estancia en Moscú.

—Yo también lo espero.

En ese momento, Masha entró con tres grandes y abultadas carpetas entre sus brazos, que debían pesar bastante. La mujer llegó hasta ellos y dejó su carga sobre la mesa.

—Si me necesitan, estaré en mi oficina —les informó. Y sin más que añadir, salió de la misma manera sigilosa que había entrado.

Sergei se quedó mirando fijamente los documentos que había sobre la mesa. Por lo que podía atisbar, todo estaba escrito en ruso, como era natural. Él lo dominaba, por supuesto, pero eso no quería decir que no le supusiera un esfuerzo extra el que su mente estuviera pensando y trabajando de continuo en ese idioma. Tomó aire y trató de relajarse.

«Cuanto antes comience con esto, antes acabaremos», se dijo en silencio. Se irguió en su asiento y echó mano del teléfono móvil. Lo puso en silencio antes de coger una de las carpetas.

—Muy bien, señores. Pónganme al día y comencemos.

Con los tres hombres sentados junto a él, Sergei tomó los primeros informes y les echó una rápida ojeada.

—¿Qué pueden contarme de la empresa compradora? —preguntó sin levantar la cabeza del legajo de papeles.

—Es un grupo inversor muy potente. Y muy solvente. Grupo Skolkov. No sé si habrá oído hablar de ellos.

Sin mirarlos, Sergei negó con un gesto.

—No, nunca.

—Su presidente es un empresario bastante conocido. Es tenaz y concienzudo —oyó decir a Malev—. En verdad es un viejo zorro, ese Kozlov.

Escuchar el nombre de su anterior jefe le hizo levantar la cabeza como si lo hubiesen accionando con un resorte. Sergei entornó los ojos y miró uno a uno a los tres hombres que le acompañaban.

—¿Ha dicho Kozlov?

Egorov se reclinó en su asiento.

—Sí, en efecto. Igor Kozlov. Creí que había dicho que no lo conocía.

—Y no lo conozco —aseguró Sergei—, pero se apellida igual que mi antiguo jefe.

Malev asintió con vigor.

—Lo sabemos, por supuesto. Pero Kozlov es un apellido bastante común aquí, en Rusia. Es como llamarse... Smith en Estados Unidos, tengo entendido —le contestó con una sonrisa torcida que no complació del todo a Sergei.

Miró a los abogados en silencio, uno tras otro. Era una verdadera casualidad que alguien apellidado Kozlov fuera a comprar su empresa. «Supongo que las casualidades existen», pensó. Se enderezó en su asiento y regresó la mirada hacia los documentos que tenía abiertos ante él. Antes de leer siquiera una línea, la puerta del despacho se abrió y Masha asomó la cabeza por el hueco.

—Señor, el gerente de la empresa ya está aquí. ¿Desea que le diga que puede pasar?

Boris Goubarev se puso en pie y se colocó bien la corbata en un gesto algo coqueto.

—Por supuesto, Masha. Dígale que pase.

Winnie se levantó muy temprano. Sin hacer ruido fue hasta la cocina y buscó el café. Necesitaba despejarse antes de salir, y la cafeína la ayudaría.

Unos minutos después, con una taza en la mano llena del oscuro y humeante

brebaje, se encaminó hacia el salón y se sentó en el sofá. Quería repasar mentalmente qué pasos debía dar antes de salir. Tenía que ir en primer lugar a la universidad. Necesitaba inscribirse en las asignaturas que no había cursado el último cuatrimestre. Y no estaba segura de si lo haría en alguna más porque prefería ir sobre seguro. Había perdido casi un año, era cierto, pero no era ninguna tragedia, al menos no lo era para ella. Nunca había destacado por ser una estudiante brillante, de esas cuyas notas siempre sobresalían del resto de alumnos, pero era aceptable. Y entregada. Le gustaba estudiar, ponerse objetivos y darse cuenta de que podía cumplirlos. Sonrió satisfecha. Sí, así iba a tomarse ese nuevo curso: iba a dar todo lo que pudiera, incluso un poco más. No iba a engañarse, lo hacía por ella misma, por supuesto, pero también lo hacía para demostrarle a Freddy que no necesitaba estar a su sombra; que no necesitaba de todas esas horas de estudio conjunto, en donde él le demostraba cuánto sabía y cuánto podía enseñarle.

Dio un sorbo al café, pensativa.

«¿Cómo es que no me di cuenta antes de esas pequeñas cosas que, ahora lo veo, lo hacen insufrible? Tal vez fue porque estaba enamorada, o creí estarlo —recapacitó, sintiéndose enfadada consigo misma—. No, no me di cuenta hasta que la caída de su fachada de chico y novio perfecto me salpicó en la cara. Y porque he tenido la suerte de encontrar a una persona que no necesita demostrarle nada a nadie».

Recordar a Sergei siempre hacía que su corazón comenzara a latir más fuerte y que su pulso se aligerara sin ella pretenderlo. No podía ocultarlo: estaba enamorada de él como, creía, jamás había estado enamorada de Freddy. Aquello había sido un amor adolescente, una mera fascinación por el chico más popular de la clase, que además se había fijado en ella. ¡Qué lejos quedaba eso! Y ella ya no era esa chica. Ahora era una mujer que había pasado por una dolorosa experiencia y que se había enamorado de un hombre

que le demostraba con solo mirarla cuánto significaba para él.

Con una maldición en los labios se levantó del sofá y dejó la taza dentro del fregadero. Odiaba tenerlo tan lejos en esos momentos, justo cuando acababan de descubrir lo que significaban el uno para el otro.

«Ojalá llegue pronto el final de semana —deseó en silencio—. Y que él esté ya de regreso».

Se dirigió al dormitorio y se vistió con premura. No tenía tiempo que perder. Sabía que, algunas veces, las colas que se formaban en la secretaría de la universidad eran interminables y había que malgastar varias horas hasta ser atendido. Con su bolso colgado al hombro y con toda la documentación que suponía que le iba a hacer falta, abandonó el apartamento mientras cerraba despacio tras de sí para no despertar a su amiga.

El campus ya rebosaba de actividad. Los alumnos que debían examinarse de alguna asignatura pendiente pululaban por las inmediaciones, la mayoría con su atención puesta en libros y apuntes que no cesaban de repasar, aunque estuviesen caminando. Winnie apretó el paso y se dirigió hacia el edificio administrativo. Por fortuna para ella, la cola que había delante del despacho solo la conformaban cuatro o cinco estudiantes. Satisfecha, se colocó tras el último y esperó a que fuera su turno.

Una hora más tarde, Winnie abandonó la secretaría de la universidad con todos los papeles en regla y las matrículas de las asignaturas debidamente conformadas y selladas. Contenta como no se había sentido en mucho tiempo, salió al exterior. El tiempo parecía acompañar a su buen humor. Pese a estar ya en septiembre, los días aún eran cálidos y soleados, y una ligera brisa mecía las hojas de los muchos árboles que poblaban el campus. De repente, detuvo el caminar ligero y animoso que había mantenido hasta ese momento al ver, a unos metros de distancia, a los que habían sido sus amigos hasta ese

curso, suyos y de Freddy. Habían estudiado juntos en el instituto, en Clarendon, y todos ellos habían elegido Boston para cursar sus carreras. Sam, Bobby, Annie y Cam se detuvieron también al verla. Winnie se quedó clavada en donde estaba, sin saber bien qué hacer. Intercambió unas miradas con ellos, insegura de si acercarse a saludarlos o no. No le hizo falta, los cuatro se miraron entre sí, azorados y, como uno solo, giraron hacia la derecha y la ignoraron mientras aceleraban el paso para acabar cuanto antes con aquel incómodo trance, sin mirar ni una sola vez hacia atrás. Winnie no podía creer lo que acababa de presenciar, y darse cuenta de ello la dejó sin aliento. Se sintió dolida, como si le hubiesen clavado un afilado cuchillo en la espalda. Estaba muy claro por su actitud que aquellos ya no eran sus amigos y que habían elegido bando, y no el suyo, precisamente.

Se quedó mirando cómo se perdían de su vista cuando el sonido de un mensaje de teléfono la hizo regresar. Buscó el aparato dentro de su bolso. Era Tammy. Abrió la aplicación de mensajería al instante.

Tammy: «¿Tardas en regresar?».

Se apresuró a contestarle, intrigada por la pregunta.

Winnie: «No mucho. ¿Por?».

Tammy: «Tengo algo que contarte. Te espero».

Y a la frase la seguía un montón de pequeñas caras que le guiñaban un ojo.

En silencio, Winnie agradeció la llegada de ese mensaje. Por unos momentos había logrado olvidar el incidente con sus antiguos amigos. Porque ahora ya no podía considerarlos como tales. Tal vez, algún día, las aguas regresaran a su cauce y ellos vieran la injusticia que habían cometido. Decidida a no darle más vueltas, se aferró a todos los papeles que llevaba entre los brazos y puso rumbo de regreso al apartamento.

Apenas llamó, una eufórica Tammy le abrió la puerta. Su bonito rostro sonreía de oreja a oreja y daba saltitos de emoción, como si le costara contener un

entusiasmo que, por ahora, Winnie no entendía a qué se debía. La chica cerró tras ella y, tomándola del codo, casi la arrastró al salón e hizo que se sentara en el sofá. Ella lo hizo a su lado, un poco girada para que pudieran mirarse de frente.

—A ver, ¿qué te ocurre? —le preguntó Winnie con tono calmado.

—Ya tienes apartamento.

Los ojos de Winnie se achicaron con extrañeza.

—No te entiendo.

La sonrisa de Tammy se hizo aún más amplia, si eso era posible.

—Cordelia, mi compañera, me ha llamado para decirme que le han dado una beca en Los Ángeles ¡y que se marcha! Vendrá en unos días a recoger sus cosas.

—¿Y? —preguntó Winnie arqueando una ceja.

—¿Cómo que y? —enfaticó—. ¿No tenías que buscar un apartamento? ¡Pues ya lo tienes! Te quedas conmigo.

Como si de repente hubiese comprendido lo que su amiga le acababa de contar, los ojos de Winnie se abrieron de manera desmesurada.

—Oh, ¡oh! ¿En serio?

Tammy asintió con un exagerado gesto.

—¡Sí, sí! A menos, claro, que no quieras quedarte a vivir conmigo. En cuyo...

Winnie no la dejó acabar. Se arrojó hacia ella con ímpetu.

—¡Por supuesto que quiero! ¡No podría pensar en un arreglo mejor!

Se mantuvieron abrazadas unos segundos, hasta que ambas se separaron sonrientes y extasiadas.

—¡Es que no puedo creerlo! —admitió Winnie—. ¡No voy a tener que buscar apartamento! Compartiendo los gastos, incluso es más barato que lo que teníamos Freddy y yo.

—¡Sí! Te ha salido redonda la jugada, cariño —le dijo Tammy mientras le

guiñaba un ojo.

Winnie pensó que llevaba razón. No podría haberle salido mejor ni aunque lo hubiese planeado. Iba a vivir con una buena amiga, pagando una renta más que aceptable y con Sergei a menos de una hora de distancia.

—¿Te ha dicho Cordelia cuándo se marcha? Es para saber cuándo podría mudarme. Me gustaría hacerlo unas semanas antes de que comenzaran las clases.

—No lo sé —le respondió Tammy encogiéndose de hombros—, pero conociéndola como la conozco ella hará lo posible para marcharse en cuanto pueda. Así que, por esa parte, puedes estar tranquila. Si no, ya nos apañaremos.

Asintiendo, Winnie dejó escapar el aire de sus pulmones. Después de esa fantástica noticia, necesitaba que su corazón volviese a ritmos normales.

—Estupendo.

—Dime, ¿qué vas a hacer mientras tanto? —le preguntó Tammy.

—No lo sé. Supongo que tendría que regresar a Clarendon para traer mis cosas. Aunque mi madre también me las podría enviar. Lo que necesito por ahora lo tengo aquí. No sé, todo es tan precipitado que aún tengo que ordenar mis ideas.

—¿Y volver a Newburyport con tu chico? También podría ser una opción.

La manera en que Tammy se dirigió a Sergei como «su chico» la hizo detenerse un momento. Nunca había sido una persona de darle un tratamiento posesivo a sus parejas, ni con Freddy antes, ni con Sergei ahora. Pero tenía que admitir que pensar en él como suyo hacía que el corazón se le aligerara.

«Esto es algo que me gustaría *debatir* con Sergei. Muy seriamente, sí, señor», sopesó con una sonrisa dibujada en los labios. Aunque reticente a dejar a un lado esa idea, fijó su mirada en su amiga y arrugó la nariz, algo contrariada.

—No regresa a Boston hasta el domingo —le respondió. De repente, sintió

que su buen humor se esfumaba poco a poco. El final de la semana se le antojaba aún muy lejano. Y, si quería ser por completo sincera consigo misma, tenía que admitir que eso era aún demasiado tiempo para verlo.

—Bueno, pues espéralo aquí —le dijo Tammy—. O, mejor aún: dale una sorpresa y preséntate en Moscú.

Los ojos de Winnie se abrieron como platos ante la sugerencia.

—¿Presentarme allí?! —exclamó sorprendida ante la idea de la chica—. ¡Como si Moscú estuviera a la vuelta de la esquina!

Tammy hizo un gesto con la mano.

—Vale, sí, el viaje puede tardar sus buenas horas, pero ahora puedes comprar un billete en menos de lo que actualizas tu perfil en las redes sociales. A menos que el dinero sea un problema. Si es así, no he dicho nada.

—Ese no es el problema —la interrumpió Winnie torciendo un poco el gesto y mientras la idea se iba asentando poco a poco en su cabeza—. Tengo dinero ahorrado. Para iniciar el curso y algo más. Además, ahora que sé que voy a necesitar menos mensualmente...

—¿Entonces? ¿Tienes tu documentación? ¿Tu pasaporte?

—Sí...

—¿Ropa suficiente para unos días? ¿Bragas limpias? —le dijo su amiga con una enorme y burlona sonrisa dibujada en su afable rostro—. Puedo prestarte lo que quieras.

Winnie estalló en carcajadas.

—¡Estás loca, Tammy!

—Pero admite que te gusta mi idea. Y que te tienta.

—Me tienta, eso no te lo voy a ocultar.

Los ojos de la chica se abrieron como platos.

—¡Mierda!

—¿Qué? —preguntó Winnie alarmada por el cambio tan drástico en su

expresión.

—Lo más probable es que necesites un visado. ¡Y tardan días! ¡Joder, adiós a tu viaje!

Las palabras de su amiga la golpearon en el pecho. Era cierto, necesitaría un permiso para entrar en el país, y eso no se conseguía de un día para otro.

Entonces, el recuerdo de haber hecho precisamente esas gestiones volvió a su mente. Se levantó dando un salto, corrió hacia donde había dejado la bolsa con todas sus cosas y rebuscó hasta que encontró su pasaporte. Dentro, doblado en cuatro, estaba el documento que una vez gestionó para ir con Ali a Rusia y que, al final, no utilizó al haber cancelado el viaje. Buscó con nerviosismo la fecha para verificar si tenía validez y una sonrisa radiante iluminó su rostro al ver que aún estaba vigente. Con él en la mano cual trofeo, regresó hasta donde estaba su amiga.

—¡Tengo el visado!

—¿Cómo... cómo que tienes el visado? —le preguntó su amiga enderezando la espalda.

—Hace un par de años planeé un viaje a Rusia con mi cuñada. Se quedó embarazada y ¡adiós muy buenas!, me quedé sin viajar.

Visiblemente emocionada, Tammy palmeó varias veces, eufórica.

—¡Eso es fantástico! A ver, dame entonces.

Sin darle tiempo, la chica le arrebató el teléfono móvil y tecleó en él con pericia. Unos instantes después le mostraba la pantalla.

—Mira, hay un vuelo esta misma noche desde Boston a Moscú. Y aún tienen plazas. ¿Qué me dices?

Winnie miró fijamente el teléfono, considerando la posibilidad que tenía ante ella. Le apetecía muchísimo la idea de encontrarse con Sergei antes y, ya de paso, visitar al fin aquella famosa ciudad.

Su mente repasó todo lo que podría necesitar, y consideró que no le faltaba

nada. Con decisión, y pensando que hacía lo correcto –o, al menos, lo que más le apetecía hacer–, eligió el vuelo e introdujo los datos que le solicitaba la compañía aérea. Unos minutos después, el tintineo de un correo entrante en su móvil le anunciaba que ya tenía la reserva a su disposición. Con los ojos brillantes, levantó la cabeza y fijó la mirada en su amiga.

—¡Listo! Ya tengo los billetes.

—¡Ay! ¡Cuánto me gustan estas cosas! —aplaudió la chica—. Es tan romántico que vayas a buscarlo. Ya verás cuando te vea aparecer.

Winnie tenía que admitir que el entusiasmo de Tammy era contagioso. Además, tampoco era que hubiese necesitado que la convenciera mucho para tomar la decisión. Echaba de menos a Sergei, y verlo antes de lo que había pensado era algo que la atraía poderosamente.

La joven, que aún estaba sentada frente a ella, se levantó del sofá como si la hubiesen pinchado con una aguja.

—Venga, no tenemos tiempo que perder. Vamos a ver qué tienes y qué podrías necesitar.

Riendo, ambas se encaminaron hacia la habitación de la chica agarradas del brazo.

—No sé si voy a cometer una locura o no, Tammy —le dijo—. Pero, si lo es, esta locura me hace muy feliz. ¡Ah! Voy a llamar a mi madre y contárselo. Quiero que sepa que me voy a Moscú a buscar a Sergei.

Tammy la besó en la mejilla.

—Venga, llámala. Y vamos a preparar tu maleta. Tenemos que estar en el aeropuerto antes de las nueve de la noche.

Sergei pensó que aquello no terminaría nunca. A las primeras carpetas de documentación siguieron los libros contables, los listados de empleados, proveedores y Dios sabía qué más. La gran mesa de juntas estaba repleta de

información sobre la empresa. Se pasó la mano por los ojos y bufó ante tanta información.

—¿Cansado? —le preguntó Goubarev mientras se sentaba de nuevo a su lado.

—Un poco, sí. Aún tengo desfase horario, eso es todo.

El hombre asintió de forma comprensiva. Había mostrado una manera muy metódica de afrontar el trabajo, así como de gestionarlo, y Sergei pensó que, pese a su edad, tenía más energía que él mismo.

Hacía poco más de cinco minutos que se habían marchado los contables de la empresa los cuales, durante más de cuarenta y cinco minutos, les habían leído y explicado los números que arrojaba la actividad empresarial. Sergei se sentía cansado, pero aun así estaba muy satisfecho por cómo se estaba desarrollando el asunto.

—Podemos tomarnos un descanso, si lo desea.

—No, no. Me gustaría terminar lo antes posible.

Después de la exposición de informes, tablas de datos, gráficos y números, lo que Sergei quería era marcharse al hotel, tumbarse en la cama, hablar un rato con Winnie y descansar. Se quitó las gafas, las dejó a un lado y se masajeó los ojos.

Unos instantes después, Egorov se acercó a él con una nueva carpeta y la dejó ante él. Sergei lo miró de soslayo y exhaló ruidosamente. Todo aquello parecía que no iba a terminar nunca. El hombre desplegó ante él un fajo de papeles.

—Necesitamos que firme esta documentación, por favor.

A Sergei las letras ya le bailaban al mirarlas. Se puso de nuevo las gafas e intentó concentrarse.

—¿Qué son estos documentos? —quiso saber.

El hombre se irguió a su lado, con un gesto serio.

—Presentación de la transacción ante los departamentos correspondientes del gobierno federal. Algunos son por triplicado. Pura burocracia.

Sergei asintió muy despacio. «Bueno, esto me va a llevar un buen rato», consideró en silencio.

—Deberían agilizar estos trámites con el gobierno, ¿sabe? —le dijo Egorov, que permanecía a su lado mientras él firmaba un documento tras otro—. Estamos en la era digital. Bueno, yo soy de otra generación, por supuesto, pero le he oído decir a nuestro primer ministro que los datos son el nuevo petróleo. Puede que lleve razón, ¿no está de acuerdo?

Sin levantar los ojos del papel, Sergei asintió sin ganas.

—Claro, por supuesto.

El montón de papeles iban aumentando según Sergei los firmaba. Egorov lo ayudaba mientras tanto a retirarlos, para que así pudiera ir más rápido.

Cuando terminó de firmar toda la documentación le dolía la mano. No sabía cuántas veces había puesto su nombre. Soltó el bolígrafo y se masajeó la muñeca.

Los rostros de los tres hombres que lo habían acompañado eran de satisfacción. Lo cierto era que él también estaba satisfecho. Gouberev se sentó a su lado de nuevo.

—Tan solo queda decirles a los abogados de Skolkov que ya se puede hacer efectiva la firma ante notario tan pronto como sea posible.

—Sí, por favor. Tengo un vuelo que coger este mismo fin de semana, y no me gustaría retrasarlo.

—¿Le parecería establecerla este mismo viernes? Masha puede gestionar la agenda y...

Como si la mujer hubiese sabido que habían estado hablando de ella, abrió la puerta y entró con una pequeña tarjeta en su mano.

—Con permiso. Traigo un mensaje para el señor Lébedev.

Sin esperar a que ninguno de los presentes le dijera nada, dejó ante él el trozo de cartulina. Sergei la miró con extrañeza.

—Gracias, Masha —le dijo antes de tomar la misiva y leerla.

Se extrañó al ver en ella el nombre de Igor Kozlov. Leyó con detenimiento.

—¿Es algo importante?

Sergei arrugó el entrecejo.

—Kozlov quiere que nos conozcamos antes de la firma de compraventa, así que me invita mañana. En su domicilio.

Los abogados se miraron los unos a los otros.

—El señor Kozlov tiene una gran reputación dentro de la sociedad moscovita. Recibir una invitación de su parte no es cualquier cosa —le aseguró Malev con un tono de voz que Sergei no supo decidirse si se trataba de sana envidia o de absoluto fastidio. Torció el gesto y volvió a quitarse una vez más las gafas.

—¿Qué le va a contestar? Irá, ¿no es cierto? —quiso saber Egorov.

Sergei paseó su mirada por los tres hombres. Parecía que la sombra de Kozlov era alargada, y lo tacharían de loco si decía que no le apetecía aceptar la invitación. Esa era la realidad: no le apetecía en absoluto, pero no era tan mal educado como para declinar la invitación de una persona que parecía tener un peso específico dentro del mundo empresarial de aquella ciudad. Con ciertas reservas, Sergei asintió.

—Sí, asistiré. —Levantó la mirada y la posó en la mujer, que aguardaba su respuesta—. Envíele una nota y agradézcale su invitación. Dígale que acepto con gusto. Mañana, allí estaré.

Con una educada sonrisa, Masha abandonó el salón, dispuesta a transmitir el mensaje de Sergei a Igor Kozlov.

Sintiéndose muy cansado, Sergei se levantó del asiento que había ocupado durante las cuatro últimas horas. Los tres abogados lo imitaron.

—Señores, si hemos acabado, me gustaría marcharme ya. Que tengan un buen día.

Y sin más, Sergei abandonó el bufete de abogados en dirección a su hotel.

Winnie siguió a los demás pasajeros cuando abandonó el avión. Continuó por los pasillos hasta que encontró el cartel que le indicaba por dónde debía continuar si tenía otro vuelo que coger, como era su caso.

Todavía se sentía un poco amodorrada. Había dormido gran parte del viaje hasta Múnich y sentía que no estaba despejada del todo. No le importaba. Aún tenía por delante una espera de cuatro horas en la terminal del aeropuerto alemán antes de tomar el avión que la llevaría sin escalas hasta Moscú.

«Aunque lo mismo vuelvo a quedarme dormida mientras espero».

Tras una caminata de diez minutos y recorrer casi medio aeropuerto, Winnie llegó a la sala en donde debía esperar. Buscó a su alrededor y encontró un gigantesco reloj en una pared de cemento que moría en el alto techo de vigas de acero. Las ocho de la mañana. A su lado, más pequeños, había varios relojes que señalaban la hora de distintas capitales del mundo. Fijó la mirada en el que decía «Moscú» y sonrió. Mostraba una hora más. Tan solo una hora de diferencia la separaba de Sergei, aunque técnicamente serían bastantes más si tomaba en cuenta las que tenía que estar allí y las que pasaría volando. Sacó el móvil. Aún mantenía el horario de Boston. Lo cambió de forma manual y lo devolvió a su bolso.

Sintiendo un agradable cosquilleo en el estómago, buscó un asiento cerca de los aseos y se dispuso a esperar hasta que el nuevo vuelo estuviese preparado

para despegar. Eso era algo que estaba deseando que ocurriera porque no veía el momento en estar de nuevo entre los brazos de Sergei.

Lo despertaron unos toques en la puerta. Sergei abrió un ojo y buscó casi a tientas su reloj. Las nueve de la mañana. Dejó caer de nuevo la cabeza en la almohada con pesadez, a la espera de que hubiese sido una equivocación de alguien, y así el pudiera seguir durmiendo un poco más, pero nuevos golpes lo hicieron incorporarse de inmediato.

—¿Quién es? —preguntó mientras echaba los pies fuera de la cama y se ponía en pie.

—De recepción, señor Lébedev —le dijo una voz al otro lado de la puerta—. Han dejado un mensaje para usted.

Sergei se colocó el albornoz y lo anudó a la cintura con un gesto enérgico. Al abrir, uno de los jóvenes botones lo aguardaba con una enorme y educada mueca asomando por sus labios.

—Aquí tiene, señor.

Tomó de manos del muchacho la nota, pulcramente doblada, y se lo agradeció con un gesto de la cabeza antes de retirarse al interior. Con cuidado, desplegó el pedazo de papel. En él, con una elaborada caligrafía, había escrita la hora en la que pasarían a recogerlo para llevarlo hasta su cita con Igor Kozlov.

Volvió a leerla muy despacio mientras se aseguraba de que no se le escapaba nada, por muy pocas líneas que la nota tuviera. Tenía hasta las doce de la mañana para prepararse, hora en la que debería estar en el vestíbulo del hotel. Dejó el papel sobre la mesa y se sentó en el filo del colchón mientras dejaba escapar poco a poco el aire de sus pulmones. No le apetecía nada hacer aquella visita. Había ido a Moscú a vender la empresa, no a codearse con su comprador. Pero, suponía, era algo que debía hacer si el empresario se lo había propuesto; no quería quedar mal ante él. Se pasó una mano por el rostro

y terminó deslizándola por el pelo para tratar de peinarlo de manera rudimentaria hacia atrás, algo que apenas consiguió. Aunque tenía varias horas aún por delante, no quería que se le hiciera tarde, así que se levantó. Antes de dar el primer paso hacia el baño, una sonrisa acudió a sus labios al recordar de repente a Winnie. Sin dudarlo, descolgó el teléfono y marcó el número de recepción.

—Sí, señor Lébedev —respondieron de inmediato.

—Me gustaría hacer una llamada internacional —le dijo. Unos segundos después, Sergei marcaba el número del móvil de Winnie. Aguardó unos instantes hasta que una locución le informó de que el teléfono no se hallaba operativo. Desalentado, dejó el auricular de nuevo sobre el aparato y se encaminó hacia el baño, dispuesto a prepararse para su encuentro con Igor Kozlov en unas pocas horas.

Vestido de manera impecable, con un formal traje de dos piezas azul oscuro y una corbata del mismo color en contraste con la nívea camisa, Sergei estaba en el vestíbulo del hotel diez minutos antes de la hora convenida. Mientras aguardaba sentado en uno de los muchos sofás que poblaban el amplio espacio, uno de los camareros se acercó hasta él para preguntarle si le apetecía tomar algo. Con un gesto cortés, Sergei declinó el ofrecimiento y continuó con la espera.

Apenas se había extinguido el eco de las doce campanadas del antiguo carrillón que adornaba uno de los rincones del vestíbulo cuando un hombre entró con un caminar seguro y se dirigió hacia el mostrador. Sergei lo siguió con la mirada, esperanzado con que aquella persona fuera la que Kozlov hubiese enviado para llevarlo hasta donde quiera que fuesen a encontrarse. En efecto, no se había equivocado. Vio a la recepcionista señalar en su dirección con un gesto de la cabeza y una enorme sonrisa en los labios.

De manera instintiva, Sergei se puso en pie. La persona que se dirigía hacia él con aire marcial rondaría la treintena. Tenía unos hombros anchos y musculosos, ocultos bajo una chaqueta que le quedaba un poco ajustada, y un cuello algo corto para tal envergadura.

—¿Es usted el señor Lébedev? —le preguntó en su idioma cuando llegó hasta él. Sergei asintió al instante.

—Lo soy —le dijo mientras le tendía una mano. Vacilante, el hombre correspondió al saludo con un gesto idéntico.

—Si es tan amable de acompañarme, le llevaré hasta la residencia del señor Kozlov.

Sin darle tiempo a reaccionar se giró y emprendió el camino hacia la salida del hotel con pasos largos y enérgicos que a Sergei le costó seguir. Cuando llegaron al exterior, se dirigió a un enorme automóvil estacionado ante el hotel. Abrió la puerta trasera y esperó junto a ella. Sergei se quedó paralizado. No estaba acostumbrado a aquel tipo de trato. Algo azorado, asintió con la cabeza y entró en el coche.

No recordaba haber visto jamás un vehículo de esas características: piel auténtica en los asientos, madera en los apliques de las puertas y, entre el asiento del copiloto y sus rodillas, había tanto espacio que bien podrían colocar un nuevo asiento. Aquel coche olía a dinero, admitió. El hombre cerró a su espalda y, unos segundos después, estaba sentado tras el volante.

Se incorporó al intenso tráfico de la avenida que discurría ante el hotel con pasmosa suavidad. Sergei sentía que la corbata le apretaba extrañamente el cuello y resopló mientras trataba de separar el recio tejido de su piel.

Con atención, miró hacia la acera que transcurría más cercana a él. Pasaron ante edificios antiguos, con contundentes fachadas de piedra y cientos de ventanas, una iglesia y algún que otro monumento erigido en honor a... no lo sabía. Todo era tan diferente a lo que él estaba acostumbrado. Pero, a la vez,

se sentía fascinado por cuanto veía.

Tras recorrer una larguísima avenida, se toparon con una transversal que discurría paralela a un ancho río. El Moscova, supuso, mientras se erguía un poco para tratar de vislumbrarlo por la ventanilla opuesta. Moscú tenía ese aire extraño de choque entre un espléndido e histórico pasado y un prometedor y potencialmente caótico futuro.

Quince minutos más tarde, el automóvil ralentizó su marcha hasta detenerse ante una cancela de forja con intrincados adornos. Sin que tuvieran que aguardar, la verja se abrió con lentitud y el coche emprendió camino por un amplio jardín que contrastaba con todo lo que había visto hasta ese momento, pero no así el vasto edificio que se levantaba frente a él, con una amplia escalinata que moría en una gran puerta y columnas adosadas a la fachada. El coche se detuvo frente a los escalones y el portón se abrió de inmediato. Un empleado, vestido de manera formal y con manos enguantadas se encaminó hacia él y, con un fluido gesto, le abrió para que pudiese bajar.

Incómodo por tanta deferencia, Sergei salió del automóvil y esperó a que el hombre cerrara tras él y lo guiara.

—Por aquí, por favor. El señor Kozlov lo está esperando —le dijo.

Cuando Sergei accedió al vestíbulo pensó en lo equivocado que había estado al pensar que el hotel en donde se alojaba era el ejemplo perfecto del lujo y la ostentación de la cultura rusa.

«No. Lo es esta casa. Si es que ese nombre común se le puede dar a lo que tengo ante mí, claro está», pensó tratando de no parecer un provinciano boquiabierto ante lo que lo rodeaba. Los suelos, de mármol bicolor y que se asemejaba a figuras geométricas, parecían recién pulidos, al igual que los balaústres redondeados de la escalinata que partía del vestíbulo y daba acceso al piso superior. El dorado en los marcos y los artesonados de madera era otro elemento común. Todo a su alrededor reflejaba suntuosidad, y se sintió

completamente fuera de lugar.

El hombre, que Sergei entendió que era el mayordomo, anduvo hacia una puerta a un lado del gigantesco vestíbulo. La abrió, esperó a que él entrara y prosiguió su camino. Atravesaron dos estancias más, enormes y muy largas, de similares características, tan solo las diferenciaba el color con el que estaban pintadas las paredes desde media altura hasta el techo.

Por fin llegaron a lo que parecía un despacho, o una sala de juntas. O tal vez una sala para recibir visitas, pensó. Cualquiera cosa podía ser. El mayordomo lo hizo pasar y, unos segundos después, cerró tras él sin apenas hacer ningún ruido.

Sergei no podía dejar de mirar todo lo que lo rodeaba. Paneles de madera oscura revestían las paredes, sofás con intrincados brocados y sedas que parecían ser carísimas, muebles brillantes y de grandes dimensiones... Si aquella casa estaba diseñada para apabullar a cuantos la visitaban, desde luego que cumplía su objetivo con creces.

Se giró sobre sus talones cuando escuchó la puerta abrirse de nuevo, para ver aparecer en primer lugar a una mujer. No tendría más de veinticinco años, con una media melena rubia, piel muy blanca, una falda corta que dejaba apreciar sus larguísimas piernas y una actitud al caminar de absoluta seguridad en sí misma. Sintió sus ojos fijos en él, y una sonrisa satisfecha apareció en sus maquillados labios al saber que tenía por completo su atención.

Tras ella aparecieron dos hombres. Ambos se detuvieron nada más traspasar el umbral del salón. El más mayor vestía una americana azul con botones dorados que le confería un aire inconfundible de autoridad. El otro era más joven y fornido, con una expresión de estar en alerta constante. Sergei consideró que parecía un guardaespaldas. El hombre mayor se inclinó hacia el otro y le susurró algo en el oído. Asintiendo, el *guardaespaldas* salió de la habitación y cerró tras de sí. El recién llegado giró entonces y clavó la mirada

en él a pesar de la distancia que los separaba. Una sonrisa larga y petulante se dibujó en su rostro. Con paso ágil se encaminó hacia él, ayudándose de un enérgico menear de brazos.

—Estimado señor Lébedev —le dijo antes de llegar hasta él—. Al fin nos conocemos.

Sus manos lo asieron por los hombros y lo saludó besándolo en las mejillas con entusiasmo tres veces. Sergei se dejó besar, como si fuera una marioneta entre los dedos de ese hombre. Con la misma expresión, Kozlov se retiró y alargó el brazo hacia un lado. Con un caminar sinuoso y artificial, la joven se acercó hasta ellos.

—Déjeme presentarle a mi hija. Tatiana Igerovna Kozlova. Querida mía, él es Sergei Lébedev. De los Estados Unidos.

Tatiana, con una sonrisa de labios fruncidos y una ceja arqueada, se acercó hasta él, colocó sus manos sobre los antebrazos de Sergei e imitó el saludo de su padre, besándolo en cada mejilla, solo que ella propició que el contacto entre ellos se alargara unos segundos más de lo necesario.

Incómodo, dio un paso atrás cuando ella retiró sus manos.

—Encantada, señor Lébedev —le dijo con una cadencia de voz melodiosa y edulcorada. «Demasiado edulcorada», pensó Sergei, tratando de no mostrarse tan abrumado.

La hija de Kozlov se dirigió hacia uno de los sofás, no sin antes mirarlo por encima de su hombro y lanzarle una sonrisa que le mostró unos dientes perfectos y blanquísimos. Cuando llegó hasta el mueble, tomó asiento sin dejar de prestarle atención.

—Señor Lébedev, siéntase como en su casa, por favor —lo conminó Kozlov, tomándolo apenas del codo y dirigiéndolo hacia otro de los sofás.

Por el rabillo del ojo, Sergei fijó su mirada en el hombre. Suponía que estaría a punto de superar la barrera de los setenta, pero se conservaba en magníficas

condiciones físicas. Tenía un espeso pelo negro peinado con pulcritud hacia un lado y en su rostro apenas se apreciaban arrugas. Era algo más bajo que él, y sus ademanes y manera de vestir rezumaban la misma magnificencia que aquella casa. Sergei se sentó frente a él y le dedicó una sonrisa afable, pero que él sabía que no había llegado a sus ojos.

—¿Qué tal su visita a su tierra natal? ¿Le está gustando Moscú? —le preguntó Kozlov, para romper el hielo.

Pensó en que debería responderle que esa no era su tierra natal, pero recapacitó antes de contestarle. Optó por responderle a la segunda pregunta.

—Aún no he podido ver mucho de la ciudad.

Los ojos azules de Kozlov se abrieron como platos.

—¡Eso no puede ser! —exclamó de manera exagerada, lanzando sus manos hacia el techo—. ¡No puede venir a una ciudad como Moscú y no disfrutar de todo lo que le ofrece! Mire, vamos a comenzar a arreglar eso: mi hija y yo tenemos entradas para el Bolshoi esta misma tarde. Nos sentiríamos muy honrados de que nos acompañara.

Sergei se envaró en su asiento. Miró a la mujer y, de nuevo, fijó su mirada en Kozlov.

—No, por favor. No quisiera imponerles mi...

La mano del hombre lo detuvo.

—¡Tonterías! No nos impone nada. Estaremos encantados de ser sus anfitriones esta tarde.

Sabiendo que no podría negarse a aquella invitación, Sergei asintió con reticencia.

—Muy bien. Será un verdadero placer para mí.

Kozlov palmeó con verdadero entusiasmo.

—¡Estupendo entonces! ¿Le apetece algo de beber? ¿Vodka? ¿*Whisky*? ¿Una cerveza?

Sergei pensó en declinar el ofrecimiento, pero sentía la boca tan reseca que terminó aceptando con un cabeceo.

—Una cerveza estaría bien.

El mayordomo se presentó en la sala sin que él se hubiese percatado de cuándo lo habían llamado. Kozlov le pidió tres cervezas y el hombre se marchó tal y como había aparecido. Unos minutos después, regresó con tres botellines y tres grandes vasos, que dejó en la mesa que había ante los sofás en los que estaban sentados. Kozlov le tendió uno de ellos, primero a él y luego a su hija. Tomó el suyo y lo alzó ante los tres.

—*¡Na zdorovie!* —exclamó el empresario con una amplia sonrisa en su rostro. Los tres bebieron a la vez, y Sergei agradeció en silencio cuando la cerveza bajó por su garganta.

Un pesado silencio se adueñó de la gran estancia. Igor Kozlov se arrellanó en su asiento y clavó sus ojos en él. Sergei trató de mantenerse estoico, pero aquella escrutadora mirada lo ponía nervioso.

—Creo que no me ha invitado a venir hasta aquí solo para ofrecerme a una cerveza. ¿O me equivoco?

En el semblante de Igor Kozlov apareció lentamente una mueca ladeada.

—No, no se equivoca. Creo que querer conocer a quien va a venderme una de sus empresas es un interés legítimo, ¿no piensa igual?

Aunque reticente y no del todo de acuerdo, Sergei terminó asintió.

—Es cierto.

—Déjeme preguntarle una cosa. ¿Por qué quiere venderla? Mis asesores han estudiado sus cuentas de resultados, y es una empresa solvente, que crece año tras año, con una buena perspectiva de futuro. ¿Por qué deshacerse de ella?

—Voy a serle franco: jamás tuve interés en ser empresario.

Un extraño brillo apareció en los azules iris del hombre. Muy despacio, se puso en pie y caminó con parsimonia hasta una enorme mesa situada bajo una

ventana que debía alcanzar los cinco metros de altura. Kozlov se paró ante ella y de uno de los cajones extrajo una carpeta.

—Entonces, veo que mis informes no estaban equivocados.

Con la misma estudiada lentitud con la que se había desenvuelto hasta ese momento, Kozlov la abrió.

—Sergei Antonovich Lébedev. Nacido en Boston, nieto de exiliados rusos...

No supo en qué momento dejó de escuchar las palabras de Kozlov para oír solo el bombeo de su corazón. Sergei se irguió en su asiento y su ánimo fue cambiando conforme ese hombre desgranaba su historia, sin duda para hacerle saber cuánto sabía sobre él.

Cuando acabó, apenas un minuto después, Kozlov levantó la cabeza y clavó su dura mirada en él. Un escalofrío le recorrió la espalda por completo.

—Tengo que admitir —habló mientras caminaba en su dirección— que se las ha apañado bastante bien para convertirse en alguien considerablemente rico tan solo con un poco de suerte.

—No sé bien a qué se refiere.

Kozlov llegó hasta el asiento que había ocupado minutos atrás y se sentó de nuevo.

—A que el viejo Iván Kozlov muriera sin un heredero legítimo. Todo se lo legó a usted, su asistente. ¿O me equivoco?

Un pesado silencio se adueñó del salón. La mirada de Kozlov estaba fija en él y Sergei se la sostuvo con la barbilla en alto.

—No, no se equivoca. Pero dígame una cosa, Kozlov —enfaticó el apellido—, ¿esto tiene algo que ver con que comparta apellido con mi antiguo jefe?

La sonrisa del hombre se hizo más amplia, aunque sus ojos continuaron igual de inexpugnables que minutos atrás.

—Iván Kozlov era mi tío. Mi padre e Iván eran hermanos.

La noticia tomó a Sergei por sorpresa. Abrió la boca para hablar, pero ningún

sonido salió de ella. Se esforzó de nuevo.

—Iván no tenía familia —dijo al fin.

—La tenía, sin duda alguna. Yo soy una prueba de ello.

«No. Imposible», se dijo. A la memoria de Sergei regresaron en tromba muchas de aquellas conversaciones que había mantenido con su mentor y jefe antes de morir, antes de que la demencia lo dejara sin juicio. Iván siempre se lamentó de que la vida no le hubiera otorgado ningún hijo a quien legarle el gran imperio que había construido. Como así también de que no le quedara ningún familiar en el mundo. De repente, recordó la documentación que había trasladado de su oficina a su casa no hacía demasiado tiempo. Con seguridad, negó varias veces con la cabeza.

—Siento estar en desacuerdo con usted, pero tengo papeles que prueban que Iván averiguó si le quedaba algún familiar vivo tras la caída de la antigua Unión Soviética, cuando Gorbachov instauró la *Glásnost*. Tengo los documentos que prueban que no se encontró a nadie en el Registro Civil.

—Pues estaban equivocados —aseveró el hombre con una rotundidad que lo descolocó—. Me costó encontrarla, pero al final lo hice. Encontré la documentación que atestigua que soy hijo de Mijaíl Kozlov, hermano del padre de Iván. Él no se exilió a los Estados Unidos cuando otros miembros de la familia se marcharon. Mi padre murió en la batalla de Stalingrado cuando yo apenas contaba con unos meses de vida. Yo nací cuando él estaba en el frente. Jamás me conoció. Mi certificado de nacimiento se perdió durante la guerra.

—¿Perdido?

Igor se encogió de hombros.

—Perdido. Quemado. Muchos lugares fueron bombardeados durante la guerra. Sergei no contestó. Se limitó a apretar los dientes y a asentir con un comedido gesto de cabeza.

—Así que ya ve —intervino de nuevo Kozlov—, toda mi vida he estado

buscando a mi familia, sin saber que parte de ella estaba al otro lado del Atlántico. Crecí con esa sensación de estar solo en el mundo, sin ningún lazo afectivo, sin pertenecerle a nadie. Y sin saber que alguien también me buscaba a mí. ¿Sabe a lo que me refiero, Lébedev?

Sergei negó con la cabeza. Aunque su madre había muerto cuando él era muy joven, había tenido a Ali, y también a Iván.

—No, en realidad no. Entonces, y corrijáme si me equivoco, ¿esto es un intento de recuperar algo que perteneció a alguien de su familia?

Los labios de Kozlov se fruncieron en una suerte de sonrisa antes de asentir una única vez.

—Veo que lo entiende —le dijo antes de acomodarse en el amplio sofá.

Con calma, Sergei apuró su cerveza y dejó el botellín vacío sobre la mesa. Con disimulo, paseó la mirada hasta la joven que se había mantenido durante toda la conversación en silencio, atenta a los dos hombres y sosteniendo en la mano su bebida, a la que de vez en cuando daba un ligero sorbo. Regresó a Kozlov y carraspeó.

—Muy bien. Pues entonces ya me ha conocido. Creo que hemos hecho un negocio justo con la empresa.

Con un leve asentimiento, Kozlov sonrió.

—En efecto. No tengo ninguna queja sobre ello.

Sin pensárselo dos veces, Sergei se puso en pie.

—Tengo que marcharme.

Imitándolo, Kozlov dio un paso hacia él.

—Nuestra cita de esta tarde aún está en pie. Ahora que somos algo así como familia, debo insistir. —Y le tendió una mano.

Dudó unos instantes antes de aceptar el gesto del hombre. Cuando lo hizo, Kozlov pareció genuinamente complacido.

—Pasaremos por su hotel a las seis.

—Estaré esperándolos.

—Tengo algún que otro contacto dentro del teatro —le dijo mientras le palmeaba un hombro—. Podremos enseñárselo antes de que comience la obra.

¿Le gusta el *ballet*?

Sergei se encogió de hombros.

—No lo sé. Jamás he visto ninguno.

Sorprendido por sus palabras, Kozlov negó varias veces con la cabeza.

—¡*Het!* —exclamó el hombre con los ojos abiertos como platos—. ¡No puede ser! ¡A todos los rusos nos gusta el *ballet*!

«Puede que, al verlo, me guste. Pero yo no soy ruso», pensó Sergei con algo de acritud. Apretó con fuerza los labios para que sus palabras no se escaparan entre ellos.

Kozlov, ajeno a sus pensamientos, continuó con una sonrisa triunfal en su rostro:

—Bien, esta tarde será algo así como su bautizo.

El empresario caminó a su lado hasta llegar a la puerta del salón, que se abrió antes de que ellos llegaran.

—Vladimir lo acompañará. Hasta esta tarde, señor Lébedev.

Con un gesto cortés, Sergei se despidió y salió tras el mayordomo, que lo aguardaba.

Kozlov dejó escapar el aire de sus pulmones. Con parsimonia, se giró sobre los tacones de sus caros zapatos y regresó al sofá, donde su hija había permanecido todo aquel encuentro. La chica dejó el botellín de cerveza sobre la mesa y miró a su padre con un brillo en sus ojos.

—Ha sido divertido.

Dejando caer su cuerpo sobre el sofá, de entre los labios de Kozlov escapó el aire de sus pulmones de manera exagerada.

—El vaquero parece que tiene un palo metido por el culo. —Y ambos rieron

con desdén.

Tatiana se levantó. Dio un par de pasos en dirección hacia la puerta y se giró de nuevo hacia su padre.

—¿Crees que se habrá tragado eso de la familia?

El hombre se encogió de hombros con desdén.

—Bueno, no voy a mantener la farsa durante mucho tiempo. —Imitó a su hija y se levantó del sofá para pararse a tan solo unos pasos de ella. Su expresión se endureció y cualquier atisbo de sonrisa desapareció de su rostro—. Quiero todo lo que tiene. Todos y cada uno de sus bienes, y cada uno de sus dólares. Porque es *a mí* a quien le correspondían por herencia. Porque yo soy el legítimo heredero de Iván Kozlov y voy a hacer lo que sea por recuperarlo. Absolutamente todo.

Sergei regresó a su hotel con una extraña sensación en la boca del estómago. Conocer a un familiar de Iván lo había sorprendido, y no sabía si para bien o para mal. Hacía mucho tiempo que no pensaba en su antiguo jefe, pero no podía quitarse de la cabeza qué habría dicho al saber que, después de todo, después de su infructuosa búsqueda, tenía una familia. Y pensó también en cómo lo hubiese afectado a él ese conocimiento.

«¿Me habría dejado Iván sus bienes igualmente de haber sabido que tenía una familia en su país natal? Bueno, es inútil pensar eso ahora. Me temo que es algo que nunca sabré», recapacitó mientras cruzaba el vestíbulo del establecimiento en dirección a los ascensores.

En cuanto estuvo en su confortable habitación se despojó de la chaqueta y de la corbata y fijó la mirada en ambas prendas cuando las dejó sobre el colchón. —¿Y qué demonios se pone uno para ir al *ballet*? —se preguntó en voz alta, sin saber bien qué responderse.

Miró el reloj y dejó escapar el aire. Tenía unas cuantas horas por delante para descansar antes de que fuera la hora convenida. Seguía sin saber si podría hacer llamadas a Boston desde su teléfono móvil, pero creyó que no pasaría nada si intentaba ponerse en contacto con Winnie. «¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Que pague un dineral en la factura? Si es para hablar con ella, no me va a importar. Eso seguro».

Nervioso por la posibilidad de volver a escucharla, cogió su teléfono y pulsó en el icono de su contacto. No tuvo que esperar demasiado para que una conocida locución le dijera que el teléfono no estaba operativo. Desilusionado, dejó el aparato sobre la mesilla y paseó la vista por toda la habitación mientras dejaba escapar el aire. Sin demasiadas ganas decidió que descansaría un poco antes de que llegara la hora de encontrarse con Igor Kozlov y su hija.

Salió de su habitación cuando aún estaba colocándose bien el nudo de la corbata. Al final, se había quedado dormido, y cuando despertó tuvo que apresurarse para estar preparado a la hora convenida.

Tan pronto salió del ascensor y dio un par de pasos en el vestíbulo, uno de los botones se acercó hasta él.

—El coche del señor Kozlov acaba de llegar, señor Lébedev. Me ha pedido que le diga que lo aguarda fuera.

—Muchas gracias —le respondió con seriedad y un parco gesto de la cabeza. Acelerando el paso, Sergei se encaminó hacia la entrada del establecimiento. Cuando llegó hasta allí frenó tan rápido que estuvo a punto de trastabillar. Esperándolo había una gran limusina blanca. Sin percatarse, el mismo botones que le había avisado segundos atrás, apareció por su espalda, lo rebasó y, con un educado y cortés gesto, abrió la puerta trasera del enorme automóvil. Tuvo que inclinarse un poco para poder atisbar en el interior. El rostro sonriente de Kozlov lo recibió.

—¡Pase, querido señor Lébedev, pase!

Un poco intimidado por esa clara muestra de ostentación, Sergei entró en el vehículo.

—Buenas tardes. Espero no haberlos hecho esperar mucho —le dijo a modo de disculpa.

—No se preocupe. Acabamos de llegar —le respondió acompañándolo de un gesto de la mano.

Solo entonces Sergei se dio cuenta de que Tatiana Kozlov también estaba allí, sentada en uno de los sillones que había en un costado del coche, con sus larguísimas y bronceadas piernas cruzadas una sobre la otra de manera elegante.

—Buenas tardes —la saludó también. La mujer le ofreció una sutil inclinación de cabeza y una sonrisa algo ladeada que lo incomodó. Retiró la vista de ella para fijarla de nuevo en el empresario junto al cual se había sentado.

—En unos minutos estaremos allí.

Kozlov pulsó un botón de la consola colocada a su izquierda y la mampara de cristal oscuro que separaba el habitáculo del espacio del conductor bajó con un siseo.

—Ya podemos marcharnos, Boris —lo oyó decir con aire de suficiencia. Un hombre sentado junto al chófer, del cual apenas pudo atisbar un poco su perfil, asintió. El cristal subió y Sergei notó cómo el coche se ponía en marcha de inmediato.

Apenas tuvo tiempo de acomodarse. Tal y como le había dicho Kozlov, la limusina volvió a detenerse. Unos segundos después, la puerta se abrió desde fuera.

—Muy bien, hemos llegado.

Siguió a su anfitrión hasta el exterior. Ambos aguardaron a que Tatiana bajara del automóvil. Lo hizo con lentitud, midiendo cada uno de los movimientos que hacía. Le ofreció una sonrisa y se colgó del brazo de su padre.

—Estamos en el Bolshoi.

Imitando a Kozlov, Sergei se giró para encontrarse frente a frente con el impresionante frontal del edificio. No recordaba haber visto nunca nada así. Una fastuosa fachada, con ocho columnas de inspiración griega, se levantaba

ante él. Tuvo que dar un par de pasos hacia atrás para tratar de verla mejor, y estaba seguro de que la boca se le había quedado abierta ante aquella majestuosidad. Sobre las columnas de piedra caliza se sostenía un frontón, y sobre este parecía hallarse una estatua esculpida en bronce, la cual no pudo identificar de qué héroe o dios mitológico se trataba.

Las luces ornamentales, aunque todavía era temprano, ya estaban encendidas y le conferían cierta pátina dorada que lo embellecía aún más. Con su hija sostenida de su brazo, Kozlov dio un par de pasos al frente y se giró hacia él.

—Vamos. Le aseguro que el interior es mucho más espectacular.

Sin añadir palabra, y seguro de que tenía razón, lo siguió con pasos largos y ligeros.

En cuanto traspasó las amplias puertas de madera y cristal supo que Kozlov no había exagerado ni un ápice. Un magnífico vestíbulo, revestido de mármol y piezas de estuco blanco, se abrió ante él. Mirara donde mirase todo era brillante, lujoso y único. Enormes arañas de cristal de roca refulgían sobre sus cabezas.

Sergei se detuvo en el centro para tratar de retener aquel esplendor en sus retinas.

En el vestíbulo ya había público. Algunos subían por las escaleras y otros amenizaban la espera con charlas que eran poco más que cuchicheos y susurros antes de acudir a sus asientos.

—Venga, subamos nosotros también. Nuestro palco está en el primer piso —le dijo el hombre con una mueca de autosuficiencia dibujada en su rostro. Tatiana le ofreció una larga mirada, desde la cabeza hasta los pies para terminar frunciendo el gesto en una suerte de sonrisa muy parecida a la de su padre.

Tratando de no tropezar con ninguna otra persona, subió tras ellos por la amplia escalinata de mármol blanco, que se dividía en dos en el entrepiso. Tomaron un nuevo tramo, el situado a la derecha, y se encaminaron por un

pasillo algo más oscuro plagado de puertas debidamente numeradas. Un ujier les abrió una de ellas con un gesto ceremonioso incluso antes de que llegaran hasta donde se encontraba y los dos hombres pasaron al interior, precedidos de la joven mujer.

Ni la vista de la entrada ni el vestíbulo lo habían preparado para aquella imagen que se reveló delante de él. No sabía en dónde podía descansar la mirada: si en el amplísimo patio de butacas, en las cinco plantas de palcos —en cuyo primer piso destacaba el que, estaba seguro, debía ser el palco imperial— o en la inmensa lámpara de cristal que pendía de un techo profusamente pintado y ornamentado. Se rio por lo bajo; en cuanto a ostentación, el teatro Bolshoi se llevaba, sin duda alguna, el gran premio. Sergei se sintió sobrecogido ante tanta belleza.

—Bonito, ¿no es cierto? —oyó decir a Kozlov a su lado. Giró la cabeza para asentir con un contenido movimiento de cabeza.

—Me temo que ese calificativo ni se le acerca.

En el rostro del empresario apareció una sonrisa ladeada.

—Sí, es verdad. El Bolshoi produce en todo el que se asoma a sus palcos por primera vez la misma reacción que usted ha tenido.

—Es... majestuoso.

—Bueno, en aquella época, cuando fue construido, todos los teatros eran de propiedad imperial. No podía desentonar en cuanto al gusto por la fastuosidad.

—Lo supongo.

—Si el edificio lo ha encandilado... ¿Se dice así? ¿Encandilado? —le dijo en un inglés algo chapucero y torpe, y a cuyo esfuerzo Sergei retribuyó con un leve asentimiento—. Pues bien, si le ha gustado, le propongo que tenga en cuenta las visitas guiadas que se realizan fuera del horario de los espectáculos. Avíseme si decide hacerla en algún momento. Podría hablar con algún contacto y que le den un trato preferente, si así lo desea.

—Muchas gracias por su ofrecimiento. No sé cuánto tiempo voy a tener libre. Aún no hemos acordado cuándo vamos a firmar.

Con un exagerado aspaviento de su mano, Kozlov se giró hacia el interior del palco.

—Ya hablaremos después de eso, querido Sergei. Durante la cena. —Llegó hasta donde estaba ya sentada su hija y lo hizo a su lado—. Ahora tome asiento y disfrutemos del *ballet*.

Sergei lo imitó. Cogió el programa que había en la silla y se acomodó junto a ellos.

—Le va a encantar esta obra, ya lo verá. Es una delicia.

Unos minutos después, Sergei escuchó un sutil timbre. Muy suavemente, las luces se extinguieron y esa fue la señal para que el teatro se sumiera en un silencio absoluto. Entonces, el sonido de unos instrumentos de viento anunció el inicio de la función.

Tras un descanso de veinte minutos, la obra continuó. Sergei no se percató de que ya había pasado más de hora y media desde el receso hasta que los instrumentos dieron la última nota y el clamor del público lo sustituyó. Imitando a su anfitrión, Sergei se levantó y aplaudió con verdadero entusiasmo. No era un entendido, ni tan siquiera había asistido a algo que se le pareciera en toda su vida, pero no dejaba de creer que lo que acababa de ver había sido memorable.

Igor Kozlov se giró un poco hacia él mientras ambos aún aplaudían.

—¿Qué le ha parecido? —le preguntó alzando un poco la voz.

—Soberbio, sin duda.

Con una mueca pagada de sí misma, el hombre asintió varias veces antes de regresar la vista al escenario.

Abandonaron el palco y se sumaron a la multitud que salía. Rostros felices y

sonrientes los rodeaban, y Sergei estaba seguro de que el suyo mostraba una expresión idéntica.

Cuando salieron al exterior, la limusina de Kozlov los estaba aguardando en el mismo lugar en donde los había dejado casi tres horas atrás. Siguiendo los pasos de su anfitrión, Sergei caminó tras Kozlov y su hija, y entró en el vehículo. En cuanto la puerta se cerró tras él y se acomodó frente a Tatiana, el coche se puso en marcha.

—Espero que el lugar en el que cenaremos le guste tanto como el Bolshoi.

Quince minutos después, se detuvieron delante de un edificio de dos plantas, robusto y con una gran balconada sobre el portón principal. Un botones del establecimiento lo abrió con una profunda reverencia en cuanto Kozlov se adelantó un par de pasos.

—Bienvenido, señor Kozlov —oyó decir al hombre con una amplísima sonrisa en los labios, y Sergei se temió que se le fueran a descoyuntar las mandíbulas.

Sin apenas otorgarle más atención que una mera inclinación de cabeza, el empresario y su hija pasaron por delante de él, seguidos muy de cerca por Sergei.

De nuevo, se sintió fuera de lugar al pisar el vestíbulo. Maderas nobles, dorados en cualquier lugar en el que posara la vista, techos altísimos decorados con esplendor... Para Sergei estuvo claro que cualquier lugar que llegara a visitar durante su breve visita en Moscú iba a dejarlo siempre con la boca abierta.

Un empleado apareció, se dirigió a Kozlov y los precedió hasta el comedor. Sergei se detuvo en la puerta nada más traspasar el umbral. Si no fuera por las mesas preparadas con los servicios para la cena, habría pensado que se habían equivocado de estancia. Unas altas estanterías de caoba, que llegaban del

suelo al techo, contenían cientos de volúmenes, con lomos forrados en cuero de distintos colores y decorados con letras de oro. Pasando junto a algunas mesas, cuyos comensales degustaban platos que se adivinaban exquisitos, Sergei siguió a los Kozlov hacia un pequeño reservado. Al igual que todo el lugar, estaba rodeado de libros allá hacia donde mirara.

El camarero los ayudó a tomar asiento y, en cuanto se retiró, Igor, sentado a su izquierda, se inclinó hacia él.

—¿Y bien? ¿Qué me dice del Pushkin?

Sergei miró a su alrededor y trató de que alguna palabra saliera de su boca al volver a pasear la vista por lo que le rodeaba.

—Creo que me he quedado ya sin adjetivos.

Kozlov rio en voz alta.

—No me extraña. Suele suceder si no se está acostumbrado —dijo a modo de justificación.

El *maître*, un hombre algo estirado y vestido con una chaquetilla en un tono rojo oscuro, no tardó en estar junto a ellos. Les entregó la carta y aguardó junto a Kozlov con ambas manos a su espalda y actitud servil. Sin preguntarles ni a él ni a su hija qué les apetecía, ordenó la cena y el empleado tomó buena nota de todo. Se despidió con una profunda inclinación de cabeza y se marchó. Si Kozlov se había propuesto avasallarlos ese día con ese despliegue de fastuosidad y opulencia, lo estaba consiguiendo. Sergei no recordaba haberse sentido tan incómodo como en ese momento, con esas dos personas sentadas a ambos lados de la mesa.

—Bueno, tal vez sea hora de hablar de negocios. —La súbita aparición de un nuevo camarero que portaba una botella de vino, parcialmente oculta por un paño blanco, hizo que Kozlov no continuara hablando. Aguardó con paciencia a que les sirvieran el vino a los tres y dejaron la botella en un enfriador, junto a la mesa—. Bien, ¿por dónde iba? ¡Ah, cierto! Los negocios. Después de

todo, por eso está usted en Rusia, ¿no es cierto?

Sin dejar de prestarle atención, Sergei asintió.

—Sí. Solo por eso.

La frase no pareció gustarle demasiado a Kozlov. Vio cómo su rostro se endurecía sin saber bien por qué se había molestado ante tan inocente frase. Al menos, lo era para él.

—Muy bien. Entonces, ¿le parecería firmar la compraventa mañana por la tarde? ¿En mis oficinas? Los notarios estarán allí. Enviaría un coche a buscarlo.

—Me parece bien.

Lo cierto era que Sergei no quería retrasar más el momento. Quería firmar, acabar con lo que le había llevado hasta Moscú y regresar a casa. Eso era algo que estaba deseando hacer. Rusia podría haber sido el país de sus ancestros, de sus abuelos, pero no era el suyo, y no se encontraba cómodo allí.

Aguardaron la llegada de la comida intercambiando opiniones de lo que le había parecido la obra de *ballet* que habían presenciado. El semblante a menudo sonriente de Kozlov se alteraba en algunos momentos, mostrándose más frío y serio. Aquellos cambios de actitud hacían pensar a Sergei que el hombre estaba molesto por algo, pero no podía adivinar qué era lo que lo hacía cambiar de manera tan drástica.

La hija de Kozlov apenas se esforzaba en ocultar lo mucho que le aburría la conversación que él mantenía con su padre. Sergei la observó unos instantes por el rabillo del ojo. Se había dedicado a dar pequeños sorbos a su copa de vino blanco. Y cuando no bebía, se acodaba sobre la mesa y se dedicaba a atusarse un largo mechón de pelo y a retorcerlo de manera distraída en un dedo. Cuando su copa se acababa, el camarero la rellenaba y la chica continuaba con el mismo ritual, con expresión hastiada. Se preguntó qué era lo que realmente hacía ella allí, ya que poco había hablado y no se había

interesado en nada desde el mismo momento en que lo habían recogido en el hotel.

Los platos no tardaron en llegar. Tres camareros aparecieron con ellos en sus manos. Se los sirvieron a la vez, con estudiados movimientos de quien lo ha hecho cientos de veces con anterioridad. Con la misma discreción con la que habían hecho su aparición, desaparecieron.

Con una amplia sonrisa en los labios, Kozlov miró primero a su plato y luego a él.

—*Khoroshaya pribyl'* —le dijo mientras alzaba su copa—. Buen provecho. Espero que le guste.

—*Khoroshaya pribyl'* —le respondió Sergei con idéntico gesto.

No estuvo muy seguro de qué era lo que estaba comiendo, pensó. De lo que sí estuvo seguro era de que estaba delicioso.

Los camareros, aunque no estaban presentes, aparecían en el preciso instante en que sus copas se vaciaban para volver a llenarlas con la mayor diligencia. Conforme comían, la mirada de Sergei iba de Kozlov hacia Tatiana, para regresar de nuevo al hombre. Mientras que su padre comía con fruición, deleitándose con los platos que se sucedían ante ellos, a la mujer se los retiraban sin que apenas hubiera probado bocado pues tan solo había removido la comida. «Pero al vino no le hace ningún asco», pensó Sergei. Desde que se habían sentado allí, Igor Kozlov no le había prestado ninguna atención a la joven. No sabía bien por qué el empresario la ignoraba de esa manera tan deliberada, o por qué la chica había accedido a ir con ellos si parecía bastante claro que no lo estaba pasando precisamente bien.

Los platos se sucedieron unos a otros, las copas de vino siempre estaban llenas a pesar de que Sergei sabía que alguna que otra había vaciado. El ambiente algo tenso del principio comenzó a serlo menos. Rieron con bromas que él no llegaba a entender, pero igual festejó. La chica pareció salir de su

mutismo autoimpuesto y participó junto a ambos de las frases ingeniosas de su padre, aunque a Sergei le parecieran algo forzadas y exageradas.

Unos instantes después, la voz de un hombre desde el exterior del reservado los interrumpió. Sergei giró la cabeza de manera inconsciente para buscar así al dueño, pero apenas pudo atisbar la sombra de una figura alta y corpulenta al otro lado del umbral. En el rostro de Kozlov apareció una sonrisa aún más ancha si cabía y dejó la servilleta junto a su plato.

—Disculpadme, por favor. Será solo unos minutos.

Sergei lo siguió con la mirada hasta que desapareció. Se recostó un poco en el asiento y dejó escapar el aire.

—¿Qué le parece nuestra ciudad, señor Lébedev? —oyó preguntar a Tatiana.

Que lo hiciera lo sorprendió. Giró la cabeza hacia ella y la encontró acodada sobre la mesa, con su cabeza apoyada en una mano de manera casual y una cascada de rubio cabello que ocultaba toda la longitud de su brazo. Los ojos de la mujer brillaban como no lo habían hecho hasta ese momento, pero Sergei no sabía si se debía a que se encontraba de mejor ánimo o era producto de las muchas copas de vino que había ingerido.

—Moscú es una ciudad muy bonita. Al menos, lo poco que he visto.

La mirada de la joven lo recorrió de arriba abajo y una lenta sonrisa afloró por sus labios aún con restos de carmín.

—Si quiere ver algo más, yo podría enseñárselo.

Sergei sintió un escalofrío recorrer su espalda. En sus palabras y en el tono bajo y susurrante que había empleado, podía apreciar que su propuesta iba mucho más allá de acompañarlo en un *tour* por la ciudad. Se envaró en su asiento y apretó los labios.

—Muchas gracias por el ofrecimiento. Si encuentro tiempo, se lo haré saber —le respondió con estudiada frialdad.

Tatiana, ignorando el hecho que él conscientemente había imprimido a sus

palabras, se inclinó en su dirección y apoyó la barbilla en sus nudillos sin dejar de mirarlo ni un solo instante.

—¿Sabes una cosa? No llevo ropa interior. Si quieres, nos escabullimos al baño y me puedes follar allí. Nadie se enteraría.

Sergei no supo qué lo desconcertó más: si la frase que ella acababa de pronunciar o sentir su mano caliente y posesiva ascender por su rodilla. La detuvo agarrándola con fuerza antes de que llegara al interior del muslo.

—No creo que sea buena idea —replicó Sergei sin soltarla. Incluso pudo apreciar la resistencia que le ofrecía, negándose así a que la detuviera. Tatiana se inclinó un poco más hacia él y vio cómo los ojos de la mujer se fijaban en su boca para, con lentitud, subirlos hasta que sus miradas se encontraron.

—¿Estás seguro? —le preguntó ella, arrastrando un poco las palabras. Trató de nuevo de que su mano continuara hacia el objetivo que se había marcado, pero el renovado agarre de Sergei se lo volvió a impedir—. Te demostraría lo que es tener vodka en las venas.

—Estoy seguro. Sí —le respondió él con los dientes apretados.

—Apuesto a que no te hacen esta oferta muy a menudo.

—No, eso es cierto.

Tatiana se acercó un poco más hacia él, hasta el punto que sintió su aliento rozarle la mejilla, algo que le desagradó sobremanera.

—Y yo saldría de dudas respecto a si es de verdad esa apariencia de férreo control que emanas, señor Lébedev —le dijo con su mirada clavada en él, sin apenas pestañear—. Es algo que me muero por descubrir.

Resistiendo la fuerza que continuaba ejerciendo sobre su pierna, Sergei se impuso sobre ella e hizo que la retirara con gesto áspero.

—Me da igual que te mueras por querer descubrirlo. No me interesa —le espetó en un tono muy bajo, para que nadie más pudiera escucharlo. Sergei sentía el corazón bombearle con fuerza en el pecho y una rabia que le

atenazaba las entrañas, y sin pretenderlo regresó a su memoria aquel tiempo cuando aún era un adolescente que soportaba los abusos y las burlas en el instituto. Era justo eso lo que Tatiana estaba intentado hacer con él, y era una actitud que no toleraba en ningún hombre, ni tampoco en ninguna mujer. Apretó la mandíbula antes de continuar hablando—. No quiero nada contigo. Ni tan siquiera me siento halagado por tus insinuaciones. Más bien todo lo contrario. Afectada aparentemente por su réplica, Tatiana retiró al fin la mano y se enderezó en su asiento, envarando la espalda de tal manera que Sergei se preguntó cómo no le había crujido ningún hueso. Una mueca de profunda repulsión apareció en el hermoso rostro femenino, y toda la belleza que había creído apreciar en ella se evaporó como el humo. Tatiana lo miró con un dejo de repulsión.

—Eres un estirado vaquero —le recriminó.

—Puede ser —le contestó encogiéndose de hombros—. Esto me hace darme cuenta de una cosa.

Aunque pensó que ella no iba a preguntarle, la curiosidad pareció imponerse.

—¿De qué?

Él la miró con dureza antes de contestarle.

—De por qué no me gusta el vodka.

Creyó que la mujer iba a replicarle, pero no lo hizo. En cambio, la vio envararse y fijar la vista en el frente. Miró en la misma dirección que ella para ver entrar a Kozlov. La máscara de resentimiento de Tatiana cambió al instante y una amplia sonrisa apareció en sus labios. Sergei sintió que se le revolvía el estómago.

—Espero no haber tardado mucho —se excusó el hombre mientras volvía a tomar asiento junto a él.

Sintiendo sus músculos agarrotados, Sergei se esforzó en mostrarle un leve gesto que se asemejaba muy lejanamente a una sonrisa.

—No, descuide.

—Hay asuntos que no se pueden postergar.

Tatiana se movió en su asiento y con evidente fastidio llamó al camarero. Le pidió que le sirvieran vino de nuevo, algo que el empleado hizo de inmediato. Sin que les preguntaran, los postres vinieron a continuación. Se los trajeron como lo habían hecho durante toda la cena: a la vez. Un plato de grandes dimensiones con un escueto trozo de lo que parecía ser una tarta de chocolate y al que habían adornado con virutas de color dorado esparcidas sobre él. Sergei lo probó, y el dulce le supo más amargo que nunca. Admitió en silencio que estaba deseando que la cena acabara para poder regresar al hotel. Trató de terminarlo, pero no pudo, así que empujó su plato y colocó la servilleta junto a él.

Kozlov lo miró con una ceja enarcada.

—¿No va a acabar su postre? ¿Algo no es de su agrado?

—No, no —trató de excusarse—. Simplemente, ya no puedo comer más.

Con una sonrisa satisfecha, Kozlov asintió.

—El chef de este restaurante es el mejor de Moscú. Tienen una larga lista de espera para poder venir a comer aquí.

—No me extraña —le contestó Sergei sin demasiado entusiasmo. Aun así, intentó no reflejar la incomodidad que sentía—. Todo estaba exquisito.

Kozlov se limpió la comisura de los labios una vez que hubo terminado su plato y colocó la servilleta junto a él.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo en que mañana por la tarde finiquitamos nuestro pequeño asunto?

Sergei asintió con energía. Estaba deseando salir de allí como fuera.

—Sí, por supuesto.

—Enviaré a mi chófer a buscarlo para que lo lleve hasta mis oficinas.

—No se moleste. —Se incorporó en su asiento tanto como pudo—. Hágame

llegar la dirección y allí estaré, a la hora que me diga. Así aprovecharé para ver un poco más de esta magnífica ciudad.

Las palabras de Sergei parecieron agradar al hombre.

—Está bien. Se lo diré a mi ayudante.

Asintiendo, Sergei se levantó despacio.

—Pero ¿ya se marcha?

—Me gustaría dar un paseo antes de ir a dormir. Mucho me temo que aún tengo un poco de descontrol con el horario.

Los ojos claros de Kozlov se clavaron en él, y Sergei intuyó que no había creído sus palabras.

—Está bien.

—Ha sido usted muy amable al invitarme al *ballet* y a esta magnífica cena.

—No ha sido nada, créame.

Dando un par de pasos hacia atrás, Sergei se despidió con una suave inclinación.

—Entonces, muy buenas noches. —Y salió del reservado tratando de dominar sus pasos y no echar a correr.

Kozlov observó cómo Lébedev abandonaba el lugar. Con un brusco movimiento se giró hacia Tatiana y clavó su mirada en ella.

—¿Qué has hecho?

La mujer estiró el brazo y tomó la copa para apurar el resto de vino que quedaba en ella.

—¿Yo? Nada —le contestó con insolencia y desprecio, y se arrellanó de mala manera en la silla.

La expresión casi bondadosa que Kozlov había mantenido durante toda la tarde se esfumó como por arte de magia.

—No tenías que decirle nada. ¡No tenías que hablar con él de nada! —casi le gritó—. No se te habrá escapado algo sobre mis planes, ¿verdad? ¿Ha intuido

algo?

Tatiana se revolvió en su asiento, se inclinó sobre la mesa y golpeó el tablero con ambas manos.

—¡No le he dicho nada de tus malditos planes! ¡No le he dicho absolutamente nada de lo que piensas hacer! —le respondió con la misma acritud con la que él se había dirigido a ella—. ¡Tan solo he intentado follármelo y se ha negado! ¡Eso es lo que ha pasado!

El rostro del hombre se cubrió de un súbito tono carmesí.

—Eres una ramera —escupió Kozlov con evidente asco—. Igual que lo era tu madre.

Tatiana elevó los brazos al cielo.

—¡Porque tú eres un dechado de virtudes, por supuesto! Eres tan despreciable y putero como yo. He aprendido del mejor —le contestó mientras se ponía en pie—. Eso no lo dudes. Padre.

Con paso airado, Tatiana pasó junto a él. Este la asió del brazo y la detuvo antes de que pudiera salir del reservado.

—Todo lo que estoy haciendo... lo que voy a hacer, es por los dos. No te olvides de eso. —Tatiana trató de zafarse de su agarre, pero no lo consiguió. Kozlov apretó un poco más y vio en el rostro de su hija que la fuerza que estaba ejerciendo la estaba lastimando. Eso no lo detuvo y no retiró su mano—. ¿Sabes cuánto dinero le dejó el viejo Kozlov? Mucho. Muchísimo. Con todo eso podríamos afrontar nuestras deudas.

—Son tus deudas.

Igor miró a su hija con ojos entornados.

—¡Oh, claro! ¡Tú no tienes deudas! —espetó—. A ti no te gusta la ropa cara, ni las joyas, ni las pieles, ni irte de vacaciones a Saint-Tropez. ¡¿Verdad?! Eres una malcriada, y yo tengo la culpa de eso. Te gusta el dinero tanto como a mí. Así que mantén las piernas cerradas por una vez. No quiero que lo asustes.

Necesitamos todo ese dinero. ¿O acaso has olvidado cómo vivíamos antes?

Tatiana dio un fuerte tirón de su brazo.

—Suéltame. Me haces daño —susurró con los dientes apretados.

Muy despacio, el hombre hizo lo que su hija le había exigido, pero no la dejó marchar.

—Te alegrarás cuando consigamos que todos los bienes de nuestro *querido* tío Iván regresen a la tierra de sus antepasados. Y a nuestras manos.

Sergei no se detuvo a agradecerle al empleado del restaurante el que le hubiera abierto la puerta del lujoso establecimiento.

Mientras habían estado cenando, la temperatura en el exterior había descendido mucho, y sintió frío de inmediato. Con un gesto rápido, se alzó el cuello de la chaqueta y metió las manos en los bolsillos de su pantalón para seguir caminando con pasos largos y enérgicos. Tenía que admitir que había disfrutado de parte de la noche, pero la última media hora había borrado esa sensación de un plumazo.

No le había gustado lo más mínimo la forma de actuar de Tatiana. Trató de recordar si él, en algún momento, le había dado pie a que pensara que podría estar interesado en tener algo con ella, pero no lo halló. Pensó que, muy posiblemente, Tatiana Kozlov era una mujer acostumbrada a que todos los que la rodeaban atendieran a sus caprichos y deseos, y a que los hombres se murieran por sus atenciones. Él no encajaba en ese perfil. Nunca le había agradado ese tipo de comportamiento, como tampoco le gustaba en sus congéneres. El acoso era algo que despreciaba con cada fibra de su ser, y así se había sentido en aquellos largos minutos junto a Tatiana.

Se detuvo en la acera y miró a ambos lados. La avenida ya no estaba tan llena de vehículos como cuando habían llegado, pero aun así había un tráfico fluido. En realidad, no sabía cuánto tiempo habían pasado en el interior del

restaurante. Miró el reloj y resopló. Pasaban diez minutos de las diez de la noche y, aunque su intención cuando salió del Pushkin había sido caminar hacia el hotel, hacía más frío del que había esperado y estaba comenzando a notar que los músculos de su espalda se estaban contrayendo a causa de la baja temperatura. Además, no tenía ni idea de por dónde se iba al hotel. «Incluso puede que esté caminando en la dirección opuesta», pensó chasqueando la lengua. Decidido, se acercó al bordillo. Había podido comprobar que el taxi era un medio de transporte muy numeroso en esa inmensa ciudad, «En algún momento debería aparecer uno —pensó—. O me moriré congelado en la acera».

Tuvo suerte; apenas llevaba unos minutos esperando cuando vio el letrero luminoso de uno de esos vehículos acercarse en su dirección. Alzó el brazo y, en un instante, el coche se paró delante de él. A toda prisa entró en la parte posterior y cerró la puerta tras él.

—Buenas noches. Al hotel Metropol.

Junto a los demás pasajeros, Winnie abandonó el avión. Durante el viaje desde Múnich apenas había escuchado una palabra en inglés, tan solo cuando la azafata se había acercado a ella para ofrecerle unas bebidas y unos aperitivos. Se sentía extraña y algo desorientada, y esperaba que eso desapareciera pronto, en cuanto se encontrara con Sergei.

Estaba deseando que llegara ese momento, y un nudo en el estómago se lo anticipaba. Ansiaba volver a verlo como nunca había ansiado nada antes.

Caminó por los largos pasillos. Unos minutos después llegaron a una grandísima sala. Winnie se colocó en la cola que correspondía y aguardó con paciencia a que le tocara su turno para pasar por la aduana. Un gran reloj que pendía desde el techo de la sala le dijo que eran las diez y veinte de la noche.

Casi quince minutos más tarde, un agente sentado tras una mampara de cristal

le pidió su documentación. El hombre, que bien podría tener la edad de su padre, la miró por encima de la montura de sus gafas.

—¿Qué la trae a Moscú, señorita? —le preguntó haciendo un evidente esfuerzo en hacerlo en su idioma.

Agradecida por el gesto, Winnie le sonrió.

—Mi... mi novio está aquí, por asuntos de trabajo. Vengo a encontrarme con él —le contestó con ciertas dudas.

El agente miró la pantalla del ordenador y de nuevo a ella.

—¿Dónde se aloja?

—En el hotel Metropol —le contestó ella sin dudar.

—¿Y cuánto tiempo va a estar su novio aquí?

—Hasta el domingo —respondió ella con seguridad.

—Entonces, va a ser una visita corta por su parte.

Winnie se hundió de hombros y torció el gesto.

—Sí, muy corta. Y es una pena, porque he leído que es una de las ciudades más bellas de Europa.

—¡Y del mundo! —añadió él de inmediato forzando aún más su acento.

Sin que tuviera que aguardar más, el hombre le selló el pasaporte y se lo tendió, acompañado de una sonrisa.

—Que tenga una feliz estancia en Moscú, señorita. Aunque sea breve.

—¡Muchas gracias! —Winnie recogió sus documentos y con paso resuelto abandonó la sala de aduanas.

La zona de llegadas de los vuelos internacionales estaba repleta de personas. Winnie sorteó a las que se cruzó y se encaminó hacia el exterior. Una vez fuera miró hacia un lado y otro, buscando un cartel que le dijera dónde podía tomar un taxi. Halló el rótulo y fue hasta él. En cuanto llegó, un vehículo se detuvo ante ella. Winnie abrió la puerta y se sentó con su maleta junto a ella.

—Buenas noches —saludó al conductor con educación y con cierta reserva—.

¿Habla usted mi idioma?

El hombre la miró con una ceja enarcada. Ella se movió inquieta.

—Quiero ir al hotel Metropol, por favor —le dijo.

Por la expresión en el rostro del conductor supo que no la había entendido así que volvió a repetir, muy despacio esa vez.

—Metropol. Hotel Metropol.

Al fin, el taxista asintió varias veces.

—*¡Da! ¡Metropol!* —le dijo para girarse de inmediato y poner el coche en marcha.

Sintiéndose exultante, Winnie asintió a su vez.

—Eso es. Al hotel Metropol.

Tan pronto como llegó al hotel, Sergei se deshizo de toda su ropa de camino hacia el baño. No se molestó en saber en dónde caía cada prenda. Estaba helado hasta los huesos, pero creía que parte de esa sensación de frialdad se debía a la incómoda situación que había vivido en la cena y no a la baja temperatura.

Se metió en la gran ducha acristalada. Dejó que el agua caliente cayera sobre su cabeza y lo empapara. Cerró los ojos y se apoyó contra la pared mientras sacaba todo el aire de sus pulmones. No le gustaba haber tenido que vivir aquello. Además, ni Kozlov ni su hija le daban buenas vibraciones. Tal vez fueran quienes decían que eran, no lo iba a poner en duda, pero él no tenía por qué soportarlos más allá de lo que lo había llevado hasta Moscú. Y pensó que se sentiría feliz cuando tomara de nuevo el avión rumbo a casa.

«A casa».

Pensar en su hogar y que a su mente acudiera Winnie fue todo uno. Aquel día había tenido muchas cosas en la cabeza, pero, en cuanto sus ideas se acallaron, la imagen de la mujer afloró casi sola. «¡Dios, cuánto la echo de menos!», pensó mientras levantaba el rostro y dejaba que la lluvia de la ducha cayera sobre él. Estaba deseando que fuera ya domingo para coger ese avión de regreso.

Se apoyó en los azulejos de la pared y dejó que el chorro impactara con

suavidad en su nuca. Le masajó los músculos del cuello, agarrotados por culpa del frío que había pasado al salir del restaurante. Lo alivió de inmediato sentir el calor.

Con presteza, se enjabonó y en cuanto se deshizo de la espuma salió y se envolvió en uno de los albornoces de cortesía que le proporcionaba el hotel. Se dirigió a la habitación y miró el reloj del móvil. «¿Qué hora será ahora en Boston?», pensó levantando la mirada y fijándola en las cortinas que ocultaban la gran ventana que daba a la Avenida del Teatro. «¿Tendré suerte esta vez si llamo a Winnie?». Sin pensárselo dos veces, marcó su número. Un extraño sonido le hizo saber casi al instante que la comunicación iba a ser imposible. Desanimado, dejó el teléfono de nuevo sobre la mesilla de noche y se dirigió hacia la cama, dispuesto a poner fin a ese agotador y desagradable día.

Cuando el taxi enfiló la gran avenida de entrada a Moscú, Winnie se pegó a la ventanilla de su izquierda. Aún de noche le parecía impresionante a pesar de que no podía ver gran cosa. Había bastante tráfico para ser... «¿Qué hora es?», se preguntó. Miró su reloj de muñeca. Las once menos veinticinco de la noche. Entonces recordó que aún no había cambiado la de su móvil. Lo sacó del bolso y, al encenderlo, varios mensajes de llamadas perdidas aparecieron en pantalla. Una era del número con el que Sergei la había estado llamando desde el hotel. El otro era el de su móvil, y hacía solo unos minutos de la última. No pudo evitar que una sonrisa se dibujara en su rostro. Por unos breves instantes, consideró devolverle la llamada, pero lo pensó mejor. Quería darle una sorpresa, quería ver su rostro cuando se plantara ante él. Con una nueva sonrisa, guardó el aparato y deseó con todas sus fuerzas llegar cuanto antes al Metropol.

Apenas diez minutos después, Winnie no podía creer que aquel impresionante edificio que se levantaba ante ella fuera el hotel en donde Sergei estaba alojado. Era sublime, majestuoso y estaba segura de que jamás había visto

nada así en toda su vida.

Abonó el trayecto y, con su pequeña maleta en la mano, se dispuso a entrar en el hotel. Un hombre, vestido con la clase de librea que había visto en películas, le abrió la puerta con amabilidad y ella pasó al interior. Tuvo que reprimir una expresión de asombro. Aquel sitio era imponente, tal y como le había descrito Sergei. Entonces, miró a su alrededor hasta que su vista descansó en la recepción. Tras ella había dos personas, afanadas en sus propios quehaceres. Winnie conocía el número de habitación que ocupaba Sergei: la 419. Además, no creía que los recepcionistas le dijeran en cuál de ellas se alojaba si les preguntaba. Así que, con su maleta fuertemente agarrada y mirando por el rabillo del ojo hacia los empleados, caminó hacia los ascensores con paso decidido mientras rezaba que nadie le llamara la atención.

Dejó escapar el aire de sus pulmones y ahogó una exclamación triunfal cuando la puerta deslizante se cerró delante de ella. Satisfecha, sonrió.

El timbre que le anunció que había llegado al piso solicitado le hizo dar un respingo y se sintió nerviosa. Algo indecisa salió al pasillo, que estaba cubierto con una exquisita moqueta que amortiguaba sus pasos. Se detuvo a mitad de camino para asegurarse de que continuaba en la dirección adecuada y sacó del bolsillo de su pantalón el pequeño papel que allí guardaba, pulcramente doblado. Con él en la mano, continuó la búsqueda de la habitación de Sergei.

Cuando llegó ante ella, Winnie estaba segura de que el corazón se le iba a salir por la garganta. Bombeaba como loco, con latidos potentes que la estaban dejando sin aliento. Con un gesto indeciso, llamó un par de veces con los nudillos y aguardó.

La voz de Sergei le llegó desde el otro lado. Aunque no había entendido lo que había contestado, sabía que era él. La sonrisa que lucía en los labios se hizo

más amplia, si aquello era posible, y amenazó con atezarle los músculos de la cara.

La puerta se abrió un par de segundos después, unos segundos que se le hicieron eternos. Finalmente, allí, frente a ella, enfundado en un blanco albornoz y con el pelo húmedo y peinado hacia atrás, estaba Sergei con una expresión de asombro dibujada en su rostro.

—¡Dios mío! ¡Winnie!

A ella no le dio tiempo a reaccionar. Sergei dio un paso en su dirección y, al instante siguiente, estaba en el lugar en donde había soñado estar las últimas veintitrés horas: refugiada en sus brazos.

No se dio cuenta de que el bolso había resbalado de su hombro. Tan solo era consciente del hombre que la pegaba a su cuerpo como si quisiera incorporarlo al suyo y no dejarla escapar. Se fundieron en un abrazo que la dejó sin respiración, pero poco le importó. Como tampoco le importó cuando la boca de Sergei asaltó la suya con un devastador y hambriento beso.

A duras penas, y tratando de imponer un poco de cordura, Winnie se separó de él.

—Espero que no recibas así al servicio de habitaciones.

Verlo sonreír de esa manera tan abierta y sincera hizo que sus rodillas se tambalearan un poco.

—No. Esta bienvenida solo la reservo para ti —le susurró aún cerca de sus labios—. No es que no esté encantado de verte, pero ¿qué haces en Moscú? No está precisamente a la vuelta de la esquina.

Winnie le acarició la mejilla.

—He resuelto lo de mi apartamento mucho antes de lo que pensaba. Y la espera hasta el domingo me parecía demasiado larga, así que aquí me tienes. Pero ¿podríamos seguir charlando dentro? ¿O prefieres que continúe aquí plantada?

No tuvo que repetir sus palabras. Sergei recogió del suelo su bolso y la tomó de la mano. Juntos entraron en la habitación y él cerró tras los dos.

Creía no haber escuchado aún el pestillo de la puerta cuando la boca de Sergei estuvo de nuevo sobre la suya. Rindiéndose gustosa, le pasó ambos brazos por el cuello y lo atrajo hasta ella tanto como le fue posible. Un gemido abandonó su garganta y se aferró a él casi con desesperación. De repente, recordó el trozo de papel que aún sostenía entre sus dedos. Con reticencia puso distancia entre ambos y lo miró a los ojos.

—Aún tenemos algo que aclarar.

Una expresión de extrañeza surcó el rostro del hombre. No le permitió especular sobre cuál era esa cuestión, sino que le tendió la nota, que él reconoció de inmediato. Sus facciones se suavizaron y una sonrisa, tímida al principio, apareció en sus labios.

—¿Y bien? —lo acució ella sofocando una risa—. Creo que está escrito en ruso, así que he pensado que tú me lo podrías leer.

Con un movimiento pausado, él la tomó entre sus dedos y levantó la mirada hasta que ambas se encontraron. Winnie estaba segura de que podría perderse en ellos, y no le importaría lo más mínimo. Más aún, era lo que más deseaba hacer. Jamás nadie la había mirado como él lo hacía en esos precisos instantes, con su corazón asomado por sus ojos, gritando lo que ella sabía que ponía en aquella única línea.

—*Ya tyebya lyublyu* —le susurró en voz baja y muy ronca, y Winnie sintió que un escalofrío recorrió su cuerpo. Alzó una ceja y se pasó la punta de la lengua por el labio inferior, con un gesto algo travieso.

—¿Y yo qué debería contestarte?

—*Ya tyebya tozhe lyublyu* —le respondió él sin aguardar un solo instante.

Winnie asintió, despacio.

—Entonces, *ya tyebya tozhe lyublyu* —repitió muy lentamente. Y agregó—:

Yo también te quiero.

Con sus propias palabras aún resonando en su oído, Winnie atacó la boca de Sergei. No había otra manera de llamar a cómo se adueñó de ella; con fiereza y anhelo. Y la reacción de él estuvo acorde con sus demandas. Un gruñido ronco salió de la garganta masculina que encendió todas y cada una de las terminaciones nerviosas del cuerpo de Winnie. Se aferró con fuerza a su espalda, cubierta por el esponjoso tejido del albornoz, y deseó que nada existiera ya entre ellos, que nada pudiese evitar recorrer esa piel que ya notaba caliente bajo sus palmas. No quería soltarlo, no quería que la soltara así se cayera el techo sobre sus cabezas, pensó un instante después, el único en el que su cerebro pareció tener un rayo de lucidez.

Los labios de Sergei eran demandantes, al igual que lo eran los suyos, y ella no quería más que complacerlos. Muy a su pesar, Sergei desistió de su boca, aunque fue dejando un reguero que continuó por su mandíbula hasta detenerse en el hueco de su cuello, bajo su oreja.

—No sabes cuánto te he echado de menos, Winnie —le susurró. Ella se deshizo entre sus brazos.

—Y yo a ti —le contestó—. Pero me temo que antes de que continuemos con esto, necesito una ducha. Llevo casi un día de viaje y estoy deseando cambiarme de ropa.

En el rostro de Sergei apareció muy lentamente una sonrisa.

—¿Te importaría compartirla conmigo?

—Creí que te acababas de duchar —respondió ella con picardía señalando con su barbilla a la prenda que él llevaba puesta.

Él asintió con efusividad.

—Sí. Pero no voy a perder la oportunidad de hacerlo contigo. A menos que no quieras.

Como única respuesta, Winnie lo agarró por las solapas de la bata, lo atrajo

hacia ella y poseyó de nuevo su boca.

—¿Te sirve esto como respuesta? —murmuró contra sus labios.

Los dedos de Sergei se apresuraron a desabotonar el pantalón de Winnie, y ella, con rapidez, se pasó por la cabeza el fino jersey que llevaba y lo arrojó hacia Dios sabía dónde, no le importó lo más mínimo. Lo único que le importaba era que las manos de él estuvieran sobre su piel y cuanto antes mejor.

Con suavidad, y sin apartarse de ella, Sergei la empujó hacia donde suponía que estaba el baño, haciéndola caminar de espaldas. Ni por un segundo temió caerse ni tropezar; sabía que él lo impediría.

En cuanto estuvieron en el cuarto de baño, las pocas prendas que aún quedaban sobre Winnie desaparecieron, y justo después lo hizo el albornoz de Sergei, que cayó como un manto a los pies de ambos. Conteniendo el aire, Winnie se tomó la osadía de pasear la yema de sus dedos por el pecho desnudo de él. Lo vio echar la cabeza hacia atrás, ofreciéndole así toda la extensión de su cuello, que Winnie se apresuró a plagar de besos. Él olía a limpio, a jabón, aunque mezclado con ese olor que había comenzado a reconocer como suyo y que hacía que su cuerpo reaccionara de una manera casi primitiva con una corriente de excitación que recorría su espalda por entero hasta terminar en su vientre.

De nuevo, y con un suave movimiento, Sergei la instó a entrar con él en la ducha. La mampara de cristal se cerró tras ellos y, al instante, una lluvia de agua agradablemente caliente cayó sobre ambos. Con los ojos cerrados, Winnie alzó la cabeza y contuvo la respiración.

—Necesitaba esto —dijo escupiendo con suavidad el agua. Sin esperarlo, Sergei la besó en el hombro. Apretó aún más los párpados y se aferró a sus antebrazos—. Y esto también lo necesitaba. Creo que más que el agua.

Lo oyó reír pegado al hueco de su cuello. Winnie se quejó un poco cuando él

se retiró.

—Ven, date la vuelta. Voy a lavarte el pelo.

—Puedo hacerlo yo —le contestó ella esbozando una sonrisa.

—Sé que tú puedes, pero me gustaría. ¿Me lo permites? —casi le rogó.

Ella no deseó negarse, así que asintió con un gesto algo tímido, se giró y le dio la espalda.

Unos instantes después, las manos grandes de Sergei le masajearon el cuero cabelludo con esmero y delicadeza, tanto que apretó los párpados y suspiró.

—Me gusta.

—¿Sí? Pues disfruta de ello —lo oyó decir cerca de su oreja. Él continuó con el cometido que se había impuesto, aplicándose aún más si cabía.

Sergei le enjuagó el pelo y repitió la operación, esmerándose esa vez en su larga melena. Podía escuchar el sonido de la espuma al contacto con sus dedos. Un gemido de puro deleite abandonó los labios de Winnie.

—¡Oh, Dios! ¿Estás seguro de que no eres peluquero en lugar de abogado?

Lo oyó reír.

—En realidad, esta es la primera vez que le lavo el pelo a alguien.

—Pues estás desaprovechando tu talento —añadió ella mientras trataba de mirar por encima de su hombro. Un reguero de agua cayó por su rostro y se pasó la mano para retirarla—. Te pediré que hagas esto más veces.

Sergei sonreía abiertamente cuando ella clavó su mirada en él.

—Y yo lo haré encantado. Pero hoy aún no he terminado contigo. —Su tono de voz hizo que el pulso de Winnie reaccionara de inmediato.

Una palpitación entre sus muslos le hizo contener el aliento ante esa velada promesa que, sabía, Sergei cumpliría. Unos segundos después, las manos del hombre, llenas de gel, se posaron sobre su piel con suavidad. Con deliciosos masajes, fue enjabonando todo su cuerpo sin dejar ni un centímetro de piel por atender. Colocado a su espalda, las palmas descendieron por sus costados

hasta sus caderas para iniciar el camino inverso por su abdomen. Se detuvo un breve instante bajo sus pechos, y Winnie contuvo el aire cuando Sergei los atrapó. Como pudo se sostuvo de él porque estaba segura de que sus rodillas se convertirían en mantequilla si continuaba con aquellas caricias que la estaban encendiendo por momentos. Sergei se acercó y se pegó a su espalda. Winnie pudo notar su erección rozar sus nalgas. Con impudicia, se frotó ligeramente contra él y oyó cómo un gruñido, gutural y hosco, emergió de su garganta.

Las manos de Sergei se cerraron con más fuerza sobre sus pechos, abarcándolos por completo hasta que fue liberándolos poco a poco. Con la palma abierta acarició sus pezones erectos con pequeños círculos que la volvieron loca.

Tomándola por los hombros, Sergei la giró. Enfrentarla y besarla fue todo uno. Winnie no supo en qué momento la cortina de agua había cesado. La tomó por la cintura y la pegó a él. Cuando ella vio algunas gotas que resbalaban por el torso masculino en un lento descenso, envalentonada, las lamió sin vergüenza. Podía sentir el calor que su cuerpo emanaba y se sintió maravillosamente bien cuando un ronco gruñido emergió de la garganta de Sergei.

Winnie sonreía cuando notó que él la empujaba muy despacio hacia atrás, hasta que terminó encerrada entre la esquina de la gran ducha y el cuerpo duro y delgado de Sergei. Dio un respingo al notar el frío de los azulejos en su espalda. Tratando de ahorrarle esa sensación, las manos grandes de él se interpusieron entre la pared y su piel, pero a aquellas alturas a ella ya le daba igual. Lo único que quería era que no la soltara nunca más; que la pegara a su pecho tanto como pudiera y que se enterrara en ella de una vez por todas. Pasó los dedos anhelantes por los duros costados masculinos y notó cómo la piel se erizaba bajo su contacto.

Con cuidado de no resbalar, Winnie se irguió de puntillas y atrapó sus labios.

Él la recibió con ansias, introduciéndose en su boca y entablando una lucha con su lengua, una lucha en donde no habría tregua y de la cual ambos saldrían vencedores.

Cuando Sergei abandonó su boca para prodigarle la misma atención a su cuello y a su clavícula, Winnie no sabía si lo que tenía en las venas era sangre o fuego líquido. Notaba su cuerpo arder y necesitaba la liberación que solo él podía ofrecerle. Sergei continuó su camino descendente hasta que se topó con uno de sus pezones. Lo lamió, chupó y agasajó hasta que Winnie se arqueó entre sus brazos, tratando de que él no cesara con sus atenciones. Pero, al parecer, él tenía otras metas en mente. Un segundo después, estaba arrodillado ante ella. La tomó de la cintura y besó su estómago con besos largos y entregados. Aquella era mucho más de lo que Winnie podía soportar.

Las palmas de él bajaban y subían por el exterior de sus piernas, resbalando por ellas con facilidad, una y otra vez. Una mano se detuvo detrás de una de sus rodillas. Sergei levantó el rostro para mirarla. El negro de sus pupilas había engullido al acero de sus iris.

—Sujétate ahí —le dijo señalando con un gesto de la cabeza hacia dos agarraderas que había en cada una de las paredes y de las cuales Winnie no se había percatado—. No quiero que resbales.

Winnie hizo de inmediato lo que le pidió. Con delicadeza, él le alzó su pierna derecha para colocarla sobre su hombro. Con un movimiento indeciso, ella trató de zafarse, pero las manos de él en sus nalgas se lo impidieron.

—Sergei...

—Winnie... Por favor.

El tono casi suplicante de él la desarmó. No tenía sentido negarse a algo que ella deseaba tanto como parecía desearlo él. Se relajó y lo dejó hacer.

Con suma delicadeza, Sergei besó su vientre, una y otra vez, para ir bajando con lentitud, hasta el mismo centro de su cuerpo. Con la misma sutileza con la

que se había conducido hasta ese momento, su lengua la acarició íntimamente. Los dedos de Winnie se aferraron con fuerza al metal de las agarraderas cuando notó cómo los labios de Sergei apresaban el hinchado botón y lo apretaban con suavidad antes de soltarlo y volver a comenzar con la misma tortura. Winnie dejó escapar un largo gemido que reverberó en el cuarto de baño.

Su reacción pareció darle alas. Su lengua no le daba tregua y Winnie, por momentos, se sentía más cerca del precipicio, hasta que ya no pudo soportarlo más y, dejando uno de los asideros de la pared, su mano se posó sobre la cabeza de Sergei y lo acució a que continuara mientras lo pegaba a ella todo lo que era capaz. Los músculos de su cuerpo se tensaron justo antes de que un orgasmo la atravesara como un rayo y la dejara sin aliento y sin ningún pensamiento coherente al que aferrarse.

Notando que su corazón le golpeaba con fuerza en el pecho, Winnie trató de meter aire en sus pulmones. Muy despacio, Sergei bajó su pierna de su hombro y se irguió ante ella.

—¿Estás bien?

Una sonrisa lánguida apareció en los labios de Winnie y tomó aire.

—Bueno —comenzó su respuesta alzando una ceja de manera divertida—, estoy aquí, contigo, y acabo de tener un orgasmo que me ha hecho ver Plutón. Así que yo diría que sí, que estoy muy bien.

Ambos rieron y Sergei la abrazó con fuerza para besarla en la sien.

—Espera.

La soltó para salir de la ducha y regresar al instante con un albornoz seco y limpio que había tomado de una percha de la pared. Se lo tendió por los hombros y, mientras ella se lo colocaba, él regresó a por el suyo, que continuaba aún en el suelo del baño.

Con cuidado de no resbalar, Winnie salió con la ayuda de él y cogidos por la

cintura, se encaminaron hacia el dormitorio. Al llegar, ella se detuvo ante la gran cama y la miró con el ceño fruncido.

—Pues no exagerabas cuando me dijiste que era una cama muy grande, no.

—No, no exageraba.

Winnie se giró hacia Sergei, lo abrazó y tiró de él con un gesto sensual y provocativo para pegarlo contra su cuerpo y hacer el espacio entre ambos algo inexistente.

—Ahí podrían dormir dos personas sin tocarse. Algo que no va a ocurrir esta noche, te lo garantizo —enfaticó ella con un dejo de picardía en su voz—. No pienso soltarte. No he volado hasta aquí tantos kilómetros para dormir en la misma cama y que ni nos rocemos.

Las manos de Sergei le acariciaron la espalda de arriba abajo.

—Te tomo la palabra.

Con lentitud, Winnie buscó sus labios y los encontró prestos para besarla de nuevo. Fue apenas un roce, una suave caricia, pero Winnie sintió que su cuerpo despertaba de nuevo.

Muy despacio, deshizo el nudo del albornoz de él. Sus manos vagaron por el pecho masculino hasta que llegó a los hombros y empujó la prenda, que resbaló por sus brazos sin que ninguno de los dos lo impidiera. Notó que la respiración de él se volvía más pesada y honda, y cuando acarició de nuevo su pecho sintió bajo su palma el seguro y firme bombeo de su corazón. El suyo martilleaba a la par, con la misma certeza y la misma energía. Con delicadeza besó el lugar, recreándose en la calidez de la piel apenas cubierta con un ligero vello rubio. Posó sus labios y lo acarició una y otra vez, demorándose un poco en cada ocasión. Osada, buscó el pequeño y duro pezón y lo apretó para terminar pasando la lengua por él. Sintió cómo él se estremecía y dejaba escapar un largo gemido al echar la cabeza hacia atrás. Satisfecha con su respuesta, Winnie volvió a apretarlos mientras sus manos vagaban por los

costados hasta detenerse en sus muslos. Rehízo el camino hacia sus caderas. Con un objetivo muy claro en su mente, dejó que sus caricias se dirigieran hacia su ombligo y, desde ahí, descendió con estudiada parsimonia hasta que se cerró en torno a su erección. Los dedos de Sergei se cerraron con fuerza en su cintura.

—Winnie, por favor —lo oyó decir antes de que él bajara el rostro y clavara en ella su mirada oscurecida por el deseo—. A menos que tú hayas traído condones, no podemos continuar. No creo tener bastante fuerza de voluntad si sigues tocándome de esa manera.

Con reticencia, ella retiró su mano.

—Yo... he comenzado a tomar anticonceptivos. No quiero... —No fue capaz de continuar. No quería que lo que le había ocurrido hacía unos meses volviera a suceder. No con él—. ¿Te parece bien?

Los ojos de Sergei estaban muy fijos en ella. Winnie supo que él entendía su decisión y por qué lo hacía. Con un gesto escueto, él asintió.

—Lo que tú decidas me parece bien —le dijo antes de buscar su boca y hacerle olvidar con ella todo lo que no fuera él.

Su beso ya nada tenía de suave. No había nada de comedido en la manera en que atrapaba sus labios. Bebió de ella, la devoró como si fuera el último plato de un condenado a muerte. Los gemidos roncós que salían de su garganta solo hacían encenderla aún más y reverberaban en su bajo vientre. Con prisas, deshizo el lazo con el que había cerrado su albornoz y se lo quitó, para quedar de nuevo desnuda. Sus brazos se ciñeron en torno a él en cuanto estuvieron libres de cualquier tejido que se interpusiera entre sus pieles. Winnie pensó que necesitaba sentirlo plenamente tanto como necesitaba el oxígeno para respirar.

Sabiendo que tenía la mullida y enorme cama a tan solo unos pasos tras ella, lo tomó de los codos y tiró de él hasta que la parte de atrás de sus piernas

toparon contra el colchón. Entonces se dejó caer, arrastrándolo con ella.

Sin dejar de besarse, se derrumbaron sobre la cama sin separarse, enlazados, mientras continuaban tocándose como si la vida les fuera en ello. Para Winnie no había nada más importante en el mundo en ese preciso instante que el hombre que se estrechaba contra ella.

Se quejó cuando él se separó. Irguiéndose sobre sus brazos extendidos, los ojos de Sergei se clavaron en ella. Nadie, jamás, la había mirado con la intensidad con la que él lo hacía ni le había despertado el anhelo de enterrarlo en su interior y no dejarlo escapar nunca. Sin pretenderlo, deslizó su vista por su rostro hasta recalar en sus labios, rojos por sus besos y por sus mordiscos. Tentativa, Winnie llevó sus dedos hacia ellos y los acarició con suavidad. Él cerró los párpados y los apretó con fuerza para terminar besando las yemas de sus dedos. Cuando volvió a mirarla, casi le costó respirar de nuevo.

—¿Estoy soñando, Winnie? —le preguntó con apenas un susurro—. Porque, si es así, me parece que no me apetece despertarme.

Con delicadeza y toda la ternura que él le suscitaba, enmarcó su rostro entre sus manos, el rostro de quien había aprendido a amar.

—Ven aquí. Te demostraré cuán real es esto. —Buscando su boca de nuevo, la atrapó con un ardiente beso que no deseaba que acabara jamás.

Sintió que ya no quería esperar más. Volvía a necesitarlo como nunca había necesitado a nadie; necesitaba que él estuviera dentro de ella y que la amase como solo él sabía hacerlo. Se adecuó debajo de él, buscando que quedara encajado entre sus piernas. Con una muda invitación, elevó las caderas y él halló su lugar entre ellas. Sin detenerse, Winnie repitió el movimiento y lo ayudó a colocarse en su entrada. Una única embestida por parte de Sergei y estuvo enterrado en su interior.

Retuvieron el aire al unísono, plenamente consciente el uno del cuerpo del otro, ajustados a la perfección, como dos piezas que debían estar juntas.

Winnie se removió bajo su peso, incitándolo a que se introdujera en ella aún más, tanto como pudiera. Sintió bajo las palmas de sus manos cómo Sergei se envaraba en un ejercicio de pura contención. Lo vio cerrar los ojos y apretar la mandíbula.

—Winnie, por todos los dioses, no te muevas.

—¿No? —preguntó de manera traviesa—. ¿Por qué?

—Porque si sigues moviéndote así, esto no va a durar nada —le contestó entre dientes.

Lejos de hacer caso a sus palabras, ella se ayudó de sus pies sobre el colchón para elevar la cadera. El gemido que escapó de la garganta de Sergei la hizo sonreír. Muy despacio, él abrió los ojos y los clavó en ella.

—Bueno, tú has sido antes generoso conmigo. Yo también puedo serlo contigo —dijo moviéndose bajo su peso—. No quiero que pares. Hazlo.

Winnie fue muy consciente de cuándo el autocontrol que él había ejercido hasta ese momento se desvaneció. Lo hizo en cuestión de segundos. Se arrodillo aún hundido en su interior, la tomó de las nalgas para cambiar un poco el ángulo y la atrajo hacia él mientras arremetía contra ella con contenidos envites, una y otra vez, cada vez más largos y más profundos. Winnie se agarró a sus bíceps y se dejó llevar por la fuerza que emanaba de aquel hombre que la estaba llevando al cielo. Los gemidos, de los cuales no creía ser la única dueña, llenaron poco a poco la habitación. Notó en el preciso instante en el que él ya no pudo contenerse más.

—¡Winnie!

Se envaró sobre ella y, con una última e intensa acometida, se derramó en su interior con un poderoso gruñido que la hizo temblar. Como llegado de la nada un nuevo orgasmo la atravesó por entero. Arqueando la espalda, se aferró a la cintura masculina para retenerlo cerca de su pecho todo lo que le fuera posible.

Tardaron unos instantes en poder volver a respirar. Sergei descansó su frente contra la de ella y, con un delicado beso, le acarició los labios. Winnie, satisfecha y relajada, no podía parar de sonreír. Él la imitó.

A regañadientes, él abandonó su cuerpo y se dejó caer pesadamente a su lado. Winnie se incorporó lo necesario para que él pasara un brazo bajo su cabeza, la atrajera hacia él y la pegara a su costado todo lo que pudo.

Mientras su mano acariciaba con abandono la cintura masculina, Winnie depositó pequeños y etéreos besos sobre su clavícula. Notó que él se giraba un poco hacia ella, así que levantó la mirada para encontrar sus ojos clavados en ella. Era extraño y, a la vez, fascinante. Estando con Sergei se sentía como si estuviera en casa, el lugar al que pertenecía, aunque realmente estuviera a miles de kilómetros de distancia de su verdadero hogar.

«Tal vez no tengo nada que ver con un sitio físico —pensó—, y sí con quien estoy ahora mismo».

Sergei se removió para quedar recostado sobre su lado derecho y poder mirarla de frente.

—¿Qué te ocurre?

Ella se encogió de hombros. Muy despacio, llevó su mano hasta la mejilla masculina. La incipiente barba le cosquilleó la palma. Sergei la encerró entre la suya, se la llevó a los labios y le besó los nudillos, uno a uno. Aquel tierno gesto la hizo sonreír.

—¿Sergei?

—¿Sí?

—Repítemelo.

La petición lo cogió por sorpresa. Una sonrisa torcida se dibujó en su rostro y se acercó hasta ella.

—En cuanto me recupere un poco, puedes estar segura de ello —le susurró casi rozando su nariz.

Winnie lo miró fijamente y terminó estallando en carcajadas.

—¡No me refería a eso! —exclamó cuando pudo volver a hablar—. No. Dime otra vez que me quieres.

—Te quiero, Winnie.

De nuevo, tuvo la misma reacción al escucharlo que cuando lo leyó y que cuando lo escuchó por primera vez, hacía unos minutos: su corazón se lanzó a una carrera, desbocado y sin control, y todos y cada uno de los poros de su piel se erizaron con sus palabras. Pasando una mano por la nuca de él, lo atrajo hacia ella con delicadeza y susurró contra sus labios:

—Yo también te quiero.

Lo vio en sus ojos, vio que él también se emocionaba al oírla decir que lo quería. Incluso creyó ver un brillo que antes no había reconocido. «¡Sí, lo quiero!», se oyó decir a sí misma, reafirmandose. Como nunca había pensado que podría querer a nadie, no después de todo lo que había pasado con Freddy. Lo que tenía con Sergei, lo que estaban iniciando, no se parecía en nada a lo que había tenido con su antiguo novio. Desechándolo por completo de su mente, pues ya no tenía cabida ahí ni en ningún otro lugar de su vida, atrapó los labios masculinos con posesividad, como si nunca antes se hubiesen besado.

Él la abrazó aún como más fuerza, enredando sus piernas con las de ella. Winnie pensó que podría estar atrapada allí todo lo que le quedaba de vida y no se quejaría en absoluto.

A regañadientes, Sergei se separó de ella para mirarla desde esa corta distancia.

—Winnie, quiero que entiendas una cosa.

—Dime.

El hombre pareció sopesar lo que iba a decir. Lo vio tomar aire y expulsarlo muy lentamente por su nariz.

—Jamás he dicho algo así sintiéndolo como lo siento ahora. Estoy enamorado de ti y voy a hacer todo lo posible para que esto funcione. Te doy mi palabra. Su promesa le encogió el corazón porque sabía que salía del fondo de su alma. Podía verla a través de aquellos ojos que la habían enamorado sin darse cuenta y los cuales quería seguir viendo día a día, durante el resto de su vida. Respiró hondo y se pasó la lengua por los labios antes hablar.

—Yo también quiero que esto funcione. No he deseado algo con tanta intensidad... —Se encogió de hombros con dificultad por la postura—. Nunca. Jamás. Y yo también te doy mi palabra de que haré todo cuanto pueda para que esto funcione.

La sonrisa con la que la obsequió la hizo la mujer más feliz del planeta. «O de la galaxia», afirmó en silencio.

—Y... ahora, repítemelo.

—Te quiero —le contestó él sin hacerse de rogar.

Winnie apretó los labios, escondiendo una mueca traviesa. Ciñó su brazo aún más en la cintura masculina. Se acercó cuanto pudo a él y susurró sobre su boca.

—Esta vez no me refería a eso.

Un instante después, Sergei la había enterrado en el colchón bajo su peso, y Winnie tuvo la certeza de que jamás —por mucho que viviera— iba a olvidar su primera noche en tierras rusas.

Aunque durmió poco y solo a ratos, Sergei se levantó temprano. Debería estar cansado, en cambio, se sentía pletórico y lleno de energía. Girando la cabeza hacia un lado, una sonrisa iluminó su rostro al ver a Winnie junto a él. Supo con total certeza que el hecho de que ella estuviera allí era el origen de su bienestar.

Bajó de la cama con cuidado, tratando de no despertarla. Ella había hecho honor a sus palabras y media cama ni la habían tocado, aunque estaba igualmente deshecha. El rato que habían dormido lo habían hecho uno en brazos del otro, piel contra piel, algo de lo que Sergei no podía quejarse. Ella había ido hasta allí porque lo echaba de menos, le dijo. Sentirla junto a él cuando debería estar a miles de kilómetros de distancia era lo más parecido a ver cumplirse un sueño.

Buscó el albornoz, que había quedado tirado en el suelo, se lo puso y lo anudó a la cintura. Winnie continuaba durmiendo. Estaba bocabajo, con la melena esparcida en torno a ella, lo que le impedía ver su rostro. Sonrió para sí. Contuvo las ganas de regresar a la cama, retirar su cabello, colmar de nuevo con besos su cuello y su espalda, y volver a hacerle el amor. Sintió que se excitaba con solo pensar en la posibilidad de perderse de nuevo en ella. Winnie se había deshecho entre sus brazos varias veces durante la noche, así como lo había hecho él entre los suyos. Se estremecía cuando recordaba las

manos de ella al vagar por su cuerpo sin rumbo fijo y cómo le sonreía cuando él le mordisqueaba los dedos, o cómo gemía y arqueaba su espalda cada vez que se hundía en su interior.

«Muchacho, mejor que la dejes dormir, o no vamos a salir de esta habitación hasta que tengamos que irnos el domingo», se dijo en silencio alejándose de la cama. Fue hasta el ventanal, descorrió un poco la cortina para abrir un pequeño hueco y se asomó al exterior. La amplia Avenida del Teatro, que discurría ante el hotel, ya acusaba el tráfico de primera hora de la mañana, con coches que iban y venían con rapidez en ambas direcciones. Miró hacia el cielo y, aunque temprano, prometía ser un día despejado. «Tal vez podamos ir a pasear y hacer un poco de turismo antes de encontrarme esta tarde de nuevo con Kozlov».

Pensar en el empresario fue el jarro de agua fría que necesitaba en ese momento. Su gesto sonriente se esfumó como por ensalmo y un rictus de seriedad lo sustituyó. El hecho de que debía volver a verlo le hacía sentir un nudo en el estómago, no sabía bien por qué. Lo único que sabía era que tan solo deseaba que pasara cuanto antes y poder disfrutar con Winnie del día que le quedaba libre en la ciudad.

Fue hasta la mesilla de noche y miró su reloj de muñeca. Las ocho y veinte de la mañana. Pensó que sería buena idea llamar al servicio de habitaciones y pedir el desayuno. No sabía si Winnie había cenado la noche anterior, y no fue algo en lo que ninguno reparara, ocupados como habían estado el uno en el otro. Fue hasta la sala contigua, cerró la puerta que daba acceso al dormitorio y llamó a recepción para encargarse de que subieran el servicio.

Acababa de salir del baño cuando llamaron. Se apresuró, pues no quería que volvieran a hacerlo y que despertaran a Winnie.

«Ella tendrá que levantarse si no quiere tomar el desayuno frío, pero prefiero ser yo quien la despierte», pensó con una sonrisa en los labios mientras

despedía al camarero y empujaba el carrito hasta la habitación.

Antes de llegar a la cama, Winnie se removió e, incorporándose, se retiró su larga melena de la cara. Sus ojos entrecerrados lo buscaron.

—¿Eso que huelo es café? —preguntó con voz ronca producida por el sueño.

Sergei acudió hasta ella, se sentó en el borde del colchón y la besó en la frente.

—Sí. Y también hay té. Buenos días.

Ella alzó el rostro y le ofreció los labios para que él los besara, algo que él hizo gustoso.

—Buenos días. ¿Sabes qué? Me muero de hambre —le dijo ella retirando la sábana con la que cubría su desnudez y se levantó con algo de torpeza para dirigirse hacia el carrito en donde se encontraba el desayuno—. Anoche me olvidé de cenar.

La vio coger un trozo de pan negro, untarlo con mantequilla y darle un buen bocado. Sergei se acodó sobre la almohada y sonrió complacido mientras su vista vagaba a voluntad por aquel precioso cuerpo.

—Ah, lo olvidaste.

Winnie alzó una ceja como respuesta, masticó con fruición y torció el gesto con una pícara sonrisa.

—Bueno, técnicamente, alguien me hizo olvidarlo. Pero no le digamos nada, que no quiero que se le suba el éxito a la cabeza. —Y le guiñó un ojo de manera cómplice.

Sergei no pudo evitar caer sobre la almohada y reír como no solía hacerlo: con todas sus fuerzas. Winnie se contagió enseguida y rio como él, aunque sin soltar el pedazo de pan que aún le quedaba en su mano.

—Vale, vale. No le diremos nada —contestó Sergei mientras se incorporaba cuando fue capaz de articular palabra.

—Oye, esto está muy bueno —señaló Winnie, untando un nuevo trozo de pan.

Se dirigió hacia él y lo acució a que diera un mordisco, algo que Sergei hizo con deleite—. ¿Qué es?

—Es pan de centeno. Muy típico de aquí. Y eso —dijo señalando hacia un plato— son *blinis*, la versión rusa de los *crêpes* franceses. Rellénalo con mermelada, ya verás.

Sin aguardar, Winnie hizo lo que él acababa de sugerirle y le dio un bocado. La vio poner los ojos en blanco.

—¡Oh, por favor! ¡Esto está buenísimo! —Se dirigió hacia él y se lo acercó a la boca para que los probara también. Sergei lo hizo gustoso bajo la atenta mirada de la mujer. Los ojos de Winnie se quedaron fijos en su boca y, cuando hubo acabado lo que le ofreció, se inclinó muy despacio y chupó sus labios con delicadeza. Se separó con lentitud para erguirse ante él cuan alta era—. Tenías un poco de mermelada en la comisura.

Sergei la tomó de la cintura y se estiró para atrapar su boca de nuevo. Sabía a mermelada y a la dulce masa del *blini* que acababa de comerse.

—Deberías terminar de desayunar antes de ponerme a prueba. O te comerás todo eso frío —le advirtió con voz ronca.

Con una sonrisa traviesa, Winnie le robó un nuevo beso.

—No voy a dejar que se enfríe, eso te lo aseguro. —Y metió la mano por la solapa de su albornoz y le acarició desde el pecho hasta el abdomen—. Y tampoco dejaré que tú te enfríes.

Torciendo el gesto, y muy a su pesar, Winnie dio un par de pasos hacia atrás, para poner distancia entre ellos. Con la mirada fija en él la vio tomar otro y morderlo.

—Winnie, si sigues mirándome así...

—¿Así cómo? —inquirió Winnie. Tomó un trozo de fruta pelada de un cuenco, se la llevó a la boca y chupó el jugo sin que sus vistas se desligaran ni un solo instante —. ¿Así, quieres decir?

Justo cuando Sergei hizo el amago de levantarse, ella corrió y puso el carro del desayuno entre ambos.

—Vale, vale, ya paro. —Rio con ganas—. De verdad que quiero terminar de comer. Tengo hambre.

Sergei era incapaz de dejar de contemplarla sin sonreír. Se paseaba ante él sin ningún pudor y eso le encantaba. La vio servirse un café y hacer lo mismo para él antes de tenderle la taza mientras sorbía el suyo.

—Bueno, cuéntame, ¿qué planes tenemos para hoy? —preguntó ella mientras daba buena cuenta de su bebida.

—Estaba pensando que ahora, por la mañana, podríamos ir a hacer un poco de turismo y ver, por ejemplo, la Plaza Roja o el Kremlin.

—Me gusta la idea —lo interrumpió ella con los ojos brillantes por la excitación.

—También podríamos ver la catedral de San Basilio. El teatro Bolshoi está justo en la plaza, frente al hotel. Podemos verlo por fuera, al menos. Yo ya lo vi ayer —le dijo sintiendo que su buen humor se esfumaba un poco al recordar la noche anterior—. Me invitaron al *ballet* ayer por la tarde.

—¿Ah, sí? —Winnie tomó un pedazo de pan, lo untó con mantequilla y lo mordisqueó mientras aguardaba a que él le contestara.

—Sí. Kozlov me invitó. El hombre con el que voy a cerrar la venta de la empresa.

—Por la expresión que pones veo que no te gusta la idea.

—No es eso —le contestó él sin explayarse.

—Entonces, ¿qué es? —se interesó ella mientras se sentaba a su lado con el cuenco de la fruta y un tenedor en las manos.

—No me gusta Kozlov. Ni su hija —le confesó—. No me gusta ninguno de los dos. Me hacen sentir... mal. No sé explicarlo.

Winnie se encogió de hombros.

—No tienen que caerte bien. No van a ser tus amigos ni nada por el estilo. Vas a hacer un trato con ese hombre y ya está. —Winnie frunció los labios ante de continuar—. ¿O es que hay algo más? ¿Y su hija? ¿Qué tiene que ver su hija en todo esto?

—Estuvo en la cena a la que Kozlov me invitó.

—Ya veo.

Tomando aire y expulsándolo muy despacio, Sergei torció el gesto.

—La hija de Kozlov me hizo... me hizo proposiciones deshonestas.

La fruta quedó a medio camino de la boca de Winnie.

—¿Cómo de deshonestas? —preguntó con un dejo de curiosidad en su tono de voz.

Sergei se pasó la mano por la frente y bufó antes de contestar.

—Insinuó que podíamos ir al baño a... ya sabes.

—¿A qué?

Algo exasperado, Sergei se giró hacia ella con un movimiento brusco.

—¡Joder, Winnie! ¡Me siento ridículo contándote esto! —exclamó—. Quería que me la follara.

Por unos instantes, la mujer se mantuvo mirándolo fijamente. Tras unos segundos, bajó la cabeza y asintió con gravedad. La vio dejar a un lado el cuenco de fruta y, sin esperarlo, se vio encerrado en un abrazo que lo conmovió hasta lo más hondo. Sergei cerró los ojos, apoyó la barbilla sobre su hombro y suspiró. Se sintió reconfortado por aquel gesto silencioso que tanto decía de la mujer que tenía sentada frente a sí.

—Me hizo sentir fatal —le susurró él al oído casi sin darse cuenta de que las palabras habían abandonado sus labios—. ¿Acaso pensaba que iba a decirle que sí?

—No lo sé —la oyó contestar con una tenue voz que lo tranquilizó aún más—. Pero déjame decirte que yo le hubiera arañado la cara por proponértelo.

Nadie debería sentirse violentado como tú te sentiste anoche. Me siento muy mal por ti y lamento que tuvieras que vivir eso.

Sintió la mano de Winnie acariciarle la espalda, arriba y abajo, muy lentamente. Con cada pasada de sus palmas contra los agarrotados músculos, Sergei notaba que su inquietud iba menguando y que su cuerpo envarado se iba relajando. Al fin, los brazos de ella lo rodearon con ternura por los hombros y lo apretó contra sí. En respuesta, él ciñó la cintura femenina y se pegó a ella todo lo que pudo mientras buscaba una postura más cómoda con la que alargar aquel momento que ninguno de los dos parecía inclinado a romper.

Sergei no sabía cuánto tiempo permanecieron en aquella posición. Abrió los ojos y la besó con suavidad bajo la oreja.

—Y a ti, ¿alguna... alguna vez te han dicho algo parecido?

—No con esas palabras, pero sí —le confesó ella sin desligarse de su abrazo —. No fue algo agradable. Por eso me molesta tanto, porque sé cómo te sientes.

Su confianza hizo que se separara de ella con más ímpetu del que hubiese deseado. Sintió que el enfado que no había sentido por lo que le había pasado a él lo asaltaba por lo que, adivinaba, podría haberle ocurrido a ella. Se miró en aquellos ojos azules que lo observaban con sorpresa.

—Tú le habrías arañado la cara a Tatiana, pero yo le habría partido los dientes a quien te lo dijo, te lo aseguro.

Aunque no había pretendido hacerla sonreír, una mueca más distendida afloró de los labios de Winnie. Tomándolo por las solapas del albornoz, Winnie se acercó un poco más a él.

—Lo que te dijo ¿Tatiana se llamaba? estuvo mal, pero la entiendo, pobre mujer, teniendo delante a todo un bombón ruso.

Las palabras de la mujer lo dejaron sin saber qué decirle, y casi hubiese jurado que se había sonrojado. Notó que todo el enfado que sentía se

evaporaba como el humo y dio lugar a una extraña calidez en su pecho, que lo reconfortó.

—¡Ah! ¿En serio? Nunca me habían llamado nada así.

—Bueno, pues yo te lo digo —casi susurró, con la mirada fija en la porción de piel que dejaba destapada la prenda que lo cubría—. Eres un bombón ruso, pero eres mío.

Sergei no pudo hacer otra cosa que asentir con convencimiento.

—Lo soy. Eso te lo aseguro —contestó y buscando sus labios depositó en ellos un tórrido beso que lo hizo gemir ante la respuesta de ella.

Unos segundos después, Winnie dejó de besarlo antes de ponerse en pie.

—¿Ves? Me ha hecho sacar la mujer neandertal que llevo dentro —se justificó ella con un gesto divertido.

—Olvidemos esto entonces —le propuso Sergei—. No merece la pena darle más vueltas.

Winnie le dio la razón con un movimiento de cabeza.

—Bueno, voy a vestirme y podemos marcharnos para hacer turismo. —Miró a su alrededor con una expresión extrañada—. ¿Y mi ropa?

—¿Te refieres a la que dejaste olvidada en el baño? Porque después no has necesitado sacar ninguna otra de la maleta.

Ella colocó las manos en jarras y arrugó la frente.

—Muchos olvidos son esos, ¿no crees? —le preguntó con algo de teatralidad—. Me olvido de mi ropa, me olvido de cenar... ¿A qué se podrá deber? ¡Ya sé! ¡Tal vez haya un ruso por ahí que no me deja pensar con coherencia!

Trató de apresarla por la cintura, pero, con un rápido gesto, Winnie se desembarazó de él y salió corriendo hacia el baño. Sergei lo hizo detrás y las risas de ambos llenaron la habitación durante un buen rato.

Cuando salieron del ascensor, casi cuarenta y cinco minutos después, se

dirigieron hacia el mostrador de recepción. Sergei les informó que Winnie iba a hospedarse con él y les entregó su pasaporte para que la registraran. Cuando la recepcionista terminó con el proceso, le pidió un mapa de la ciudad y la mujer le explicó con amabilidad cuáles eran los puntos más atractivos para ver. Con la guía impresa en la mano, Sergei le dio las gracias y, junto con Winnie, se encaminaron hacia el exterior, tomados por la cintura.

La mañana estaba algo fría, aunque el cielo estaba despejado. Debido a que los principales monumentos que se habían planteado visitar estaban relativamente cerca del hotel, decidieron ir caminando a todos ellos.

Sus pasos los llevaron en primer lugar hacia la Plaza Roja, aquella inmensa planicie que los turistas se afanaban en inmortalizar con las cámaras de sus teléfonos móviles. Winnie hizo lo mismo; sacó el suyo e imitaron a los cientos de personas que paseaban por la inmensa plaza. Tomaba fotos de todo lo que veía, de cuantos más ángulos mejor, e insistía en que ellos salieran en la mayoría.

—Tengo que enviárselas a Ali en cuanto pueda —le dijo con una radiante sonrisa prendida de su rostro mientras se dirigían hacia el Mausoleo de Lenin—. Ya verás cuando se enteren de que estoy aquí.

—¿No les has dicho nada?

—¿A Ali y a mi hermano? No —le contestó ella enfatizando su respuesta con un movimiento de cabeza—. Supongo que no lo saben, a menos que mi madre se los haya dicho, por supuesto. Antes de salir de Boston la llamé y se lo conté.

—Hiciste bien. Venir hasta aquí no es como... no sé, ir a Nueva York.

—No, no lo es —estuvo ella de acuerdo—. Aunque hace mucho tiempo que dejé de darle explicaciones de a dónde iba o de dónde venía, y ella tampoco me las pide. Confía en mí, y yo trato de hacer honor a esa confianza. Me gusta contarle mis planes y hacerla partícipe.

Sergei asintió y la besó en la sien con dulzura para terminar abrazándola por

los hombros y pegarla a su costado mientras continuaban caminando.

—Es un gesto que te honra —le dijo, orgulloso de la mujer que tenía a su lado y que se había enamorado de él.

De la mano llegaron ante el mausoleo. Afortunadamente para ellos, la hilera de personas que aguardaban turno para ver el cuerpo momificado del antiguo dirigente ruso no era muy larga. Además, avanzaba con rapidez. Sergei no tenía especial interés en ver la tumba, pero Winnie había insistido en ello y él no había podido negarse.

A media mañana, Sergei recibió la llamada de su abogado, quien le dijo que había dejado en el hotel la dirección en la que debía encontrarse con Kozlov, y que este enviaría un coche a buscarlo. Colgó tan pronto pudo, apreciando que su ánimo se había desinflado un poco. Tan solo necesitó una sonrisa y un beso fugaz de Winnie para que Kozlov, la venta de la empresa y su encuentro de esa tarde quedaran olvidados en el fondo de su mente. Ella tenía ese poder sobre él; un poder que consistía en hacerlo el hombre más feliz sobre la faz de la Tierra tan solo con una caricia suya. Sintiéndose de nuevo animado, le arrebató un beso como réplica y continuaron su paseo,

Su siguiente parada fue la Catedral de San Basilio. Solo tuvieron que cruzar la inmensa Plaza Roja y estuvieron a las puertas de aquella descomunal mole de piedra roja y múltiples cúpulas recubiertas de teselas con llamativos colores. Estuvieron de acuerdo en que jamás habían visto algo parecido a la impresionante construcción, y cuando lograron entrar convinieron que el interior no era menos impresionante que el exterior.

Era más de las doce de la mañana cuando regresaron a la Plaza Roja para continuar con las visitas. Winnie estaba exultante. La sonrisa no se le había borrado del rostro ni un solo momento desde que abandonaran el hotel.

«Y ahí continúa, inalterable y perfecta», se dijo Sergei sin poder retirar su mirada de ella mientras la mujer estudiaba los planos del Kremlin en un gran

tablero a la entrada de este. Winnie se giró hacia él con los ojos abiertos como platos.

—¡La visita dura cuatro horas! —exclamó, visiblemente contrariada—. No tenemos tanto tiempo, ¿verdad?

—No, me temo que no.

Vio cómo ella hundía sus hombros y asentía, resignada.

—Bueno, tal vez el sábado podamos venir.

—Si quieres, por supuesto —se apresuró a responderle él mientras la tomaba de la mano y la besaba en la punta de la nariz.

La mirada de Winnie se quedó enganchada en la suya y Sergei olvidó que estaban en un lugar atestado de gente. Solo existía ella, con sus increíbles ojos claros y esa sonrisa prendida en su boca, una boca que se moría por volver a besar a conciencia y deleitarse con ella.

—¿Vas a seguir mirándome así? —le preguntó ella tras acercarse a él tanto como pudo. Sergei asintió con un único gesto de cabeza.

—Creo que sí. ¿Por qué quieres saberlo?

Winnie se mordisqueó el labio en un gesto que le pareció inocente, pero que le hizo hervir la sangre.

—Por saber si lo que quieres es seguir viendo monumentos o...

—Lo que quiero es a ti —se oyó decir, sin ni tan siquiera reconocer su propia voz y sintiendo que el corazón se le iba a salir del pecho en cualquier momento.

Winnie lo atrapó con un beso que le supo a demasiado poco cuando ella se retiró.

—Y yo a ti. Y mejor que dejemos esto aquí, antes de que venga la policía y nos metan en el calabozo por escándalo público. —Señaló hacia algún punto a su espalda—. Tengo entendido que aquí son bastante intolerantes y antipáticos. Renuente, Sergei se separó de ella y trató de meter aire en sus pulmones.

—Eso dicen. Y no es algo que me apetezca comprobar.

Colgándose de su brazo y pegándose a su costado todo lo que podía, Winnie lo instó a que continuaran con el paseo.

La hora de la comida los pilló junto al Bolshoi, cuando ya habían emprendido el regreso. Se toparon con un centro comercial muy cerca del teatro y a Winnie le llamó la atención un local, muy parecido a uno de los millones de restaurantes de comida rápida que había en los Estados Unidos, salvo que lo que anunciaba en su cartelera eran *blinis* en lugar de hamburguesas.

Pidieron media docena de ellos para compartir cuando les llegó el turno, además de un plato de *pelmenis* rellenos de carne para que Winnie los probara. Hacía años que Sergei no los comía y verlos allí le recordó lo ricos que estaban. Completó el pedido con dos cervezas Baltikas y, cuando lo tuvieron todo, se sentaron en una mesa del enorme y atestado local.

Sergei no pudo evitar reírse cuando vio a Winnie probar los *pelmenis* por primera vez, con los ojos en blanco y la boca apretada de puro deleite.

—¡Oh, por favor! ¡Esto está muy bueno!

—Y son de los más corrientes. Esta noche podemos ir a un restaurante mejor si quieres y pedirlos allí.

Ella asintió con exageración.

—Sí, me parece una idea estupenda. O... tal vez, podríamos pedirlos en el restaurante del hotel y que nos los traigan a la habitación. Así no tendríamos que salir. —Y le guiñó un ojo.

La mera idea de quedarse en el hotel con ella, sin otra cosa que hacer más que disfrutar de la mutua compañía, se le antojó el mejor plan que pudiera existir.

Compartieron los *blinis* mientras conversaban. Los habían pedido dulces y salados, pero todos estaban igualmente ricos. Y mientras comían, Winnie se dedicó a enseñarle las fotografías que había ido tomando esa mañana.

—No recuerdo haberme hecho tantas fotos en mi vida —le dijo Sergei pegado

a su oído. El restaurante estaba muy concurrido y la algarabía era notoria, tanto que tenían que hablarse muy cerca para poder escuchar al otro.

Winnie le sonrió y le señaló la foto que tenía en ese momento en la pantalla.

—Me encanta esta.

En ella, Sergei miraba a la cámara con una ancha sonrisa mientras ella le besaba la mejilla con ímpetu. Él asintió.

—A mí también me gusta. Creo que voy a pedírtela para imprimirla y ponerla en mi despacho. ¿Te importaría?

—No, claro que no —se apresuró a contestar ella—. Creo que yo la imprimiré también y la pondré en mi apartamento.

Sergei se quedó mirando la imagen que ofrecía la pantalla. No podía creer que su vida hubiese cambiado tanto en apenas tres meses. Le resultaba increíble la suerte que había tenido de encontrar a esa mujer y que se hubiese enamorado de él. A ella se la veía radiante, pletórica, además de preciosa.

—¿Qué piensas? —oyó preguntar a Winnie, como si, en realidad, ella hubiese escuchado sus pensamientos. Se giró y encontró sus ojos clavados en él.

Señaló con un gesto a la instantánea que continuaba en la pantalla.

—Pienso en la noche en que te conocí, en la casa de tu hermano, cuando les leímos el cuento a tus sobrinos y a las hijas de Sam.

—*Los tres cerditos*.

—Sí —señaló él con un movimiento de cabeza—. Recuerdo que en ese momento pensé que tu rostro se vería más bonito con una sonrisa dibujada en él. No estaba equivocado. Te ves muy diferente de aquella Winnie.

Ella encerró su mano entre las suyas.

—Esta que ves ahora, la que está junto a ti, es la verdadera Winnie —le dijo—. La que conociste apenas era la sombra de quien realmente soy. Fueron... fueron momentos muy duros para mí...

Atrapando la mano de Winnie con la suya, Sergei la encerró bajo su palma y

entrelazó sus dedos con los de ella.

—No tienes que pensar más en aquello. Siento habértelo hecho recordar.

Winnie negó varias veces hasta que una lánguida sonrisa apareció en sus labios.

—No pasa nada. Ya no me duele tanto. Porque he tenido ayuda para sobreponerme, y te lo debo a ti.

—Yo no hice...

—Te equivocas —lo interrumpió—. Hiciste mucho más de lo que crees, incluso más de lo que yo puedo llegar a pensar. Me diste algo que necesitaba: volver a reír, a sentirme bien conmigo misma y a ser quien soy, y no lo que otros querían que fuera.

Le dedicó una sonrisa que lo desarmó por completo. Le acarició el dorso de la mano y, en respuesta, ella le besó la mejilla, demorándose en el contacto.

Salieron del local y ambos agradecieron dejar atrás el continuo murmullo. Pasearon con lentitud hacia el hotel, tomados por la cintura, adecuando su caminar al del otro. Si no fuera porque estaban en la otra punta del mundo y tan lejos de su hogar, Sergei pensó que le gustaría que aquello durase para siempre, esa sensación de plenitud que sentía estando junto a ella. Y después pensó que no importaba en dónde estuviera, con tal de estar con Winnie. La atrajo más hacia su cuerpo y la besó en el pelo. Sintió cómo la mano femenina se cerraba en torno a su cintura como respuesta y se acurrucaba a su costado.

La recepcionista del hotel los saludó desde el mostrador con una afectuosa inclinación de cabeza y una sonrisa cuando pasaron cerca en dirección a los ascensores.

En cuanto entraron en la habitación, Winnie se dirigió al sofá que había en la antesala y se arrojó en él mientras dejaba escapar una exhalación.

—No creí que fuéramos a andar tanto. ¡Estoy rendida! —dijo mientras se quitaba los botines de un puntapié.

Sergei dejó su chaqueta sobre una silla y se giró para mirarla.

—Bueno, cuéntame, qué planes tienes mientras estoy en esa reunión.

Ella arrugó la nariz, pensativa.

—No lo sé. Tal vez aguardarte aquí, descansando. Aunque... primero, creo que voy a ir a la ducha y a lavarme el pelo. No sabía que había tanta polución en esta ciudad y creo que lo necesito —le dijo tratando de esconder una pícaro mueca.

—Polución, ya. Muy conveniente —contestó él, divertido ante su estratagema.

—Puede que busque a un peluquero para ponerme en sus manos. ¿Conoces tú alguno? —le preguntó mientras se ponía en pie y comenzaba a desabrocharse la blusa botón por botón, muy lentamente.

Las palabras se quedaron atascadas en la garganta de Sergei al ver cómo sus finos dedos se desempeñaban con su propia ropa. Sin que él pudiese hacer otra cosa más que observarla, ella se quedó desnuda, desechando lejos cada prenda. Cuando ya nada cubría su cuerpo, pasó a su lado en dirección al baño. Sergei no podía apartar la mirada de ella, de sus curvas, de su larga melena que acariciaba su espalda y de su manera de caminar, contoneando las caderas. Ella se detuvo y miró por encima de su hombro hacia donde aún estaba él sentado.

—Voy a la ducha. ¿Cuánto tiempo dices que tienes antes de que debas marcharte para la reunión?

La mente de Sergei se negaba a procesar nada que no fuera la imagen de aquella mujer que tenía frente a sí.

—No sé si sería suficiente para lo que estoy pensando, Winnie.

Ella alzó una ceja en un gesto provocativo que logró que en una parte de su anatomía, una que se encontraba justo a una cuarta por debajo de su ombligo, terminara de congregarse toda la sangre que tenía en su cuerpo.

—Bueno, entonces, cuanto antes comience con la ducha, tanto mejor, ¿no

crees?

Sergei caminó hacia ella con paso decidido y la hizo girarse para que lo enfrentara. Le sonrió, la tomó por la cintura y la alzó entre sus brazos. Ella, con un pequeño salto, se colgó de su cuello con suma facilidad, cerró las piernas en torno a sus caderas y él la sostuvo con las manos bajo sus nalgas mientras se encaminaba hacia el baño.

—Creo que acabas de encontrar a tu peluquero.

Sergei salió a toda prisa del ascensor, colocándose aún bien la corbata y adecuándose el pelo húmedo con los dedos. Al final, la ducha con Winnie se había prolongado más de lo que él había esperado. Aunque, para ser exactos, esta solo había sido una pequeña parte de todo el tiempo que se dedicaron a estar el uno en brazos del otro.

La cama, de la cual Winnie se había quejado que era demasiado grande, había terminado completamente deshecha después de su último encuentro. La colcha colgaba por un lado, las sábanas arrugadas a los pies del colchón y las almohadas y los cojines desperdigados por el suelo de la habitación.

Con la imagen de Winnie desnuda aún fresca en las retinas sonrió mientras cruzaba el amplio vestíbulo. Se dirigió con un rápido caminar hacia la entrada y se detuvo en seco al ver llegar un coche con los cristales tintados. A la hora exacta. Supo que era el que le enviaba Kozlov en cuanto el chófer del empresario bajó del vehículo y, rodeándolo, le abrió la puerta trasera con una ligera inclinación.

—Buenas tardes, señor Lébedev.

Sergei le correspondió con un gesto parecido. Se sentó tras el asiento del copiloto y se colocó el cinturón de seguridad.

El coche paró ante un moderno edificio de oficinas, en la parte más

cosmopolita de la ciudad. Sergei bajó y miró la mole de cristal oscuro y acero que se levantaba ante él como un coloso que podría aplastarlo en un instante con un ficticio y gigantesco pie. Se sintió intimidado y también un poco sobrepasado. Decenas de personas entraban y salían por los múltiples accesos del edificio, casi asemejándose a una colonia de hormigas.

A su recuerdo regresó su antiguo jefe. Iván fue un hombre al que le había gustado alardear de su posición y convino que habría estado encantado de haber tenido allí la sede de su pequeño imperio. Sus oficinas en Newburyport, que él había vendido cuando su mentor murió, no habían sido algo desdeñable, pero nada comparado con aquellas.

Tomando aire echó a andar y se mezcló con el gentío. Sus abogados le habían dicho que las oficinas de Igor Kozlov estaban en la planta treinta y dos de esa monstruosidad y que lo aguardarían allí, así que se dirigió hasta el ascensor y esperó junto con un buen número de personas.

Cuando el timbre le informó que habían llegado al piso solicitado, salió y se pasó el dedo por el cuello de la camisa para tratar de despegarlo de su piel. Sentía que estaba comenzando a sudar, pero no sabía si era por el calor que había pasado en el interior de la cabina o por volver a encontrarse con ese hombre del cual no se había formado una buena opinión en las dos ocasiones que había hablado con él.

Caminó con pasos largos y decididos hasta la entrada a las oficinas y empujó la puerta. Cinco pares de ojos recalaron en él y se sintió ligeramente intimidado. Irguiéndose cuán alto era, dio un paso al frente.

—Buenas tardes. Busco al señor Kozlov —dijo en un perfecto ruso—. Tengo una cita con él.

Una mujer joven y morena, de piel muy blanca en contraste y con unos incisivos ojos azules, caminó hacia él con un rictus de seriedad en su rostro.

—¿Quién le digo que pregunta por él? —quiso saber.

—Sergei Lébedev. Me está esperando.

La expresión de la empleada mudó a una forzada sonrisa. La vio apretar los labios y asentir con un gesto contenido.

—Sí, en efecto. Lo están esperando. Sígame, por favor. —Y sin aguardar una respuesta por parte de Sergei emprendió camino en dirección a un pasillo que había al fondo del gran vestíbulo.

Anduvo tras ella sintiendo que el corazón le iba cada vez más rápido. Y no llegaba a entender por qué le ocurría. No era la primera vez que se veía en situaciones similares. Cuando vendió otras de las empresas de Iván se había sentido mucho más relajado.

«Entonces, ¿por qué demonios estoy tan nervioso?», se preguntó.

Por fin llegaron ante una gran puerta doble de madera oscura y pulida. La joven llamó y alguien, desde dentro, le dijo que podía pasar. Ella se giró, le hizo una señal para que la siguiera y Sergei entró.

La sala era enorme, como parecía serlo todo lo que había en aquel edificio. La mujer, con un gesto le indicó que aguardara y los ojos de Sergei descansaron en la figura masculina que se encontraba junto al escritorio, atareado en revisar unos documentos. Dejando a un lado sus quehaceres levantó al fin la mirada.

—Señor Lébedev —le dijo con una voz algo nasal—. Por favor, tome asiento. El hombre, que no habría cumplido aún los treinta años, señaló con un gesto del brazo hacia una de las sillas que se encontraban alrededor de una gran mesa de juntas. Estaba a punto de sentarse cuando una puerta de la que no se había percatado se abrió, para dar paso a Igor Kozlov.

En cuanto el empresario descansó sus fríos ojos en él, Sergei sintió que el ambiente de la habitación se volvía más opresivo. Kozlov se dirigió hacia él con un aire de petulancia que le molestó sobremanera. Aguardó en donde estaba, con los pies anclados en el suelo y con las manos convertidas en puños pegados a sus muslos.

—Querido señor Lébedev. ¡Qué grato volver a verlo! —le dijo a la vez que le tendía la mano para saludarlo. Al apretón lo siguieron los tres besos como era costumbre. Sergei se retiró tan pronto el hombre rozó por tercera vez su mejilla.

—Señor Kozlov.

El empresario lo miró con una sonrisa de autosuficiencia que molestó a Sergei y deseó que todo acabara cuanto antes, salir de allí y no tener que volver a verlo en su vida.

Sin agregar una palabra, Kozlov se giró hacia la mesa en donde su asistente había desplegado varias carpetas.

—Muy bien, pues comencemos. Tome asiento, señor Lébedev.

Sergei miró hacia un lado y hacia otro hasta que su vista recaló de nuevo en el empresario.

—Faltan aún mis abogados —le dijo con un dejo de extrañeza en su voz.

—Estarán al llegar, no se preocupe —le contestó Kozlov con rapidez—. Si quiere, podemos ir adelantando algunos asuntos.

Algo reticente y con paso cauteloso, Sergei hizo lo que le había pedido. Se sentó frente al asistente, con la espalda rígida, sin rozar siquiera el respaldo del que, suponía, era un cómodo sillón, pero que a él le parecía que estaba tapizado de espinas.

Kozlov se inclinó hacia su asistente y ambos intercambiaron unas palabras que Sergei no alcanzó a oír. Unos instantes después, clavó su inquisidora mirada en él.

—Supongo que estará deseando acabar con todo eso. ¿O me equivoco?

—No, no se equivoca —le respondió con parquedad. Notaba todos los músculos de su cuerpo en tensión. No le gustaba ese hombre, en absoluto, y el nudo que tenía en el estómago desde que había salido del hotel no hacía más que crecer y crecer.

Se dio cuenta en el momento en el que Kozlov notó su incomodidad. La expresión del empresario se tornó seria y se envaró.

—Muy bien. Nikolaj. —Se giró hacia su asistente y le hizo un gesto con la cabeza. El joven abrió una última carpeta y sacó de ella un par de documentos, que dejó en el escritorio, delante del sillón que debía usar Kozlov.

Vio al hombre tomar asiento casi con ceremonia. Le dio una larga hojeada a uno de los papeles y sonrió.

—Bueno, señor Lébedev, siento decirle que ya no estoy interesado en su empresa.

Las palabras golpearon a Sergei en el centro del pecho.

—¿Cómo dice?

Una ancha sonrisa apareció en el rostro del empresario.

—¡Ah! Mis disculpas. A veces creo que no sé expresarme con claridad —se excusó, acompañando sus palabras de un gesto demasiado estudiado y teatral para el juicio de Sergei—. Verá, lo que quería decir es que ya no estoy interesado *únicamente* en la empresa que usted quiere vender.

Sin aguardar una respuesta por parte de Sergei, le tendió uno de los documentos. Con un rápido vistazo, Sergei se percató de que era un listado de sus propiedades, muy pormenorizado.

—Son los bienes que heredó de mi tío —le explicó Kozlov.

—Me estoy dando cuenta —le contestó Sergei con acritud. Alzó la barbilla en un gesto casi altanero e irguió los hombros tanto que creyó que se le iba a quebrar algún hueso—. ¿A qué viene esto?

—Todo lo que aparece en ese listado me pertenece por derecho de sangre, señor Lébedev —respondió Kozlov con los labios apretados—. La oferta que le hice sigue en pie, pero es por todo lo que consta en ese papel. Todas y cada una de las empresas y propiedades que mi tío le legó y de las que usted aún no se ha deshecho. Las quiero todas.

Cualquier atisbo de sonrisa o afabilidad en su rostro había desaparecido, y había sido reemplazada por un rictus duro y serio que hizo que la piel de Sergei se erizara. Desde que había conocido al hombre jamás había visto esa expresión en él: la de un depredador. Como un mazazo en el estómago, comprendió de repente.

—Entonces, de esto iba todo, ¿no es cierto? —le dijo con la mandíbula apretada mientras se ponía en pie y tomaba el documento entre los dedos como si le quemara. Kozlov no le contestó: se mantuvo mirándolo con dureza. A Sergei no le hizo falta ninguna contestación por su parte; asintió un par de veces y una fría sonrisa se dibujó en sus labios—. No, no hace falta que me lo confirme. Ya me doy cuenta de que sí.

—Lo que se puede leer ahí me pertenece. Y como pienso que soy una persona justa, y también generosa, le pagaré por todas ellas lo que habíamos estipulado por la que usted mantiene aquí. Ni un rublo más. Ni un dólar más.

Sin saber muy bien por qué, de la garganta de Sergei emanó una potente risotada que le hizo echar la cabeza hacia atrás. Cuando regresó la vista al frente, Kozlov lo miraba con el semblante serio.

—¿Le causa gracia? —escuchó decir al hombre con los dientes apretados.

—Por supuesto que me causa gracia —aseveró con un exagerado cabeceo—. Así que a eso venía tanta amabilidad y tanta gentileza. El Bolshoi y ese restaurante tan exclusivo. No eran más que una manera de tratar de intimidarme, de pavonearse delante de mí para que, ahora, me sintiera sobrepasado. De decirme sin palabras hasta dónde llega su poder y su influencia. Lo siento, pero no funciona. Nada de lo que aparece en ese listado le pertenece.

—Era el legado de mi tío, y yo soy su sobrino. Soy su legítimo heredero, no usted.

Sergei se envaró.

—Por lo que a Iván le constaba, y así me consta a mí también, él no tenía ninguna familia.

—Pues estaba equivocado.

—Tengo documentos que lo prueban —afirmó Sergei con toda la seguridad de la que era capaz—. Tengo en mi despacho la respuesta del gobierno ruso a la búsqueda que inició Iván en los años noventa, cuando Gorbachov desclasificó la información de la represión estalinista.

—Pues no debió de buscar bien —insistió Kozlov—, porque yo tengo papeles que demuestran que sí, que mi padre, hermano de Iván, antes de morir, vivió lo suficiente para engendrarme. Así que yo soy el heredero de la fortuna de Iván, no usted.

Cualquier atisbo de simpatía o afabilidad que pudiese haber apreciado esos días atrás en el empresario se había esfumado como el humo en un día de viento.

Sergei entornó la mirada y notó que la mandíbula se le endurecía tanto que sus dientes entrechocaron hasta casi chirriar.

—¿De verdad pensaba que iba a acceder a traspasarle todas las propiedades? ¿Que me bastaría con que me dijera que usted es familiar de mi difunto jefe y que reclama sus bienes? ¿Y que yo se lo iba a vender todo por esa cantidad... irrisoria, que es como si se lo regalara?

Kozlov no le contestó; se mantuvo mirándolo con expresión pétrea. Sergei se inclinó hacia adelante, para hacer así menor la distancia que los separaba.

—Pues está muy equivocado.

—Lo llevaré a los tribunales —lo amenazó Igor con la mandíbula apretada.

—Hágalo —le contestó de inmediato—. Hágalo, pero va a tener que hacerlo en los Estados Unidos. No serviría de nada que lo hiciera aquí. Iván era ciudadano americano y el testamento se redactó según las leyes de mi país porque fue allí donde se firmó.

—Iré a donde tenga que ir para que se haga justicia.

Sergei fijó la mirada en Kozlov, que continuaba sentado tras la mesa de su despacho.

—Pues que tenga suerte porque yo no pienso ponérselo fácil. Estoy completamente seguro de que los documentos que consiguió Iván son auténticos, y que usted no es su familiar. No lo conoció, por eso no puede saber que Iván jamás dejaba nada a medias, no se conformaba e iba hasta el final. Si él se dio por vencido al no encontrar familiares vivos fue porque no los había —espetó Sergei, notando que por momentos su furia contra aquel hombre crecía—. Si es necesario, se exhumará su cadáver y pediré una prueba de ADN. Lo que sea para demostrar que miente y que solo quiere hacerse con un patrimonio de alguien que ¿quizás por casualidad? lleva su mismo apellido. Caminando de espaldas y sin retirar los ojos del empresario, Sergei llegó hasta la puerta de entrada al despacho.

—Que tenga una buena tarde, señor Kozlov. Sinceramente, espero no volver a verlo. —Y sin más, se giró sobre los talones de sus zapatos y emprendió la salida con paso rápido.

Kozlov se quedó mirando el lugar que había ocupado el americano hasta hacía pocos segundos. Por mucho que tuviera nombre y apellidos rusos, aquel hombre no era su compatriota; no sentía por él ninguna afinidad debida a sus ancestros. Era un extranjero, y se le revolvía el estómago por ello.

Bajó la vista para fijarla en los documentos que Lébedev había tenido en sus manos. Con rabia, los arrugó y los arrojó lejos, bajo la atenta mirada de su asistente, que lo miraba con ojos espantados.

—Márchate —le susurró. Antes de que el joven hubiese podido siquiera girar para encaminarse hacia la puerta, gritó—: ¡Que te marches te he dicho!

El hombre corrió y cerró tras de sí con un pequeño portazo.

Igor se dejó caer hacia atrás en su cómodo sillón. Cerró los ojos y se pasó la

mano por el rostro. Había pecado de ingenuo al pensar que Lébedev iba a firmar aquel documento solo porque él le había dicho que era el sobrino de Kozlov, apelando a su derecho de sangre. Antes de conocerlo había pensado de él que era un pusilánime, alguien que había tenido un golpe de suerte en la vida y que en cuanto le presentara un poco de batalla iba a venirse abajo, pero se había encontrado con un hombre que parecía saber cómo se hacían las cosas.

En ese momento, interrumpiendo sus pensamientos, la puerta que él solía utilizar se abrió. No vio quién habría entrado hasta que se apostó frente a él y se sentó con total parsimonia.

—Supongo que no ha firmado. —No era una pregunta, sino una afirmación en toda regla.

—No —contestó Kozlov con los dientes apretados.

El hombre frente a él se encogió de hombros.

—¿De verdad esperabas que firmara con esa idea tan peregrina tuya de apelar a su sentido del deber? ¿Y que te dejara todo lo que el viejo le legó? —le preguntó como si le hubiese leído el pensamiento.

Igor se incorporó un poco y miró al hombre a los ojos.

—Me dijiste que sería fácil convencerlo. Que él no había querido lo que heredó del viejo.

—Y de hecho ha vendido bastantes propiedades. Pero no me negarás que has jugado muy mal tus cartas.

—¡La estúpida de mi hija lo echó todo a perder! —espetó a la vez que se ponía en pie.

—Tu hija no ha hecho nada, y tú lo sabes. —El hombre se arrellanó en el sillón y se miró las uñas, como si le aburriera sobremanera lo que estaban hablando—. De hecho, la culpas a ella porque a alguien tienes que culpar.

Kozlov apretó los dientes. Sabía que era verdad lo que le decía. Sí que podía

reprocharle a Tatiana su cuestionable gusto por los hombres, y haber querido llevarse a la cama al americano era para estar muy enfadado con ella, pero eso era algo que no iba a airear delante de su socio. Lo miró mientras alzaba una ceja.

—En realidad, sí que me esperaba esa reacción del vaquero —dijo con malicia—. Y, porque lo esperaba, te sugerí que metieras esas páginas entre los documentos. Nuestro plan B. Dime, ¿lo hizo?

Mijaíl Egorov asintió con rotundidad y una sonrisa ladeada se dibujó en sus labios.

—Lo hizo, sí. Tenía tantos papeles que firmar ese día que no se dio cuenta de ello —afirmó con un tono pagado de sí mismo—. Esperé a que estuviese cansado y aturdido de leer y estudiar tanta documentación. Le dije que todos eran copias, y me creyó. ¡Casi me río en su cara cuando lo hizo! Fue algo muy inocente por su parte ¡confiar de esa manera!

Kozlov casi dejó escapar una carcajada al pensar en cómo Lébedev había caído presa de su engaño.

—Muy bien.

—Ya tengo al notario que dirá que firmó ante él, y a las dos personas que atestiguarán que lo hizo.

—¿Cuánto te ha costado?

Egorov lo miró de soslayo.

—Eso es algo de lo que tenemos que hablar. El notario era algo reacio, pero esgrimí delante de él las fotos que teníamos preparadas, esas con la prostituta de lujo con la que suele ir cuando va de viaje, y se acobardó. No creo que quiera renunciar a su creciente carrera política por no saber guardarse la polla dentro de los pantalones.

Los ojos de Kozlov se entrecerraron al escuchar al abogado y su socio desde hacía ya algunos años. Egorov y él se habían conocido durante su juventud. La

falta de escrúpulos se había revelado como algo común y los dos se habían hecho amigos inseparables. Con la edad, cada uno había tomado un rumbo distinto en la vida: Egorov se había convertido en un abogado de renombre dentro de su bufete, y él... bueno, él había sabido adaptarse a las circunstancias, y en la mayoría de las ocasiones había sabido revertirlas en su favor. Como lo fue que Iván Kozlov contratara los servicios del bufete de su socio y este le contara que lo había conocido. La casualidad había hecho que compartieran apellidos. Igor siempre había sabido que Iván no pertenecía a su familia, pues él mismo había comprado el suyo casi dos décadas atrás, cuando buscaba establecerse en Moscú, huyendo de su antigua vida y de unos prestamistas a los que había pedido una gran cantidad de dinero que no tenía intención de devolverles.

Cuando se enteró por Egorov de la fortuna que el viejo amasaba, y sin ningún descendiente a quien legárselo, habían ideado un plan para tratar de convencerlo de que era su sobrino perdido, un sobrino que, en realidad, no existía. Para ello, Mijaíl se había encargado de comprar la documentación a un falsificador que le dio una «nueva familia», como ambos se referían al Kozlov del otro lado del mundo. Lo que ninguno de los dos previó fue la muerte del viejo sin que hubieran podido decirle nada, y que sus planes se trastocaran. Les había llevado un tiempo replantearse su estrategia con el heredero de Kozlov, su antiguo asistente, Sergei Lébedev.

—Hay algo que me preocupa —le dijo Kozlov con actitud pensativa.

—¿El qué?

Mijaíl se incorporó hacia adelante y apoyó ambos codos sobre la mesa, intrigado ante sus palabras.

—El yanqui me ha amenazado con sacar al viejo de su tumba para hacerle las pruebas de ADN si es necesario.

Una sombra cruzó por el rostro de su socio.

—No podemos permitir que eso ocurra —le dijo. Ambos se mantuvieron en un incómodo silencio que Mijaíl rompió al cabo de unos segundos—. Entonces, ¿qué vas a hacer con Lébedev? Tengo entendido que se marcha el domingo para los Estados Unidos.

Una sonrisa torcida surcó el rostro de Igor.

—Bueno, va a ser una pena que el señor Lébedev vaya a engrosar la lista de la violencia callejera de este país. ¿No crees, querido amigo?

—Y tú vas a ser la persona a la que, sorprendentemente, le legue todos sus bienes —añadió Egorov.

Kozlov le sostuvo la mirada y, al fin, asintió.

—En efecto, querido amigo. Va a ser una pena perderlo de esa manera.

Sergei atravesó el pasillo del hotel con paso enérgico, deslizó la llave ante la cerradura y apenas esperó a escuchar el clic de apertura para forzar la manija y abrir con rudeza. Sin detenerse atravesó la antesala. Por el rabillo del ojo vio incorporarse a Winnie del sofá, sobresaltada por su intempestiva entrada,

—Ha sido rápido —la oyó decir a su espalda mientras lo seguía hacia el dormitorio. Sergei se quitó la chaqueta casi con furia y la arrojó lejos, sin preocuparse de dónde caía. Escuchó a Winnie caminar en su dirección y rodearlo para quedar frente a él con una muda expresión de sorpresa en su rostro—. Sergei, ¿qué ha sucedido?

Se sentía tan enfadado con lo que había sucedido con Igor Kozlov que no creía poder hablar. La rebasó sin decirle una palabra y se dirigió hacia el escritorio en donde había dejado toda la documentación que había llevado consigo desde los Estados Unidos. Con malos modos rebuscó entre ellos hasta que encontró lo que estaba buscando.

Una mano de Winnie sobre su codo lo hizo girarse y enfrentarla.

—Sergei, ¿qué ocurre? —le preguntó con un tono de voz tan suave que se sintió culpable por cómo la había ignorado. Respiró hondo y la miró a los ojos.

—Kozlov. Eso ocurre.

—Ya había supuesto que tu enfado tenía algo que ver con él, sí. Pero ¿qué ha pasado?

Dejando escapar el aire muy lentamente, Sergei sintió que sus hombros se hundían antes de comenzar a relatarle su encuentro con el empresario y lo que este había pretendido que él firmara. Winnie lo escuchó en silencio, asintiendo unas veces y otras buscando sus manos y rozándolas apenas. Lo reconfortaba el cálido toque de ella, le hacía sentir que no estaba solo.

Cuando terminó, Winnie apretó los labios antes de hablar.

—¿En serio quería eso? —le preguntó con los ojos abiertos como platos.

—Eso parece.

—Me cuesta creer que esperara que tú le *regalaras*, así como así, lo que te dejó Iván.

—Ha tratado de pagar por todo un precio irrisorio. No sé cómo se le ha podido ocurrir.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—¿La verdad? Había pensado adelantar nuestra partida a mañana en lugar de esperar al domingo, si es que encuentro plazas en el vuelo. No me apetece quedarme aquí por más tiempo. Pero, primero, hablaré con mis asesores aquí. Quiero dejar todo esto atrás en cuanto me sea posible.

Sin dudarle, Winnie asintió.

—Está bien. Nos marcharemos mañana. Voy a empezar a recoger mis cosas — le dijo. Lo besó con suavidad en la mejilla y le ofreció una sonrisa antes de dirigirse hacia el armario.

Sergei la siguió con la mirada, en silencio. La vio sacar su maleta y ponerla

sobre la cama. Dio un paso hacia ella.

—Winnie.

Ella levantó la vista de la prenda que estaba doblando.

—Dime.

—Tú quieres quedarte el día del que aún disponemos, ¿verdad?

La vio encogerse de hombros y hacer un gesto con la mano para restarle importancia.

—No, no, está bien. Entiendo que quieras marcharte. Te has sentido utilizado, y es normal que quieras irte de aquí lo antes posible.

Mirar sus ojos azules clavados en él le hizo pensar que no había contado con lo que a ella le gustaría hacer. Se acercó hasta donde estaba y se paró a un paso de distancia.

—Lo siento —se disculpó bajando la vista hasta el suelo—. He estado tan ofuscado con lo que ha sucedido con Kozlov que no he pensado que tú apenas llevas en este país cuarenta y ocho horas.

Una mano de Winnie buscó la suya. El gesto fue suficiente para terminar de calmarlo. Su roce era como un bálsamo para él; Winnie era como llegar al hogar, al lugar en el que podía sentirse seguro y cómodo. Sus ojos se clavaron en los de ella y la vio sonreír. Sintió que todas sus tensiones desaparecían. Buscó sus labios con un tierno beso, y ella le correspondió con uno idéntico, suave y cálido, que hizo que una pequeña corriente eléctrica le recorriera la espalda por entero.

—Creo que vamos a quedarnos —le respondió Sergei cuando se separaron—. No puedo permitir que alguien como Igor Kozlov nos arruine nuestro último día aquí.

El brillo en los ojos de Winnie lo hizo sonreír.

—Bueno, no voy a mentirte si te digo que me gustaría ver algo más de esta ciudad. Sería una pena haber hecho tantos kilómetros para una visita tan

rápida, ¿no crees? Pero si quieres que nos marchemos antes, lo haremos. Por mí no hay ningún problema.

—Entonces, nos quedamos —le dijo Sergei con un leve movimiento afirmativo de cabeza—. Haré como si nada de esto hubiese sucedido y, en cuanto el avión despegue el domingo de Moscú, trataré de olvidar que me he cruzado con él alguna vez.

Como premio, Sergei recibió una radiante sonrisa por parte de Winnie que le hizo pensar que merecía la pena quedarse solo por el hecho de verla feliz. Le acarició la mejilla, regodeándose con su tacto. Winnie se apoyó en su palma y se la besó, solo un roce, nada más que eso, pero que para Sergei significó un mundo. Con sus ojos clavados en ella, incapaces de desviarse de su rostro, él buscó su mirada.

—No sabes cuánto me alegro de que estés aquí, conmigo.

—No querría estar en otro lugar más que aquí. Contigo,

El abrazo de Winnie alrededor de su cintura y el sutil calor que ella desprendía le hicieron olvidar todo cuanto quedaba fuera de esas cuatro paredes.

Sergei se alegró de no haber sucumbido a su idea inicial de marcharse un día antes de Moscú.

Lo habían aprovechado al máximo. Habían ido a visitar la mayoría de monumentos y lugares de interés que Winnie quería ver. Gracias a ella y a su incansable ánimo, había podido disfrutar del paseo como no creyó que lo haría. Se había encontrado en más de una ocasión mirándola sin saber bien por qué, tan solo empapándose de su manera de ser y de su belleza.

Estaba enamorado como no creyó jamás poder estarlo.

Alguna vez había soñado con encontrar a alguien con quien compartir su vida, por supuesto, pero nunca pensó que pudiera sentir lo que sentía por Winnie. La miró por el rabillo del ojo mientras caminaban con los dedos entrelazados de vuelta hacia el hotel. En sus labios mantenía esa sonrisa perenne que tanto le gustaba. Sin pensárselo demasiado soltó su mano y, pasando su brazo por el hombro de la mujer, la atrajo hacia sí y la pegó a su cuerpo todo lo que las circunstancias le permitían para besarla en la sien. Ella alzó la mirada y compuso una graciosa mueca.

—¿Cansado?

—Un poco.

—Yo también —confesó ella adecuando su caminar al de él—. Estoy deseando llegar a la habitación y tumbarme en la cama. Ha sido un día

agotador, pero lo he disfrutado muchísimo.

Sergei se paró en seco y ella lo hizo a la vez, con una muda expresión de no saber por qué se había detenido.

—¿Ocurre algo? —Él negó con la cabeza sin despegar la vista de ella. Winnie entrecerró los párpados—. ¿No? ¿Entonces...?

—Te quiero —le dijo antes de que ella pudiese acabar su pregunta.

La respuesta que ella le ofreció sin apenas pensarla fue besarlo como si hiciese toda una vida que no lo hacía. Él aceptó sus labios con fervor y tuvo que obligarse a recordar que se encontraban en plena calle. Le sonrió cuando se separó de ella.

—No querrás que demos un espectáculo aquí, ¿verdad?

—La culpa es tuya por decirme que me quieres —le contestó Winnie.

—¿No quieres que te lo diga?

Ella le ofreció una sonrisa pícaro que encerraba un sinfín de promesas.

—Claro que quiero. Me encanta que lo hagas. Y por eso mismo vamos a acelerar el paso y me lo vuelves a repetir en cuanto estemos en la habitación.

¿Trato hecho?

Sergei asintió con fervor.

—Trato hecho.

Con las maletas en las manos, Sergei echó una última ojeada a la habitación.

—¿Estás segura de que no nos dejamos nada?

Winnie resopló con fuerza y puso los ojos en blanco.

—Estoy segura, pesado. He revisado cada cajón y cada estantería del armario.

¡Ah! Y debajo de la cama también. ¡Ay! Voy a echarla de menos.

Sergei no pudo evitar estallar en carcajadas.

—Creí que estábamos de acuerdo en que era demasiado grande.

—Bueno, para ciertos momentos, no viene nada mal algo de espacio extra. —

Y le guiñó un ojo.

Robándole un beso rápido, Sergei abrió la puerta de la habitación.

—Bueno, despídete de ella. Regresamos a casa.

En cuanto estuvieron en el vestíbulo del hotel y hubo entregado la llave, le pidió al recepcionista que llamara a un taxi para que los llevara hasta el aeropuerto. El hombre, con suma gentileza, lo hizo tan pronto como él se lo pidió.

Aguardaron sentados en un cómodo sofá. Winnie estaba exultante por regresar y contarle a su madre y a Ali todo lo que había visto. Sergei no podía dejar de mirarla. Le fascinaba esa manera que tenía ella de ver la vida, de reaccionar ante las cosas y cómo le contagiaba la mayoría de las veces su entusiasmo.

Unos minutos más tarde el botones se acercó para informarles de que su vehículo acabada de llegar y que los aguardaba en la entrada. Sin dilación, ambos se levantaron y se dirigieron hacia el exterior. Como en ocasiones anteriores, su transporte era un vehículo privado. El botones se apresuró a abrirles la puerta y ambos entraron al confortable interior. Después de oír el golpe al cerrarse el maletero, el coche se puso en marcha.

Conforme iban dejando atrás la atestada Avenida del Teatro, Sergei admitió que Moscú era una ciudad muy bonita, pero su experiencia con Kozlov había agriado un poco su gusto por ella. Sin mirar siquiera, buscó la mano de Winnie y entrelazó sus dedos con los de ella, algo que la mujer acogió de buena gana, apretándolos con suavidad.

El tráfico no era demasiado denso a esa hora, así que avanzaron sin contratiempos. Sergei miraba a un lado y a otro del coche, tratando así de retener en su memoria todo cuanto había visto esos días. En una de las ocasiones en las que pasó de mirar hacia la acera opuesta, su mirada se detuvo unos breves segundos en el conductor. Debido a que estaba sentado tras él, Sergei solo podía ver la parte trasera de su cabeza y, si se movía un poco, algo

de su perfil. Apreciaba que su pelo estaba cortado a cepillo, casi a la manera militar, y que parecía bastante robusto. Recordó que el hombre no había bajado del automóvil para recibirlos cuando salían del hotel, como habían hecho los anteriores conductores con los que había tratado. Sin saber por qué ese pensamiento había llegado a su cabeza, Sergei entrecerró los párpados, pensativo. Tenía la impresión de que conocía a esa persona. «Tal vez ya me haya llevado antes a algún otro sitio», pensó, pero la sensación era extraña, como si sintiera un nudo en el estómago que lo único que hacía era crecer más y más.

Supo que algo iba mal cuando el coche serpenteó por varias callejuelas en un barrio por el que no había pasado con anterioridad y que parecía ubicarse en el extrarradio de la ciudad. En su viaje de llegada, el taxista que lo había llevado hasta el hotel no había tomado ninguna calle parecida. Más aún: siempre había usado grandes avenidas para ir hasta el establecimiento y ninguna calle como aquella por la que transitaban en ese preciso momento.

Sentada a su lado, Winnie permanecía ajena a cuanto pasaba por su cabeza, con una sonrisa que no había abandonado sus labios desde que salieran del hotel. Sergei sintió que su corazón comenzaba a latir con más rapidez. Se enderezó en el asiento y miró a ambos lados alternativamente. No, algo no iba bien. Podría estar siendo un poco paranoico, aceptó, pero lo sentía en su médula.

Se había inclinado un poco hacia delante para llamar la atención del conductor cuando lo reconoció, y su mano se quedó congelada en el camino. Estaba seguro de que lo había visto un par de días antes, en la mansión de Kozlov. Había aparecido unos instantes en el salón en donde lo recibió el empresario. Sergei trató de ordenar sus ideas con rapidez. Tal vez tuviera un trabajo doble. «Es posible, desde luego», trató de convencerse, pero algo en su interior le decía que era demasiada casualidad que el hombre que lo llevaba hacia el

aeropuerto pudiera trabajar también como guardaespaldas de Kozlov.

«Si es que nos lleva al aeropuerto».

La idea lo golpeó en el pecho y lo dejó sin respiración por unos momentos. El coche aminoró al tomar una esquina especialmente complicada. La calle que enfiló no se asemejaba a ninguna que hubiese visto en los viajes que había hecho en su vida: las aceras estaban sucias, descuidadas, y por la ventanilla entraba un hedor que le hizo arrugar la nariz, mezcla de humos, alquitrán y basura. A la mayoría de los edificios parecía faltarle una mano de pintura y una limpieza, y las pocas personas que pudo ver parecían de una clase social muy inferior a cuantos él se había cruzado en el centro de la ciudad.

El automóvil se desvió en la siguiente calle, igual a las anteriores, solo que parecía desierta. Tenía que admitir que estaba comenzando a ponerse nervioso y que las palmas habían empezado a sudarle. Le estaba siendo difícil obviar aquel palpito. «Seguramente, son imaginaciones más —se dijo—. Pero ¿y si no lo son?».

Volvió a fijar la mirada en el cogote del conductor. La idea de que Kozlov lo había enviado cada vez tomaba más fuerza en su mente. Tal y como terminó la reunión entre ambos, era más que posible que el empresario quisiera algún tipo de revancha, y podría haber enviado a ese hombre para tomarla por él. ¿Lo creía capaz de eso?, se preguntó. La respuesta fue clara: «Por supuesto que lo creo capaz».

Sentía que el miedo empezaba a anidar sin remedio en sus entrañas.

El barrio por el que estaban pasando pareció acabar y una valla metálica comenzó a delimitar a ambos lados de la callejuela unos extensos solares que parecían abandonados.

Con el corazón latiéndole con fuerza, Sergei se giró un poco hacia Winnie y buscó su cuello para posar sus labios muy cerca de su oído.

La mano femenina se cerró en torno a su muslo.

—Sergei, no creo que este sea el...

—Winnie, escúchame atentamente —le susurró con seriedad, simulando que toda su atención estaba en la mujer que había junto a él, en lugar de en donde estaban siendo llevados, donde quiera que fuera—. No te gires hacia mí, no me mires cuando te diga esto. Si lo has entendido, apriétame un poco la pierna. Aunque un poco dubitativa, Winnie hizo lo que él le había pedido. Sergei continuó.

—No sé dónde nos llevan, pero no es al aeropuerto. El conductor trabaja para Kozlov. Estoy seguro. Lo vi a cierta distancia el día que me entrevisté con él en su casa, y no me da buena espina. Ahora, quiero que suspires, por favor, como si te estuviera besando.

Ella lo hizo sin dudar.

—¿Ves la esquina al final de la calle?

—Sí —respondió Winnie en tono muy bajo, apretando aún el muslo masculino.

—Cuando doblemos en ella, trataré de accionar el freno de mano que está entre los asientos de delante y saltaremos fuera del coche, cada uno por su puerta. ¿Podrás hacerlo?

Notó cómo el cuerpo de ella se envaraba junto al suyo y que todos sus músculos se ponían en tensión. Debía asegurarse de que ella entendía qué se estaban jugando.

—Winnie, no va a haber otra oportunidad. Debemos bajarnos, o mucho me temo que jamás regresaremos a Boston. ¿Has entendido lo que tenemos que hacer?

Con un movimiento contenido, Winnie asintió.

—Sí —fue su única respuesta.

Sergei se permitió el lujo de regalarle un fugaz beso antes de separarse de ella y colocarse bien erguido en el asiento. Buscó su mano y la estrechó con fuerza. El perfil que le ofrecía la chica era duro, con las mandíbulas apretadas, la

cabeza ligeramente levantada y los hombros en tensión. Ya nada quedaba en su rostro de la sonrisa que solía lucir. Sergei miró hacia el frente. Debido a la estrecha calle, el coche había disminuido de manera considerable la velocidad, algo que los favorecía para sus planes. Su convencimiento de que algo ocurría era cada vez mayor.

Su mirada iba alternativamente desde el cogote del hombre al escenario que discurría ante ellos a través del parabrisas. Tenían la esquina cada vez más cerca. La mano de Winnie se cerró con más fuerza en torno a la suya y él le correspondió el gesto, tratando así de infundirle valor, el mismo que él necesitaba. Nunca se había visto en una situación semejante y notaba que el corazón se le quería salir por la boca a base de fuertes bombeos y que la sangre, empujada por la adrenalina, corría sin control por todo su cuerpo.

Le pareció que nunca llegarían al punto indicado, que el tiempo se dilataba para jugar en su contra. Entonces, su mirada se cruzó con la del conductor a través del espejo retrovisor; una mirada agresiva y desafiante que no prometía nada bueno y ya no tuvo ninguna duda: debían salir de aquel coche.

Sergei se abalanzó con toda la rapidez de la que fue capaz hacia el espacio entre ambos asientos y, con un enérgico movimiento, jaló de la palanca del freno de mano, ubicada junto al conductor. Con un súbito frenazo y un chirrido de las ruedas sobre el asfalto rugoso, el automóvil se detuvo.

—¡Ahora, Winnie! —le gritó a la mujer. A ella no le hizo falta la señal: ya había abierto la portezuela de su lado y estaba saliendo a toda prisa.

Él hizo lo propio por su lado, al mismo tiempo que el guardaespaldas de Kozlov se apresuraba a bajarse del vehículo. Al girarse, el hombre, de un manotazo, cerró la puerta trasera, quedando frente a Sergei con la mandíbula apretada y con fuego en los ojos.

—Estúpido yanqui hijo de puta —le espetó en su idioma natal.

Sergei se quedó petrificado delante de él cuando lo vio sacar una pistola del

interior de su chaqueta. Rápidamente, buscó a Winnie con la mirada. Se encontraba al otro lado del coche, con seguridad aguardando cuál iba a ser su siguiente paso. Alarmado ante los derroteros que estaba tomando la situación, se irguió cual alto era.

—¡Corre, Winnie! ¡Ve a buscar a la policía! —le gritó rezando para que la mujer hiciera lo que él le había pedido y se alejara cuanto antes.

Vio el miedo en su hermoso rostro y, aunque le costó unos segundos que le parecieron eternos, Winnie asintió y corrió en dirección a lo que parecía ser el final de la calle.

Los instantes siguientes transcurrieron ante Sergei a cámara lenta. El sicario se giró, extendió el brazo que portaba el arma y apuntó hacia una Winnie que se alejaba a toda carrera. No se lo pensó dos veces: proyectando todo su peso hacia adelante, Sergei se arrojó contra él y lo golpeó en el antebrazo con el puño. Sin haberse esperado aquella reacción por su parte, el arma escapó de las manos del matón y resbaló debajo del coche, fuera de la vista de ambos. Por unos instantes, el aire volvió a los pulmones de Sergei. Dando por finalizado su momento de respiro, el hombre se giró para enfrentarlo. Podía apreciar sus dientes, fuertemente apretados, y su dura mirada clavada en él.

—Esto solo ha sido suerte —espetó con un fuerte acento—. Pero se te acabó. Despídete de la chica. No vas a volver a verla nunca.

Los ojos de Sergei volaron hacia el final de la calle para ver a Winnie correr y perderse tras una esquina antes de que el sicario embistiera contra él y lo golpeará en las costillas.

No recordaba haber corrido tanto en su vida como en ese momento. Sus pulmones comenzaban ya a recordarle el esfuerzo que estaban realizando, y su corazón latía con fuerza en su pecho. Pero ella no iba a desfallecer, se dijo mientras continuaba con la carrera. Tenía que salir a una calle más concurrida

y buscar ayuda para Sergei.

No se había percatado de que algo andaba mal. Sí que le había extrañado la ruta que estaba tomando el conductor para llevarlos hasta el aeropuerto, pero no pudo conectarlo con nada, no como había hecho Sergei.

Siguió corriendo. Parecía que la calle no iba a acabarse nunca. Se detuvo por unos momentos, se llevó la mano al costado y se inclinó hacia adelante, con los ojos fuertemente cerrados. Había comenzado a dolerle. Tomó aire de nuevo y continuó.

Apenas un par de minutos después llegó a una avenida mucho más ancha. Winnie se detuvo en seco y miró hacia uno y otro lado. Dio gracias al cielo porque había bastante tráfico, vehículos que pasaban en ambos sentidos. No sabía cómo iba a hacerlo sin conocer el idioma. Con rudeza se retiró de la frente un mechón de pelo que se había escapado de su pelo recogido. Entonces, lo vio aparecer: un coche blanco con unas luces azules sobre el techo que transitaba más lento que los demás. «¡La policía!». Y se acercaba en su dirección. Sin pensárselo dos veces corrió hacia ellos haciendo aspavientos con los brazos y sintiendo todos los músculos de su cuerpo en tensión.

—¡Por favor, paren! ¡Paren!

El patrullero se detuvo al llegar a ella y de él bajaron dos policías uniformados y con semblante serio. Le dijeron algo en ruso, algo que ella no entendió. Haciendo caso omiso de su imposibilidad por entenderlos, los tomó a ambos por los antebrazos.

—¡Necesito ayuda! ¡Un hombre! ¡En el callejón!

Los dos policías se miraron el uno al otro con aspecto de no comprender qué estaba pasando ni qué era lo que ella quería decirles. Insistió, sintiéndose más nerviosa.

—¡Tienen que ayudarme!

Sin medir las fuerzas tiró de ellos y les hizo una señal para que la siguieran. Caminó brevemente de espaldas, rogando en silencio que fueran tras ella. Cuando estuvo segura de que había logrado llamar su atención un «gracias» se escurrió entre los labios de Winnie. El tiempo que tardaron los hombres en intercambiar miradas y llevar las manos a sus armas reglamentarias se le hizo interminable. Solo entonces, Winnie giró con rapidez sobre sus botas y emprendió el camino de regreso a toda prisa hacia donde había dejado a Sergei.

Continuó corriendo con los policías pegados a sus talones, sintiendo el bombeo de su sangre al pasar por sus oídos. El camino se le hizo más largo si cabía, y el dolor lacerante en el costado ya le estaba recordando que debía parar. No, no iba a hacerle caso, se dijo con convencimiento; quería llegar cuanto antes junto a Sergei. Rehusaba pensar qué podría encontrar cuando lo hiciera; podría encontrarlo herido o... «¡No! No voy a pensar en ello», se dijo mientras apretaba los puños y alargaba la zancada.

Al fin dobló en la esquina y lo vio al fondo. Sergei y el conductor estaban enzarzados en una pelea junto al coche. Justo en ese momento, el hombre se abalanzaba contra Sergei. Le llegó el sonido sordo de su gruñido al recibir el golpe. El aire se quedó atrapado en los pulmones de Winnie y le impidió que un grito emergiera de ella. Sergei trataba de defenderse de los puñetazos y ganchos del hombre alzando el brazo ante sí y protegiéndose con atinados movimientos defensivos para, justo después, atacar al cuello del matón con dureza. Vio a Sergei plantarse ante él, levantar una pierna y tratar de tumbar a su atacante golpeándolo en el costado con un certero envite, algo que no logró pese a sus esfuerzos. Aceleró la carrera para tratar de llegar cuando antes a su lado. Aún podía oír a los dos policías que corrían tras ella.

Apenas le quedaban veinte metros para llegar junto al coche cuando, tras un nuevo intento de Sergei de defenderse del ataque sin cuartel, vio cómo el

hombre sacaba de su bolsillo un objeto. Con él en la mano, levantó el brazo. El brillo de una afilada hoja hizo que Winnie frenara casi en seco y que un grito se le quedara atascado en la garganta. Los agentes se detuvieron también para no chocar contra ella.

Todo ocurrió demasiado deprisa: los policías la rebasaron en el preciso instante en que el conductor arremetía contra Sergei. Este, con un quiebro y un salto, trató de zafarse de su alcance, pero la proximidad del vehículo hizo que su salto se quedara corto. Con un nuevo impulso, el conductor embistió otra vez contra Sergei. El tiempo pareció dilatarse hasta que Winnie estuvo segura de haber escuchado un siseo salir de los labios del hombre de quien estaba enamorada. Lo vio llevarse la mano al costado y derrumbarse con todo el peso de su cuerpo contra el lateral del vehículo.

—¡No! ¡No!

Ignorando la súbita arcada que sintió en el estómago y la debilidad que amenazaba a sus piernas corrió hacia él, esa vez tras los agentes. Los dos hombres alcanzaron al sicario en el momento en que llevaba su brazo hacia atrás para tratar de rematar lo que había comenzado, sin percatarse de la presencia de la ayuda que llegaba. Un agente lo sujetó con rudeza por atrás mientras el segundo policía se interponía entre él y Sergei. Ella llegó hasta él en el preciso instante en el que los dos policías reducían al agresor, colocándolo bocabajo en el suelo.

Su mirada encontró la de Sergei y sus manos volaron hacia él. Enmarcó sus mejillas entre sus manos y él trató de sonreírle levemente, aunque lo que se dibujó en sus labios se asemejó más a una mueca de dolor.

—Me has hecho caso y has traído a la policía.

Winnie asintió una y otra vez con sus ojos escudriñando cada centímetro de su rostro.

—Claro que te he hecho caso —le contestó casi sin aire y sin dejar de

acariciarle los pómulos con sus pulgares—. ¿Qué ha pasado? ¿Te ha hecho algo?

Él lo negó con un movimiento de cabeza, muy despacio, pero la palma de su mano apoyada bajo las costillas y el líquido carmesí que se escurría entre sus dedos lo ponían en evidencia. Los ojos de Winnie se abrieron como platos al ver cómo la sangre empapaba a toda prisa la camisa de Sergei.

—¡Oh, Dios! ¡Estás herido! ¡Te ha herido!

—Es solo un rasguño, no te preocupes.

—¡No es un rasguño! ¡Hay que llevarte a un hospital cuanto antes!

Con cuidado, le retiró la mano y lo vio: un largo corte bajo el pecho derecho y, aunque no parecía demasiado profundo, de él manaba sangre sin cesar. Temblando, Winnie rebuscó en los bolsillos de los pantalones de Sergei hasta encontrar el pañuelo de tela que él solía llevar siempre consigo. Con movimientos torpes y algo insegura lo colocó sobre la herida, esperando que aquella improvisada compresa detuviera la sangre.

En ese momento, uno de los policías se acercó a la carrera hasta donde ellos estaban. Le preguntó algo a Sergei en ruso y él, girando la cabeza despacio hacia el agente, le contestó con un asentimiento. Intercambiaron varias frases más que no tuvieron ningún sentido para Winnie, pero que le dejaron muy claro que Sergei no estaba tan bien como él afirmaba. Vio cómo el policía echaba mano del micrófono de la radio que llevaba sujeto al hombro y se alejaba un par de pasos mientras hablaba por él con evidente urgencia.

Sergei giró de nuevo la cabeza hacia ella y una forzada sonrisa apareció en su masculino rostro. Winnie se sentía incapaz de manejar su nerviosismo: sus manos lo tocaban en los hombros, en los brazos, en la cara... Necesitaba tocarlo, sentirlo.

Un siseo largo escapó entre los dientes de Sergei.

—¡Lo siento! ¿Te he hecho daño? —se disculpó de manera atropellada.

El rostro de él estaba comenzando a perder el color, aunque la sonrisa que esgrimía se resistía a abandonar sus labios.

—No... no pasa nada —le contestó, tratando de tranquilizarla. Lo vio tomar aire—. ¿Recuerdas que te dije una vez que nunca había pasado nada interesante ni arriesgado en mi vida?

Winnie asintió una y otra vez de manera automática.

—Sí, sí. Claro que lo recuerdo.

—Pues creo que eso se ha acabado —le dijo. Lo vio apretar la mandíbula, sin poder ocultar el dolor que debía sentir. Levantó la mirada y clavó sus ojos claros en ella. Winnie se fijó en los labios, que perdían el color a cada segundo—. Aunque, la verdad, si era para ganarme una cuchillada, mejor haber seguido siendo un aburrido.

Ella le cubrió la mano ensangrentada con la suya. Sintió cómo lágrimas calientes comenzaban a nublarle la visión.

—Sí, hubiese sido mejor seguir siendo el tipo aburrido que eras.

Él le sonrió y resbaló poco a poco contra el lateral del coche hasta quedar sentado en el suelo, con ella arrodillada a su lado.

—Winnie.

—Dime.

—Deberías llamar a una ambulancia. Diles que llamen a una ambulancia —le dijo con la voz algo pastosa—. Creo... creo que voy a...

Sergei parpadeó un par de veces, cada vez más despacio. Winnie lo tomó de la barbilla con más rudeza de la que pretendía.

—¡Sergei, mírame!

Él alzó un poco la mirada, algo acuosa y descentrada, y trató de sonreírle, pero sin conseguirlo. Una creciente angustia la dejó sin respiración.

—Lo... lo intento... Winnie.

Los párpados del hombre se cerraron poco a poco y ella lo zarandeó con

suavidad aun cuando sentía que estaba a punto de dejarse llevar por la histeria.

—¡Sergei! ¡Sergei! ¡Respóndeme!

Él no le contestó. Su cabeza cayó hacia adelante en un ángulo casi forzado y se movió de un lado a otro al volver a sacudirlo. Winnie sintió un dolor en el pecho al tragarse su grito.

«¡No, no, no!»

Unas manos la tomaron por los hombros y la retiraron a la fuerza mientras le decían algo que no podía entender. Trató de zafarse del agarre; gritó y se agitó con fiereza.

—¡No, suéltense! ¡Sergei! —continuó ella, desgañitándose. No podía alejarse de él. No quería—. ¡¡Que me soltéis!!

Oyó nuevas palabras ininteligibles que intentaron calmarla, pero ella se negaba a hacerlo. Se revolvería como una fiera enjaulada para que la dejaran volver junto a Sergei. A lo lejos, entre el sonido de los latidos de su alocado corazón y los ruidos metálicos procedentes de la radio policial pudo escuchar el inequívoco ulular de las sirenas de los coches de emergencias y Winnie estalló en un llanto desesperado.

Hacía mucho, mucho tiempo que no rezaba. Comenzó a hacerlo en ese preciso instante.

Winnie pensó que, si continuaba retorciéndose las manos de aquella manera, acabaría arrancándose la piel a tiras. No había parado de dar vueltas delante de la puerta por donde habían ingresado a Sergei hacía casi una hora. Había andado y desandado el camino tantas veces que había perdido la cuenta, y mucho se temía que, de seguir así, iba a hacer un surco en el suelo con sus idas y venidas.

En ese tiempo, nadie había salido para decirle cómo se encontraba Sergei. Ella solo sabía que lo habían metido en aquella habitación a toda prisa, inconsciente, con una vía cogida ya en el brazo gracias al rápido hacer de los enfermeros de la ambulancia y con un gran apósito que taponaba la herida de su costado. Recordó cuando había llegado al hospital, con sus propias manos manchadas con su sangre. Aún tenía el olor metálico de esta metido en su nariz. Comenzó a temblar de nuevo. Cerró los ojos y buscó el apoyo de la pared porque de repente todo comenzó a darle vueltas. Trató de ralentizar su respiración; tomó aire y lo expulsó por la boca muy lentamente. Temió tener que volver a ir al baño y vomitar otra vez. Por fortuna, el mareo cesó tan rápido como había aparecido.

Osada, abrió un ojo y después otro para mirar en ambas direcciones y resopló, frustrada. Se encontraba en un pasillo del área de Urgencias de un hospital moscovita. No tenía ni idea de cuál se trataba. Por mucho que lo intentaba, no

entendía ni una sola palabra de los letreros, ni de las conversaciones de los enfermeros y pacientes que pasaban junto a ella.

Aún no podía creer lo que había ocurrido apenas dos horas atrás: la huida del coche, la carrera en busca de la policía, Sergei herido... Involuntariamente, la imagen se recreó de nuevo tras sus párpados. Sintió un acceso de bilis en la garganta. Un centímetro más y... «No, mejor no pensar en qué hubiera pasado», se dijo mientras cogía aire y lo dejaba ir muy despacio, tratando así de dominar las traidoras lágrimas que amenazaban con empañarle la vista. Las retiró con rabia contenida en el justo momento en el que la puerta del área de observación se abrió para dar paso a una mujer mayor ataviada con un gorro de quirófano. La enfermera se lo retiró y le dijo algo que Winnie no entendió, pero la sonrisa que apareció en su rostro le hizo saber que no debían ser malas noticias. Impaciente, Winnie se acercó a ella y se encogió de hombros, nerviosa.

—Lo siento, no la entiendo —le dijo muy despacio como si, de esa manera, la enfermera pudiera comprender sus palabras.

Ambas se miraron a los ojos por unos instantes hasta que la mujer le hizo un gesto con la cabeza. Empujando con el brazo la puerta que estaba a su lado, la hizo pasar. Nerviosa, Winnie la siguió hasta que, al descorrer unas blancas cortinas, encontró a Sergei recostado en una camilla, despierto y mirándola con cierta sorpresa dibujada en su mirada. Sin pensarlo, Winnie corrió hacia él, olvidando así a la enfermera.

—¡Sergei! —Pasó sus manos por las mejillas del hombre, una y otra vez, como si así quisiese asegurarse de que estaba bien, que la miraba y que podía verla. Y, sobre todo, que estaba vivo.

—Hola —le respondió él con una sonrisa. Tenía el pelo alborotado y pequeños moretones en la mandíbula y bajo el ojo. Le pasó la yema de los dedos por la zona con mucho cuidado. Aun así, Sergei se retiró

momentáneamente y un leve quejido salió de sus labios. Los ojos de Winnie se abrieron como platos.

—¡Oh, Dios! ¡Te he hecho daño! ¡Lo siento! ¿Estás bien? —preguntó Winnie, queriendo asegurarse.

—Lo estoy. Algo dolorido pero bien.

Winnie tomó aire y sintió que sus piernas se aflojaban. Se sujetó con fuerza al borde de la camilla, tanto que le dolieron los nudillos de la presión que ejerció y, apretando los párpados, respiró hondo para tratar de domar así sus nervios.

—Nunca, jamás en lo que te queda de vida, vuelvas a darme un susto como el que me has dado hoy. ¿Entendido?

Él asintió con bastante convicción y con una sonrisa que tuvo la virtud de arrancar otra de ella, aunque no tuviera ganas de ello.

—Entendido. Ten por seguro que no es algo que quiera repetir.

Sin esperar más, Winnie lo abrazó, pegándolo a su cuerpo tanto como lo hacía posible la postura en la que él estaba sentado. Todo lo que deseaba era sentir su calor, su firmeza; sentir que seguía vivo, incorporarlo a su propia piel y no tener que separarse de él. Sergei pasó los brazos por su cintura y, atrayéndola hacia sí, escondió su rostro en el hueco de su cuello. Winnie dejó escapar el aire que se había atascado en sus pulmones y se mordió el labio inferior mientras hacía un esfuerzo para no echarse a llorar.

—He pasado mucho miedo —le confesó mientras trataba de mantener a raya el nudo que se había formado en su garganta.

—Yo también lo he pasado —lo oyó decir a él muy cerca de su oído. Winnie le acarició la nuca muy despacio, una y otra vez. Se sentía reticente a separarse de él. Era como si quisiera asegurarse de esa manera de que estaba bien y que iba a seguir estándolo. Se dio cuenta de cuánto lo quería, de que se había enamorado perdidamente de él y que se negaba a ver un futuro ante ella

en el que Sergei no estuviera.

Con reticencia, se separó, aunque su mano buscó la masculina y la atrapó bajo la suya. Él la giró para que quedaran palma contra palma.

—Siento mucho haberte hecho pasar por esto, Winnie.

Ella negó una y otra vez.

—No, tú no has hecho nada. Ha sido... ese tipo. —Winnie trató de que su voz no sonara tan asustada, pero lo estaba.

—Era uno de los guardaespaldas de Kozlov.

—¿Estás seguro?

Sergei asintió con absoluto convencimiento.

—Lo estoy. Lo vi en su casa hace dos días. Fue solo un momento, pero estoy totalmente seguro de que era él.

Winnie tomó aire una vez más y asintió.

—¿Vas a declarar eso ante la policía?

Por unos momentos, Winnie esperó a que él considerara su respuesta. El rostro masculino, con la mirada clavada en la puerta por la que ella había entrado, se endureció ante sus ojos. Unos segundos después, él contestó con un movimiento afirmativo de cabeza.

—Lo haré. No voy a dejar que Kozlov salga de rositas de esto. Si ha tratado de matarme, quiero que pague por ello y quiero saber por qué lo ha hecho.

La dureza con la que le contestó la preocupó. Lo entendía; entendía que quisiera saber por qué había tratado de asesinarlo, pero tenía miedo por él. No conocía a Kozlov de nada, salvo las cosas que Sergei le había contado. Sin embargo, a tenor de cómo se habían sucedido los acontecimientos, no se fiaba en absoluto del magnate ruso.

Encontró los ojos de Sergei, que la miraban con fijeza. Él alzó una mano y le acarició la mejilla con tanta dulzura que un escalofrío recorrió su espalda por entero.

—No te preocupes, ¿de acuerdo? Todo va a salir bien.

—Ojalá. Ahora mismo no me siento tan optimista como tú —le contestó Winnie con tristeza.

—¿Y por qué no vas a serlo? Actuaste como una campeona, saltando del coche y corriendo de aquella manera.

Aun cuando no quería, Winnie sonrió ante sus palabras.

—No sé cómo pude correr tanto.

—Cuando te vi aparecer con la policía detrás...

—Casi me muero cuando vi que te hería. No... no sabía si te había alcanzado de pleno o no. Creí que...

—Déjalo, por favor. Estoy bien. Ha sido un rasguño, solo eso. Podría haber sido mucho peor —le confirmó Sergei—. Podría haberme disparado y...

Los ojos de Winnie se abrieron como platos.

—¿Tenía una pistola?! —Winnie notó que volvía a marearse.

Notó por la expresión de Sergei al escucharla que esa no era una información que hubiese querido compartir con ella. Con reticencia, él terminó asintió muy despacio.

—Sí, y logré que la soltara —le confesó—. No sé cómo conseguí mantenerlo a raya todo ese tiempo que tardaste en regresar. Recordé aquello de lo que hablamos una vez, de cuando practicaba defensa personal, y parece que es verdad.

—¿El qué es verdad?

—Que hay cosas que nunca se olvidan. Se oxidan, pero no se olvidan. —Lo vio sonreír de medio lado, como si se sintiera satisfecho y orgulloso de lo que había hecho—. De repente, recordé movimientos, golpes que me enseñó en su momento mi entrenador. De cuando mantenía a raya a los matones del cole. Solo que ahora soy bastante más fuerte y no tenía que reprimir mi fuerza. Él no lo esperaba y lo cogí con la guardia baja.

—Fue muy osado por tu parte.

—Creo que se sorprendió bastante cuando me enfrenté a él en lugar de... no sé, ¿salir corriendo? Supongo que me subestimó.

No le contestó. No podía. Su traidora mente se empeñaba en conjurar imágenes que, por fortuna, no habían llegado a producirse.

—Podría haberte matado. Y estoy segura de que no era la primera vez que ese tipo trataba de hacer algo así.

—Pero puede que sea la última. Que lo hayan cogido con una navaja y con la pistola bajo el coche no creo que diga mucho en su favor.

Sin poder remediarlo, Winnie bajó la cabeza y sus hombros se sacudieron con el llanto que la asaltó. De inmediato, se encontró enterrada entre los brazos de Sergei.

—No llores. Por favor, no llores más. —Notó cómo la besaba en la sien, en la mejilla, cerca de la oreja. Se dejó arrullar por él y se recreó en la fuerza que desprendía y en su calor. Con la cabeza aún gacha, se pasó el dorso de la mano por los ojos y asintió.

—Vale, intentaré no llorar.

Él la tomó por la barbilla y, con un gentil gesto, la obligó a que alzara el rostro. Le acarició el labio inferior con la yema de su pulgar y ella levantó la mirada.

—Te prometo que estoy bien. Ha sido solo un rasguño. Jamás he tolerado bien la visión de la sangre y por eso me desmayé.

—Pero podría haber sido mucho más.

—Podría, sí, pero no lo ha sido. Dejemos de pensar en eso y aguardemos a que la policía haga su trabajo, ¿de acuerdo?

Winnie tomó aire y se obligó a tranquilizarse.

—Sí, de acuerdo. Pero me va a costar olvidar todo esto.

La sonrisa que Sergei le ofreció tuvo la virtud de calmar un poco sus nervios.

Esforzándose, ella se la devolvió.

—Bueno, trataremos de hacerlo juntos.

—Sí. Eso haremos. —Sergei buscó sus labios y los acarició con los suyos en un beso que la desarmó. Sentía que había tanto amor en ese simple roce que la dejó sin aliento y sin poder pensar más que en atrapar su boca. Fue en ese preciso momento cuando la puerta de la enfermería se abrió.

Como empujada por un resorte, Winnie dio un paso atrás y se separó de Sergei. Los dos clavaron sus miradas en la persona que acababa de entrar. Era un hombre moreno, que rondaría los cuarenta años, y con una severa mirada de ojos muy azules. Dio un paso hacia el interior y saludó con parquedad con un gesto de la cabeza.

Winnie lo oyó decir algo que no entendió y Sergei le respondió en su mismo idioma, asintiendo con lentitud. Ella los miraba a uno y a otro de manera alternativa, sin saber qué estaban diciendo. De repente, vio al hombre mover arriba y abajo la cabeza con un controlado movimiento y acercarse hasta la cama donde descansaba Sergei.

—Perdóneme. Sí, hablo su idioma. Señor Lébedev, soy el inspector Genadevich, de la policía de Moscú. Me he hecho cargo de la investigación —les dijo con un leve acento.

Notó cómo Sergei se movía inquieto en la camilla. Extendió el brazo hacia ella y buscó su mano, que Winnie asió de inmediato.

—Ella es Winnie Bradley. Mi novia.

El hombre la saludó con un gesto apreciativo de cabeza.

—Un placer, señorita Bradley.

—¿Tiene alguna noticia que pueda darnos, inspector? —le preguntó Sergei sin esperar un solo segundo más.

El hombre guardó sus manos en los bolsillos de sus pantalones.

—El hombre que lo ha atacado está siendo interrogado en estos momentos.

Winnie apretó los labios.

—Me alegra mucho escuchar eso. No sabe cuánto —intervino.

El policía se acercó un poco más hacia ellos.

—Supongo que querrá presentar cargos contra él.

—Por supuesto que quiero —respondió Sergei con dureza—. Quiero saber por qué lo hizo, aunque tengo mis propias teorías.

—Necesitaremos su testimonio, señor Lébedev. Y también el de ella.

Sin dudarlo, Winnie asintió.

—Declararé donde sea necesario.

Vio cómo una sonrisa apareció en los ojos del hombre mientras fijaba su mirada en ella.

—El patrullero me ha contado cómo buscó ayuda. Fue usted muy valiente, señorita —le dijo.

—No sé si lo fui o no, pero no iba a dejar que esa mala bestia le hiciera algo a Sergei —respondió sintiendo que la bilis le atenazaba la garganta. El miedo que había pasado estaba dando lugar a una rabia que luchaba por contener.

Comprensivo, el inspector asintió varias veces.

—Creo que va a pasar un tiempo entre rejas.

—Eso espero —contestó Sergei.

—Tengo entendido que se marchaban hoy...

—Así era. —Sergei se apresuró a confirmárselo—. Supongo que deberemos retrasar nuestra partida.

—En efecto. Necesitaremos que estén aquí para la denuncia y todos los trámites iniciales.

Sergei apretó con fuerza la mano de Winnie. Ella le correspondió con un gesto idéntico. Giró la cabeza y lo miró. La ansiedad que había sentido durante su espera en el pasillo había ido desapareciendo poco a poco conforme lo miraba. Pese a sus temores, cada vez lo encontraba más repuesto y decidido, y

el color había vuelto a su rostro. Engarzó sus dedos con los de él, sintiéndose tremendamente afortunada porque nada irremediable hubiese pasado.

—¿Tienen alojamiento? —les preguntó el hombre—. Si no es así, podemos buscarles un lugar en donde quedarse.

—Supongo que puedo llamar al hotel en donde estábamos hospedados y preguntarles si tienen una habitación libre.

El policía asintió con energía.

—Muy bien. Por favor, en cuanto esté disponible, llame a este número. —Le tendió una tarjeta que Sergei tomó.

—Lo haremos, no se preocupe.

Con un gesto educado, el hombre se despidió de ellos en su idioma y abandonó la estancia.

Oyó a Sergei exhalar aire con fuerza y, acto seguido, llevarse la mano al costado.

—¡Ay!

—¿Te duele?

—Solo cuando hago un movimiento brusco. —Los ojos de Sergei buscaron los suyos y su mirada se suavizó—. Vamos a tener que quedarnos unos días más aquí.

—Supongo que es inevitable.

—Lo es si quiero dejar atado todo este maldito asunto.

—Bueno —comenzó diciendo Winnie tratando de componer una sonrisa—, supongo que estará bien volver a ese hotel y a su enorme cama, ¿no crees?

Lo vio sofocar una risa y llevarse de nuevo la mano hacia las costillas.

—No me hagas reír, Winnie, que casi no puedo moverme.

Sin querer contenerse, ella lo besó con ansias y él le respondió con la misma intensidad. A regañadientes, ella se separó. Se miró en sus ojos, aquellos que tan bien había llegado a conocer y de los que se había enamorado. Compuso

una sonrisa y susurró contra su boca.

—Bueno, algo se nos ocurrirá. ¿No crees?

El hotel Metropol les facilitó una nueva habitación. No era tan grande como la primera que habían ocupado, pero en realidad no les importaba. Todo lo que Winnie quería era que Sergei descansara, se recuperara y que pudiesen arreglar aquel asunto lo antes posible para regresar a los Estados Unidos. Recordó que tenía que llamar a su madre para decirle que iba a alargar un poco más el viaje. Cuando lo hizo, no le contó nada del ataque para no preocuparlos.

—¿Qué tal están todos? —le preguntó Sergei cuando ella colgó el teléfono.

—Bien. Mi madre te manda recuerdos. Y besos.

Él le sonrió, acomodado en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero. Winnie se apresuró a ir a su lado y sentarse.

—¿Cómo te encuentras?

—¿Desde hace media hora? Más o menos igual.

Winnie arrugó la nariz.

—¿Ya hace media hora que te lo he preguntado? —chasqueó la lengua—. Está comprobado: estoy perdiendo interés por ti. —Él sonrió ante sus palabras y ella lo besó en la mejilla—. Ahora en serio, ¿te sientes mejor? ¿Qué fue lo que te dijo el médico antes de irnos?

—Bueno, me dijo que, si tengo cuidado de que no se infecte, no tiene que haber ningún problema.

—Menos mal que tú dominas el idioma.

Buscando su mano, Sergei se la llevó a los labios y la besó, recreándose en el gesto.

—Si quieres, puedo enseñarte a hablar ruso.

—Ahora mismo no me apetece. Lo que quiero es que te pongas bien y dejar

todo esto atrás —le dijo mientras apoyaba su cabeza sobre su hombro.

—¿Sabes lo que me apetece a mí? Darme una ducha. Aún tengo metido en la nariz el olor del hospital.

Winnie se incorporó.

—¿Puedes ducharte? ¿No será malo para la herida?

—El médico me ha dicho que sí puedo. Solo tengo que dejar que se seque bien, volver a curarla y tajarla. Bueno, si tú me ayudas...

Ella entornó los ojos y lo miró con una mueca divertida dibujada en sus labios.

—¿Estás seguro de que el médico te ha dicho eso? ¿O estás utilizando mi ignorancia de la lengua para llevarme a la ducha contigo?

La boca de Sergei se cerró sobre la suya sin esperarlo, algo que ella aceptó encantada. Se deleitó con sus besos y con su roce. Cuando le costó respirar, se separó un poco de él para poder mirarlo a los ojos.

—Tal vez me haya dicho otra cosa y yo lo he entendido mal —le confesó el hombre con una sonrisa divertida en sus labios.

Winnie no pudo evitar sonreírle. Se levantó de la cama y le tendió la mano.

—Tampoco es que te haga falta una excusa, ¿no crees? —Con rapidez, él aceptó su gesto—. Venga, vamos a la ducha. Creo que yo también necesito una. ¡Ah! Pero nada de peripecias, ¿entendido? No quiero que te desmayes otra vez.

Sergei asintió con reticencia y una mueca burlona asomó por sus ojos.

—Sí, señora.

La herida de Sergei comenzó a sanar con rapidez. Winnie hizo todo lo que el médico le había prescrito y, cada día que pasaba, veía que él se encontraba mejor y más repuesto.

La policía se puso en contacto con ellos al cuarto día. Ante la puerta de la

habitación se presentó el mismo inspector con el que habían hablado en el hospital. Winnie le franqueó la entrada y el hombre la siguió.

—Señor Lébedev —lo saludó con un cortés cabeceo y en un esforzado inglés.

—Buenas tardes, inspector.

Tratando de no molestar, Winnie se colocó junto al escritorio, aunque cerca de Sergei.

—Bueno, espero que lo traigan por aquí buenas noticias —lo oyó decir con toda su atención puesta en el policía.

—Algo así. La persona que lo atacó ha colaborado —fue la respuesta que le brindó el hombre con el semblante contenido.

—Eso es bueno, ¿no?

—Sí, sí —respondió el inspector con certeza—. Por supuesto que lo es. Ha confesado que cumplía órdenes de su jefe. Querían que usted no llegase nunca al aeropuerto. No contaron con la presencia de la señorita —dijo mientras dirigía la mirada hacia el lugar en donde Winnie se encontraba sentada.

Ella se enderezó al escucharlos.

—Supongo que no —dijo Sergei.

—Creo que pretende una reducción de la pena por colaborar con la policía.

Winnie miró a Sergei. El rostro siempre amable del hombre del cual se había enamorado mostraba una dureza inusitada en él. Lo vio asentir muy despacio.

—Es comprensible, aunque desconozco sus leyes, o cuántos años pueden caerle por intento de asesinato.

—Bastantes, créame.

—¿Ha dicho algo en referencia a su jefe?

El semblante del policía se endureció; los miró a ambos y asintió con cierta reserva.

—Sí, ha admitido que fue Igor Kozlov el que lo envió a atacarlo. Ha hablado de los supuestos motivos. Motivos económicos.

—Era de suponer.

El hombre dio un paso hacia él.

—Como le digo, nos ha contado muchas cosas. Kozlov tenía su confianza puesta en este sujeto, y lo hacía partícipe de sus planes. Aunque, al final, todo el dinero que recibía por sus servicios no ha sido suficiente en cuanto se ha visto con la soga al cuello.

—Todo el mundo tiene un precio, inspector —sentenció Sergei.

—En efecto. Nos ha contado eso de la herencia entre ellas. También por qué querían asesinarlo. ¿Sabía que lo han hecho firmar un documento en donde recoge que, en caso de que a usted le ocurriese algo, le lega todos sus bienes a Igor Kozlov?

La reacción de Sergei fue ponerse en pie como si lo hubiese pinchando con una aguja.

—¿Cómo que yo firmé un...? No he...

—El señor Kozlov tiene un socio dentro del despacho de abogados que usted contrató para llevar sus asuntos profesionales. Le coló el documento sin que se diera cuenta. Y usted lo firmó. Tenían comprado a un notario para que diera fe de que usted le otorgaba todas sus propiedades legalmente.

La noticia pareció golpear a Sergei como una maza. Winnie se puso en pie al ver que su rostro había mudado de color. Dio un paso hacia él y se detuvo.

—Sergei —murmuró para llamar su atención.

Él pareció reaccionar. Giró la cabeza hacia ella con una extraña expresión dibujada en su semblante.

—Estoy bien, Winnie. No te preocupes. —Volvió a girarse hacia el hombre y levantó la barbilla—. ¿Quién? ¿Quién es el socio?

—Mijaíl Egorov.

—¿Egorov? —preguntó él con un tono de voz más agudo—. ¿Lo han detenido?

—Está prestando declaración. Necesitamos encontrar esos documentos como

prueba incriminatoria.

—¿Y qué hay de Kozlov?

—Con él no hemos tenido tanta suerte.

Los ojos de Winnie iban de un hombre a otro sin descanso. Entendía que las posibilidades de meter al tal Kozlov entre rejas estaban a punto de volatilizarse.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Sergei dando un paso hasta el policía.

—Aquí las noticias que traigo ya no son tan buenas, señor Lébedev. Cuando hemos ido a su domicilio no había nadie, ¡nada! Parece como si hubiesen vaciado la casa. No queda nadie del servicio. Pero hemos descubierto algo sobre él.

—¿El qué? —lo urgió Sergei.

—Solo constan registros de Igor Kozlov desde hace poco menos de veinte años. Antes parecía no existir.

Un pesado silencio de adueñó de la habitación. Winnie creía que podía escuchar la trabajosa respiración de Sergei desde donde se encontraba. Al fin, él habló con la mandíbula apretada, como si le costara pronunciar las palabras.

—Él me reclamó la herencia que me dejó mi jefe. Este, hace años, cuando su gobierno desclasificó la documentación de la antigua Unión Soviética, se interesó por si alguno de sus familiares había sobrevivido. No encontró a nadie. Igor clamaba ser su sobrino.

—Podríamos necesitar esa documentación para la investigación.

Sergei no dudó en asentir una y otra vez.

—Con gusto se la haré llegar si eso ayuda en algo —le respondió y añadió—: ¿Pudo haber comprado esa identidad? ¿La de Igor Kozlov?

—Es posible. En los bajos fondos se puede obtener todo lo que desee si se está dispuesto a pagar su precio.

Winnie no podía apartar la mirada de Sergei y de cómo se estaba tomando las noticias que le había traído el inspector. Aunque fue un leve gesto, lo vio llevarse la mano a la herida antes de continuar hablando.

—Probablemente, oyó hablar de Iván, aunque no podría asegurarlo. Iván viajó varias veces a Rusia durante su vida.

—Puede que lo estudiara y encontrara que no tenía ningún familiar al que le podía dejar su fortuna —conjeturó el policía con aire pensativo—. Pero todo esto son suposiciones, señor Lébedev, quiero que lo entienda. Hay una orden de busca y captura, pero hasta que no lo encontremos y presentemos cargos contra él no sabremos qué ocurrió en realidad. Y quién es en realidad.

—Y eso puede que nunca suceda.

—Quién sabe. Existe la posibilidad de que no fuera la primera vez que lo hiciera. Incluso puede que obtuviera su fortuna de la misma manera que quería conseguir la que le dejó su jefe.

—Sí, es muy posible —convino Sergei—. Entonces, si aún no lo tienen, ¿podemos marcharnos de regreso a los Estados Unidos?

—¿Quiere presentar una denuncia contra Egorov? A él sí lo tenemos, y puede sernos muy útil para el futuro. Además de que ha sido cómplice de, al menos, un posible delito de falsificación documental.

—Por supuesto.

—Entonces, en cuanto lo haga, pueden marcharse hasta que sea llamado a declarar en el juicio. No podría decirle cuándo sucederá, pero mientras tanto Egorov y el guardaespaldas estarán en la cárcel.

Una sonrisa esquiva apareció en el rostro de Sergei por primera vez desde que el hombre había llegado.

—Me alegra oír eso.

—Muy bien, señor Lébedev. Es bueno encontrarlo tan recuperado. Señorita, un placer.

El inspector se retiró con un educado saludo. Cerrando la puerta tras de sí abandonó la habitación. Los ojos de Winnie estaban fijos en Sergei. No se había movido en todo aquel tiempo y ella había observado que apretaba el puño derecho una y otra vez. Le preocupó que la herida estuviera molestándolo. Aunque lo veía mucho mejor, sabía que aún le quedaban varias semanas hasta que se repusiera del todo y que dejara de dolerle. Con paso calmado se acercó hasta él.

—¿Sergei?

Él no le contestó; continuó con la mirada fija en el lugar por donde había desaparecido el agente minutos atrás. Winnie insistió.

—¿Sergei?

Al fin él giró la cabeza en su dirección. En sus labios se dibujó una sonrisa forzada que no llegó a sus ojos. Ella buscó su mano.

—¿Estás bien?

Winnie creyó que él asentiría, como siempre hacía para tratar de quitarle hierro al asunto. En cambio, lo vio encogerse de hombros.

—No lo sé, Winnie. Esto me sobrepasa un poco —le dijo—. No solo trató de arrebatarme lo que Iván me dejó legítimamente, sino que ha tratado de matarme para conseguirlo. Es... es...

—No hace falta que digas nada. Saldremos de esto juntos, ya lo verás. En cuanto nos demos cuenta, habremos dejado todo atrás.

Sergei asintió con convicción ante sus palabras.

—Eso es lo que más deseo: dejar esta pesadilla atrás lo antes posible y regresar a casa. —Se giró hacia ella y se aferró con fuerza a su mano—. Gracias. Por estar aquí.

Winnie se irguió sobre los dedos de sus pies descalzos y depositó un suave beso en sus labios.

—No querría estar en otro lugar ahora mismo. Es más, si me hubiese enterado

de lo que te ha pasado estando yo en casa, ten por seguro que habría cogido el primer vuelo y me habría plantado aquí.

—Winnie...

—Eres muy importante para mí —lo interrumpió ella—. No querría estar lejos de ti. Además, tú me ayudaste mucho cuando lo necesitaba. No es ninguna hazaña que yo quiera ser tu apoyo ahora.

Al fin, el hombre le ofreció una sutil sonrisa y ella le correspondió el gesto con un nuevo beso que pretendía hacerle olvidar lo que había ocurrido.

Habían transcurrido ya seis días del incidente cuando, al fin, tomaron el avión que los llevaría de vuelta a casa. Winnie estuvo atenta en todo momento a cómo se encontraba, aunque él le insistió que estaba ya bien.

Sospechaba, por la mirada sesgada de Winnie, que no le creía. Y ella llevaba razón, aunque no se lo diría: los puntos todavía le dolían y le tiraban y, desafortunadamente para él, aún les quedaban muchas horas de viaje por delante, incluido un transbordo de avión en el aeropuerto de Múnich.

A pesar de que intentó dormir durante el vuelo, el costado le recordaba una y otra vez que su herida seguía ahí. Trataba de moverse lo menos posible, pero, cuando lo hacía, el malestar le hacía apretar los labios. Pensó que, tal vez, habían dejado Moscú demasiado pronto. Pendiente siempre de él, Winnie le cogía la mano y se la apretaba con ternura. No le hacía falta preguntarle cómo se encontraba y él le agradecía con una sonrisa sus desvelos y su preocupación.

Eran casi las nueve de la noche cuando tomaron tierra en el aeropuerto de Boston, y Sergei dio gracias al cielo por ello. Winnie no había querido decirle a nadie de su familia que llegaban ese día. Le aseguró que Frank o Colette insistirían en ir a buscarlos y eran unas cuantas horas de viaje desde Clarendon hasta Boston para hacerlo tan tarde. Así que insistió en ser ella

quien llevara hasta Newburyport el coche que él había dejado en el *parking* del aeropuerto antes de partir para Moscú.

Respiró aliviado cuando estuvo ante su casa. No sabía que la había echado tanto de menos hasta que Winnie abrió la puerta. No lo iba a admitir delante de la mujer, pero hubo un breve momento, un brevísimo momento, en que temió que jamás iba a volver a estar de regreso. Cerró los ojos y respiró hondo.

—¿Sergei? —oyó a Winnie llamarlo.

Se apresuró a mirarla y ofrecerle una sonrisa.

—¿Sí?

—¿Te está molestando la herida?

—No, no. Solo estoy cansado. Eso es todo.

Aparentemente convencida, entró delante y dejó las maletas de los dos en el salón. Él había insistido en que podía con la suya, pero Winnie no había querido oír hablar de que cargara con peso y ella se ocupó de ambas. Le gustaba aquella tozudez, esa manera de reivindicar lo que ella creía que era adecuado. Lo cierto era que le gustaba todo de Winnie, incluso sus defectos, y no quería ni imaginar que no estuviera en su vida. Se había colado en su corazón sin avisar, sin pretenderlo ni esperarlo. Se dio cuenta de que, en aquel momento en que lo atacó el guardaespaldas de Kozlov, a quien tenía en su mente había sido a Winnie, solo a ella. Había sacado fuerzas de donde no sabía que las tenía; había recordado movimientos que hacía muchos años que no ponía en práctica y todo porque no iba a permitir que, ahora que la había conocido y entrado en su vida, lo arrebataran de su lado.

Como si ella supiera que algo ocurría, se giró para mirarlo con ojos entornados.

—¿Estás bien? Me pareció que algo andaba mal.

—¿Puedo pedirte un favor? —se oyó decir sin saber cómo habían salido esas palabras por su boca sin pasar antes por su cabeza.

—Adelante. No puedo negarle nada a un enfermo —le contestó con un divertido mohín que le hizo desear atrapar sus labios.

Anduvo hasta donde se encontraba, muy despacio, con su mirada fija en esos ojos claros y limpios que le sonreían. Cuando llegó hasta ella buscó su mano, la atrapó con la suya y la apretó suavemente. Ella le retribuyó el gesto sin dejar de mirarlo.

—Quédate unos días —le pidió—. Espera para regresar a Clarendon. Por favor.

Por unos instantes, ella se quedó callada, mirándolo. Sergei notó que le faltaba el aire en los pulmones hasta que una sutil mueca, que derivó en una tenue y dulce sonrisa, apareció por sus labios.

—No me mires así. Y no hace falta que me lo pidas por favor. Me quedo.

Fue en ese momento cuando Sergei volvió a respirar.

—Gracias.

Sin esperararlo, Winnie pasó ambos brazos por su cintura y lo pegó a ella con cuidado.

—Me quedo con una condición.

—¿Cuál?

No podía apartarse de sus ojos, de cómo lo miraban. Casi podía ver el fondo de su alma a través de ellos, y él deseaba que ella viera lo mismo en los suyos. Winnie se pasó la punta de la lengua por los labios, en un gesto involuntario, pero que a él le incendió la sangre.

—Cuando regrese a mi casa, ven conmigo —le propuso apretando sus dedos con suavidad—. Que tu despacho esté cerrado unos días más no va a representar un gran cambio. Vente conmigo y descansa. Así, dentro de un par de semanas, cuando yo regrese a Boston para comenzar las clases, podemos venirnos juntos. ¿Qué me dices?

No tenía que pensárselo mucho porque era justo eso lo que deseaba hacer:

estar con ella todo el tiempo que pudiera.

—¿Acaso puedo negarte algo?

—Como poder, puedes. Otra cosa es que quieras.

—Entonces no quiero.

—Así me gusta.

Ella se alzó de puntillas y le rozó los labios con tanta delicadeza que Sergei temió deshacerse en mil pedazos. Cuando Winnie se separó de él se sintió profundamente insatisfecho por aquel simple roce que lo había dejado con ganas de más, de mucho más.

—Winnie, aún tenemos que hablar de algo —le dijo con voz seria y ronca.

—¿Sobre qué quieres hablar?

—Sobre qué es lo que vamos a hacer cuando comiences las clases. Me gustaría estar contigo todo el tiempo que fuera posible —le confesó—, pero la distancia es grande para estar en el camino, tanto tú como yo. No puedo pretender que tú regreses aquí después de tus clases, ni yo trasladarme todos los días a Boston.

La vio fruncir los labios, pensativa, hasta que un segundo después una amplia sonrisa asomó por sus ojos.

—A ver qué te parece esto: durante la semana me quedaré en Boston, en el apartamento que voy a compartir con Tammy. Si tienes algún día libre, o alguna gestión en Boston, puedes quedarte allí conmigo. Los fines de semana vendré a Newburyport y seré toda tuya. ¿Qué te parece la idea?

Antes de que pudiese contestarle, Sergei ya sabía que era precisamente eso lo que quería escuchar.

—No lo sé —le contestó reprimiendo una sonrisa que amenazaba con echar abajo su máscara de seriedad—. Has dicho «seré toda tuya» y ya no he podido pensar más allá.

La carcajada de Winnie llenó la habitación, y para Sergei no había sonido más

bello que ese.

—Eres tonto.

—Lo soy, sí. Anda, ven y besa a este enfermo.

Pasando los brazos sobre su cuello, Winnie se pegó a él y alzó su rostro.

—Muy bien, pero ¿cómo lo prefieres? ¿Al estilo de los rusos?

Sergei negó con vehemencia sin dejar de mirarla ni un solo instante.

—No. Que sea solo con uno.

Antes de atrapar su boca y cumplir la promesa que acababa de hacerle, ella se detuvo y buscó sus ojos.

—Sí, uno que dure para siempre.

## EPÍLOGO

*Veinte meses después*

Aquella mañana de finales de mayo había amanecido magnífica. El sol brillaba en lo alto del cielo y despuntaba a través de las hojas de los grandes árboles del teatro Tricentenario de la universidad. Winnie alzó la mirada y, sonriente, pensó que no podía haber esperado un día más bonito para su graduación que ese.

Con su diploma enrollado en una mano se giró en su asiento y miró hacia atrás, hacia la muchedumbre. El lugar estaba a rebosar de alumnos de diferentes facultades que, como ella, se graduaban ese día. Se estiró un poco más para tratar de ver a su familia, pero era imposible. No sabía cuántas personas podía haber allí, pero debían de ser miles. Se sentó de nuevo torciendo el gesto. Un par de horas antes de empezar la ceremonia había podido saludar brevemente a sus padres, a su hermano y su cuñada, y se había despedido de Sergei con un largo beso antes de ir a ocupar su sitio. Estaba deseando volver a verlos.

Con el mismo arrebató que sus colegas de promoción, saltó de la silla cuando el presidente de la universidad les dio la enhorabuena y dio por finalizada la ceremonia. Se abrazó a sus compañeros más cercanos, y repartió entre todos ellos besos cariñosos, tantos como recibió.

Sujetando el birrete con una mano sobre su cabeza, se apresuró a encaminarse al lugar en donde estaban ubicados los familiares. Algunos de sus compañeros

la detuvieron para felicitarla. Ella hizo lo propio y, tras desearles suerte, siguió su camino, esquivando a los demás estudiantes que se agolpaban en los pasillos del Tricentenario.

Una enorme sonrisa le iluminó el rostro cuando los atisbó a todos mientras esperaban a que llegara hasta donde ellos estaban. Colette y Ali la saludaron con efusividad a través de la distancia con los brazos levantados y ella, alzándose de puntillas, hizo lo mismo, para hacerles saber que los había visto. Tras sortear a un sinfín de personas llegó hasta ellos. Allí estaban sus padres, sonrientes y felices. Colette se acercó hasta ella y la abrazó con fuerza.

—¡Ay, mi niña! —le dijo al tiempo que la besaba afectuosamente en la mejilla una y otra vez—. ¡Felicidades, cielo!

Winnie aceptó con agrado la muestra de cariño de su madre. Su padre, más comedido, la besó también.

—Enhorabuena, hija —la felicitó con su habitual serenidad.

—Gracias, papá.

Tucker y Nat se abrazaron a sus piernas, exultantes.

—Estás muy *gapa*, tía —le dijo Natasha con su aún media lengua y su eterna sonrisa en los labios—. Cuando sea mayor quiero un vestido como el tuyo.

—Es una toga, Nat —oyó decir a su cuñada.

—Pues quiero una cuando sea mayor.

Ella se agachó y sus sobrinos se echaron en sus brazos.

—¡Cuidado, que me vais a tirar!

Los pequeños se carcajearon y apretaron con más fuerza sus bracitos alrededor de sus hombros mientras Ali les decía:

—Dejad a la tía, que yo también quiero darle un beso.

Antes de levantarse, le colocó a Tucker su birrete y el niño le regaló una sonrisa exultante. Su hermano apareció por detrás de su mujer llevando entre sus brazos a Katerina, su hija recién nacida, una niña preciosa con una

pelusilla pelirroja en la cabeza y unos enormes ojos verdes que destacaban en una carita redonda. Agitaba sus bracitos ante el rostro de su padre mientras emitía unos gorgoritos que hicieron sonreír a todos. La pequeña había nacido hacía apenas tres meses. Ella había estado allí para su nacimiento y esa había sido la última vez que había estado en Clarendon. Después de aquello había estado muy ocupada con los exámenes finales y los únicos momentos de asueto que se permitía era su inamovible viaje semanal a Newburyport para estar junto a Sergei.

Winnie depositó un suave beso en la frente de la pequeña y la miró con embeleso.

—¡Cuánto ha crecido! ¡Y está preciosa! ¡Hola, enana, soy a la tía Winnie! —le dijo tomándole los deditos y acariciándolos con el pulgar. Levantó la mirada para posarla en su hermano—. ¿Así que yo llevaba razón cuando hiciste la reforma en la casa? Planeabas llenarla de niños.

Frank rio abiertamente.

—No, de verdad que no era esa mi intención. Al menos, no mi *primera intención*. —Y le guiñó un ojo antes de besarla en la mejilla—. Felicidades, enana.

Ali se unió a ellos dos. Se paró junto a su marido y le pasó una mano por la cintura.

—Te garantizo que esta es la última vez que me dejo liar por tu hermano. —La sonrisa de Ali contrastaba con sus palabras de fingido reproche—. Hemos quedado en que tres hijos son suficientes. Además, he decidido contratar a alguien que me ayude en la clínica. Quiero estar más tiempo en casa, con todos ellos. Pero ven aquí, señora graduada.

Afectuosa como siempre, su cuñada le prodigó un intenso abrazo. Si hubiese tenido una hermana de sangre no la hubiese querido más que a esa mujer de sonrisa perenne y ojos alegres, que le enseñaba con hechos cómo mirar la vida

con ilusión.

Al separarse de Ali, sus ojos recalaron en él. Sergei estaba parado detrás de Frank. La miraba como si no existiese nadie más que ella en aquel lugar y no pudo evitar que su mirada se quedara enganchada en la suya. El invisible lazo que los unía lo rompió la voz de su madre.

—Creo que aún falta que alguien te dé la enhorabuena —escuchó decir a Colette.

Con una sonrisa de soslayo en sus labios —que sabía que era solo para ella—, Sergei se acercó y besó primero a Colette en la mejilla. La mujer le correspondió con una amplia sonrisa y unos pequeños toques apreciativos en el hombro.

—Si me lo permitís, voy a felicitar a la graduada —dijo con una sonrisa sin apartar la mirada de ella. Impaciente, Winnie asintió varias veces, casi con impaciencia, y le tendió la mano—. Hola, preciosa.

Sin importarle estar rodeado de su familia la besó y Winnie sintió que la dejaba momentáneamente sin ningún pensamiento coherente en su cabeza. Se agarró a sus hombros y se elevó sobre las punteras de sus zapatos de tacón para hacer más intenso el roce.

—Hola —le susurró contra sus labios cuando logró separarse un poco de él.

—Felicidades.

—Muchas gracias.

Sergei se retiró un poco para pasarle el brazo por su cintura, atraerla hacia él y pegarla a su costado. La besó en la sien antes de girarse para enfrentar a su familia. Winnie paseó la mirada por todos ellos. No podía sentirse más dichosa al tenerlos allí, en un día tan importante para ella. Al fin había logrado terminar la carrera, solo un año después de cuando debería haberlo hecho. Y, a pesar del tiempo extra que había invertido en acabarla, lo daba por bien empleado. Se sentía feliz por haber finalizado los estudios que había elegido,

y se sentía más feliz aún por tener a aquel hombre a su lado, que la había apoyado en todo desde que lo conociera.

Un llanto de la pequeña Kate hizo que Winnie se soltara de Sergei y fuera hasta la niña.

—¡Ay!, ¿qué te pasa? Díselo a tía Winnie, anda.

La niña continuó con sus gemidos, con los labios fruncidos y la frente arrugada. Su padre trató de calmarla con el chupete.

—Creo que tiene hambre ya —oyó decir a Ali a su espalda. Su cuñada pasó a su lado, tomó al bebé entre sus brazos y la acunó con dulzura—. Ahora regresamos, ¿de acuerdo? Colette, ¿podrías quedarte con los niños un momento?

—Por supuesto. —La mujer asintió sin dudar—. Id tranquilos. Papá y yo nos quedamos con estos dos diablillos.

Cuando Winnie se quiso dar cuenta, Tucker y Nat ya estaban correteando entre las sillas. Ejerciendo de abuelo entregado, Robert fue tras ellos.

—Voy a ayudar a tu padre antes de que esos dos se hagan daño. —Colette se marchó y la dejó a solas con Sergei.

Winnie se giró hacia él y lo abrazó por la cintura.

—¿Has podido ver algo desde tu asiento?

—Por fortuna había una pantalla cerca de donde estaba sentado y he podido verte subir al estrado a recoger tu diploma. Estoy muy orgulloso de ti, Winnie.

Ella le dedicó una sonrisa amplia y genuina.

—Gracias. Me has ayudado mucho para llegar hasta aquí.

—Yo no he hecho nada. Lo has hecho tú solita; tú y tu determinación. Y dime ¿qué se siente al ser una señora graduada en Económicas?

—No sé. Lo mismo que sentía anoche, supongo —le dijo encogiéndose de hombros.

—Anoche sentías otras cosas, creo recordar —le contestó él con una pícaro

sonrisa aflorando por su rostro. Ella estalló en carcajadas.

—¡Pero bueno! ¿Haciendo bromas sobre sexo, *tovarich*?

Él rio con todas sus fuerzas antes de clavar su mirada de ojos grises en ella.

—Creo que he aprendido de la mejor. Pero dejemos las bromas, y el sexo, para luego. Antes tengo que proponerte algo.

Los ojos de Winnie se abrieron como platos.

—¿Proponerme algo? ¿El qué?

Sergei se acercó a ella, la abrazó por la cintura y la pegó a su cuerpo para mirarla de frente

—¿Recuerdas todas esas veces que hemos hablado sobre qué harías cuando terminarás la carrera? ¿Sobre en dónde te gustaría trabajar? —le dijo reprimiendo una sonrisa que peleaba por asomar por sus labios.

Sin dudar, Winnie asintió.

—Sí, claro. También recuerdo que siempre terminamos diciendo tonterías.

Él torció el gesto y chasqueó la lengua.

—Bueno, no todo eran tonterías.

—Vale, cierto, no todo. Pero ¿a qué viene acordarte ahora de eso?

Los ojos de Sergei resplandecieron tras sus gafas.

—Tengo una propuesta que hacerte. Ven. La he dejado donde estaba sentado.

—La tomó de la mano y tiró un poco de ella.

Tuvo que hacer un esfuerzo para adecuarse a su caminar de pasos largos. Ambos sortearon a las personas que aún pululaban por los pasillos del Tricentenario. Sergei se agachó al llegar a un asiento y tomó algo que había colocado junto a la pata de la silla. Era una carpeta de rígido plástico negro. Conforme se giró para enfrentarla, se la tendió.

—Toma.

Con cierta reticencia, y mucha más curiosidad, lo tomó de su mano y lo miró.

—¿Qué es?

—Ábrelo y lo sabrás.

Nerviosa, Winnie separó las gomas que mantenían la tapa cerrada. Dentro había un legajo de papeles. Lo sacó y leyó el encabezado del primero. Tuvo que releerlo para darse cuenta de que era la cesión del cincuenta por ciento del bufete que Sergei poseía en Newburyport. Leyó su nombre una y otra vez, inscrito en el contrato. Levantó la cabeza muy despacio y se encontró con su mirada fija en ella.

—Sergei... no sé si puedo aceptar esto.

—¿Y por qué no?

—Porque es... demasiado.

—Yo no lo veo así.

—Es tu bufete. Tu trabajo.

Él se acercó a ella tanto como pudo y la hizo alzar la cabeza tomándola con gentileza por la barbilla.

—Míralo así: estoy expandiendo mi actividad empresarial. Te estoy ofreciendo ser parte de mi negocio. Se lo estoy ofreciendo no a la Winnie que es mi novia y mi pareja, sino a una persona que sé cuánto vale en el terreno profesional. A una persona en la que he visto dedicación y esfuerzo por conseguir sus metas. Sé que puedo confiar plenamente en ti y en tu criterio; que vas a saber responder cuando tengamos que trabajar con una fecha pegada al cogote. A partir de ahora, si tú quieres, puede ser nuestro bufete y nuestro trabajo.

Winnie parpadeó, algo incrédula.

—Pero todas esas veces que lo hablamos, que dijimos lo genial que sería poder trabajar juntos algún día, yo no... no lo dije para que tú te sintieras obligado a... esto.

—Yo no me siento obligado a nada —replicó él con rapidez—. Ya te digo que estoy mirando por los intereses de mi bufete.

Ella volvió a bajar la cabeza y acarició con las yemas de los dedos el papel.

—Yo...

—Creo que sería perfecto, Winnie. Nos entendemos a la perfección, nos compenetramos en muchas cosas y nos gusta el trabajo bien hecho. Yo me seguiría encargando de la parte legal y tú podrías encargarte de la fiscal y contable. ¿No crees?

Una sonrisa apareció en el rostro de Winnie. Ese había sido su sueño desde que comenzara la carrera: trabajar en algún lugar pequeño, en donde pudiera tratar directamente con los clientes y no con cuentas sin rostro. Y Sergei lo estaba haciendo posible al hacerle aquella proposición.

—Sí. Sí, creo que sí podría —respondió al fin sintiendo que el corazón se le salía por la garganta de la emoción.

—¿Entonces? ¿Aceptas ser mi socia?

Lo miró de soslayo con una sonrisa, como ella sabía que debía hacerlo para que él no pudiera pensar en otra cosa más que en besarla.

—Tendré que estudiar la propuesta. Y las cláusulas del contrato. Te advierto que soy muy dura negociando.

Una sonrisa igual de amplia que la suya apareció en el masculino rostro.

—No esperaba menos de ti. Estoy preparado para una dura negociación.

Winnie trató de apresar su boca, pero él se retiró antes de que ella fuera capaz de hacerlo.

—Espera, hay algo más.

—¿El qué? ¿No es suficiente con esto?

—No —dijo él negando varias veces con la cabeza—. Mira los demás documentos. Si aceptas, que espero que así sea, habrá que cambiar el nombre al bufete, y no sabía con cuál quedarme. Así que he encargado que me diseñaran las dos versiones y así lo elegimos juntos.

—¿De qué me estás hablando, Sergei? —le preguntó ella intrigada mientras

sacaba del interior de la carpeta un par de páginas dobladas por la mitad.

Con su ayuda, Winnie las abrió. En cada una se mostraban un boceto distinto de un rótulo anunciador.

—Si me dices que sí, quiero que decidamos juntos si el nuevo rótulo de la asesoría sería «Bradley y Lébedev. Asesores». O bien, «Lébedev y Bradley. Asesores».

Ella miró ambos alternativamente y sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. Alzó el rostro para fijar su mirada acuosa en Sergei y él mudó la expresión de inmediato.

—¿Qué te pasa? ¿No te gusta?

Ella asintió una y otra vez con énfasis.

—¡Claro que me gusta! ¿Cómo puedes pensar que no me gusta? Esto... esto es lo más bonito que nadie ha hecho por mí nunca.

Y lo abrazó con fuerza, sin darse cuenta de que aún tenía agarrados los bocetos, que terminaron arrugados entre sus manos.

Sintió los besos que Sergei depositó sobre su cabeza, una y otra vez, y cómo sus brazos la acunaban con amor.

—Me habías asustado, Winnie. Pensé... pensé que no te gustaba, o que me había extralimitado o yo qué sé.

Con reticencia se separó de él.

—No seas tonto —le dijo mientras se retiraba las lágrimas de sus mejillas—. Me encanta, pero...

—Pero ¿qué?

—Pensé que me ibas a proponer que me fuera a vivir contigo definitivamente.

Él la miró con tal intensidad que Winnie sintió que le faltaba la respiración. Entonces, una sonrisa ladeada apareció en los labios de él.

—¿De verdad te hace falta que te lo diga? Pasas todos los fines de semana en mi casa. Tu cepillo de dientes está junto al mío, tienes el mueble del baño

lleno con tus cremas y tus lociones, y el cajón de la cómoda y el armario de mi dormitorio con tus ropas. ¿De verdad necesitas que te pida que te vengas a vivir conmigo?

—Me gustaría oírlo, sí —le contestó ella.

—Si es importante para ti...

—Lo es —añadió Winnie sin dejarlo acabar.

—Bien, entonces... —Sergei se separó unos pasos hasta estar seguro de que tenía toda su atención y apresó la mano que tenía libre—. Winnie, no hay nada que desee más que tenerte viviendo conmigo. Quiero estar contigo cada vez que podamos sin tener que mirar el reloj porque te tengas que marchar a Boston, o a Clarendon. Despertarme en mi cama vacía se me antoja un sufrimiento cuando aún huele a ti después de pasar horas en ella. Quiero despertarme contigo cada día y... y que vayamos juntos a correr por las mañanas, antes de ir a la oficina. Y tenerte a una puerta de distancia, una puerta que podría cruzar cuando quisiera para besarte. Pero, sobre todo, quiero hacerte la mujer más feliz que haya pisado la Tierra.

Nuevas lágrimas rodaron por sus mejillas y que él se apresuró a retirar con sus pulgares.

—¿Te vendrás conmigo a Newburyport y serás mi socia?

Ella asintió con absoluta convicción, sabedora de que no había nada en el mundo que anhelara más que estar junto a él todo el tiempo que pudiera.

—Sí, me iré contigo. Y seré tu socia si es lo que deseas.

Sin darle la posibilidad de retirarse, Sergei la besó poniendo el alma en ello. Winnie lo abrazó tan fuerte como pudo y se quejó cuando él se retiró un poco para murmurar contra su boca.

—Todo lo que deseo eres tú, Winnie.

Con todo el amor que sentía por él, le susurró con una sonrisa:

—Pues entonces... *pozhelaniye predastalevno*.

Los ojos de Sergei se iluminaron al escucharla.

—¿De verdad?

Ella asintió sin dejar que sus miradas se desligaran.

—Si he aprendido algo de ruso creo que he dicho «deseo concedido», ¿no es cierto?

—Sí, es exactamente lo que has dicho.

Satisfecha, ella buscó sus labios y los acarició con los suyos.

—Mi novio, mi profesor de ruso, y ahora mi socio. Creo que me llevo el lote completo.

FIN

## Nota de la autora

Para que la historia que había concebido funcionara, me he tomado la licencia de establecer que el visado necesario para viajar a Rusia está vigente durante varios años, aunque, en la realidad, la validez es mucho menor.

## AGRADECIMIENTOS

Durante el proceso de escritura de una novela hay que investigar y documentarse sobre un montón de aspectos que son necesarios para que la historia que tienes entre manos funcione como es debido y salga lo más veraz y real posible. En este proceso me han ayudado muchas personas, sin las cuales me habría sido mucho más difícil llevar esta historia a buen término.

En primero lugar, quiero dar las gracias a mis betas y queridas amigas, Isabel y María Eugenia, que son las mejores lectoras que una puede tener y también las más rigurosas. Su exigencia me sirve para crecer novela tras novela como escritora, y eso se lo agradezco de corazón. Gracias infinitas por seguir ahí para mí. Como siempre, un pedacito de esta novela es vuestra, señoras mías.

A Silvia Fernández, por su inestimable ayuda con la historia de Rusia y por sus charlas sobre la Gran Purga y la época estalinista. ¡Gracias!

También tengo que agradecer su ayuda a mi cuñado, Yura Prihodko, por resolver siempre mis dudas sobre las frases que aparecen en ruso en la novela.

*Bolshoye spasibo!*

A Lola Gude, mi editora, y a toda la gente de Selecta-Penguin Random House Grupo Editorial, por confiar en mí. Y también a Rosa Gámez, que he creado esta preciosa portada que me tiene enamorada.

Gracias a mi compañera de letras y de editorial, pero sobre todo amiga, Ana Álvarez, por ser una excelente lectora cero.

A Violeta Jiménez, mi veterinaria de cabecera, por ayudarme con algunas

escenas con tanta presteza. Si hay algún error en ello, la culpa es toda mía.

Y mil gracias a aquellas lectoras y lectores que me pidieron la historia de Sergei.

Y, por último, pero no menos importante, a ti, lector, que acabas de finalizar esta novela. Espero que la hayas disfrutado. Un millón de gracias.

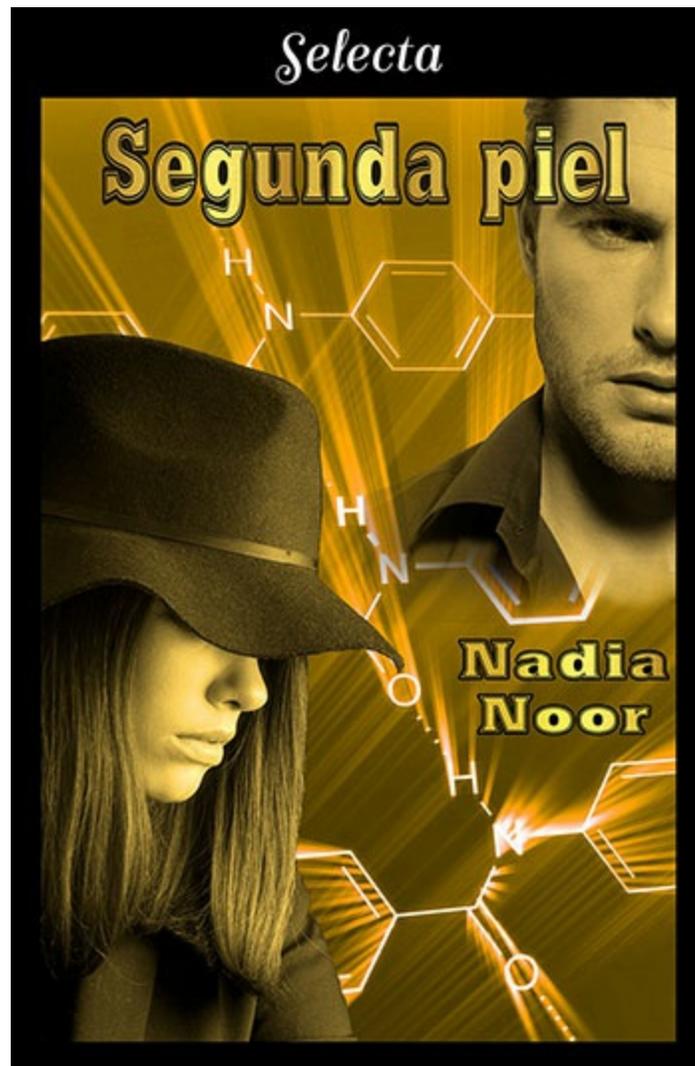
Si te ha gustado

*Solo con un beso*

te recomendamos comenzar a leer

*Segunda piel*

de *Nadia Noor*



# Capítulo 1

*Niza, enero de 2008*

El profesor Francis Lacroix dejó las gafas de pasta sobre la mesa de trabajo y empujó furioso unos folios desordenados. Se sentía frustrado, puesto que el polímero idóneo que tanto necesitaba para el producto que deseaba crear se le resistía. Por el momento, la ansiada fórmula tendría que esperar. Francis lanzó una mirada furtiva al reloj situado encima de una estantería estrecha. A su lado, varios tomos de manuales técnicos, apilados de cualquier manera, amenazaban con caerse en cadena con efecto dómينو. Se levantó con gesto cansado y dejó la bata de laboratorio sobre el respaldo de la silla. Mientras caminaba hacia la salida, con paso apresurado, el profesor observó que los pasillos del Laboratorio Francés de Biología Molecular (FMBL) estaban desiertos. Saludó al guardia de seguridad y abandonó la sede.

Mientras recorría las céntricas calles de Niza, comenzó a visualizar una larga cadena de polímeros que podrían servirle. Avivó el paso entusiasmado y sonrió satisfecho cuando llegó a su domicilio, situado en el exclusivo barrio Mont Boron. La clave a su encrucijada estaba en *siloxane*. ¿Cómo no lo había visto antes?

Entró en su casa rebosando optimismo y enfrentó con valentía la mirada cargada de reproches de su mujer, Adela. Se acercó a ella y le dio un fugaz beso en la mejilla.

—Francis, ¿sabes qué hora es? —preguntó ella, con un leve toque de amargura en la voz—. Esta semana no has cenado ningún día con nosotros. ¡Vives solo para tus fastidiosas moléculas!

—¡*Siloxane*! —fue su corta y única respuesta—. Esta es la clave que buscaba. Todos los polímeros deben contener una estructura química llamada *siloxane*.

¿A que es increíble?

Distraído, dejó a su mujer de lado y se dirigió pletórico hacia su despacho. Encendió la lámpara de mesa, se acomodó ante su escritorio y comenzó a dibujar en un cuaderno una larga cadena de fórmulas químicas.

Media hora más tarde, Francis se acordó de la cena y acudió al comedor. Como era de esperar, su familia ya se había retirado y la estancia lo recibió silenciosa. Se sentó ante la mesa y comenzó a cenar. El solomillo acompañado con judías verdes estaba frío, pero, aun así, delicioso. Adela se coló entre sus pensamientos y un amargo sentimiento de culpa le atravesó el alma. De pronto, el hombre perdió el apetito. Sabía que no le prestaba la atención que ella merecía; sin embargo, por el momento, no podía mejorar la situación. Para el profesor Lacroix, no había nada más importante que sus investigaciones. Después de veintidós años casados, seguía preguntándose por qué Adela le había escogido a él. Ella, una mujer fina y elegante, que provenía de una de las cunas más distinguidas del Condado de Niza, había elegido como marido a un científico que trabajaba para el FMBL. Francis, aparte de un sueldo aceptable y un poco de prestigio, no aportaba nada a su familia. Además, vivía en su mundo particular rodeado de moléculas e investigaciones.

El hilo de sus pensamientos fue interrumpido por unos pasos que se acercaban. Al levantar la vista, se encontró de frente con su único hijo, Martin. Era un joven tímido e introvertido y, pese a esforzarse, su padre no pudo acordarse de si había cumplido, recientemente, veinte o veintiún años.

—Mamá te estuvo esperando... —le recriminó su hijo, dolido—. Cada vez que mademoiselle Biton nos llamaba para cenar, inventaba alguna excusa.

—Lo siento, no me di cuenta de que fuese tan tarde. —La voz de Francis sonó vacía.

—Ya... —Martin suspiró y se sentó resignado en una silla—. Desde que tengo edad para recordar las cosas, siempre te he oído decir lo mismo. ¡Mamá no se merece que la trates así! Está triste y desanimada, le duele tu indiferencia. ¿Es qué no lo ves?

Francis dejó el tenedor y el cuchillo cruzados sobre el borde del plato. Definitivamente, había perdido las ganas de cenar. Soltó un suspiro al tiempo que un sabor amargo le atravesó la garganta.

—¿Sabes? Esta tarde he conseguido encontrar la clave que buscaba. Todos los polímeros deben contener una estructura química llamada *siloxane*. A partir de ahí, conseguiré el adecuado y crearé «la segunda piel». Después de esto, me llevaré a tu madre de vacaciones. Y llegaré a tiempo para cenar, todos los días. Te lo prometo.

—Tu último proyecto duró cuatro años, papá. ¿No ves qué mamá se está apagando? Día tras día, espera que la vida le dé algo más que soledad.

A la mañana siguiente, Francis decidió contentar la voz de su conciencia. Apagó el móvil y se llevó a Adela para dar un paseo por la playa. La palabra *siloxane* gritaba con fuerza en el interior de su cabeza, pero logró dominar el impulso de ir al laboratorio para seguir trabajando. Se puso unos pantalones ligeros de lino y una sudadera de algodón que, junto al sombrero de fieltro, le aportaron frescura a su rostro envejecido antes de tiempo. Adela rebosaba felicidad y una sonrisa cálida permaneció dibujada en su rostro durante todo el trayecto.

Eligieron la *plage* Beau Rivage para pasear. A las insistencias de ella se quitaron los zapatos y dejaron los pies descalzos hundirse en la arena húmeda. Francis no era amante de la naturaleza, ni tenía la sensibilidad necesaria para admirar el vaivén de las olas que bailaban sobre la superficie lisa del mar; no obstante, tuvo que reconocer que aquel cosquilleo en la planta de los pies resultaba agradable y relajante.

Almorzaron en un pequeño restaurante situado en el paseo marítimo, donde pidieron una tabla de quesos variados y *pissaladière*, una coca elaborada con anchoas, tomate triturado, cebolla, huevo y aceitunas. El vino blanco, levemente afrutado, puso el punto final a una comida agradable. Después de comer, Adela insistió en tumbarse en la arena.

—Es pleno enero, la arena estará fría —refunfuñó Francis, pero ante la mirada

suplicatoria de ella, se dejó convencer. Tumbados boca arriba, contemplaron el cielo y contaron las gaviotas que rondaban en círculos sobre las olas agitadas del mar. Después, se buscaron las manos y las entrelazaron en una caricia ansiada.

—Si a mí me pasara algo —dijo Adela, de improvisto—, cuida y protege a Martín. Está solo, no tiene hermanos y, casi, no tiene amigos.

—¿Qué te va a pasar? —Francis se puso de pie indispuerto al tiempo que sacudía la tela de los pantalones para deshacerse de la arena que se había adherido a su ropa—. No hables como si tuvieras un mal presentimiento, porque no creo en estas cosas, y lo sabes. Además, Martín ya no es un niño, ha cumplido veintiún años. Si está solo, es porque quiere.

—Lo sé. —asintió ella, pensativa. Atrapó las manos agitadas de su marido, demandando su atención. Cuando la obtuvo, le pidió con voz cargada de anhelo—: Tú solo prométemelo.

—Te lo prometo —accedió desganado. La sombra de un mal presagio se cernió sobre él y tuvo que esforzarse para aparentar normalidad delante de Adela.

—Gracias —murmulló ella, al tiempo que depositaba un beso agradecido en la palma de su mano. Y le miró de un modo entre doloroso y complacido, que a su esposo le partió el alma. Cayó en la cuenta de que, dedicando sus mejores años a sus investigaciones, había dejado de lado lo más preciado que tenía: a ella. A partir de ese día, Francis decidió cambiar el orden de sus prioridades.

**Winnie no sabe en qué momento su vida comenzó a irse a pique. ¿Podía ser él la persona que ella necesitaba para volver a ser quién era? De la mano de los protagonistas de “Hasta que tú llegaste” conoce la historia de Sergei y Winnie y déjate enamorar.**



Cualquier podría creer que Winnie Bradley está viviendo exactamente la vida que quiere vivir: estudia lo que le gusta, su familia la quiere, su novio está lleno de planes para el futuro... Sin embargo, una serie de eventos inesperados hace que decida regresar a casa, en Clarendon, sintiéndose la sombra de quien solía ser, en un intento por reencontrarse a sí misma.

Cualquiera podría pensar que Sergei Lévedev es un hombre sin pasiones. A pesar de haber heredado una fortuna considerable, su vida y su tiempo transcurren en el pequeño bufete en el que ha volcado todo su esfuerzo, sin plantearse demasiados cambios ni cuestionarse si eso es todo lo que necesita para sentirse realizado. La invitación a la boda de su mejor amiga, Aliena Ruslan, hace que Sergei rompa su norma de "no vacaciones" y que acepte pasar unos días en el pueblo en donde esta vive con su pareja, Frank.

Cuando Winnie y Sergei se encuentran por primera vez en la casa de Frank y Ali, ella está intentando que no se note su tristeza, él está intentando que no se note que ser sociable no es su fuerte. Y, aunque no parecen tener nada en común...

**¿Será Winnie capaz de confiar en alguien de nuevo y dejará que ese hombre algo callado e introvertido la ayude?**

**¿Se atreverá Sergei a dar un paso para tratar de derribar esa barrera que  
aprecia en los ojos de Winnie?**

**Marion S. Lee** es el seudónimo con el que escribe esta autora nacida en Cádiz, en 1970. Técnico en Relaciones Públicas, trabajó como secretaria de dirección y gerente de una empresa durante años. Comenzó escribiendo pequeños relatos de aventuras cuando era una adolescente y siempre soñó con escribir aquellas escenas que poblaban su mente. Lectora empedernida, le apasiona el género romántico, y se decanta por el romance contemporáneo para contar sus propias historias. Escribe de manera regular en la red desde hace más de 16 años. Actualmente vive en San Fernando (Cádiz), con su marido y sus dos hijos, y continúa imaginando historias que, espera, poder escribir algún día.

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2019, Marion S. Lee

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-35-0

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Solo con un beso

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Marion S. Lee

Créditos